



En 200 años

Boletín de la Biblioteca del Congreso de la Nación. -- Año 1, nº 1 (1918)-
Año 11 (1929) ; 2a época, Año 1, nº 1 (mayo 1932)-Año 2, nº 6 (oct.1934) ;
[3a época], nº 1 (sept./oct. 1934)- . -- Buenos Aires : Biblioteca del
Congreso de la Nación, 1918- .
v. ; 25 cm.

ISSN 0004-1009.

1. Biblioteca del Congreso - Argentina - Publicaciones Periódicas. I. Biblioteca
del Congreso.

En 200 años

Boletín de la BCN N° 125

ILUSTRACIÓN

Páginas de la historia

Caloi

DIRECTOR RESPONSABLE

Bernardino I. Cabezas

COMPILADORES

Marta Palchevich y Luis Martínez

DISEÑO, COMPAGINACIÓN Y CORRECCIÓN

Subdirección Editorial

IMPRESIÓN

Dirección Servicios Complementarios

Las opiniones, ideas, doctrinas, conceptos y hechos aquí
expuestos, son de exclusiva responsabilidad de los autores.

© Biblioteca del Congreso de la Nación, 2010

Av. Rivadavia 1850, 3º piso.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Octubre 2010

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

ISSN 0004-1009

Para esta nota introductoria del *Boletín de la BCN* en el que se piensan distintos aspectos de la vida de nuestra patria *En 200 años*, apelamos a “recortes textuales”, a una sucesión narrativa de otras voces.

¿Qué nos faltó para que la utopía venciera a la realidad? ¿Qué derrotó a la utopía? ¿Por qué, con la suficiencia pedante de los conversos, muchos de los que estuvieron de nuestro lado, en los días de mayo, traicionaron la utopía? ¿Escribo de causas o escribo de efectos? ¿Escribo de efectos y no describo las causas? ¿Escribo de causas y no describo los efectos? Escribo la historia de una carencia, no la carencia de una historia. [Castelli]
(Andrés Rivera)

El 25 de Mayo de 1810 fueron apenas seiscientos vecinos concentrados frente al Cabildo. Suficientes por entonces para dar el primer paso por la independencia de la corona española. Doscientos años después, millones de personas están festejando aquel mojón de la revolución en una caravana incesante que confluye en el Paseo del Bicentenario. (Nora Veiras)

En el último año de la presidencia de Figueroa Alcorta tuvieron lugar los festejos del centenario de Mayo. Al siglo cumplido se sumaba lo que se veía como un balance positivo de realizaciones desde el origen de la patria. Años antes Julio A. Roca señalaba: “...Dios ha querido colmar a la Nación Argentina de grandes beneficios [...] la emancipación y la organización política sobre la base de las instituciones más liberales, la posesión real de sus vastos dominios territoriales, la prosperidad económica y la cultura intelectual y moral, la paz externa e interna...” Ceremonias civiles, religiosas y militares, congresos, exposiciones, ediciones especiales de documentos, banquetes y funciones de gala, disposiciones para la creación de plazas, ornamentos y monumentos tuvieron lugar a lo largo de varios meses. Participaron delegaciones [...] y fuerzas militares y navales de varios estados. Se realizaron desfiles con participación de tropas de Alemania, Chile, España, Francia, Italia, Japón, Portugal, etc. [...] Diarios y revistas lanzaron números especiales... (Gabriel A. Ribas)

La exaltación del modelo agroexportador empalma, sin duda, con ideas que se expresaban en el primer Centenario. El ex presidente Carlos Pellegrini se-

ñalaba, por ejemplo, en la introducción de un libro escrito cuando se celebraba aquel acontecimiento: “La Argentina ocupa ahora una posición tan significativa como la que tenía Estados Unidos a comienzos del siglo XIX y, de continuar esta evolución, antes del fin del siglo XX el país tendrá, sin duda, una importancia igual a la de Estados Unidos en los tiempos presentes”... La clase dirigente de entonces, una cerrada oligarquía –dueña mayoritaria de las mejores tierras del país–, confiaba, por otra parte, en la supuesta inagotabilidad de las riquezas naturales; en la perenne continuidad del endeudamiento externo, que contribuía a financiar la infraestructura de transporte y el desarrollo urbano y rural (pero también producía repetidas crisis financieras); y en la inamovible disposición del mundo a adquirir y abonar los bienes producidos en las fértiles y vastas extensiones de la Pampa Húmeda. (Mario Rapoport)

El clima alegre, como la prosperidad económica, no era compartido por todos. Las semanas previas al 25 de mayo mostraron otra faceta: la de la protesta social, que venía de largo tiempo [...] En 1910 [...] organizaciones sindicales como la Federación Obrera Regional Argentina y la Confederación Obrera Regional Argentina y agrupaciones socialistas y anarquistas se movilizaban contra la Ley de Residencia, en favor de la libertad de los presos sociales y por la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores. [...] Amenazaban –si sus protestas no eran atendidas– con una huelga general que “estallará en la víspera del 25 de mayo, como un mentís a cuantas libertades quieren celebrarse y exhibirse ante el mundo civilizado...” Estas acciones fueron respondidas por el gobierno con la aplicación del estado de sitio y la represión policial, a lo que se sumó el asalto ilegal de grupos civiles organizados, armados y vinculados con el oficialismo y con los sectores sociales privilegiados, contra locales y bibliotecas sindicales, periódicos izquierdistas, barrios obreros y personas y negocios de origen judío, a los que se atribuía oscuramente relación con la insurgencia social. Los protagonistas entusiastas de esos desmanes levantaban la bandera de un nacionalismo beligerante frente a “los gringos anarquistas”. (Gabriel A. Ribas)

Las esperanzas de Carlos Pellegrini no se cumplieron y la Argentina entró al siglo XXI con más incertidumbres que certezas. Pero ello se debe no sólo a un futuro difícil de pronosticar sino, y sobre todo, al balance de un pasado que no ha sido suficientemente bien comprendido. (Mario Rapoport)

“Este Bicentenario lo están construyendo ustedes, es de ustedes, para ustedes y por ustedes”, repitió la Presidenta al encabezar la apertura de la primera etapa de la obra del Centro Cultural. Destacó que los desfiles de los últimos días en la Avenida 9 de Julio constituyen una “celebración participativa, democrática y federal”.

...

“Nos han robado muchas veces la historia, la han falseado, que no nos vendan que todo lo que pasó fue mejor y que todo lo que hoy existe no vale”, dijo ayer la Presidenta al inaugurar el Centro Cultural del Bicentenario...

...

La impronta latinoamericana que signó y diferenció la conmemoración del Bicentenario de la del Centenario se plasmará con la llegada de los invitados especiales: esta vez la estrella no será, como en 1910, la Infanta Isabel de Borbón en representación de la corona española. A las 17, empezará en la Rosada el recibimiento oficial de los presidentes Rafael Correa (Ecuador), Evo Morales (Bolivia), Hugo Chávez (Venezuela), Sebastián Piñera (Chile), Lula da Silva (Brasil), José Mujica (Uruguay) y Fernando Lugo (Paraguay). El ex presidente de Honduras Manuel “Mel” Zelaya destituido por un golpe cívico militar el 28 de junio del año pasado, también será de la partida. (Nora Veiras)

Veamos estos apuntes a la luz del momento que atravesamos: es época de re-fundación social y replanteos culturales. La reciente marcha de los movimientos sociales indigenistas con su magna hipótesis alusiva a los “pueblos originarios” sugiere un horizonte nuevo de revisión histórica. ¿Cómo actuar en medio de un llamado a la renovación de la interpretación histórica, con las consecuencias materiales que eso implique, sin despojar a lo actuado de la capacidad de fusión que atrajo a vastos públicos y generar una ciudadanía de índole colectiva? La historia del Estado nacional no puede ser una continuidad acrítica –menos luego de los años del terrorismo estatal–, pero no se puede contar ninguna historia desde la omisión de los sedimentos que acarrea el modo imperfecto en que siempre se dan los acontecimientos nacionales.

...

El Centenario ensayó su “eurindia” o su “euroargentina”. Sin negarse lo que ha sido desplegado, urge hoy encontrar vocablos nuevos.

...

Una nación como la nuestra, que llamó a todos los hombres del mundo y no siempre ha sido fiel a ese llamado, debe imponerse un nuevo canon civilizatorio, fundado ahora en un nuevo humanismo crítico-político, cuyos ejemplos no son escasos en su propia historia. (Horacio González)

La pregunta es ¿con qué pasados construyo el presente? Porque puedo hacer jugar una pluralidad de pasados en la escena actual, o quedarme en un solo pasado e insistir en el presente con esa única temporalidad política. (Josefina Ludmer)

Andrés Rivera. *La revolución es un sueño eterno*. Alfaguara, Buenos Aires, 1996.

De *Página/12*, 25 de mayo de 2010:

Nora Veiras. “Una fiesta de, para y por ustedes”

Horacio González. “Indigenismo y Estado nacional”

Mario Rapoport. “El Bicentenario y las ‘promesas truncas’ del primer Centenario”

Gabriel A. Ribas. “1910: luces y sombras del Centenario” en *Historia argentina* fascículo 29, Colegio Nacional de Buenos Aires.

“Josefina Ludmer: La lengua puede ser pensada también como recurso natural” (reportaje realizado por María Pía López y Sebastián Scolnik), *La Biblioteca*, Nº 8, “La expresión americana”, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2009.

La Revolución de Mayo: dilemas y perspectivas ¹

Noemí Goldman

Con frecuencia se analizó el período previo a la conformación de la Primera Junta Gubernativa del 25 de Mayo de 1810 en clave independentista; es decir, como etapa de germinación de los ideales y planes de emancipación que habrían de desembocar en la creación del primer gobierno criollo. Si bien la voz *independencia* empezó a circular en los escritos que precedieron al acontecimiento, ésta no siempre significó separación “absoluta” de un pueblo o de una nación tal como la entendemos hoy, sino una posibilidad defensiva o de mayor autonomía dentro de un contexto cambiante y de grave crisis que afectó al conjunto del Imperio español entre 1808 y 1810, y precedido en el Río de la Plata por las invasiones inglesas de 1806 y 1807. En este contexto de gran incertidumbre, y donde se fueron presentando a cada paso distintas y diversas opciones para salir de la crisis de acefalía producida por la invasión francesa a la península ibérica y el cautiverio del monarca, preguntarse por las condiciones que hicieron posible la revolución de Mayo, es desandar el camino de las presuposiciones según las cuales en las etapas previas ya estaba inscripto su desenlace final.

En tal sentido, los habitantes del virreinato del Río de la Plata –al igual que en el resto de Hispanoamérica– se enfrentaron, ante todo, con un problema de legitimidad: ¿cómo y cuándo fundar una nueva autoridad legítima supletoria de la soberanía del monarca cautivo? Las ideas que acompañaron este proceso pudieron nutrirse de una combinación de concepciones que derivaban conjuntamente de la tradición hispánica, de las teorías del derecho natural y de gentes y de la “Ilustración”, donde predominaron las ideas pactistas según las cuales era necesario el consentimiento de los integrantes de una sociedad, ya sean súbditos, individuos o pueblos, para fundar una autoridad política.

Pero antes de que estos sucesos sorprendieran a los habitantes del Río de la Plata, las reformas borbónicas emprendidas por la corona en el conjunto de sus territorios a mediados del siglo XVIII y las invasiones inglesas con las que se inició la acción externa sobre el Imperio español, habían producido importantes cambios cuyos efectos habrían de sentirse a partir de las sucesivas abdicaciones efectuadas en Bayona por los reyes españoles Carlos IV y Fernando VII en mayo de 1808.

Por una parte, las reformas habían conducido a una reformulación de las relaciones entre la metrópoli y sus súbditos, provocando tensiones entre diversos ámbitos jurisdiccionales, y una mayor presencia de la autoridad real. Por otra parte, de la conmoción producida por las invasiones inglesas surgió un nuevo

¹ Una primera versión de este trabajo se presentó en la página Web:
<http://www.loshistoriadoresyelbicentenario.org>

actor político –las milicias urbanas– y una dimensión más política de relación y confrontación entre las diferentes corporaciones y autoridades de la ciudad de Buenos Aires. Junto con ello, el traslado a Brasil de la familia real portuguesa, con el apoyo de Inglaterra, a principios de 1808, renovó los temores de las autoridades españolas y de los habitantes del virreinato, ante una posible tercera invasión, ésta vez, de fuerzas combinadas luso-brasileñas e inglesas al Río de la Plata.

En este contexto, y siguiendo diferentes dinámicas políticas locales, surgieron el “carlotismo” y las primeras Juntas de América del sur (la Junta de Montevideo en 1808, el intento fallido de crear una Junta en Buenos Aires el 1º de enero de 1809, y las Juntas de la Audiencia de Charcas a mediados de ese mismo año), donde afloraron desde antiguas rivalidades económicas y jurisdiccionales entre los diversos territorios que conformaban el virreinato, hasta querellas por preeminencias entre diferentes autoridades y grupos locales; aunque sin dejar de prestar obediencia al rey cautivo. En estos movimientos se apelaba al derecho natural de los habitantes de América a preservar el territorio de las amenazas externas, a la igualdad de derechos “originarios” entre españoles americanos y españoles europeos, al derecho a defenderse contra el “mal gobierno”, mientras se buscaba redefinir los vínculos entre las diferentes provincias. La voz “independencia” pudo entonces usarse indistintamente con referencia a Napoleón, a Portugal, a Inglaterra, a Buenos Aires, o a algunos “mandones” que colaboraban con el régimen de Bonaparte en España.

II. El desenlace de la crisis se produjo cuando a mediados de mayo de 1810 llegaron las noticias de una posible pérdida total de la península en manos de las tropas francesas. Éste fue el momento en que Saavedra decidió, en su calidad de jefe de las milicias, impulsar la conformación de una junta de gobierno local, y, junto con él se alinearon los oficiales de las milicias, los antiguos carlotistas y destacados letrados.

El 22 de mayo de 1810 se reunió en la ciudad de Buenos Aires un Cabildo abierto para someter a votación la siguiente pregunta: “¿Si se ha de subrogar otra autoridad a la superior que obtiene el Excelentísimo Señor Virrey, dependiente de la soberanía que se ejerza legítimamente a nombre del Sr. Don Fernando VII y en quién?” La mayoría de los asistentes apelaron al concepto de reasunción del poder por parte de los pueblos, noción que remitía a la antigua doctrina del “pacto de sujeción” por la cual, suspendida la autoridad del monarca, el poder volvía a sus depositarios originarios. Asimismo la invocación, por parte de algunos de los participantes a la reunión, a una novedosa “opinión pública”, como medio de presión ante los que no deseaban ninguna modificación del orden vigente, introdujo un principio activo por fuera de las pautas legales vigentes que favoreció la votación por la destitución del virrey. Pero la soberanía no se reasumía “en propiedad”, según el lenguaje de la época, sino únicamente su ejercicio, porque la soberanía se conservaba “en depósito” debido al cautiverio del monarca. La asunción de la soberanía como atributo esencial de un nuevo sujeto soberano americano: el pueblo o la nación, ya sea como resultado final de la reversión de

la soberanía en el pueblo o con la introducción de un nuevo principio de legitimidad, el contrato social –según la opción preferida por Mariano Moreno– sería el resultado de la reunión de un congreso constituyente del conjunto de los pueblos que integraban el virreinato.

De modo que desde 1810 el concepto de soberanía es a la vez indicador de la demanda y del ejercicio de hecho de nuevos poderes por parte de los pueblos, así como factor decisivo en la aparición de las dos tendencias que iban a predominar en la escena pública rioplatense durante la primera mitad del siglo XIX: la que sostuvo la existencia de una única soberanía como base para la creación de un estado-nación unitario opuesta a la que defendía la creación de tantas soberanías como pueblos (ciudades devenidas “provincias” luego de 1810) que integraban el ex virreinato, y que se expresaba en la dupla antagónica soberanía versus soberanías.

III. Pero a poco andar el nuevo “sistema”, que comenzaba a llamarse “la revolución”, se vio enfrentado a serios dilemas: por un lado, se afirmaba en el ejercicio autónomo del gobierno local pero sin dejar de jurar fidelidad y obediencia a Fernando VII, mientras desconocía públicamente al Consejo de Regencia; por el otro, se invitaba a los representantes/apoderados de las ciudades con cabildo a concurrir a Buenos Aires para constituir un congreso constituyente, cuando al mismo tiempo se les proponía la incorporación en la Junta. Los límites a esta situación fueron prontamente sentidos, pero no iban a tener fácil resolución, y provocaron la ruptura entre las dos líneas de acción que se perfilaban en 1810: la radical de Moreno y la moderada de Saavedra.

Ahora bien, a un año y medio de la revolución, y pese al aplazamiento del congreso y a la pérdida del Alto Perú, la voluntad independentista parecía afirmarse en un sector de la elite criolla. Monteagudo clamaba en sus escritos por el abandono de la “máscara de Fernando VII”, pero advertía sobre el hecho de que la revolución parecía haber sido más “la obra de las circunstancias que de un plan meditado de ideas”, lo que no impedía al mismo tiempo que ésta se afirmara como mito fundante de una nueva legitimidad basada en la soberanía del pueblo.

Ante la sanción, en marzo de 1812, de una constitución por parte de las Cortes españolas reunidas desde 1810 en la ciudad de Cádiz, en la que se proclamaba –en su primer artículo– que “La Nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios”, ya no cabían dilaciones para convocar un congreso de los pueblos y provincias del Río de la Plata; teniendo en cuenta, asimismo, que la península había declarado la guerra a los territorios americanos insurgentes que no se habían incorporado a las Cortes. La Asamblea constituyente, reunida en Buenos Aires en 1813, excluyó de su fórmula la fidelidad a Fernando VII y declaró “la independenciam de toda autoridad eclesiástica existente fuera del territorio, ya sea fuese de nombramiento o de presentación real”. Sin embargo, el temor que aportaba una cada vez más cercana restauración monárquica en España, junto a las conflictivas relaciones con la Banda Oriental –foco del enfrentamiento entre los centralistas y los confederacionistas– terminaron por

paralizar las iniciativas renovadoras de la Asamblea, que no logró ni declarar la independencia ni dictar una constitución.

Entre 1811 y 1817 el Alto Perú fue el escenario de lucha permanente entre las fuerzas realistas peruanas y las expediciones “libertadoras” de las Provincias del Río de la Plata con participación indígena de un lado y del otro; mientras Artigas desarrollaba en la Banda Oriental un desplazamiento inédito de las bases de poder, convocando asambleas populares en las zonas rurales para organizar la resistencia frente a las autoridades españolas que dominaban Montevideo. En Salta, Martín Güemes y sus gauchos detenían sucesivamente seis invasiones realistas, y en Cuyo, San Martín organizaba el cruce de los Andes. La revolución se convertía en guerra de independencia.

IV. En el transcurso de los diez años que mediaron entre la revolución y la caída del Directorio en febrero de 1820, los gobiernos centrales se constituyeron así en soluciones provisorias, destinadas a durar hasta que se reuniera la asamblea o congreso que definiría el nuevo Estado. Esta misma indefinición del sistema político se convirtió en objeto de debate público acerca del carácter “permanente” o “provisorio” de la constitución. Cuando en 1816 se declaró la Independencia de “las Provincias Unidas de Sud-América”, el conjunto de pueblos y provincias que integraban el amplio territorio del virreinato era aún concebido como un espacio abierto a diversas alternativas de gobierno y de formación de nación. El abandono de la referencia al Río de la Plata en la declaración de Independencia indicaba que se estaba pensando en la posible formación de una nueva asociación política integrada, no solamente por los territorios que formaban parte del virreinato, sino también por aquellos que conformaban el virreinato del Perú y de la capitanía de Chile. Pero asimismo desde 1810 el “arma” de la soberanía fue esgrimida en todos los pueblos porque se consideraba legítimo la existencia de diversas entidades soberanas, “naciones”, “repúblicas”, “ciudades soberanas”, “estados” independientemente de su tamaño y poder.

V. La noción de “soberanía popular”, que empezó entonces a circular en vinculación con las diversas concepciones pactistas en uso en la época, conllevaba el principio de la representación para legitimar el poder de las nuevas autoridades. En efecto, la asunción de la soberanía como atributo esencial de un nuevo sujeto soberano americano: el pueblo o la nación, ya sea como resultado final de la reversión de la soberanía en el pueblo o con la introducción de un nuevo principio de legitimidad, el *contrato social* o de sociedad –según la opción elegida por Mariano Moreno– sería el resultado de la reunión de un congreso constituyente del conjunto de los pueblos que integraban el virreinato. En 1810 esta segunda opción se había presentado como el gran dilema a resolver, pues mientras se había creado una Junta local, se mantenía el vínculo con la Corona. Pero la dinámica propia de la revolución y de las guerras de independencia en los años que siguieron a 1810 movilizó y dio participación política a amplios sectores de las ciudades y de las campañas. El concepto de *pueblo* fue integrando paula-

tinamente a sujetos antes excluidos de él, aunque al mismo tiempo se intentaba por vía formal limitar la participación directa de esos sectores en la cosa pública. Porque en los primeros años de la revolución la invocación de este principio dis- taba de ser simple: por un lado, su aplicación provocó efectos imprevisibles, por el otro, la división de la soberanía que se expresaba en el uso generalizado del plural de *pueblos*, con la consiguiente indeterminación del sujeto de imputación político-territorial de la misma, limitaba los alcances de los novedosos ensayos constitucionales. Otra cuestión no menor, en este contexto, fue la preocupación, a la luz de la reciente experiencia borbónica, de limitar el poder de las nuevas autoridades para evitar el “despotismo”; propósito que se topó con el faccion- alismo de la elite, los cuestionamientos a la legitimidad de los nuevos poderes centrales por parte de los *pueblos* y las disputas por la imputación del sujeto de la soberanía.

En vísperas de la reunión del Congreso Constituyente de 1816, el princi- pio representativo se impuso, pero el debate se constituyó en telón de fondo del decreto del 1º de agosto de 1816, que acompañó al *Manifiesto del Congreso a Los Pueblos*, y en el que se declaró: “Fin a la revolución, principio del orden”, con la intención de afirmar la autoridad del congreso sobre todo el territorio del ex virreinato. Con la adopción de esa máxima se buscaba a la vez restablecer la autoridad del poder central en los pueblos y disciplinar la participación política iniciada con la revolución. Pero la disolución del poder central provocada por la invasión de los caudillos del litoral a Buenos Aires, y la consiguiente creación de Estados autónomos provinciales cerró el capítulo de la revolución, y abrió otro capítulo de marchas y contramarchas en el largo proceso de creación de un Esta- do nación argentino, aunque ya no se volvería atrás en la afirmación del principio republicano de soberanía del pueblo.

BIBLIOGRAFÍA

CHIARAMONTE, José Carlos. *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias*. Sudamericana, Buenos Aires, 2004.

——— y SOUTO, Nora. *De la Ciudad a la Nación. Organización política en la Argentina*. Capital Intelectual, Colección Claves para todos, Buenos Aires, 2010.

Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos políticos en la era de las revoluciones, 1750-1850. vol. I. Javier Fernández Sebastián, dir., Cristóbal Aljovín de Losada, João Feres Jr., Noemí Goldman, Carole Leal Curiel, Georges Lomné, José M. Portillo Valdés, Fátima Sá, Isabel Torres, Fabio Wasserman y Guillermo Zermeño, eds. Madrid, Fundación Carolina - Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales - Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.

FRADKIN, Raúl (ed.) *¿Y el pueblo donde está? Contribuciones para una historia popular de la Revolución de Independencia*. Prometeo, Buenos Aires, 2009.

- FREGA, Ana. *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista*. Montevideo, Ediciones de La Banda Oriental, 2007.
- GELMAN, J. (dir.) *Argentina*. Tomo I - 1808-1830: *Crisis imperial e independencia*. Santillana Ediciones Generales y Fundación Mapfre, Madrid, 2010.
- GUERRA, François-Xavier. *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid, Mapfre, 1992.
- GOLDMAN, Noemí (ed.) *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*. Buenos Aires, Prometeo, 2008.
- *¡El pueblo quiere saber de qué se trata! Historia oculta de la Revolución de Mayo*. Col. Nudos de la Historia Argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio. *Revolución y Guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.
- *Reforma y disolución de los imperios ibéricos 1750-1850. Historia de América Latina*, 3. Madrid, Alianza, 1985.
- SÁBATO, Hilda. *Pueblo y política. La construcción de la república*. Capital Intelectual, Colección Claves para todos, Buenos Aires, 2005.
- TERNAVASIO, Marcela. *Gobernar la Revolución. Poderes en disputa en el Río de la Plata, 1810-1816*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.
- *Historia de la Argentina, 1806-1852*. Biblioteca Básica de Historia, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009.

El Bicentenario de la argentinidad

Luis García Fanlo

INTRODUCCIÓN

En los últimos cinco años mi trabajo estuvo enfocado en la construcción de un marco interpretativo que permita un abordaje sobre los modos y formas de ser argentinos de un modo diferente al de los enfoques sociológicos, filosóficos y literarios, basados de una u otra manera en los discursos del positivismo, el funcionalismo, y el tradicionalismo esencialista. En principio conviene señalar las diferencias que presenta mi marco interpretativo con los enfoques tradicionales existentes: no es un estudio de los comportamientos ni de las representaciones según sus formas sucesivas, su evolución o circulación; tampoco se trata de analizar las ideas ni los discursos científicos, religiosos, filosóficos o políticos, a través de los cuales se han representado, descrito y explicado esos comportamientos. Por el contrario, lo primero que planteo es abordar la noción misma de argentinidad tomando distancia de su aceptada cotidianeidad y del contexto teórico y práctico al que está asociada tanto en los grandes discursos como en el sentido común de todos los argentinos y argentinas.

En esta línea de aproximación conviene precisar que el término argentinidad es relativamente reciente, que surge a principios del siglo XX, que quien lo enuncia por primera vez y lo instala como un problema y desarrolla su primera problematización no es un argentino sino un español, el filósofo Miguel de Unamuno, y que el momento histórico en que lo enuncia está marcado por un acontecimiento –la gran inmigración– y por una conmemoración –el Centenario de la Revolución de Mayo– a partir de los cuales se produce una profunda reestructuración de las condiciones de dominación previamente existentes en la Argentina. El breve texto de Unamuno operará como iniciador del discurso sobre la argentinidad dentro del campo intelectual argentino dando lugar a la aparición de diversas problematizaciones que tendrán una incidencia legitimadora de prácticas estatales, decisiones políticas y administrativas, y prácticas discursivas científicas, religiosas, y filosóficas de orden biopolítico orientadas a argentinizar tanto a la población argentina como a la extranjera residente en el país. La argentinización requirió la reconfiguración de dispositivos de saber-poder preexistentes como la escuela, la salud pública, la política migratoria, el hospital, la literatura, y la aparición de nuevos dispositivos como el servicio militar obligatorio, la higiene pública, la penitenciaría y el hospital psiquiátrico, configurando una red argentinizadora que debía producir un crisol de razas.

El uso de la palabra argentinidad se estableció en relación con otros fenómenos tales como el desarrollo de diversos campos de conocimiento vinculados a los mecanismos biológicos de reproducción, así como sobre los comportamientos

individuales o sociales cotidianos, la familia, el trabajo, la vivienda, las expresiones populares, el lenguaje; también se instauraron conjuntos de reglas, normas, y códigos de conducta que eran en parte tradicionales y en parte nuevos, que se apoyaban en instituciones religiosas, judiciales, pedagógicas, médicas, y que buscaban establecer modos en que debían conducirse los habitantes del país para dar sentido y valor a sus existencias, sus deberes, sus placeres, sus sentimientos, pensamientos y sensaciones. En resumen, se trataba de un proceso que debía constituir una experiencia en la que los individuos pudieran reconocerse como sujetos de una argentinidad y a la vez objetos en relación a esa argentinidad.

Me propongo en este breve texto, y a propósito de la conmemoración durante este año 2010 del Bicentenario de la Revolución de Mayo, exponer algunas hipótesis de trabajo cuyo objetivo consiste en intentar desentrañar cómo somos los argentinos y por qué somos como somos.

¿QUÉ ES LA ARGENTINIDAD?

De modo que la primera conclusión a la que podía llegarse por esta vía de acercamiento al problema de la argentinidad era que había que abordarla como una experiencia históricamente singular constituida a partir de tres ejes: una formación de saberes que se referían a ella, unos sistemas de poder que regulaban su práctica, y unas formas bajo las cuales los individuos podían y debían reconocerse como sujetos de esa argentinidad. Lo que estaba en juego, entonces, era la posibilidad de realizar un análisis de las prácticas discursivas que permitiera seguir la formación de los saberes, las relaciones de poder y sus tecnologías, como estrategias abiertas no reducibles a formulaciones científicas o ideológicas ni a una concepción del poder entendido como dominación o prohibición. En otros términos, estudiar los modos de subjetivación y de objetivación que hicieron a los argentinos y argentinas ser de una manera y no de otra, objeto de conocimiento y, a la vez, sujetos de ese conocimiento.

El concepto teórico que me pareció más apropiado para encarar estas indagaciones fue el de régimen de verdad. ¿Qué es un régimen de verdad? es un orden de procedimientos para la producción, regulación, distribución, circulación y operación de juicios que está vinculada con sistemas de poder que la producen y la mantienen y a los efectos de poder que ella induce. Cada modo de producción, cada formación social, tiene su régimen de verdad que define el horizonte posible de cambio social a partir de establecer un orden de las palabras, las imágenes, y las cosas, productor de subjetividades sujetas a un estado de dominación históricamente determinado. De modo que no se trata de oponer a la llamada infraestructura económica una superestructura ideológico-cultural o simbólica, sino de un orden del discurso que atraviesa lo social: discursos económicos, ideológicos, políticos, culturales, jurídicos, que producen como verdaderas –hasta el punto de convertirlas en sentido común– las configuraciones posibles de un estado de dominación para asegurar su reproducción.

La hipótesis que orientó la investigación puede formularse de la siguiente manera: la argentinidad está estructurada como un régimen de verdad. ¿Cómo debería entenderse la formulación de esta hipótesis? Construyéndola en el mismo sentido en que se ha formulado, por ejemplo, que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. El inconsciente no es un lenguaje, pero su lógica de funcionamiento es la de un lenguaje, de modo que la argentinidad no es un régimen de verdad y sin embargo funciona como tal. Así, intento construir un puente entre el concepto teórico –régimen de verdad– y el concepto empírico –la argentinidad, en tanto los modos y formas de ser de los argentinos y argentinas.

Defino al individuo como un nudo de relaciones sociales. Definirlo de esta manera supone pensarlo como formando parte de una familia, comunidad, barrio, clase, sexo, sociedad, etc. Pero formar parte, ser partícipe, no como una participación exterior de un individuo ya dado que se inserta en relaciones sociales preexistentes, sino como constitutivo y a la vez constituido por esas relaciones sociales. Formar parte implica formar parte de experiencias colectivas tales como las pasiones, las simpatías, el egoísmo, las afecciones, los rituales, las ceremonias, las reglas y procedimientos a partir de los cuales se define quien forma parte y quien no, en suma, para formar parte hay que actuar, conducirse, pensar, sentir, de un modo determinado y no de otro. Formar parte es una práctica y esa práctica implica administrar diferencias asumiendo un punto de vista; la función de las reglas consiste en determinar ese punto de vista, estabilizarlo, naturalizarlo, normalizarlo, y establecerlo en forma independiente de las condiciones de existencia del presente. Las reglas nos hacen formar parte en tanto esquemas de acción predecibles sostenidos en la creencia de una mutua expectativa de cumplimiento, es decir, haciéndonos de un *habitus*. De modo que las reglas nos hacen hacer y nos hacen sentir que somos parte de determinadas relaciones sociales y no de otras.

Las reglas y procedimientos para ser argentinos verdaderos nos hacen parte de un juego de verdad, saber y poder: el juego de la argentinidad cuyo propósito consiste en llegar a ser un argentino verdadero. Todo juego tiene una lógica, por lo tanto, llamo lógica de la argentinidad a la que organiza el juego de llegar a ser un argentino verdadero. Se trata de un juego social en el que operan múltiples determinaciones y que lo jugamos con el cuerpo. La lógica de la argentinidad no nos dice haz esto o aquello para ser argentino genuino sino que nos abre un campo limitado pero extenso de posibilidades con las que es posible llegar a ser, maniobrando en campos de relaciones de fuerzas que definen espacios y temporalidades sociales y en los que se puede ser eventualmente función del ejercicio del poder o función de resistencia a ese ejercicio del poder.

La lógica de la argentinidad no es una racionalidad sino un conjunto heterogéneo de racionalidades en pugna que producen maneras, modos y formas de hacer luchando por imponerse unas a las otras y que, como producto de esos enfrentamientos, modifican hasta cierto punto las reglas del juego; se modifican las configuraciones estructurales del ser argentino aunque no la estructura que responde al sostenimiento de un determinado orden de las palabras, las imágenes y las cosas, funcional a un estado de dominación.

En este contexto conceptual un orden social o estado de dominación no se define como algo rígido, inflexible, cristalizado, irreversible, sólido, incapaz de tolerar la más mínima variación sino, por el contrario, como una lógica de la argentinidad que está en movimiento, que reproduce el orden y la dominación a partir de variaciones, dispersiones, y estados de relaciones de fuerzas que se revierten, se reinventan, y dan lugar a que el cambio social se produzca ordenadamente en función de que los sujetos argentinos sean gobernables siempre dentro de los límites de la sociedad burguesa.

SUJETADOS A LA ARGENTINIDAD

¿Cómo opera este campo de posibilidades regido por la lógica de la argentinidad, es decir, la lógica del ejercicio del poder, la verdad y el saber, bajo las condiciones particulares de la sociedad argentina? La lógica de la argentinidad nos interpela conduciendo conductas, incitando acciones sobre las acciones de otros, facilitando un campo de posibilidades que reconfiguren los bordes pero a la vez nos induzcan a nunca querer o poder sobrepasarlos. Para ello define esos bordes a partir de interrogarnos y hacernos reconocer: ¿Qué existe? ¿Qué es bueno? ¿Qué es posible? Configurando nuestra subjetividad para que la realidad aparezca de una forma y no de otra (¿Qué no existe? ¿Qué es malo? ¿Qué es imposible?).

La argentinidad no existe y nunca existió, sin embargo, ese inexistente se convirtió en algo incrustado en lo real, modelando todo un sistema de prácticas y un conjunto de regímenes de experiencias y disposiciones para la acción. La argentinidad fue inventada no para reflejar a los argentinos tal como éramos o somos, sino para mostrarnos que nunca llegábamos a ser lo que debíamos ser. Y a partir de esa invención, a lo largo de nuestra historia, los argentinos de carne y hueso fuimos objeto de un conjunto de saberes y prácticas para corregirnos, para que dejemos de ser lo que éramos (y somos) y nos convirtiéramos, en nombre de la argentinidad, en otra cosa. Esa otra cosa no consistía en hacer de argentinos imperfectos unos argentinos perfectos, sino nada más y nada menos que unos argentinos gobernables. Hacer a los argentinos gobernables, totalmente adaptados a las condiciones particulares del orden capitalista argentino, con sus relaciones sociales de poder, dominación, y explotación.

El enfoque que propongo para estudiar la argentinidad consiste en partir del siguiente postulado hipotético: supongamos que la argentinidad no existe. El problema sería, entonces, preguntarse por los acontecimientos, las prácticas, los discursos, que en apariencia se ajustan a esa cosa que es la argentinidad. Se trata de no partir del universal argentinidad para deducir de allí unos fenómenos concretos, unas prácticas particulares, sino de comenzar por estos fenómenos y prácticas particulares para deducir de ellos qué cosa es ese universal que llamamos argentinidad. Se trataría de mostrar cómo una serie de prácticas acopladas a un régimen de verdad pudo hacer que lo que no existía (la argentinidad) se convirtiera en algo. Ese algo no sería un error, una ideología, una ilusión, una

esencia, un espíritu, un alma, una tradición, una ficción, sino un efecto de poder, saber, y verdad, en suma un efecto de realidad.

La argentinidad no sería una ilusión porque es precisamente un conjunto de prácticas reales y concretas lo que la ha establecido y la ha constituido como una marca en lo real. El acoplamiento de una serie de prácticas con un régimen de verdad marca efectivamente en lo real lo inexistente, y lo somete en forma legítima a la división de lo verdadero y lo falso. Lo inexistente como real, lo inexistente como elemento de un régimen legítimo de verdad y falsedad, es el momento que marca el nacimiento de la argentinidad, que es una cosa que no existe y que, no obstante, está inscrita en lo real. Este régimen legítimo de verdad y falsedad no es una ley determinada de la verdad, sino un conjunto de reglas que permiten, con respecto a un discurso dado, establecer cuáles son los enunciados que podrían caracterizarse como verdaderos o falsos.

Por lo tanto, estudiar este régimen de verdad consiste en determinar en qué condiciones y con qué efectos se ejerce una veridicción, con sus reglas y procedimientos de verificación y falseamiento. Es decir, el problema consiste en poner de relieve las condiciones que debieron cumplirse para poder pronunciar sobre la argentinidad los discursos que pueden ser verdaderos o falsos, según unas reglas y unos procedimientos que son los que definen el orden del discurso sobre la argentinidad.

De modo que la argentinidad no es una esencia, ni un alma, ni un espíritu, ni algo exterior y previo al sujeto argentino, sino lo que lo hace existir como tal. La argentinidad es un ethos que organiza sistemas prácticos, por lo tanto no se trata de una identidad o de algo ideológico o ilusorio sino de lo social hecho cuerpo. Los sistemas prácticos configuran campos posibles de elecciones que delimitan fronteras entre el nosotros y el otro marcando regímenes posibles de pensar, sentir, amar, odiar, vestir, comer, mirar, escuchar, hablar, etc. que asumimos como verdaderos, es decir, como genuinamente argentinos.

Este modo de abordaje implica considerar cómo la sociedad argentina fue conformando una experiencia por la que los argentinos iban reconociéndose como sujetos de una argentinidad, abiertos a dominios de conocimiento muy diversos y articulados con un sistema de reglas y restricciones, de hábitos y costumbres, de rituales y ceremonias, naturalizados como sentido común. El concepto de experiencia debe ser entendido como la correlación dentro de una cultura entre campos de saber, tipos de normatividad y formas de subjetividad; la argentinidad es, en este sentido, una experiencia, la experiencia de ser argentino, constituida históricamente como resultado del ejercicio del poder y de resistencias al poder, de modo que es inmanente y no trascendente a los sujetos argentinos. De modo que la argentinidad no es el modo y forma de ser de los argentinos sino lo que *produce* ese modo y formas de ser; la argentinidad es un discurso que está estructurado como un régimen de verdad.

Ser es hacer. Somos lo que hacemos. Los modos y formas de ser argentinos están estructurados en *sistemas prácticos de la argentinidad*: el modo de ser define lo que se hace, y las formas de ser el cómo se hace lo que se hace. Y lo que se

hace o la manera en que se lo hace no resulta ni de un tipo medio, ni de un tipo construido, ni de un tipo esencial, sino de reglas históricamente (re)producidas en prácticas. Existen racionalidades que organizan las maneras de hacer y que implican un campo de posibilidades, de libertades, en el que se puede elegir cómo actuar en función, por ejemplo, de cómo actúan los otros bajo las mismas circunstancias. La argentinidad es un dominio de prácticas en el que se ponen en juego estrategias y reglas a partir de las cuales producir dichas estrategias: esos dominios son los sistemas, ensambles, conjuntos, o dispositivos prácticos. A veces son sistemas (para no usar el término estructuras), otras son ensambles (para no usar el término dispositivos), y otras son conjuntos (para no usar el término identidades), de racionalidades prácticas.

Un sistema práctico sería una configuración estructural que toma como dominio de referencia lo que los individuos hacen y el modo en que lo hacen produciendo una *actitud* que marca el cuerpo, delimitando el campo posible de sus conductas y una relación de pertenencia con un colectivo social sujeto a gubernamentalidad. De modo que los discursos al inscribirse en el cuerpo se hacen prácticas. La argentinidad sería el efecto de verdad de un régimen histórico de enunciación y visibilidad que define un orden del discurso cuyas reglas constituyen una lógica de la argentinidad. El acople régimen de verdad-sistemas prácticos hace que lo inexistente marque lo real y produzca efectos performativos sobre los sujetos: el discurso, al inscribirse en el cuerpo, se hace práctica. Estos discursos inscriben formas de pensar, hablar, mirar, escuchar, amar, odiar, vestir, comer, de hacer-(se) argentino normal, de modo que los sujetos no son ni sus representaciones ni una formulación ideal, sino efectos de poder, saber, y verdad.

Para estudiar los sistemas prácticos de la argentinidad, es decir sus modos y formas regladas de ser, hay que interrogar esas prácticas regladas en función de cómo, en tanto argentinos, nos hemos constituido como sujetos de un saber (el que enuncian los discursos sobre la argentinidad y pretenden explicarla); nos hemos constituido como sujetos que ejercemos o sobre quienes se ejerce un poder (el que premia una normalidad, castiga una anormalidad, o vigila la inestable frontera entre el buen y mal argentino); nos hemos constituido como sujetos argentinos morales de nuestras acciones incorporando lo que un buen argentino debe o no debe hacer.

Ser argentino es un juego, el juego de la argentinidad y, como en todo juego, hay una meta que alcanzar, unas reglas para alcanzar esa meta, y unas estrategias para jugar: hay que saber, hay que poder, hay que tomar decisiones. Eso es estar sujeto a los sistemas prácticos de la argentinidad y ese estar sujeto es el modo en que propongo estudiar los modos y formas de ser argentinos.

CONCLUSIONES

Actualmente la sociedad argentina atraviesa una etapa de transición que implica una reconfiguración en proceso de los sistemas prácticos de la argenti-

dad. No obstante, como toda transición social no implica el pasaje automático de una forma social a otra que la excluye definitivamente sino un complejo proceso de convivencia inestable entre ambas formas sociales cuyo resultado consistirá en la subsunción de los viejos sistemas prácticos de la argentinidad en los nuevos. Y en ese pasaje se juega el desafío y la oportunidad que tenemos los argentinos y argentinas de construir una sociedad que rompa con el pasado, con sus ciclos y antinomias, con su persistente encadenamiento a formas sociales perimidas, y que ese rompimiento no signifique volver a sujetarse a lo viejo vestido con ropaje nuevo. La conmemoración del Bicentenario de la Revolución de Mayo bien puede convertirse en una efemérides más, en un ritual patriótico escolar de circunstancias, o en el acontecimiento que nos permita reflexionar como sociedad en la perspectiva de construir nuevos lazos sociales cuyo horizonte político, social, cultural, y económico esté signado por la práctica de la libertad. Quizás para convertirnos en argentinos tengamos que dejar atrás la argentinidad del Centenario y no pensar en el gran país que podemos llegar a ser, sino simplemente plantarnos en el presente, mirarnos en el espejo, y reconocernos tal como somos para dejar de ser como somos. Encontraremos una nueva argentinidad cuando dejemos de buscarla.

BIBLIOGRAFÍA

BOURDIEU, Pierre. *Sociología y cultura*. México, Grijalbo, 1990 pp. 154-157.

DELEUZE, Gilles. “¿Qué es un dispositivo?”, en: Varios autores, *Michel Foucault filósofo*. Barcelona, Gedisa, 1990.

FOUCAULT, Michel. *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires, FCE, 2007, pp. 30-41.

——— *Sobre la Ilustración*. Madrid, Tecnos, 2004, pp. 86-97.

——— *Historia de la sexualidad. El uso de los placeres*. Tomo 2. Madrid, Siglo XXI, 1993.

GARCÍA FANLO, Luis. “Carlos Octavio Bunge: sociología positivista y argentinidad”, en: *Discurso y argentinidad*, Nº 4, Otoño 2010. Buenos Aires, 2010 (publicación electrónica), disponible en <http://sites.google.com/site/revistadiscursoyargentinidad/Home/numero-4---edicion-bicentenario>

——— “La argentinidad entre el Centenario y el Bicentenario”, en: Diario *El Nuevo Diario*, Suplemento Cultura. 21 de diciembre de 2009, Santiago del Estero.

——— “Los sistemas prácticos de la argentinidad”, Ponencia presentada en las *Jornadas Internacionales “Michel Foucault. Subjetividad, saber, poder, y verdad”*; evento internacional realizado el 26 y 27 de noviembre de 2009 en Buenos Aires, Argentina. Publicado en CD-ROM.

——— “Genealogía del cuerpo argentino”, en: *A Parte Rei Revista de Filosofía*, Nº 64, Madrid, 2009 (publicación electrónica), disponible en <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/page74.html>

- “Tres modos de problematizar la argentinidad”, en: *El Catoblepas. Revista Crítica del Presente*, Nº 93, España, noviembre de 2009, (publicación electrónica), ISSN 1579-3974, disponible en <http://www.nodulo.org/ec/2009/n093p11.htm>
- “El alma es la cárcel del cuerpo. Hacia una sociología del cuerpo y la argentinidad”, en: *Claseshistoria Revista Digital de Historia y Ciencias Sociales*, Artículo Nº 53, 28 de octubre de 2009, España, (publicación electrónica), ISSN 1989-4988, disponible en <http://www.claseshistoria.com/revista/2009/articulos/garcia-alma.pdf>
- “La producción de la argentinidad, como régimen de verdad, y la educación patriótica escolar en el discurso de Carlos Octavio Bunge”, Tesis Doctoral aprobada el 11 de diciembre de 2007, Universidad de Buenos Aires (inédita).
- “Sociología positivista y educación patriótica en el discurso de Carlos Octavio Bunge”, en: *Revista Sociedad*, Nº 26. Buenos Aires, Prometeo y Facultad de Ciencias Sociales (UBA), 2007.

El héroe de la emancipación sudamericana: San Martín y Bolívar en la mirada de Sarmiento

Susana Villavicencio

Estas generalidades pomposas me fastidiaron y observé secamente que dentro del enigma que nos rodea, la entrevista de Guayaquil, en la que el General San Martín renunció a la mera ambición y dejó el destino de América en manos de Bolívar, es también un enigma que puede merecer el estudio.

Jorge Luis Borges, "Guayaquil", *El informe de Brodie*.

Los hechos de la historia existen en la realidad, pero los hechos en la historia existen como narración. Indagar en la heroicidad de un prócer –la heroicidad no es un dato real, es un acto de significación– supone preguntarse por los modos narrativos en que se lo representó.

Martín Kohan, *Narrar a San Martín*.

Sarmiento hace una presentación de San Martín en su discurso de recepción al Instituto Histórico de Francia, pronunciado en julio de 1847, durante su primer viaje al viejo continente.¹ No es la primera vez que se refiere al Libertador; ya en 1841 había escrito en el periódico chileno *El Mercurio* un artículo encomiando la batalla de Chacabuco. Tampoco será la última. Volverá a escribir en el momento de su muerte, y será la ocasión de aclarar que lo narrado sobre la entrevista que los dos generales de la Independencia sudamericana mantuvieron en Guayaquil, tenía como fuente directa al mismo General San Martín, con quien habría dialogado en la visita que le hiciera en Grand Bourg. "Fui, creo, el primer americano que arrojó alguna luz sobre aquella entrevista misteriosa, de donde salió el desenlace de la lucha."² Podemos interpretar en esa frase, como lo hace Martín Kohan, el gesto voluntarista del sanjuanino dando los primeros pasos en la consagración de la figura sanmartiniana, librándolo de los años de injusticia y olvido.³ Pero no está allí nuestro interés, ni tampoco en insistir en el reconocido egocentrismo de Sarmiento, que lo habría llevado a colocarse como mediador privilegiado, o testigo insoslayable en ese rescate. Quisiéramos más bien ver en su relato sobre el prócer nacional –que es a la vez la construcción de la figura del héroe de la Independencia– un elemento fundamental de la constelación

¹ Sarmiento, D. F. "San Martín y Bolívar", *OC T. XXI*. Buenos Aires, Imprenta Mariano Moreno, 1899.

² "Bolívar y San Martín", declaración publicada por Sarmiento en *Sud América, op. cit.*, p. 42.

³ Kohan, Martín. *Narrar a San Martín*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Ed., 2005, p. 57.

conceptual de la *nación cívica*, que Sarmiento formula en momentos de exilio y de confrontaciones políticas.

Señalemos brevemente que Sarmiento y otros miembros de la generación del 37 serán los primeros en llevar a cabo una reflexión consciente sobre la nacionalidad, cuyo sentido, por otra parte, se debatía de forma más dramática en los campos de batalla de la guerra civil. La idea de *nación cívica*, inscrita en la tradición republicana, existe entonces más como discurso que como realidad efectiva y, por lo mismo, será en las obras programáticas como *Facundo* o *Argirópolis*, en los artículos periodísticos, o en las proclamas y memorias donde podremos reconstruir sus motivos.⁴ Así, la idea de una comunidad de ciudadanos, o de un orden político legitimado en la validez de una ley para todos representa el destino señalado del proceso abierto con las revoluciones de la Independencia de las ex-colonias hispánicas. Su meta será la república democrática, a la que considera el mayor logro de la humanidad toda y, si bien lamenta el presente que encierra a las nacientes repúblicas del sur en un recurrente estado de desorden y postración, apuesta a su necesaria inclusión en la marcha del progreso de las naciones modernas. Tal proyecto necesitaba su héroe.

El mencionado discurso tiene por objetivo explícito presentar, ante un auditorio europeo, elementos de comprensión de los acontecimientos políticos que sacudían estas regiones. Sarmiento escoge describir la fisonomía política de los dos generales, San Martín y Bolívar, las dos grandes figuras de la emancipación hispanoamericana, y echar luz sobre un hecho controvertido en ese momento, la entrevista de Guayaquil, en la cual se dirimió el destino de la revolución en el continente. Pero en lugar de describir sus hazañas efectivas, los presenta, siguiendo la figura del *grand homme* de Víctor Cousin,⁵ como personajes históricos, “verdaderos seres ideales –dice–, inventados sin más antecedentes que un nombre”, cuyo talante suficientemente encumbrado para ser visto a la distancia, será la vía de ingreso a los enmarañados acontecimientos americanos. Así como en *Facundo*, escrito en el mismo período, la figura del caudillo reflejaba el espíritu de un pueblo bajo los efectos de la dominación colonial, la figura del héroe de la emancipación vendrá a encarnar esta vez el pueblo de la república en la que se proyecta el futuro de la nación. Asimismo, la figura del héroe, a diferencia del santo del martirologio cristiano que es una figura de la trascendencia, se destaca por sus cualidades –coraje, virtud– pero no va más allá de la soberanía del pueblo que encarna.

Muchos aspectos acercan a los dos generales: ambos concentraron la resistencia revolucionaria que cada región americana oponía a la dominación española; ambos han recorrido gran parte de América dando batallas, proclamando

⁴ Sobre la idea de *nación cívica* remitimos a nuestro libro *Sarmiento y la nación cívica. Ciudadanía y filosofías de la nación*. Buenos Aires, Eudeba, 2008.

⁵ Cf. Víctor Cousin en sus *Lecciones de filosofía de la historia*, pasaba de las grandes épocas de la historia a los lugares que habían sido su teatro, y luego, de los lugares a los *pueblos* que los habitaban y a los *bombres eminentes* que lo representaban. Así, un pueblo no es una colección accidental de individuos, sino una idea que se expresa en cada uno de los elementos que lo componen, dándole su fisonomía particular. Cf. Villavicencio, S. *op. cit.*, p. 56.

principios e ideas nuevas y finalmente, más allá de las vicisitudes vividas y de los logros alcanzados, ambos tuvieron “de grado o de fuerza” que abandonar la escena política que habían abierto ellos mismos. Bolívar por una muerte temprana, efecto, tal vez, de su “temprano desencantamiento de las cosas americanas”; San Martín, porque buscará en un exilio voluntario lo que no le ofrecían los Estados que acababa de formar. Pero más que por los puntos que tienen en común, es en la contraposición de sus figuras, con las que Sarmiento pretende ilustrar dos sentidos de la política que se jugaban en Sudamérica, y que cada uno habría contribuido a construir. Señalemos que la comparación con San Martín será una constante en la consideración argentina de la figura de Bolívar. Como lo explica Halperín Donghi en nutridas páginas, la expansión hacia el sur de las fuerzas colombianas provocó desde el inicio reticencias y ambigüedades en el Río de la Plata, ante el posible influjo del Libertador meridional en el complejo escenario político nacional. La imagen tradicional de Bolívar en estas latitudes quedará en adelante marcada por las sospechas que despertaban “la concentración y la personalización del poder, constantemente deplorada y abiertamente practicada por el Libertador, que chocaba con la más estricta devoción por el modelo liberal-constitucional practicado en Buenos Aires.”⁶ Será Mitre quien finalmente consagre con la legitimidad reconocida al discurso historiográfico, ese binomio de los libertadores de Sudamérica, y de paso al ingreso de San Martín al panteón de los héroes de la patria.⁷

Si la comparación de la figura de los dos generales era algo ya presente en los discursos sobre la revolución, la configuración sarmientina de la imagen de Bolívar se distingue por el esfuerzo –compartido por la generación romántica– por concebir la singularidad de nuestra experiencia histórica en el marco hispanoamericano. Desde esta mirada, Bolívar era entendible a partir de un mundo análogo al que engendró a *Facundo*, pero era a la vez un ciudadano de pleno derecho, pródigamente educado, dueño de talento y de un genio que Sarmiento no deja de reconocer. En la Introducción de *Facundo* cita el artículo de Jules Reynaud en la *Encyclopedie Nouvelle* para presentar el arquetipo de la incompreensión que habría sufrido Bolívar por parte de todos sus biógrafos de Europa y de América. Estos lo habían asimilado a cualquier general europeo dotado de cualidades superiores sin ver lo que él era realmente: un caudillo popular, es decir no solamente un caudillo, sino la manifestación de la vida interior de un pueblo, marcada por la peculiaridad de su territorio. “Colombia tiene llanos, vida pastoril, vida bárbara americana pura, de ahí partió el gran Bolívar; de aquel barro hizo su glorioso edificio [...] Sin estos antecedentes, nadie comprenderá a Facundo Quiroga, como nadie, a mi juicio, ha comprendido todavía al inmortal Bolívar”.⁸

⁶ Halperín Donghi, Tulio. “Imagen argentina de Bolívar”, en *El espejo de la historia*. Buenos Aires, Sudamericana, 2da. ed. 1988, pp. 114-115.

⁷ Cf. Mitre, Bartolomé. *Historia de San Martín y de la emancipación americana*. Buenos Aires. Anaco, 1950, pp. 178-179.

⁸ Cf. *Facundo* con Introducción de Joaquín V. González. Buenos Aires, Ediciones La cultura argentina (4ª reed.), 1927, p. 38.

La inclusión de estos párrafos en la primera edición de *Facundo* (desaparecerá en ediciones posteriores) tiene el mismo sentido que el paralelo más explícito que Sarmiento despliega en la conferencia ante el Instituto Histórico de Francia: destacar, en toda su ambigüedad, la condición americana y su singularidad.⁹ En el mismo sentido plasmará su condición de héroe en las antípodas de San Martín.

EL HÉROE REPUBLICANO

¿Qué es un héroe en el contexto singular de la emancipación americana? La figura del héroe, sabemos, tiene una tradición en el pensamiento político que se remonta al pasado griego. El héroe de la antigüedad es el jefe de guerra que Homero perfila en la figura de Aquiles, el más ilustre de los héroes griegos. Además del coraje propio del guerrero, un conjunto de valores define el heroísmo en la antigüedad. Vico, refiriéndose a la época heroica, adjudica al héroe una idea de justicia fundada sobre las reglas de la ética socrática, una idea de la gloria que residía en la importancia de los servicios brindados a la humanidad y finalmente el deseo de inmortalidad.¹⁰ Pero el héroe de la antigüedad realiza su hazaña más allá de la voluntad explícita del pueblo.

El héroe moderno, por su parte, es una figura que retorna con la Revolución, y la evocación del héroe desde Michelet y Quinet, hasta Hannah Arendt o Miguel Abensour, tiene la función de resignificar la política con valores de coraje y virtud frente a otras concepciones igualmente modernas, como la de Hobbes, que la habían fundado en el miedo.¹¹ El héroe revolucionario representa una subjetivación política de nuevo tipo capaz de encarnar los gestos de la gran épica de la Revolución. A diferencia del personaje de la antigüedad, no puede existir fuera de la voluntad de su pueblo, y no hace la Revolución sin el pueblo. En ese sentido el héroe moderno se refleja en la figura de Licurgo, que es capaz de dimitir de su función de rey el día que da las instituciones a la república de Esparta, actualizando el principio moderno que distingue al legislador del ejercicio del poder. Está claro que el héroe es singular, y por lo mismo siempre corre el riesgo de eclipsar al pueblo como autor de su propio destino político. Rousseau exclama: “El mundo ha [...] estado sobrecargado de Héroes; pero las naciones no

⁹ La condición de Bolívar como héroe de la emancipación ha sido tratada por varios comentadores. Además del ya citado texto de Halperín Donghi que repasa las diferentes visiones de Bolívar en la historiografía argentina, ver Montalvo, Juan, “Los héroes de la emancipación de la raza hispanoamericana: Simón Bolívar” en *Siete tratados* (1882), edición Paris, Garnier, 1912, T. III; Roig, Arturo A. *El pensamiento Social de Juan Montalvo*, Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador, Corporación Editora Nacional, 1955; Vermeren, Patrice, “Napoleón y Bolívar, o las virtudes del Libertador” en *Revista Ciudadanos*, Nº 6, Buenos Aires, Corregidor, 2003.

¹⁰ Cf. Vico, G. B. “De l’esprit héroïque” (1732) traduit et présenté par G. Navet, *Cahiers du Collège International de Philosophie*, Nº 5. Paris, 1988, p. 17.

¹¹ Cf. Abensour, Miguel. “Saint-Just: les paradoxes de l’héroïsme révolutionnaire” en *Esprit*, Nº 147. 1989, pp. 60-78.

tendrán jamás suficientes ciudadanos”,¹² oponiendo a la figura del héroe antiguo, lo que va a denominar el “verdadero héroe”. El primero produce espontáneamente una glorificación del coraje en las batallas y reenvía a una tradición de valorización de las conquistas y de la aristocracia guerrera. Por el contrario, el verdadero héroe será aquel que “hace héroes de todos sus compatriotas”. De este modo, la asimilación del heroísmo a la facultad de transmitir las virtudes heroicas a todo el pueblo produce un cambio en la idea del héroe en singular, entendido como aquel que asume en sí mismo el ejercicio de la acción política. El heroísmo en plural que corresponde a todos los miembros del pueblo se funde en la idea de patriotismo, en la glorificación militar o política de la totalidad de una nación. Precisamente, el criterio último del valor político de un *grand homme* consiste, para Rousseau, en el papel que hace jugar al pueblo en su conjunto, aboliendo su propia singularidad en esa acción política colectiva.

Podemos decir que Sarmiento forja una categoría específica de héroe, el héroe de la emancipación sudamericana, y lo hace resaltando en el personaje de San Martín los rasgos que hacen de él una singularidad excepcional. La figura de San Martín en el relato de Sarmiento es así la de un *grand homme*, que al igual que Licurgo en el discurso de Rousseau, funde su carácter de héroe en las acciones del pueblo al que contribuyó a liberar. “San Martín –dice– es la última manifestación de las virtudes antiguas que brillaron al principio de la Revolución de la Independencia Sud-Americana.”¹³ Revalorizando la virtud antigua en su personaje va a destacar, más que la hazaña y la grandeza que le estaba reconocida a ambos generales, aquel rasgo que va a diferenciar a San Martín de Bolívar y que convierte al primero en el héroe republicano, en el que Sarmiento proyecta el destino que quiere para la Argentina.

¿Qué cualidades hacen que San Martín pueda representar al héroe moderno? ¿Qué relación hay entre las virtudes singulares de los *hombres de excepción* y las modalidades concretas de la acción política que incluye las virtudes de todo un pueblo? Sarmiento traza un retrato de San Martín en el que ya desde su presencia física, adusta y de gran talla, lo destaca frente a los demás. Su narración perfila así el *personaje* histórico que encarna el espíritu republicano. Educado en España, regresa al país para abrazar la causa de la liberación de América. En el territorio donde actuó los españoles expulsados no vuelven a reconquistar ni un palmo del terreno, por el contrario, las fuerzas de la independencia ocupan el territorio del Virreinato de Buenos Aires y se expanden hacia Perú, Chile y Montevideo, poniendo fin a la dominación española en los lugares donde la encuentra. Pero, el dato que hace la diferencia será que nadie se arroga durante la lucha política la representación de la revolución. Sarmiento enumera las formas de organización popular de la revolución, “hay Congresos, Directorios, representantes

¹² Cf. Rousseau, J. J. “Discours sur la vertu du héros”, *Advertissement*, OC II, p. 1262. citado por Blaise Bachofen, *La condition de la liberté. Rousseau, critique des raisons politiques*. Paris, Payot, 2002, p. 260.

¹³ “San Martín y Bolívar”, *op. cit.*, p. 37.

del Pueblo, generales que mandan ejércitos independientes, tribunos, demagogos, revueltas populares que derrocan el gobierno, todas las fases que el poder toma en las revoluciones, menos la Dictadura, que nunca fue proclamada.”¹⁴ En la República, el poder revolucionario distribuido sobre muchas cabezas, oponía obstáculos al poder de Uno solo.

San Martín es caracterizado primeramente como un general moderno, el estratega que introdujo la ciencia de la guerra, produciendo una revolución en el sistema de combate de los americanos. Esta transformación de los antiguos *gauchos* en ejército moderno reorganiza las luchas populares con la introducción de la táctica, la disciplina y la estrategia que darán mayor alcance y valor a la resistencia. Sus resultados se harán visibles con el triunfo sucesivo frente a las fuerzas españolas que se resistían en otras regiones de las antiguas colonias. Las campañas a Chile y al Perú, las otras intervenciones del ejército de los granaderos en Venezuela o Quito, dan muestra de la eficacia de un regimiento disciplinado y audaz.

El segundo elemento es su concepción política que revela tempranamente el espíritu republicano que iba tomando forma en América del Sur. Habiendo liberado Chile, San Martín no acepta ponerse al mando del gobierno y sólo usa su influencia para que se forme un gobierno nacional que favorezca el intento de llevar la guerra al Perú. Será justamente en su arribo al Perú donde se expresa plenamente la actitud republicana del héroe emancipador. Sarmiento describe a Lima como la ciudad más rica de las colonias, cuya vida discurre bajo las costumbres del antiguo dominio. Residencia de los virreyes, la compara con una corte “por el lujo, la disipación y los placeres.” Paradójicamente, el general “tan osado para atravesar los Andes” vacilará ante la toma de la ciudad. Sarmiento muestra a San Martín deteniendo su ejército a las puertas de Lima por un escrúpulo de conciencia: ningún patriota de la ciudad se había presentado a su cuartel para darle la bienvenida. La ciudad no daba muestras de participar del espíritu de independencia. Basándose en las memorias del capitán Basil Hall,¹⁵ ante quien San Martín habría sincerado sus motivos, afirma que no era la gloria militar lo que movía al hombre de armas, ni el deseo de conquista, sino librar al país de la opresión. La intervención del ejército libertador no tenía razón de ser si los habitantes de la ciudad resultaban contrarios, puesto que la *opinión pública* era el nuevo recurso de legitimidad de los gobiernos republicanos. Representando los nuevos ideales, San Martín habría considerado que los habitantes debían manifestarse y juzgar cuáles era sus verdaderos intereses.

Mi único pensamiento es librar a este país de la opresión. ¿Qué haría yo en Lima si los habitantes de esa ciudad me fuesen contrarios? Mi plan es enteramente diverso;

¹⁴ *Ibid.*, p. 19.

¹⁵ Respecto de este viajero ver Basil Hall, “Con el General San Martín en el Perú”, en *1950 Año del Libertador Gral. San Martín*, Buenos Aires, Yapeyú, 1950 (1ª ed. 1829) citado en B. Bragoni, *San Martín. De soldado del Rey a héroe de la Independencia*. Buenos Aires, Sudamericana, 2010, p. 191.

deseo ante todo que los hombres se conviertan a mis ideas, y que sus sentimientos se pongan actualmente de acuerdo con la opinión pública. Que la capital proclame su profesión de fe política, y yo le proporcionaré la ocasión de dar el paso con entera libertad.¹⁶

Cuando finalmente el virrey anunció que abandonaba la ciudad en dirección de la sierra junto a 2000 hombres armados, designando a un noble americano como gobernador político y militar de Lima, la agitación aumentó en la ciudad, creando confusión y miedo en las elites a quienes no les quedó otra salida que huir o aceptar la independencia. El nuevo gobierno tuvo al fin que enviar una diputación a San Martín invitándole a tomar posición en la ciudad. Las alternativas de la campaña militar de San Martín al Perú y de sus acciones en la “Ciudad de los Reyes” constituyen uno de los capítulos decisivos de su historia política, en el que habrá de enfrentar dilemas fundamentales de su destino militar y personal. Los hechos han sido profusamente tratados en la historiografía y no es nuestra tarea reconstruirlos.¹⁷ Por el contrario, es el relato de los acontecimientos reconstruido por la pluma de Sarmiento el que nos interesa aquí. ¿Cuáles son entonces los hechos destacados en la reconstrucción de la figura del héroe? ¿Qué versión de los acontecimientos recoge? ¿Qué lugar ocupa el encuentro de los dos generales en Guayaquil? ¿Qué acciones y qué palabras cobran significado? El tercer elemento en la composición del héroe de la emancipación es la actitud personal de San Martín, sustentada en una ética republicana, para la cual lo público se antepone a los intereses privados. Así Sarmiento irá a las fuentes disponibles y repondrá datos de esa entonces nebulosa historia, obtenidos según sus dichos del diálogo mantenido en Grand-Bourg con el patriota exiliado.

Como es sabido, el resultado de la entrevista de Guayaquil será la renuncia de San Martín a la conducción del ejército libertador a favor de Bolívar. Las enfermedades endémicas habían reducido a la mitad el ejército que había desembarcado en Perú. Los nuevos cuerpos formados en el país habían mostrado poca aptitud para la guerra. Sólo reuniendo las fuerzas de ambos ejércitos, la campaña contra los realistas podía terminar con un triunfo asegurado. La entrevista de Guayaquil, solicitada por San Martín para lograr ese apoyo y terminar la guerra en el Perú, reunirá a los dos jefes de los ejércitos de la América del Sur. Ambos tenían la más alta idea de la capacidad militar del otro. “Por los dos hombres más grandes de América del Sur: el general San Martín y yo”, Le hace decir Mitre a Bolívar en el brindis de bienvenida celebrado antes de la conferencia.¹⁸ Sin embargo, el foco del relato de la entrevista estará puesto en la incompatibilidad de los dos proyectos y de las ideas sobre el destino del disputado territorio colonial, que representaban cada cual. Sobre el histórico encuentro relata Sarmiento:

¹⁶ “San Martín y Bolívar”, *op. cit.*, p. 24.

¹⁷ Para una versión reciente de esta historia ver Bragoni, B. *op. cit.*, pp. 141-142.

¹⁸ Mitre, B. *op.cit.*, p. 888.

San Martín, no queriendo ver más que el buen éxito de las operaciones militares principiadas en el Perú, venía con el ánimo libre de toda idea ulterior a solicitar la cooperación de Bolívar a llevar a buen fin la campaña. General de las provincias Unidas, una vez libertado el Perú debía alejarse necesariamente de aquel país. El porvenir allí no se ligaba a su persona por ningún vínculo duradero. Solicitaba el reemplazo de las bajas que había experimentado la división auxiliar dada a Sucre, porque necesitaba soldados para continuar la guerra; pedía la reincorporación de Guayaquil al Perú porque había pertenecido al virreinato.¹⁹

Sarmiento ubica a San Martín en una posición de sinceridad, como aquel que expresa abiertamente sus motivos porque no tiene segundas intenciones. A Bolívar, por el contrario, embozando su pensamiento para no dejar traslucir sus proyectos aún no maduros. Las respuestas reticentes del Libertador al pedido de apoyo militar habrían llevado a San Martín a proponer finalmente, casi en respuesta al pensamiento íntimo del Libertador: “Y bien General, le dije, yo combatiré bajo sus órdenes. No hay rivales para mí cuando se trata de la Independencia de América.” La momentánea vacilación de Bolívar fue seguida por la enumeración de obstáculos constitucionales que levantaba en torno a su persona, encerrando el ofrecimiento en un círculo de imposibilidades.²⁰

El segundo testimonio es del comandante Lafond, de la marina francesa, que en su libro *Voyages autour du monde*, había publicado una carta de San Martín a Bolívar, fechada en Lima el 29 de agosto de 1822, que retoma todos los puntos en cuestión, y que Sarmiento copia íntegramente por considerarla clave en el esclarecimiento de lo acontecido:

En fin General, mi partido está irrevocablemente tomado; para el 20 del mes entrante he convocado el primer Congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación, me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el único obstáculo que le impide a Ud. venir al Perú con el ejército a su mando; para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la Independencia bajo las órdenes de un General a quien la América del Sur debe su libertad; el destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse.²¹

En vísperas de la liberación definitiva de América, esta abdicación del poder relatada en una carta personal, “testamento –dice– en la que un hombre eminente lega a otro la gloria, el poder adquirido, con todas las prevenciones para que su heredero aproveche de su legado”, revela la dimensión ética del héroe republicano. Operan en su relato dos modos que puede asumir lo político. Si desde el punto de vista militar Bolívar es considerado un genio, el hombre más extraordinario que haya producido América en su época, en lo político tenía proyectos,

¹⁹ “San Martín y Bolívar”, *op. cit.*, p. 32.

²⁰ *Ibid.*, p. 32.

²¹ *Ibid.*, p. 35. Esta carta es también citada por J. B. Alberdi en su biografía del General San Martín y posteriormente por Mitre, y es considerada uno de los principales documentos sobre la entrevista de Guayaquil.

ideas que quería implementar, ambición de gloria y de mando que hacían converger el poder político sobre su persona. Por el contrario, la renuncia de San Martín “a una obra feliz y gloriosamente comenzada”, en una edad donde el futuro era aún promesa, tiene el valor de reafirmar su convicción de que sólo el pueblo es el único responsable de su gobierno. En la versión sarmientina del resultado de la entrevista de Guayaquil, San Martín, al igual que los tribunos romanos evocados por los filósofos ilustrados, encarna los valores del humanismo cívico. La actitud republicana de ceder la “gloria imperecedera” que le traía el poder conquistado, de “acallar todo lo que el corazón humano tiene de noblemente egoísta” para separarse de los negocios públicos y dejar un ejército que había formado y enseñado a triunfar y pasar al destino incierto del exilio, lo confirman.

La figura del héroe republicano requiere que la historia sea la de un mundo común, y que la realización del hombre como sujeto político, como un ser para la libertad, ponga en juego la pasión por la libertad, porque donde hay miedo a la muerte no hay héroes. Así, Sarmiento trata a San Martín como héroe republicano, puesto que su figura representaría no sólo la recreación de la pasión antigua por la libertad, sino que, contra toda idea de ideologización o de mitología del héroe, el suyo es un heroísmo que encuentra su sentido en la acción política colectiva. Su acción busca no privar al pueblo de constituirse como sujeto de su propia emancipación y no despojarlo del acto emancipatorio que lo constituye como pueblo. La función del héroe de la emancipación no es, entonces, el que da al pueblo la libertad, sino aquel que encarna la virtud y la capacidad política que autoriza al pueblo a conquistar por sí mismo su libertad política.

BOLÍVAR Y LAS CONTRADICCIONES DEL AMERICANISMO

La figura de Bolívar encarna para Sarmiento otra forma de lo político que se plasmará en América con la revolución. Héroe indiscutido de la emancipación, responsable de las luchas de la Independencia de toda la parte meridional que se inician en Caracas, Sarmiento le reconoce el carácter de “genio de la guerra”, tal vez, la figura más importante que había dado América. Pero Bolívar es también un hijo de América, y como señalamos anteriormente, sólo puede ser comprendido considerando la peculiaridad de las circunstancias geográficas y sociales, sin las cuales su condición de caudillo se diluye tras el ropaje de un general europeo.

A diferencia de San Martín que hace héroe al pueblo, Sarmiento proyecta en Bolívar la figura del héroe singular: “La historia de Venezuela desde 1814 en que Bolívar se apodera de Caracas, se liga en todos sus actos políticos a la persona del Libertador, que asume desde ese momento la Dictadura, la cual con su significado romano, expresaba ya que la salvación de la República dependía de un solo hombre.”²²

²² “San Martín y Bolívar”, *op. cit.*, p. 18

Bolívar, como ningún otro, representa la concentración del poder y el deseo de gloria que caracterizan al héroe en singular. Sarmiento no duda en hacer el inventario de sus cargos: Bolívar ha sido General en Jefe de Ejércitos, ha sido el presidente de una República que iba agrandando cada día por agregaciones sucesivas, ostentaba el título de *Libertador* –otorgado por el Congreso reunido por él en Angostura en 1819, luego de haber conquistado Nueva Granada–; incorporada esta última a Colombia, había sido elegido presidente de la doble República; en 1820, había entrado en Quito, que también quedó incorporada como parte integrante de Colombia; por fin, será el Dictador permanente.

Desde el punto de vista militar, la diferencia entre los dos generales es neta: “El ejército de Bolívar estaba montado sobre otro pie: Bolívar era más que el General en jefe, el soberano absoluto, a cuya persona y voluntad se referían todas las cosas. Jefes de alto rango le prestaban servicios personales incompatibles en otros ejércitos con su grado militar”.²³ En apoyo de su descripción, evoca las declaraciones del General Mosquera, que estaba a su servicio, luego presidente de Nueva Granada: “Cuando vimos el ejército de San Martín, conocimos por primera vez lo que era la jerarquía militar. Entre nosotros, no había sino General en jefe y soldados.”²⁴

Asimismo, la actitud personal está en las antípodas de la virtud republicana que había destacado en San Martín: “Bolívar tenía una sed insaciable de gloria y después de haber sido Libertador de América, quiso ser el legislador universal.”²⁵ Esta actitud personal se registra en cada una de las instituciones que formó: Bolivia, por ejemplo, la República a la que dio su nombre, haciéndola servir de ensayo para una constitución política que él había imaginado. Era un modelo constitucional en el que había un presidente de por vida, irresponsable; y una cámara de tribunos, otra de Senadores, otra de Censores, que debían limitar recíprocamente la acción de los poderes. “En el fondo como en el objeto, dirá Sarmiento, era una traducción de la segunda edición del Consulado de Bonaparte.”²⁶

CONCLUSIONES

Dos motivos encierra el discurso pronunciado por Sarmiento en 1847 ante los observadores europeos de la realidad sudamericana. Por una parte, dar a conocer la postura sanmartiniana en la entrevista de Guayaquil, y salir al cruce de la versión que explicaba el disentiimiento entre ambos generales, por las ideas monárquicas que éste habría sostenido frente a Bolívar. Ironía de la historia, dirá, ante la cual quiso contrastar las dos actitudes contrapuestas que encarnaban la figura del Libertador: la expatriación voluntaria de San Martín, confirmaba su

²³ *Ibid.*, p. 29.

²⁴ *Ibid.*, p. 30.

²⁵ *Ibid.*, p. 37.

²⁶ *Ibid.*, p. 38.

sinceridad con la abdicación del poder. Bolívar, agrega, “murió intentando revoluciones.” Por otra parte, tomar una postura activa en la recuperación de la figura de San Martín como héroe de la Independencia. El general había caído en el olvido después de la abdicación al mando supremo del Perú y de su partida al exilio voluntario, que se vio rodeada de un clima adverso. Esta primera reivindicación, será confirmada años más tarde por un Sarmiento maduro, en el discurso pronunciado el 28 de mayo de 1880, en el momento de la repatriación de sus restos. Enunciando ese acto como el complemento del largo y penoso trabajo operado en la mente de los pueblos para reconocer “lo bueno, lo bello, lo grande” de su legado, esto es, “la Independencia de varias naciones, obtenida sin imponerse el vencedor en cambio de la dominación destruida”,²⁷ o iniciando, con las pruebas del veredicto histórico, la reparación de las injusticias cometidas inevitablemente por los contemporáneos “al juzgar actos de los hombres que ejercen grande influencia sobre el destino de las naciones”, Sarmiento ubica a San Martín en el panteón republicano de su proyecto de nación cívica, aunque, como declara, “San Martín no estuvo libre de intentar introducir la monarquía en América.”²⁸

Reservemos unas últimas reflexiones a la contraposición de las dos figuras del héroe de la emancipación. Bolívar y San Martín fueron los jefes indiscutidos de la Revolución sudamericana. Su oposición no fue la de la puja de personalismos, aunque quedaba claro que “ambos no cabían en un solo teatro militar”. Divergían en posturas políticas a pesar de su compromiso indeclinable con la Independencia. La vocación republicana convivía en ambos con la aceptación de la monarquía constitucional al estilo británico: San Martín llegó a concebirla como una estrategia adecuada ante las urgencias de la campaña contra los españoles. Bolívar la perfila en modelos constitucionales aunque creyera en el igualitarismo republicano como una garantía de la unión política en estos mundos heterogéneos.²⁹ Para Halperín Donghi, la oposición de los dos generales en el discurso sarmientino no es la de la autenticidad americana frente a lo exótico, sino que se corresponde con el contraste de dos niveles de civilización yuxtapuestas en las tierras del Plata, que el historiador remite a las sociedades del siglo XII y del XIX. Como sostiene Sarmiento en *Facundo*, son dos sociedades que habían convivido sin conocerse, y en ellas proyecta el pasado y el porvenir de las ex colonias. Entonces, si la figura de Bolívar, como argumenta Halperín Donghi, es la del *genio* que por serlo logra eludir las disyuntivas impuestas por la realidad americana, no puede alcanzar el valor de ejemplo porque es por sí inimitable.³⁰ Por nuestra parte, lo que intentamos retomando esta oposición, es recomponer una constelación conceptual que en Sarmiento opera sobre el trasfondo de una filosofía de la his-

²⁷ Discurso pronunciado en el acto de llegar las cenizas del General D. José de San Martín al Muelle de las Catalinas, 28 de mayo de 1880. en *OC*, T.XXII, p. 78.

²⁸ “San Martín y Bolívar”, *op. cit.*, p. 41.

²⁹ Cf. Bragoni, B. *op. cit.*, p. 156.

³⁰ Halperín Donghi, T. *op. cit.*, pp. 118-119.

toría. Las nuevas naciones habían comenzado con revolución, y si las sociedades del siglo XII y las del XIX convivían aún en estas tierras como la “civilización y la barbarie” el futuro era republicano. Al inicio de su conferencia había expresado: “[...] cualquiera que sea el estado de descomposición, de desorden y de postración en que los nuevos Estados se presentan, la América del Sur forma tan noble parte del globo y es favorecida de condiciones propias al rápido desarrollo de los pueblos que la habitan, que en despecho de sus propios desaciertos, aquellos Estados están llamados en un período más o menos largo, a figurar en la escena política de la tierra.”³¹ En ese futuro ineluctable porque es la realización de una idea, la figura de Bolívar, el héroe singular que brilló en el fulgor de la batalla y concentró la gloria en su persona, dejará paso al héroe republicano.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- BRAGONI, Beatriz. *San Martín. De soldado del Rey a héroe de la nación*. Buenos Aires, Sudamericana, 2010.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio. “Imagen argentina de Bolívar” en *El espejo de la historia*. Buenos Aires, Sudamericana, 2ª ed., 1988.
- KOHAN, Martín. *Narrar a San Martín*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Ed., 2005.
- MITRE, Bartolomé. *Historia de San Martín y de la emancipación americana*. Buenos Aires, Anaconda, 1950.
- SARMIENTO, D. F. “San Martín y Bolívar”, *OC* T. XXI. Buenos Aires, Imprenta Mariano Moreno, 1899.
- *Facundo*, con Introducción de Joaquín V. González. Buenos Aires, Ediciones La cultura argentina, 4ª reed., 1927.
- “Discurso pronunciado en el acto de llegar las cenizas del General D. José de San Martín al Muelle de las Catalinas, 28 de mayo de 1880”, *OC* T. XXII. Buenos Aires, Belín Sarmiento, 1899.
- VERMEREN, Patrice. “Napoleón y Bolívar, o las virtudes del Libertador” en *Revista Ciudadanos*, Nº 6. Buenos Aires, Corregidor, 2003.
- VILLAVICENCIO, Susana. *Sarmiento y la nación cívica. Ciudadanía y filosofías de la nación*. Buenos Aires, Eudeba, 2008.

³¹ “Bolívar y San Martín”, *op. cit.*, p. 12.

El partido socialista argentino y el problema de la inmigración en la Argentina de entreguerras.

El proyecto de Ley de E. Dickmann (1922) *

Martín Reydó

En línea con los últimos trabajos respecto a este centenario partido del sistema político argentino, nos abocamos en esta ponencia a trabajar el controvertido tema de las corrientes migratorias y la posibilidad de contenerlas por vías legislativas, tema que ya había sido objeto de preocupación de la delegación argentina del partido socialista durante la II Internacional significando un rotundo fracaso de la postura restrictiva allí sostenida.

El proyecto del diputado Dickmann de modificación de la Ley Avellaneda sobre la inmigración haciéndola más restrictiva, suscripta por todo el bloque del socialismo, redundaba en prejuicios racistas tomados del darwinismo social decimonónico y se ubica a contramano de las orientaciones de aquella, ya lejana, II Internacional. Centrándonos en este proyecto de ley, y en las discusiones que provocara al interior del propio partido y de éste con la FORA, intentaremos compararlo con otros proyectos de leyes migratorias de la época de partidos no-socialistas señalando similitudes y diferencias.

Creemos que trabajos de este tipo arrojan una luz nada despreciable sobre este importante partido (que de hecho en 1924 alcanzará su máxima representación parlamentaria) ubicándolo como profundamente imbuido en las discusiones y problemáticas más espinosas de la “política criolla” de la época.

La temática de la inmigración y su relación con el Partido Socialista Argentino (PS de ahora en más) ha sido abordada, en forma general, en algunos trabajos ya clásicos de la historiografía de los últimos años.¹ Las más de las veces estos textos buscaron remarcar que el PS siempre se manifestó a favor de la inmigración y se empeñó en incorporar a esos extranjeros llegados al país a la vida político-electoral, bregando incansablemente por su nacionalización. Esta apreciación se inscribía en una conceptualización más general del socialismo

* Ponencia presentada en las XI^a JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA. San Miguel de Tucumán, 19 al 21 de septiembre de 2007.

Mesa Temática Abierta: Los partidos de izquierda en la sociedad argentina, 1890-1960.

¹ Citaremos aquí solamente los renovadores e ineludibles textos de Aricó, J., *La hipótesis de Justo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999; y de Halperín Dongui, T., “¿Para qué la inmigración?” en *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998. Para un estudio más general sobre el PS veáanse Adelman, J., “El partido socialista argentino”, cap VI, del tomo V de la *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000; y el reciente artículo de Camarero, H. y Herrera, C., “El Partido socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas”, en *El partido socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

argentino, según la cual dicho partido lejos estuvo de ser un producto foráneo y extranjerizante, acusación corriente del revisionismo de los años 60 contra la que estos textos discutían.²

Ahora bien, esta visión general, guiada por los principios doctrinarios del socialismo argentino (básicamente expresados en los escritos de Juan B. Justo), debe matizarse cuando, por el contrario, se centra el foco en lo que podría denominarse la “cuestión migratoria”, es decir, las situaciones y problemas sociales concretos que surgían por el aluvión inmigratorio, y la representación que sobre ella hacía el partido.³ En este sentido, el PS guarda con el incesante aluvión inmigratorio una doble relación: *positiva*, en tanto que puebla, moderniza y constituye la clase para la cual (y por la cual) el partido se organiza; y *negativa*, porque no deja, como un torrente poblacional siempre abierto, de ofertar más mano de obra de la que la economía argentina todavía en vías de desarrollo, puede demandar. Es tan evidente esta tensión, que llamaremos *local*, como aquella otra que tiene que ver con la relación entre los principios internacionalistas (que postulan la solidaridad proletaria transnacional con los que llegan al país) y la necesidad concreta de resguardar el nivel de vida de la clase obrera argentina, tensión que se expresa en la relación del PS con los partidos socialistas de países expulsores de población (europeos, vale decir). A esta última la llamaremos *tensión internacional*.

Esta ponencia, en línea con el objetivo de analizar esta problemática general, buscará bosquejar la representación que hace del fenómeno migratorio el PS en la inmediata posguerra, haciendo sólo una breve referencia al tema a principios del siglo XX, y tomando como eje de análisis la presentación del proyecto de reforma de la ley de inmigración (la canónica ley Avellaneda) que hiciera la diputación socialista en julio de 1922. Qué lugar ocupaba en la agenda del socialismo argentino este tema, cómo argumentan los socialistas la necesidad de esta reforma que iba a contramano de la larga tradición liberal que predominaba sobre este asunto, qué tratamiento hace sobre esta iniciativa en particular *La Vanguardia* (órgano de prensa del partido), de qué manera se manejan las tensiones (tanto la local como la internacional) y cómo se inscribe, aunque más no sea someramente, este proyecto (que no llega a tratarse siquiera en comisión) en el marco de los varios proyectos de reforma de la ley Avellaneda que se dan a partir de la Primera Guerra Mundial, serán las preguntas que trataremos de trabajar en esta ponencia. Vale aclarar que no sabemos de otros trabajos que hayan estudiado este proyecto de ley en particular (Proyecto Dickmann, PD de ahora en más, por ser Enrique

² Baste citar, a modo de ejemplo de esta postura, a Puiggrós, R.: *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Hispanoamérica, Buenos Aires, 1986.

³ Uno de los trabajos que se ocupa de nuestra temática, para principios del siglo XX, es Geli, P. “El Partido Socialista y la II Internacional: la cuestión de las migraciones” en *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Camarero y Herrera (editores), de quien tomamos algunas de las hipótesis de esta ponencia.

Dickmann el autor) ni demasiada literatura que analice esta serie de proyectos de reformas de la ley Avellaneda.⁴

MARCO LEGAL PARA LA INMIGRACIÓN MASIVA. EL CORTE CON LA GRAN GUERRA

Entre 1880 y 1914 arribaron a la Argentina más de 4.200.000 personas, en un clima de marcado liberalismo y de nulas restricciones.⁵ El marco legal que amparaba a dichos inmigrantes lo constituía, además de la Constitución Nacional,⁶ fundamentalmente la Ley Avellaneda (Ley 817). Esta ley le otorgaba a todo extranjero menor de 60 años que quisiera trabajar en suelo argentino ventajas considerables: desde la posibilidad de ser alojados y mantenidos a expensas del Estado durante un determinado lapso,⁷ hasta ser trasladados al punto de la Nación donde quisieran fijar su domicilio.⁸

Luego de la Primera Guerra Mundial, sin embargo, con el reflujo de las corrientes migratorias al país,⁹ se incrementaron los controles, y el Estado argentino comenzó a intervenir como un actor importante (aunque nunca decisivo) en el proceso. La crisis económica, con las preocupantes tasas de desocupación que acarrea y la conflictividad social ascendente, significará el fin de una política inmigratoria irrestricta e incondicionada.¹⁰ En 1919, y en respuesta a los sucesos de la Semana Trágica, el gobierno de Yrigoyen pondrá en vigor dos decretos que aumentaron los requisitos legales para poder desembarcar en el puerto.¹¹ En 1923, por su parte, el gobierno de Alvear, en un clima de marcada tranquilidad social, reforzará las disposiciones de control a través de un decreto que reglamenta la

⁴ Un texto que sí lo hace es Devoto, F.: “El revés de la trama: políticas migratorias y prácticas administrativas en la Argentina (1919-1949)”, en *Desarrollo económico*, vol. 41, Nº 162, 2001. Sabemos también de un texto de Blanca Sánchez Alonso, todavía inédito, que trata de manera general esta serie de proyectos a los que nos referiremos más adelante. Para la tensión internacionalismo-nacionalismo, de la cual la *cuestión inmigratoria* que aquí tratamos es sólo un aspecto, hemos consultado el sugerente artículo de Da Orden, María L., “Entre internacionalismo y nacionalismo: el enfoque de la nación en Juan B. Justo”, *Estudios Sociales*, Nº 6, Santa Fe, 1994, pp. 55-72.

⁵ Los datos estadísticos y el marco general para este apartado han sido tomados de Devoto, F: *Historia de la inmigración argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

⁶ La Constitución Nacional en su Preámbulo deja abierta las puertas “a todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino”, y en su art. 20 otorga derechos civiles y sociales a todos los “habitantes”, es decir, tanto a extranjeros como a nacionales.

⁷ Cinco días o mientras durase una enfermedad que les imposibilitara el cambio, tal como señala el art. 12, inciso 1 de la Ley de Inmigración y Colonización.

⁸ Art. 12, inciso 3, de la citada ley.

⁹ Debido a los mitos patrióticos operantes que llamaban a los connacionales en el exilio al retorno a la patria en guerra e, indudablemente, a la crisis de la economía argentina durante los años 1915 y 1917 el saldo migratorio se convirtió en negativo. Al respecto, véase Devoto, *op. cit.*, cap. 8.

¹⁰ Tomamos el corte fuerte en un antes y después de la Primera Guerra Mundial siguiendo los lineamientos propuestos por el libro de Devoto. Las represivas leyes de Residencia (1902) y de Defensa Social (1910), marcan un cambio radical respecto a la valoración que hacían las autoridades de los inmigrantes. Sin embargo, no modifican todavía el marco regulatorio para la inmigración. Baste recordar que el récord de arribos se da en 1912 (323.000 entradas), con plena vigencia de estas leyes.

¹¹ Además del pasaporte con fotos se exige ahora a los inmigrantes certificados de falta de antecedentes penales, de no mendicidad y de salud mental.

ley Avellaneda de 1876. Como marco en el que se inscriben estos dos decretos se alzan una serie de proyectos de reforma de la ley Avellaneda, entre los que se halla el PD.¹²

Este cambio de clima respecto al fenómeno migratorio forma parte de un contexto internacional de posguerra de marcada intervención de los distintos estados en la regulación de los movimientos migratorios. Intervenciones producidas por distintos motivos, entre los cuales Devoto señala: el incremento de la xenofobia, la amenaza social y “revolucionaria”, la necesidad de incrementar y regular la mano de obra para la reconstrucción de las economías. Como veremos en esta ponencia, esta caracterización, pensada originalmente para las iniciativas oficiales, no resulta en absoluto inapropiada a la hora de describir algunas motivaciones (no todas, por supuesto) del PS y su relación con la cuestión migratoria.

La ley de cuotas de 1921 de los EE.UU., que establecía un cupo para cada grupo migratorio, perjudicando a los inmigrantes del este y sur de Europa, será un punto de referencia ineludible para el proyecto Dickmann y los editoriales de *La Vanguardia* que iremos analizando. Esta ley que restringía el flujo de inmigrantes en la principal nación receptora del mundo significará para la Argentina una rápida recuperación del caudal poblacional (aunque sin poder alcanzar los valores de preguerra) y, lo que es más importante, grupos excluidos por las restricciones norteamericanas se dirigirán ahora a la Argentina haciendo trepar la inmigración a casi 200.000 ingresos en 1923. Entre ellos, el número de inmigrantes del centro de Europa se elevaba, pasando el 3,4% del total de arribos en 1921, al 9,3% de 1923. Este cambio en la composición regional del flujo será interpretado como un sub-tema dentro de la cuestión migratoria: el tópico de la *calidad de la inmigración*.

Como intentaremos mostrar a lo largo de este trabajo, el PS no se mantiene en modo alguno al margen de estos cambios, y participa activamente de las discusiones (y por qué no prejuicios) de la época otorgándole una importancia nada menor a estos temas, aunque siempre resignificándolos desde una matriz argumental clasista que entra en tensión, una y otra vez, con los principios internacionalistas que no deja de proclamar en este período y que ya aparecían, desde principios de siglo, en el marco de los congresos de la II Internacional.¹³

LA CUESTIÓN MIGRATORIA Y EL PS DURANTE LA GUERRA

Apenas iniciada la guerra, entonces, encontramos al diputado Enrique Dickmann analizando la problemática de la inmigración argentina y relacionándola, como tantos otros intelectuales y políticos de la época, con el problema del la-

¹² Los proyectos son: Alcorta-Avellaneda, 1909; Moreno, 1916; Melo, 1919; Maidana, 1922 (reitera el proyecto de Melo); Dickmann, 1922 y finalmente el proyecto Alvear-Le Bretton, 1923. Ninguno de ellos logra ser tratado en el recinto.

¹³ Sobre este tema, véase Geli, P. “El Partido Socialista y la II Internacional: la cuestión de las migraciones” en *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Camarero y Herrera (editores).

tifundio.¹⁴ En el epígrafe mismo del texto aparecen dos artículos del programa mínimo del PS, que habrían de dar solución definitiva a estos dos problemas que en realidad son uno solo: “Supresión de todo fomento artificial de la inmigración” (art. 15) e “Impuesto directo y progresivo sobre la renta del suelo” (art. 16). Veamos cómo organiza Dickmann su argumentación.

El aumento de la población constituye todavía un problema para la Argentina y su porvenir. Permanece como un objetivo incumplido. La solución queda en manos de la inmigración, que sigue siendo reducida si se la compara con los EE.UU. Ahora ¿por qué ocurre eso? Se debe en especial –siguiendo el razonamiento de Dickmann– a la estructura de la propiedad de la tierra: los latifundios impiden el acceso de los inmigrantes a la misma. Reaparece aquí el ideal, decimonónico él, de una comunidad de *farmers-ciudadanos* que sería propia de los EE.UU.

Nos dice Dickmann, insistentemente, que lejos de ser espontánea y natural la inmigración en la Argentina es inmigración artificial. Los impuestos aduaneros, que gravan al consumo y por lo tanto a la clase trabajadora, son los que financian la propaganda inmigratoria que se hace en los países centrales para atraer mano de obra a estas pampas. El inmigrante, por momentos en la argumentación de Dickmann, aparece como un enemigo del pueblo: “...desembarcado, alojado, mantenido e internado con los dineros del presupuesto sacado de las necesidades elementales del pueblo”, (p. 12) o cuando sostiene “gastamos millones en lujosos hoteles de inmigración” (*sic*, p. 14). La inmigración artificial se hace a costa del pueblo y contra el pueblo. La tensión local, de la que hablábamos en nuestra introducción, se hace presente.

Es que el objetivo de las clases dominantes, nos aclara Dickmann, no es poblar nuestras extensas tierras de hombres libres y productores autónomos sino de atraer al país mano de obra abundante y barata. Esta inmigración artificial no es, en suma, más que la estrategia de los capitalistas para rebajar los salarios y desorganizar a la clase obrera argentina. Contra ella entonces se hace necesaria la acción del partido.

En un subtítulo del texto titulado *La calidad de la inmigración*, Dickmann aclara que “no somos racistas como los anglosajones, pero mientras en EE.UU. no es deseable el italiano, en la Argentina se lo considera como la mejor inmigración”. En los últimos años, además, han llegado al país “ciegos, inválidos, analfabetos, rufianes, mendigos y prostitutas”. Bien cabe preguntarse sobre si esto también afecta el nivel de los salarios de los trabajadores o su nivel de vida. El higienismo del médico (Dickmann lo es), bien propio del clima político-intelectual de principios de siglo, late en estos reparos, que poco tienen de clasistas.

No sólo los EE.UU., sino todos los países de inmigración toman medidas contra la inmigración indeseada (turcos, balcánicos, eslavos, japoneses, hindúes y chinos) y la Argentina todavía no lo hace. Sin embargo, se apura en aclarar que

¹⁴ Dickmann, E.: “Inmigración y latifundio”, 1915. Publicado en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* (Tomo X, Nº 56). La editorial de *La Vanguardia* lo editó por separado, a modo de folletín, ese mismo año.

“El programa del partido socialista no reclama leyes especialmente restrictivas a la inmigración. El socialismo argentino está libre de todo prejuicio de raza. El artículo 15 de su programa sólo pide la supresión de todo fomento artificial de la inmigración. (...) Los socialistas argentinos quieren atraer a la flor y nata de la emigración europea e incorporarla activamente a su vida política y social.” (p. 22 y 23). Es como si quisiera resaltar la moderación de la postura del partido, destacando que existen otras posiciones mucho más duras y restrictivas, posiciones que, sin embargo, no se molesta en condenar. Siete años después, en 1922, el PS habrá de presentar un proyecto de ley, que tampoco entonces sería considerado como restrictivo de la ley Avellaneda.

LA INMIGRACIÓN ARTIFICIAL. BREVE RESEÑA SOBRE EL USO DEL CONCEPTO POR EL PS

Recordemos que la idea de artificialidad aplicada al fenómeno de las migraciones tiene su origen en la propia Europa, usina de emigrantes, a finales del siglo XIX. En su *Historia de la inmigración argentina*, Devoto diferencia, entre los intelectuales y políticos contemporáneos que buscaban poder explicar y explicarse el fenómeno de emigración masiva de Europa, dos grupos: los que daban cuenta del asunto por el lado “*optimista*”, para quienes el fenómeno respondía a las leyes naturales de la modernidad capitalista y reportaba una ventaja para la economía exportadora del excedente de mano de obra, y los que lo hacían “*pesimistamente*”, sosteniendo que la emigración era “*artificial*” y se debía “a personas inescrupulosas que alentaban el “espíritu de aventura” de masas presuntamente incrédulas”.¹⁵

Esta distinción de matriz ideológica que Devoto organizara para delimitar la controversia europea a finales del siglo XIX, encuentra en la Argentina ecos en las críticas a las medidas impulsadas por el gobierno de Juárez Celman. En el trienio que va de 1888 a 1890 para competir con la política de captación brasileña que subsidiaba pasajes a inmigrantes por esos años y con vistas a revertir el abrumador predominio de inmigrantes italianos en la Argentina (que entre 1880 y 1886 constituyeron el 70% del total de arribados), el gobierno nacional subsidió pasajes a otras comunidades extranjeras. Se concedieron 134.000 pasajes subsidiados, un cuarto del total de arribados en el período, sobre todo favoreciendo a la comunidad española.

La elite de la comunidad italiana, formalmente excluida por la política del gobierno y de una enorme imbricación con las elites criollas, no tardó en remarcar las desventajas de esta inmigración forzada o “*artificial*”. Sostenían, en una tópica del darwinismo social decimonónico que veremos reaparecer en las argumentaciones de Dickmann y de varios editoriales de *La Vanguardia*, que “mientras la inmigración espontánea seleccionaba a los más fuertes, la promovida por el estado reclutaba a los más débiles.”¹⁶ Denunciaban que se estaba reclutando

¹⁵ Devoto, *op. cit.*, pp. 51-52

¹⁶ Devoto, *op. cit.*, p. 253

al bajo fondo de las ciudades europeas, a mendigos y presos, y que pocos eran agricultores como declaraban al entrar al país.

Estos escasos tres años de política inmigratoria “artificial” aparecerán no obstante en los discursos de Dickmann y sus argumentaciones. Tres años, en los que llegaron por esta vía “no natural” sólo 134.000 personas cuando entre 1880 y 1922 arribaron al país más de 5 millones de extranjeros. Parece un número poco relevante, pero el PS habrá de recordar el dato insistentemente a la hora de probar el carácter falsificado y forzado de la inmigración a la Argentina.

En la conocida polémica entre Justo y Ferri, de 1908, aparece también el concepto de inmigración artificial en la respuesta que Justo le da al socialista italiano y en la elaborada y precisa justificación que presenta para defender la existencia de un partido auténticamente socialista en estas tierras donde todavía era escaso el desarrollo industrial en comparación con los países centrales. Haciendo un uso bien particular (justista diríamos) de la *teoría moderna de la colonización capitalista*, Justo señalaba que la clave de la proletarización en la Argentina no estaba en el mero progreso técnico (en la máquina a vapor, como creía mecánicamente Ferri) sino en el hecho de que el estado, al apropiarse de las tierras declarándolas públicas, impuso en su momento un valor muy alto para ellas, favoreciendo deliberadamente la concentración de las mismas en pocas manos (los latifundios de la oligarquía criolla) y relegando a los campesinos (a los “gauchos”, dice Justo) a una proletarización forzada. Los pocos que, luego de años de esforzado trabajo y penurias, pueden acceder a las tierras son constantemente reemplazados por —y el lector atento puede ya adivinarlo— la inmigración artificial, esa “masa de inmigrantes” que renueva una y otra vez a la clase proletaria.

Dos políticas *artificiales* entonces conformaron al sistema económico argentino: el alto valor adulterado de la tierra, en el origen, y la constante propaganda en el exterior para atraer nueva fuerza de trabajo al país, en el presente en el que Dickmann denuncia.

Asimismo, tal como señala Geli en un artículo reciente,¹⁷ la delegación argentina en los Congresos de Amsterdam y Stuttgart, en el marco de la II Internacional, ya blandía la bandera de la inmigración artificial logrando incluir el concepto en la declaración final del congreso. Esta inmigración artificial, traducida en responsabilidades concretas, recae en dos actores fundamentales: la propaganda oficial del gobierno argentino que deliberadamente miente, sobrevalorando las condiciones de recepción del país, y el negocio privado de los transportistas a los que sólo les interesa llenar sus barcos. La cuestión, como hemos adelantado, se plantea por la baja de los salarios obreros en los países receptores de inmigrantes con motivo de la llegada de trabajadores extranjeros. Se trata de una problemática de clase, en sentido estricto, sobre la cual el PS habrá de hacer girar toda su argumentación. Claro que el PS se encontraba por ese entonces “ante el desafío de tener que defender los altos salarios pagados en el país y, simultáneamente,

¹⁷ Geli, *op. cit.*

asegurar la apertura de la inmigración”,¹⁸ apertura que permitiría la conformación de una clase obrera argentina organizada. En 1922, a la salida de la Gran Guerra, el PS verá todavía agravada esta tensión entre los principios internacionalistas y la defensa concreta de los intereses de la clase obrera argentina, optando claramente por privilegiar el segundo de los términos del binomio.

En la resolución final de Stuttgart (1907) predominará la visión de los países expulsores de población, resaltándose, para contrariedad de la posición argentina, y de los EE.UU. que no logran hacerse eco de sus demandas, que “no pueden establecerse, por reaccionarias, medidas restrictivas a la libre circulación de individuos” y que “se debe velar por la solidaridad proletaria y condenar la exclusión por motivos raciales y nacionalistas”, obligando a los partidos socialistas de las naciones receptoras de inmigrantes “a luchar contra el establecimiento de cualquier tipo de valla que obstaculice la inmigración”.¹⁹ La *tensión internacional* restringe el margen de maniobra. Quince años más tarde en una Argentina que, como hemos dicho, verá agravados sus problemas respecto al flujo migratorio, habrá de presentarse el PD, con un claro sentido restrictivo.

La noción de inmigración artificial (es decir: falsa propaganda de los gobiernos, obreros contratados como rompehuelgas, transportistas inescrupulosos) es estratégica entonces (al oponérsele una inmigración sana, natural y espontánea) para escudarse tras ella sin abandonar el principio internacionalista de libertad de inmigración. Por momentos, sobre todo en la argumentación de Dickmann, quien creemos expresa la posición más extrema (en ocasiones abiertamente racista) de un sentido común del PS de la época, llega incluso a eclipsar la noción misma de inmigración, conteniéndola íntegramente. Resta por pensar, como interrogante para analizar a futuro, qué representación de la clase trabajadora se desprende, consecuentemente, de esta noción de inmigración que tiene el partido.

LA CUESTIÓN MIGRATORIA EN LA VANGUARDIA (1920 Y 1922)

En los editoriales y notas de *La Vanguardia*, órgano de difusión oficial de las posturas del partido, cuando aparece esporádicamente la cuestión migratoria lo hace casi siempre para reafirmar los principios internacionalistas que el partido jamás dice abandonar, retomando en muchas oportunidades tópicos decimonónicos que en mucho se parecen a las tradicionales doctrinas liberales y progresistas de Alberdi y Sarmiento. Veamos entonces el tratamiento que hacen del tema que nos interesa.

El 8 de mayo de 1922, *La Vanguardia* reproduce, in extenso, una conferencia del Dr. Justo en la primera plana del diario. En ella “el maestro” disertó sobre la historia de las internacionales socialistas y el rol histórico que le cabe al PS argentino en el concierto internacional. Empezó por señalar que tanto la II como la III Internacional incumplieron el principio internacional, la primera por su énfasis

¹⁸ Geli, p. 134

¹⁹ Geli, p. 141

uropeísta, plagada de pasiones nacionalistas que habrían de estallar en la Gran Guerra, y la segunda por el estricto control que buscaban imponer los rusos.

Al entender del fundador del partido, la nación que por su desarrollo económico y la organización de su clase obrera debería retomar la tradición internacionalista del socialismo, con la catástrofe de la Guerra sobre las conciencias del socialismo europeo, es los EE.UU. Sin embargo, no lo hace. La tarea de refundación de un socialismo verdaderamente internacional queda, pues, en manos de la Argentina. Dice Justo, “Somos un pueblo cuyo carácter nacional es ser internacional. País de inmigración, más de la mitad de sus habitantes provienen directamente de Europa o son descendientes de europeos.” Y también señala que “Los inmigrantes y su descendencia hacen el comercio, la industria y la poca literatura y ciencia que tenemos (...) mucho más que las familias de abolengo”.

Al carácter eminentemente internacional del pueblo argentino “lo denuncia también nuestra representación política. Dos de nuestros diputados nacionales han nacido en Rusia [en referencia a los hermanos Dickmann], el senador nacional del Valle Iberlucea, fallecido últimamente, era español, el diputado Zaccagnini es italiano, lo mismo Oddone, de la legislatura de La Plata, y Baliño es uruguayo”. Por el contrario, “allá [en Europa] un diputado francés no puede nacer en Alemania, ni un italiano en Yugoslavia”. Para concluir: “Esta situación nos da evidente superioridad y podemos influir en la marcha del socialismo internacional.” He aquí, admirablemente descrita la conocida noción cosmopolita de la identidad argentina que tenía el PS. Claro, que, como ya ha sido sugerido en los argumentos de Dickmann de 1915 (uno de estos extranjeros modelos que tanto desea el partido) este cosmopolitismo presenta sus límites.

Para terminar con esta conferencia de Justo, sobre lo que él llama *La cuestión de las razas* nos dice que “felizmente para nuestro país no existe la cuestión de las razas, pero en el mundo es una realidad palpitante y dolorosa”. Toma el caso del vecino Brasil, señalando que la población paulista “se está blanqueando” por la población europea que no cesa de recibir (lo cual, presenta como un hecho muy positivo), resaltando que “Esto ha podido hacerse sin leyes restrictivas de la inmigración”. Este último comentario es muy llamativo teniendo en cuenta que en julio de ese mismo año, unos dos meses más tarde de esta conferencia, Justo habrá de suscribir al PD. En Justo, entonces, encontramos profesión de fe internacionalista y una pista, sobre la que volveremos al final de este trabajo, acerca de cómo considera el PS al PD.

Un editorial titulado “Concepción de la raza criolla”²⁰ calificando de “abyecto y miserable” el estado en el que se halla la población nativa del interior, discute con los pesimistas que creen que los “criollos están condenados a degenerar”. Para la postura de *La Vanguardia*, en cambio, “renunciando a los abominables sistemas de la política criolla, levantando las condiciones generales de la pobla-

²⁰ *La Vanguardia*, 15 de mayo de 1922. Aclaramos que ninguno de los editoriales lleva firma por lo que no sabemos quién es el autor de cada uno. Conocemos sí al director del diario para el período 1920-1923: el diputado Nicolás Repetto.

ción nativa y transfundiendo un poco de sangre europea, será posible regenerar a la raza criolla y colocarla en condiciones de afrontar con éxito su papel histórico”. Una suerte de higienismo racial que pone la esperanza de la regeneración criolla en la inmigración europea. Vuelta al mito decimonónico.

En “El problema de la inmigración. Lo previo para resolverlo”,²¹ se informa a los lectores que recientemente los EEUU “cerraron la inmigración para no tener un ejército de desocupados en momentos en que su industria comenzaba a flaquear”. En la gran nación del norte (espejo inevitable a la hora de pensar la cuestión migratoria nacional para los contemporáneos socialistas y no socialistas), “la clase trabajadora organizada ha sido, precisamente, la primera en reclamar, hace mucho tiempo, medidas que la defiendan de la mala inmigración. Esto es, de la que pueda llegar para producir el envilecimiento de las condiciones de vida del proletariado norteamericano, aceptando salarios inferiores y alargando la jornada.” Para eso, entonces, los gobiernos norteamericanos impusieron las leyes de cuotas que limitan el flujo migratorio a cifras proporcionales a las de las comunidades ya instaladas en el país.

Mientras tanto, continúa razonando este editorial, en Europa después de la Gran Guerra y con el consiguiente desastre económico, se prevé “que la corriente migratoria ha de ser más intensa, siguiendo una marcha paralela a la desocupación.” Oferta abundantísima de emigrantes y restricciones del principal receptor del mundo²² constituyen las dos condiciones ineluctables en las que se tiene que enmarcar la política inmigratoria argentina.

En este punto el texto remarca una distinción fundamental entre los EE.UU. y la Argentina. Aquel país “no necesita más inmigración”, “está obligado a impedir una competencia fatal para una población obrera sólidamente organizada y celosa de sus condiciones de vida, superiores a las de cualquier otro país”; Argentina, en cambio, continúa siendo “un inmenso territorio semipoblado” y no puede desprestigiar la inmigración. En muchas provincias el problema es todavía la “despoblación”, y aquí el editorialista se detiene en el caso tucumano donde el crecimiento vegetativo en la época sería negativo y las condiciones de vida de los trabajadores de los ingenios, absolutamente precarias.²³

Concluye este editorial que “estamos muy lejos, por nuestras posibilidades económicas actuales, de poder abordar con éxito el problema de la inmigración” ya que “por el momento ni podemos ofrecer a los inmigrantes condiciones de desarrollo, de trabajo y de vida que no disfruta la población del país, ni es lo que desea nuestra clase gobernante, ansiosa de tener mano de obra abundante y barata”. Detengámonos un momento en este párrafo. Se delinea aquí un “nosotros”, obrerista e internacionalista, encarnado por un PS deseoso de expresar su soli-

²¹ *La Vanguardia*, 28 de mayo de 1922.

²² Cabe señalar que desde la imposición de las leyes de cuotas en EE.UU. en 1921 efectivamente se modifica toda la dinámica de los flujos migratorios europeos. Véase Devoto, *op. cit.*, cap 4.

²³ No deja de ser interesante que el editorial haga foco justamente en la industria azucarera tucumana ya que esta es una de las pocas economías regionales que no han necesitado de la inmigración masiva para conformar un mercado de trabajo acorde a sus necesidades productivas.

daridad de clase con los trabajadores europeos que escapan de la miseria, pero imposibilitado materialmente por el momento; y un “ellos”, en referencia al gobierno y las clases dominantes, que sólo desean mano de obra dócil y abundante para explotar. En el medio quedan los inmigrantes europeos que, por primera vez entre los editoriales que venimos analizando, parecen tener que esperar hasta mejores tiempos para poder ingresar libremente al país. En este editorial el PS aparece tensionado por dos extremos: impedido de ofrecer mejores condiciones de vida a los que llegan y al mismo tiempo imposibilitado todavía de restringir un flujo constante de inmigrantes como otros países, sobre todo uno, ya han empezado a hacer. Se expresa aquí, otra vez, la tensión local sobre la cuestión migratoria que poco tiempo después veremos resuelta con el restrictivo PD.

Unos meses más tarde, otro editorial,²⁴ retomando los mismos argumentos que acabamos de desplegar, describía la situación en el interior del país, resaltando en el caso de la Patagonia lo poco atractiva para los inmigrantes que la habían vuelto las matanzas del año anterior, y la situación en el noroeste argentino, con salarios de hambre que lo hacían tan poco seductor (“¿Cómo podrían competir con la mano de obra criolla ya tan barata?”), para terminar concluyendo: “Mientras no se cuente con una legislación obrera más amplia y completa; mientras no se ofrezca a los trabajadores europeos condiciones de trabajo y de vida superiores a las que gozan en sus respectivos países, no hay motivos para esperar que aumente la inmigración”. Aquí, a diferencia del editorial anterior que tenía un tono derrotista, reaparece el rol del PS: legislar para mejorar las condiciones de vida de la clase trabajadora argentina, mejora que redundaría en mejores oportunidades de radicación para los inmigrantes. Y ¿cuál es la clave para que se radiquen la flor y nata de la emigración europea? “...leyes que traten, no de forzar al inmigrante, al asalariado, sino de convertirlos en productores libres”, vale decir en propietarios. Retorno al mito del *farmer* que viéramos resaltado en el texto de Dickmann de 1915.

Por último, entre los editoriales revisados para los períodos anteriormente descriptos, tenemos uno con el sugerente título “Inmigrantes indeseados”.²⁵ No se refiere a los chinos o a la inmigración de Europa del Este que tanto desagrada a Dickmann. Esos exabruptos, a esta altura podemos confirmarlo, no son publicados en el cuerpo del diario. Se refiere a los “jefes y oficiales del ejército alemán, que quedaron sin trabajo después de la guerra” y que se encuentran asesorando y entrenando a oficiales del ejército argentino. Esos “*parásitos*”, “incapaces de toda actividad social útil” son los inmigrantes indeseados. En ese editorial se sostiene que los gobiernos al reglamentar la inmigración en el siglo XX, “tocaron las notas más falsas y chillonas”, pues consideraron a cada inmigrante “un bolcheviqui fe-roz”²⁶ (*sic*), perdiendo así “una hermosísima oportunidad de hacer algo en forma de fijar una reglamentación razonable para preservar al país de la llegada de los

²⁴ “La inmigración. En los EE.UU. se restringe. Aquí, no hay que tomarse tal trabajo. Ella misma se retiene”, editorial publicado en *La Vanguardia* el 19 de julio de 1922.

²⁵ *La Vanguardia*, 17 de agosto de 1922.

²⁶ En referencia a la Ley de Residencia y de Defensa Social. No deja de ser simpático el obvio anacronismo, intencionado sin dudas, de considerar bolcheviques a los anarquistas de 1902 y 1910,

alcoholizados, de enfermos contagiosos, de locos y mendigos.” Esa oportunidad va a ser la que no va a dejar pasar el PD. Tenemos aquí la referencia más directa, con lo indirecta que todavía es, al proyecto del que es objeto esta ponencia.

EL PROYECTO DICKMANN (PD), JULIO DE 1922

El proyecto consta de 5 capítulos, con 20 artículos en total.²⁷ En el primer artículo se estipula que “los extranjeros que deseen entrar al territorio argentino serán objeto de un examen para determinar si pueden ser admitidos”. En el segundo artículo, el de mayor relevancia a los efectos de esta ponencia, se describen las categorías de los excluidos, que enseguida veremos.

Este proyecto corona una larga representación que hacía del fenómeno migratorio el PS, representación que sólo ha sido tratada de manera impresionista por esta ponencia, y que exige, sin lugar a dudas, trabajos de más largo aliento. En la extensa alocución que hiciera Enrique Dickmann a la cámara de diputados como justificación de este proyecto aparecen varios de los argumentos de su texto de 1915 (incluso párrafos textuales), lo que habla a las claras de que no se trata de un proyecto improvisado y del lugar que ocupaba en las preocupaciones de este diputado. En esta fundamentación Dickmann sostiene que la interrupción de la corriente inmigratoria europea no se debe tanto a la Gran Guerra y al llamado de reservistas, sino a la crisis que atraviesa la economía argentina. Es necesario entonces, continúa el razonamiento, poner cese definitivo a toda inmigración artificial.

Según el diputado, todo el texto de la Ley Avellaneda “está inspirado en la necesidad de fomentar artificialmente la inmigración. Por ella se organiza una propaganda costosa en Europa, se pagan pasajes a inmigrantes [lo cual sólo es verdadero para los años de Juárez Celman, de ningún modo para 1922], se los aloja, se los mantiene e interna con los dineros (...) que provienen principalmente de los impuestos del pueblo trabajador, para que los inmigrantes así traídos hagan abundante oferta del trabajo, disminuyendo el salario y rebajando el nivel de vida de los obreros argentinos y extranjeros radicados ya en el país”.²⁸ He aquí el razonamiento de corte clasista que viéramos esgrimido en los Congresos de Amsterdam y Stuttgart a principios de siglo, y repetido en el texto de 1915, que obliga al PS a tomar cartas en el asunto que tanto perjudica el nivel de vida de los trabajadores argentinos.

Reaparecen también algunos prejuicios raciales, insistentemente negados por Dickmann como veremos en seguida. Dice, “Por el Brasil, Chile, Paraguay y Bolivia puede entrar a la república numerosa inmigración no siempre deseable.”

respectivamente. Ambos, desde la perspectiva del partido y como es sabido, representan la parte no organizada y hasta primitiva de la clase obrera.

²⁷ Para el proyecto de ley con sus artículos, véase *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados*, 1922, pp. 342-344.

²⁸ Para ver la fundamentación del diputado E. Dickmann, consúltese *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados*, 1922, pp. 345-352.

Primera señal de alarma respecto a la inmigración limítrofe que recogimos en nuestra investigación. Para continuar diciendo: “Además hay que tener en cuenta, que la inmigración china y japonesa, excluida de los EE.UU., se encamina cada vez más a la Argentina”. Segunda señal de alarma entonces (aunque esta ya había aparecido en el texto de 1915).

Aparece una novedad en esta alocución de 1922 respecto al texto de 1915 que ya analizamos. De acuerdo al diputado, los extranjeros llegados al país, por las pésimas condiciones de recepción, terminan siendo degradados también ellos, víctimas de la estructura socio-económica argentina, pues “habiendo sido propietarios en su país, ahora trabajan de peones, con cuyos salarios no pueden mantener a sus numerosas familias”. La inmigración artificial perjudica entonces también a los inmigrantes no sólo a los trabajadores, argentinos y extranjeros, que ya están en el país. El circuito argumental se va cerrando: con este sistema de inmigración artificial los perjudicados son la clase trabajadora en general (la ya instalada en el país y los recién llegados); los beneficiarios, sólo los patrones que se hacen de fuerza de trabajo abundante y barata.

Tal como se adelantaba en algunos editoriales analizados, los EE.UU. aparecen, para todos los contemporáneos, socialistas y no socialistas, a la vanguardia de las políticas inmigratorias. Dice Dickmann, entre la desaprobación que aparenta y la admiración que por momentos parece dejar traslucir, que “Imbuido por prejuicios de raza, el pueblo americano ha excluido por medio de la ley a la inmigración “no deseable”. Así, en 1882, a la inmigración china. (...) Además cada inmigrante paga un impuesto de entrada por cabeza, ingresos que dejaban un saldo positivo respecto a las erogaciones que la aplicación de la ley demandaba. Lejos de ser una carga para el erario, la inmigración es allí fuente de rentas”. Vuelta al argumento presupuestario. Dickmann olvida sin embargo (o al menos nada dice al respecto) que, por prescripción constitucional, “no puede ser gravada con impuesto alguno la entrada en el territorio nacional de los extranjeros”.²⁹

Otros países, como Australia, Nueva Zelanda, Canadá y algunos sudamericanos, continúa la alocución de Dickmann, han tomado medidas contra los coolies chinos. “En cambio nuestro país recibe cualquier caso de inmigración. Por ejemplo, en 1913 han desembarcado inmigrantes hindúes como súbditos ingleses”, recuerda Dickmann, desembarco que le costó al país un conflicto diplomático con la mismísima Inglaterra. Argumento de diplomacia internacional que no deja de ser llamativo.

Dos argumentos más utiliza este diputado para justificar el proyecto de ley que la diputación socialista en pleno habrá de suscribir. Nos dice que, amén de los conflictos internacionales antedichos, esta indeseable inmigración “nos humilla ante nuestro propio concepto” pues “conspira contra el verdadero y bien entendido nacionalismo.” La cuestión nacional a esta altura del PS, ya es un marco de ineludible referencia, aunque, como señala Da Orden, el nacionalismo

²⁹ Art. 25 de la Constitución Nacional.

socialista de raíz justista, sobre todo a partir de los cambios de la Gran Guerra, es más bien obrerista e internacionalista.³⁰

No parece ser ésta, sin embargo, la postura de Dickmann, que no tardará en incorporar en su análisis el factor racial, pues dice en un giro argumental antológico: “No padecemos de ningún prejuicio de razas, pero no debemos admitir que hindúes, chinos, etcéteras, vengan a la república y que sean alojados, mantenidos e internados con los dineros de los trabajadores argentinos o extranjeros radicados en el país...” No obstante, si por momentos la voz del diputado, inmigrante él mismo y su familia, parece confundirse con la de un xenófobo más entre tantos otros, nunca deja de aparecer el timbre unívocamente “socialista” en la argumentación (en la oración anterior, la crítica al sistema impositivo argentino, uno de los bastiones clásicos del partido). Para concluir, grandilocuentemente y a modo de síntesis, que “La lucha de razas, en el fondo, no es otra cosa que la lucha de los salarios”. “Por ello se impone, como medida de sano nacionalismo [es decir, para favorecer a las clases trabajadoras ya radicadas, argentinas y extranjeras] la supresión de todo fomento artificial de la inmigración”.

El proyecto de ley,³¹ firmado como hemos dicho por todos los diputados socialistas,³² sin embargo, y a pesar de lo que apuntaba la fundamentación de Dickmann, no hace ninguna mención a prohibiciones de que entren algunas comunidades o “razas” específicas. Existe en este sentido una brecha nada desdeñable entre la encendida presentación del proyecto y el proyecto en sí. El cuerpo específico de los que quedan excluidos para entrar al país (Art. 2), sí comprende no obstante a enfermos de varios tipos (mentales, de enfermedades contagiosas, y aquellos que no pudieran valerse por sí mismos). Lo cual no se aleja de las medidas de “policía sanitaria” (la expresión es del propio Dickmann) que podremos encontrar en otros proyectos de la época.³³ También quedan excluidos las prostitutas, los polígamos y los alcohólicos, el trío de la degradación moral (y sabemos que el PS guarda para sí el rol de defensor de las buenas costumbres). Sobre estos excluidos podríamos considerar que existía un fuerte consenso ya que aparecen en todos los proyectos señalados.

Dos incisos de este artículo llaman la atención, y los consideraremos específicamente socialistas. El 5º prohíbe la entrada de los condenados por delitos comunes y hace expresa excepción de los delitos políticos y gremiales, diferenciándose así de las leyes de residencia y defensa social, que el PS siempre amo-

³⁰ Da Orden, *op. cit.*, pp. 61-63.

³¹ Para el proyecto de ley con sus artículos, véase *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados*, 1922, pp. 342-344. El mismo consta de 5 capítulos, con 20 artículos en total, de los cuales el más importante para nosotros es el artículo 2º que trata de la exclusión de los extranjeros que se encuentren en las categorías que aquí analizaremos.

³² Los diez diputados que tiene el partido al momento suscriben este proyecto. Esos son: E. Dickmann, A.S. Muzio, F. de Andreis, A. de Tomaso, Nicolás Repetto, A. Bunge, H. González Iramain, A. Dickmann, Juan B. Justo, A. Spinetto.

³³ Los proyectos presentados que buscaron infructuosamente todos hasta la modificación por decreto durante la presidencia de Alvear, son: Alcorta-Avellaneda, 1909; Moreno, 1916; Melo, 1919; Maidana, 1922 (reitera el proyecto de Melo); y finalmente el proyecto Alvear-Le Bretton, 1923.

nestó por represivas y anticonstitucionales. Y el inciso 9º, siempre del art. 2, que manifiesta que también tienen vedada la entrada “los trabajadores contratados en el extranjero a quienes se les haya asegurado o prometido trabajo”, que solían ser usados, como ya hemos señalado, como rompehuelgas.

Una última modificación a la ley de 1876, también presente en el resto de los proyectos de la época, es la de responsabilizar a las compañías de navegación y ferrocarril si introducían a personas que la ley excluía del derecho de entrar al país. Cabe señalar que todos los proyectos coincidían en que era necesario seleccionar la inmigración que llegaba al país diferenciándose en *a quiénes* se les prohibía la entrada (sólo el de Moreno, de 1916, prohibía el ingreso a las “razas” que tanto despreciaba el diputado Dickmann).

En lo que sí se diferencian estos proyectos es quizá en el diagnóstico y fundamentación de los mismos (por caso, el oficialista de 1923, resaltaré el carácter espontáneo de la inmigración llegada al país desde 1876, lo cual concuerda más con la realidad que el diagnóstico “artificialista” que hiciera el PS). Nos abstengamos por el momento de realizar un completo examen de los otros proyectos de ley de reforma a la ley Avellaneda, examen que sin duda arrojaría más luz sobre la especificidad de la posición socialista respecto a la cuestión migratoria. Veamos ahora cuál fue el tratamiento de este proyecto por parte del órgano de difusión por excelencia del PS.

LA VANGUARDIA Y EL TRATAMIENTO (O EL SILENCIO) RESPECTO AL PD

Analizamos para este punto los editoriales de *La Vanguardia* entre el 1 de enero y 15 de marzo de 1920, por ser período de campaña electoral para las elecciones legislativas nacionales; y también el período que va entre abril y el 15 de julio de 1922, período en el que también hay elecciones nacionales para diputados y por ser éste el momento en que el PS prestara su proyecto de reforma de la ley de inmigración (26 de julio de 1922).

En la plataforma electoral para la campaña a diputados nacionales de 1920, no aparece ninguna mención que haga presuponer que sólo dos años más tarde habrá de salir un proyecto de restricción de la ley Avellaneda. Sólo se hace mención, en el art. 19 de la plataforma, a la “Derogación de la Ley de Defensa Social y la Ley de Residencia”, lo cual constituía un constante pedido por parte del PS desde la promulgación de estas leyes abiertamente anticonstitucionales y represivas.

En las entrevistas a los candidatos a diputados por la capital, entrevistas que realiza *La Vanguardia* y aparecen en la primera plana del diario y en donde los candidatos adelantan cuál será la agenda parlamentaria que propondrán, ninguno hace mención del tema. Ni el propio E. Dickmann, autor del proyecto de ley. Este diputado aparece bastante preocupado en la nota que le hacen en su

casa acerca de “cuántos diputados habrán de no jurar por los evangelios”³⁴ pero nada dice sobre la cuestión migratoria y la necesidad de reducir el flujo o controlar la calidad de los extranjeros que ingresan al país. No se adelanta, todavía, el tema que trata nuestra ponencia.

Lo que sí sostiene el diputado Dickmann en esa misma entrevista es que la Argentina se encuentra “en una especie de sitial internacional por excelencia donde se juntan los cerebros y mentalidades de todas las razas” y el socialismo argentino, por lo tanto, “resulta ser, en el fondo, la quintaesencia del socialismo internacional”. A este razonamiento, de matriz internacionalista y pluralista, en el que el socialismo argentino aparece como síntesis superadora del socialismo internacional, ya lo hemos visto en un discurso que dará Juan B. Justo unos años más adelante.

Para las elecciones nacionales de 1922, elecciones para presidente y vice, senadores y diputados, en la plataforma electoral del partido tampoco se hace mención alguna a la cuestión migratoria. Tan sólo el artículo 8º se manifiesta por la “Derogación de la Ley de Residencia”.

Es importante destacar que, siendo la actividad parlamentaria el objetivo principal a desarrollar por el PS su *leitmotiv*, *La Vanguardia* otorga una enorme importancia a la labor parlamentaria socialista (las más de las veces, la primera plana, columnas de la derecha). El tono de los comentarios es siempre similar: gran exaltación de la capacidad analítica y oratoria de “la diputación socialista”, detalle argumental de los proyectos que presentan y del profesionalismo legislativo, y, por contraste, desorden, incoherencias y, por momentos, abierto desprecio por la actividad parlamentaria “criolla” (con especial énfasis en los representantes del radicalismo, que suelen ser, a entender del diario, títeres de turno del poder ejecutivo). Con esta línea editorial tan marcada resulta imprescindible saber qué postura tomó el diario sobre el proyecto Dickmann y cómo fue comunicado a sus lectores. Lectores que en su mayoría serían, seguramente, inmigrantes o hijos de inmigrantes, tal como señalaba Justo en 1920.

Con el encabezado “la diputación socialista presentó un proyecto sobre...”, y algunas variantes de este, se suceden en las primeras páginas de los diarios consultados³⁵ diversos proyectos de ley presentados, que rara vez se convierten en ley o llegan a ser tratados en el recinto. Estos proyectos van desde una reforma

³⁴ Las entrevistas aparecen una por día en el mes de febrero de 1920. Para ver las declaraciones del diputado E. Dickmann, ver *La Vanguardia* del 15 de febrero de 1920.

³⁵ Recordamos que hemos consultado *La Vanguardia* febrero a marzo de 1920 y marzo a abril y julio a agosto de 1922. Indudablemente este rastreo no deja de ser impresionista y resta todavía hacer un barrido sistemático de la fuente (entre 1914 y 1923, aproximadamente) para tener un panorama más completo de la situación. Asimismo se podría hacer un recorrido por la correspondencia entre los diputados socialistas para ver de qué modo tratan el tema (los recientemente constituidos Fondos Dickmann, Repetto y Solari del CEDINCI). Quedan pendientes para un trabajo posterior.

agraria,³⁶ a la ley de divorcio,³⁷ pasando por un proyecto de Justo que prohíbe al Banco Nación y al Hipotecario financiar empresas que produzcan o comercien alcohol,³⁸ hasta una “ley orgánica para la ciudad de Buenos Aires”³⁹ que le otorga, casi, plena autonomía. Todos, sin excepción, acompañados de la fundamentación correspondiente (por lo general transcripciones de las alocuciones parlamentarias que acompañan la presentación del proyecto). Una ley tan importante como el PD, ley que modificaría ni más ni menos el marco regulatorio del flujo de inmigración, no podría, en principio, pasar inadvertida por el órgano de difusión del partido.

Sin embargo, casi nada se publica al respecto. *La Vanguardia* del 27 de julio da cuenta del proyecto sobre préstamos de Justo que nombramos arriba y se detiene, largamente, en un “formidable papelón” en el que incurriera un novel diputado por Córdoba, clerical él, pero nada dice sobre la argumentación de Dickmann en el recinto ni sobre el contenido de la ley propuesta por el partido. Tan sólo un brevísimo comentario: “El diputado Enrique Dickmann, con sus colegas socialistas, reproduce el proyecto de ley sobre inmigración.”⁴⁰ Resta pensar el porqué de este significativo silencio.

A MODO DE CIERRE

Lejos nos encontramos de poder dar una respuesta satisfactoria o definitiva a varias de las preguntas con las que nos hemos topado en esta ponencia. Intentaremos no obstante esbozar algunas hipótesis preliminares.

¿Por qué *La Vanguardia* se mantiene casi en silencio frente al PD, cuando se detiene minuciosamente con otros proyectos de ley en principio de menor importancia? Creemos, siguiendo a Devoto, que en la década del 20 el mito decimonónico sobre las bondades de la inmigración todavía sigue operando en una opinión pública hipersensible a cualquier posible restricción a la misma. En este marco, el llamativo silencio del diario podría ser interpretado como un deseo de no confrontar con una visión demasiado instalada puertas afuera del socialismo, y sobre todo entre sus lectores, por lo que se decide dar un tratamiento más bien ambiguo al respecto. Una suerte de tensión entre “estado de la opinión” (que marca qué es lo políticamente correcto) y “necesidades de estado”.

Es imprescindible, asimismo, preguntarse cómo percibe el propio PS al PD. ¿Cómo es posible que Juan B. Justo, sólo dos meses antes de suscribir al proyecto de reforma de la ley de inmigración, insista que no se debe restringir la misma, que no es necesario? La ambivalencia de los editoriales, que hemos ido

³⁶ *La Vanguardia*, 3 de julio de 1922. Un detalle de nuevos impuestos sobre la propiedad de la tierra que tiene como objetivo explícito fragmentar los latifundios. La nota ocupa toda la primera plana y dos páginas enteras más.

³⁷ *La Vanguardia*, 7 de julio de 1922.

³⁸ *La Vanguardia*, 22 de julio de 1922. Es el día después a la presentación del PD.

³⁹ *La Vanguardia*, 7 de agosto de 1922.

⁴⁰ *La Vanguardia*, 27 de julio de 1922.

viendo como por mojonos a lo largo de la ponencia, y la posición principista del líder del partido incluso en la última hora permiten suponer que no se percibe a esta reforma como restrictiva respecto al flujo migratorio. La máscara ideológica de la inmigración artificial no es sólo para hablar hacia afuera del partido, es la condición misma de percepción, tal como hemos sugerido arriba, del fenómeno migratorio.

Como hemos intentado proponer a lo largo de este trabajo existe ya desde principios de siglo una posición contradictoria respecto a la cuestión migratoria por parte del partido. Hemos delimitado esa ambigüedad en dos tipos de tensiones: local e internacional. Veamos qué ocurre, primero, con el segundo tipo de tensión en momentos de ser presentado el PD. En el marco de los Congresos de la II Internacional, la presión de los partidos socialistas europeos, tutores de los socialistas periféricos, ocluyeron explícitamente la posibilidad de una temprana restricción al flujo migratorio. Ahora bien ¿cuál es la situación del socialismo internacional en 1922? El PS se halla exento del tutelaje europeo, la *tensión internacional* sencillamente no existe. Las restricciones a los flujos inmigratorios, que hubieran traído aireadas quejas de los partidos socialistas europeos (y, porqué no, explícitas prohibiciones como las hubo a principios del siglo XX) están ausentes ahora, en este *impasse* de Internacionales Socialistas.⁴¹ Seguramente este hecho ayudó a que pudiera dar a la luz este proyecto que analizamos.

Cabe también cuestionarse por la tensión local. Si decíamos en la introducción a esta ponencia que el socialismo argentino necesitaba a la inmigración como agente modernizador y constituyente a la vez de la clase que buscaba representar, y al mismo tiempo no dejaba de percibir que esa misma corriente de trabajadores nivelaba hacia abajo los salarios y la constitución de la clase obrera misma, éste podría no ser ya el diagnóstico en 1922. La clase obrera organizada (es decir, la participación electoral del socialismo) que no era a principios de siglo la deseada, sí cumple las expectativas ahora (recordemos que en 1924 el PS alcanzará su máxima representación parlamentaria). El razonamiento, jamás explicitado pero sí sugerido en algunos de los editoriales analizados, podría ser este: es posible restringir ahora la inmigración (en 1922) porque si bien no hemos cumplido del todo el mandato decimonónico de poblar-modernizar el país entero, sí lo hemos logrado para la ciudad de Buenos Aires, donde el PS pelea la mayoría con el radicalismo, y la llegada de nuevos brazos perjudica a nuestros representados. El PD podría arrojar alguna luz respecto a la percepción de los propios límites del partido, y hasta de cierta satisfacción por lo conseguido

⁴¹ La II Internacional se reorganizó en 1920, después de su disolución de hecho en la PGM, pero muchos partidos se negaron a unirse a ella, formando la Unión de Partidos Socialistas para la Acción Internacional (UPSAI o “Internacional Dos y medio”) como alternativa. La UPSAI tuvo una corta vida, y en 1923 se fusiona junto con la II Internacional en la *Internacional Obrera y Socialista* que pasa a reunir a los partidos socialistas, laboristas y socialdemócratas, a excepción de los afiliados a la *Komintern*. El PS saluda con efusión, en julio de 1923 en momentos que en la Argentina el presidente Alvear y su ministro de agricultura presentaban el proyecto de ley restrictivo de la inmigración, la creación de esta última a la que adhiere.

electoralmente en el principal distrito del país, aun si significaba relegar el resto del territorio nacional. Lo que sí es seguro a esta altura es que, en la práctica legislativa concreta, el principio doctrinario cedió finalmente a las necesidades pragmáticas del partido y sus representados.

Buscando arte para abrir un museo. Crónica de un siglo de esfuerzos

Ana María Telesca

En la República Argentina los museos se afirman hacia fines del siglo XIX, período en el que coinciden la constitución de la nación y la construcción de la modernidad.

En el ámbito de los museos, el prototipo científico decimonónico fue el museo de historia natural –los estudios actuales los han denominado las Catedrales de la Ciencia– y el paradigma nacional a este respecto fue el Museo de La Plata, fundado por el Perito Moreno en 1884.

La palabra museo implica la existencia de colección y de público. Un requisito imprescindible para que la colección se transforme en museo es que exista un acceso público.

Este es un punto en que la historia del museo se entronca profundamente con la historia de los Estados nacionales, porque da lugar a la noción de patrimonio común, a la concepción moderna del patrimonio como bien inalienable de una comunidad. En este sentido, la construcción del concepto de patrimonio y la construcción de la institución museo van juntas.

Dominique Poulot sostiene que hay que entender al museo como una innovación cultural, y dejar la lógica de las colecciones para centrarse en la de la institución. Esto ocurre en el momento en que las colecciones se hacen públicas.

Aclaremos que es determinante en la eclosión del museo moderno el proceso desarrollado en Europa, en los siglos XVIII y XIX.

En Francia, las contingencias de la Revolución Francesa, arrancaron de sus primitivos destinos una cantidad inigualable de objetos artísticos. Las residencias reales y los castillos, las iglesias y conventos, le proporcionaron a la nación toda clase de pinturas y estatuas. En 1793, la Convención reunió en el Louvre, bajo la denominación de *Muséum nationaux des arts*, las antiguas colecciones reales y eclesiásticas, y éste fue el origen de ese gran museo. Al mismo tiempo la Convención abrió “depósitos provisorios” donde se recogieron los objetos artísticos que llegaban desde todos los puntos del territorio. El más rico y célebre de esos depósitos fue el que Alexandre Lenoir organizó en el convento de *Petits-Augustins* que se llamó *Musée des monuments Français*.

El gobierno del Consulado creó en 1802 el Museo de Luxemburgo para la pintura y escultura contemporáneas; en 1837 Luis Felipe organizó el de Versalles para la historia de Francia y en 1867 el Segundo Imperio abrió el de Saint-Germaine para las antigüedades nacionales, etc. Al mismo tiempo que los museos nacionales, por las mismas circunstancias y con los mismos elementos, la Revo-

lución constituyó museos municipales y departamentales. Junto a confiscaciones y a donaciones particulares, y a los envíos provenientes de las adquisiciones del Estado en los Salones anuales, estas primeras distribuciones de obras de arte francesas dieron lugar a los museos de provincia franceses.

Es decir que se pasó de un sistema dinástico a un sistema basado en una comunidad de nacimiento en un territorio que creó una igualdad y una fraternidad de principios entre los miembros de una misma nación.

Para asegurar ese cambio de mentalidad sociocultural e ideológico, cada nación tuvo que construir un imaginario colectivo que se fundó en una lengua común, en la galería de sus héroes, en monumentos conmemorativos, rituales, y también los museos.

En los años que siguieron a la Revolución Francesa triunfó la postura de considerar a las obras y a los monumentos de la monarquía, la nobleza y el clero como hitos de la historia nacional. Los objetos y monumentos fueron sacados del contexto anterior y protegidos del vandalismo en un edificio neutro: el museo. En él, dejaron de ser una expresión política y simbólica a destruir.

Jean Davallon retoma y desarrolla el planteo de Dominique Poulot de analizar al museo como una innovación cultural, y no como un simple proceso de democratización de una práctica de coleccionismo ya existente.

Señala que los objetos, al dejar la esfera del poder, se convierten en obras en el sentido moderno del término. Son apreciados por sí mismos, pero al mismo tiempo pasan a ser objetos de discusión y juicio de parte de los aficionados ilustrados que constituyen un público. La exposición pública está en el corazón de la emergencia de la obra de arte como tal.

Resumiendo: se ha formado un nuevo objeto, un nuevo tipo de espectador y una nueva relación entre ellos. El dispositivo de la exposición se apoya al mismo tiempo en un circuito que le es externo: el de la crítica. Este planteo pone de manifiesto la relación entre la práctica expositiva y la institución museo con la formación del campo de la plástica.

En nuestro país no se trataba de volver públicas colecciones ya existentes y constituidas de acuerdo con el criterio de sus dueños. En el Río de la Plata el deseo de tener un museo fue previo a la existencia de las colecciones.

El primero que concibió la creación de un museo como política de Estado fue Bernardino Rivadavia.

El concepto rivadaviano de museo correspondía al de la Ilustración: el museo era una herramienta de civilización y estudio. Era necesario crear una institución científica que reuniera un patrimonio común a toda la sociedad; una institución pública importante para su desarrollo. Hacer el museo consistía en formar sus colecciones.

En 1812, como secretario del Primer Triunvirato, Rivadavia envió a los gobernadores de provincias y jefes del ejército en campaña una circular donde les pedía el acopio de todas las producciones extrañas y privativas de nuestro territo-

rio que constituirían el acervo de un Museo Público. Este es el “Anuncio Oficial” que se publicó en la *Gaceta Ministerial* el 7 de agosto de 1812:

Basta ser hombre para amar la libertad, basta un momento de coraje para sacudir la esclavitud, basta que un pueblo se arme de cólera para derribar a los tiranos; pero la fuerza, la intrepidez o el mismo amor a la independencia no bastan para asegurarla, mientras el error y la ignorancia presidan el destino de los pueblos, y mientras se descuide el fomento de las ciencias por entregarse a los desvelos que exige el arte necesario de la guerra. La América del Sud ha dicho que quiere ser libre, y lo será sin duda; el esfuerzo universal de un pueblo numeroso, la energía de sus habitantes y el estado político de la Europa fundan, la necesidad de este suceso. Triunfaremos del último resto de opresores, sí, triunfaremos: pero después de haberlos vencido, aún nos resta triunfar de nosotros mismos. Nos resta conocer lo que somos, lo que poseemos y lo que debemos adquirir; nos resta, en fin, sacudir el fardo de preocupaciones y absurdos que hemos recibido en patrimonio... La observación de la Naturaleza en nuestro continente, en el reino mineral, vegetal y animal y en todos los artefactos, es sin duda, una de las más dignas ocupaciones de los sabios de todo el mundo...

Tales consideraciones... han movido a este Gobierno, a dar principio al establecimiento en esta Capital de un Museo de Historia Natural. Encargo pues... el acopio de todas las producciones **extrañas** y **privativas** de este territorio, dignas de colocarse en aquel depósito...

Caído el Primer Triunvirato, la iniciativa recién pudo concretarse a fines de 1823, cuando Rivadavia –ahora ministro de Martín Rodríguez– dictó un decreto de creación que decía en su artículo 1º:

El Bibliotecario propondrá oportunamente todas las medidas que conduzcan a acelerar el establecimiento de el Museo del País especialmente en todos los ramos de historia natural, química, **artes** y oficios.

Recordemos que la circular de 1812 sólo se refería al acopio de especies de la Historia Natural. Ahora, además, se cambió el nombre de “Museo Público” por el más abarcador de “Museo del País”.

El Museo de Ciencias Naturales abrió sus puertas en 1826 en una de las celdas altas del Convento de Santo Domingo. Contaba 720 minerales clasificados y numerados que el médico italiano Pedro Carta Molino, contratado por Rivadavia, había traído consigo, y tenía también un gabinete de física y un rudimentario observatorio astronómico.

Tal vez el primer intento de dotar a Buenos Aires de una galería artística, pública y permanente, fue el “Proyecto del establecimiento de un Museo en la capital de las Provincias Unidas del Río de la Plata” que el suizo José Guth –profesor de Dibujo de la flamante Universidad de Buenos Aires– presentó en noviembre

de 1826. Es decir que entre los primeros intentos de creación de un museo de bellas artes y la apertura del Museo Nacional de Bellas Artes el 25 de diciembre de 1896, pasaron setenta años y más de diez proyectos frustrados.

El proyecto de Guth, que proponía también interesantes innovaciones en la enseñanza de las artes plásticas, como por ejemplo el uso de modelo vivo y de calcos de yeso y no simplemente la copia mecánica de grabados, y también pensiones y becas a Europa para los alumnos destacados, sostenía la importancia de elegir adecuadamente los objetos museísticos que servirían de modelos a los alumnos.

Guth se inscribía en la concepción iluminista que consideraba al museo como una institución civilizadora, una herramienta educativa.

Lamentablemente el país estaba librando una guerra contra el poderoso imperio brasileño, por lo que dos meses después se le contestó que si se mejoraban las circunstancias del erario público se reconsideraría su proyecto, que por supuesto quedó archivado para siempre.

Volvemos a otra iniciativa de Rivadavia, este político que pretendió dotar a Buenos Aires de las características culturales de las ciudades europeas.

Sus asesores estaban buscando en Europa obras que sirvieran de modelos a imitar en nuestro país. En junio de 1825 la firma parisina Baillot Piet y Cía, le escribió a Rivadavia, recomendándole al comerciante austríaco José Mauroner establecido en Madrid, poseedor de una importante colección de cuadros antiguos y modernos.

La propuesta, que no conocemos, debió ser muy firme y prometedora porque Mauroner se embarcó con su colección tan sólo dos meses después. Luego de una complicada navegación de seis meses y medio llegó a Montevideo y debió permanecer allí porque por el conflicto bélico entre nuestro país y el Brasil no era posible acceder a nuestras playas.

Finalmente, cuando se firmó la paz, pudo desembarcar en Buenos Aires, a fines de 1828, pero Rivadavia ya no estaba en el poder y se vivían otros tiempos políticos.

La colección de Mauroner se exhibió durante diez meses, a partir del 8 de marzo de 1829, en el Colegio de Ciencias Morales (actual Colegio Nacional de Buenos Aires).

El 14 de marzo de 1829 el diario *El Tiempo* hizo un largo comentario crítico, del que extraemos algunos párrafos, destacando que ya estaba presente la tensión entre “civilización” y “barbarie”:

En medio de las penosas atenciones y de las ideas tristes que nos ocupan, nacidas de la guerra interior que nos han traído una administración vergonzosa, y algunos jefes bárbaros y atrozmente salvajes, hemos tenido la satisfacción de ver la primera colección de pinturas que ha decorado hasta hoy al nuevo mundo y que acaso pudiera envidiarnos el antiguo. ¡Extraño contraste ciertamente el tener que ocuparnos al mismo tiempo en hablar de las pampas y de las obras del genio; y mezclar

en las columnas de un mismo periódico los nombres inmortales de Rubens, Van Dyck, Murillo y Rafael, con los nombres bochornosos e infames de un Molina, de un Rosas, de un Bustos y de un Quiroga! Era muy distinta nuestra situación, cuando la fama que ya habían dado a Buenos Aires sus instituciones y los progresos que distinguieron la época de 1821 a 1825, determinó al individuo que posee estos cuadros a darnos la preferencia, sobre los Estados Unidos y Méjico, para venir a presentarlos a nuestro examen, con la esperanza de que podría fundar en Buenos Aires, la primera escuela de pintura que hubiera en el mundo de Colón...

La colección consta de 375 cuadros de todos tamaños, pertenecientes a 150 autores distintos, de la escuela francesa, flamenca, española e italiana, y de autores dudosos. Hay ocho cuadros de los mejores maestros de la escuela francesa, 78 flamencos, 6 españoles y 105 italianos. Lo que más llama la atención son las obras admirables de Velazquez, de Ribera, de Tintoretto, de Rubens, de Vernet, del Tiziano y sobre todo de Murillo, como también una virgen de Rafael.

Es válido preguntarse si se trataba de obras auténticas. Se supone que muchas eran copias de taller, que en esos tiempos eran de buena factura. Pero esta circunstancia no puede ni debe disminuir el gigantesco impacto visual que esta exposición debió haber causado en los habitantes de Buenos Aires, y sobre todo en los jóvenes estudiantes como Carlos Morel o Fernando García del Molino, que en ese momento estudiaban en la escuela de dibujo que dependía de la Universidad de Buenos Aires. Hasta ese momento las imágenes que habían circulado en nuestra ciudad eran retratos reales y de funcionarios de la Corona, pintura e imaginería religiosa, estampas grabadas y litografiadas. Y de pronto se mostraban, además de pintura religiosa, escenas mitológicas y alegóricas, paisajes, marinas, pintura de animales, naturalezas muertas, cuadros de costumbres, escenas militares, ruinas, y hasta dos Caprichos atribuidos al contemporáneo Goya.

Surge también la suspicacia acerca de la relación entre la firma francesa citada y el comerciante afincado en España. Es necesario recordar que la invasión napoleónica de España, además de la devastación del territorio y su pueblo, provocó también la destrucción del patrimonio artístico español. Muchos generales y funcionarios franceses fueron saqueando, a su paso, colecciones que transportaron a su país.

Arturo Colorado Castellary sostiene que la ocupación francesa de España fue un momento dorado para los comerciantes de cuadros que encontraron, siguiendo los pasos del ejército napoleónico, muchísimas posibilidades para enriquecerse.

Se dio también el caso de que incluso fueran los propios religiosos españoles los que vendieron obras de sus iglesias y conventos, prefiriendo sacar algún rédito económico antes que las robaran las tropas invasoras.

De la misma manera que se había desestimado el "Proyecto..." de Guth por las circunstancias que se vivían en el país, éste tampoco era un momento adecuado para la compra de cuadros. Lavalle, el victimario de Dorrrego, había sido derrotado por López y Rosas en Puente de Márquez. Los hechos políticos

siguientes fueron: el Pacto de Cañuelas, la Capitulación de Barracas, el gobierno provisorio de Viamonte, la restauración de la Legislatura disuelta el 1º de diciembre por Lavalle, y finalmente el acceso de Rosas al poder.

Durante los meses siguientes a la apertura de la exposición, el desesperado Mauroner negoció frenéticamente con el gobierno para concretar la venta de su colección. El diario oficialista *El Lucero*, redactado por Don Pedro de Angelis, daba cuenta de la situación de Mauroner en su edición del 29 de enero de 1830:

El propietario de esta bella colección se ha visto en la precisión de solicitar como una gracia lo que miraba como un derecho, por los empeños contraídos por las personas que lo trajeron a este país... Lamentamos su suerte si el público se muestra insensible a sus ofertas y a su desprendimiento. El gobierno nunca podrá merecer este reproche.

Es fácil suponer el estado de ánimo de José Mauroner al tener que desistir del proyecto de venta y viajar a Río de Janeiro en mayo de 1830 –casi cinco años después de su embarque al Río de la Plata– con casi toda la colección. Se sabe por algunos anuncios de remates posteriores a su partida que Mauroner, que no deseaba desmembrar su colección sino venderla en conjunto, hizo algunas ventas aisladas ya que a veces aparecen mencionados cuadros que le pertenecieron.

El empresario John Thomas Barber de Beaumont resumió muy bien el pensamiento de todos aquellos que llegaron al país encandilados por la prédica de Rivadavia y se encontraron con una realidad que distaba mucho de lo prometido, cuando escribió:

Como en los capítulos precedentes he hecho ya una descripción del país y de sus habitantes, en éste puedo ahora ocuparme de la índole de su gobierno. El asunto, por desdicha, es escabroso y desagradable: pero a los europeos ha de interesarles esencialmente porque las invitaciones y promesas del gobierno a los capitalistas de aquí, y a los emigrantes, han sido en extremo halagüeñas. Sin embargo (a menos que haya seguridad de que las proposiciones se basen realmente en principios de verdad y buena fe), quienes confíen en ellas y obren según ellas, quedan expuestos a sufrir una cruel desilusión.

Durante los años que siguieron a estas dos propuestas de establecer un museo de bellas artes en Buenos Aires, no encontramos proyectos similares que recibieran apoyo oficial, aunque comenzó una interesante actividad artística. Nos visitaron pintores viajeros y había pintores y litógrafos extranjeros y argentinos trabajando, dedicándose fundamentalmente a dos temas: el retrato y la escena de costumbres. Sabemos también por los avisos de la prensa periódica que desde junio de 1843 ya se hacían daguerrotipos en nuestra ciudad.

A esto se le sumó la aparición en la escena local de la figura del coleccionista. El 3 de mayo de 1848 regresó al país el comerciante y estanciero Manuel José de Guerrico (1800-1876). Guerrico, que se había exiliado en Francia en 1839,

luego del asesinato de su suegro Manuel Vicente Maza y de su cuñado Ramón, se convirtió en París en el principal colaborador de José de San Martín.

Guerrico volvió en un barco trayendo sus muebles, sus plantas, y una colección de arte europeo, que tenía, entre otras obras, quince cuadros del pintor español Genaro Pérez de Villamil.

Según una tradición que cuenta Eduardo Schiaffino, siguiendo el testimonio del escritor tradicionalista Pastor Obligado, ante el pedido de Guerrico en la Aduana porteña tramitando la introducción de sus cuadros, Rosas habría exclamado: “Ya vino este zonzo con modas de gringos”.

Durante medio siglo la colección de Guerrico, instalada después de Caseros en su casa de la calle Corrientes, a metros de Florida, estuvo abierta a los estudiosos argentinos y a los visitantes extranjeros que estaban de paso por Buenos Aires, y no tenían dónde ver obras de arte. Una vez más recordamos que el Museo Nacional de Bellas Artes recién abrió sus puertas en la Navidad de 1896.

Por una carta, que en 1866 le dirigió Manuel José de Guerrico a Manuel Ricardo Trelles, y que se conserva en el Museo Nacional de Bellas Artes, conocemos por qué comenzó su colección:

Durante mis viajes y mi permanencia en Europa, me propuse reunir objetos curiosos y de utilidad para mi país. Desde luego llamaron mi atención los museos de pintura y las hermosas colecciones de cuadros al óleo que ostentan en sus galerías los particulares. Quise pues imitar a éstos consultando siempre mi posibilidad, con el objeto de traer a mi patria muestras de diversas escuelas de Europa, que sirviesen de modelo a la juventud que quisiese dedicarse al cultivo de este ramo de las bellas artes...Esto hizo que reuniese los cien cuadros que poseo, que visitan los que tienen gusto por la pintura y copian aficionados que hacen su estudio.

Los cien cuadros reunidos por Manuel José de Guerrico durante su exilio europeo constituyeron la primera colección artística importante que tuvo nuestro país, y el inicio de una de las principales colecciones argentinas. A su muerte, la colección fue continuada y acrecentada por su hijo José Prudencio de Guerrico (1837-1905).

El coleccionismo se afirmó en la segunda mitad del siglo XIX. Los coleccionistas argentinos fueron eclécticos y se dedicaron a coleccionar numismática, objetos de las ciencias naturales, y también atesoraron documentos históricos y objetos artísticos. Por eso encontramos los mismos nombres entre los coleccionistas de arte y los fundadores, en 1854 de la Asociación “Amigos de la Historia Natural del Plata”.

Esta asociación tenía por objeto enriquecer el museo creado por Rivadavia ya fuera con objetos de la historia natural o con donaciones de otro tipo, según consta en el acta fundacional de la institución.

Comenzaba así en nuestra ciudad la inestimable colaboración que las asociaciones de amigos de museos le prestarán a estas instituciones hasta la actualidad.

Por la “Memoria presentada a la Asociación Amigos de la Historia Natural del Plata”, redactada por su secretario Manuel R. Trelles en 1856, sabemos cuál era el acervo de la sección de Bellas Artes del museo público creado por Rivadavia treinta años antes: en 1854 tenía solamente cinco ejemplares.

Este era un momento en que el Museo oscilaba entre una intención científica y una realidad concreta de gabinete de curiosidades. Así nos lo indican los listados de objetos donados a la institución que aparecían en la prensa periódica, como este aviso de *La Tribuna* del 16 de julio de 1858:

Donaciones al Museo - En el último bimestre se han hecho al Museo las siguientes donaciones:

El Sr. D. Francisco S. Larguía - Un pollo con cuatro patas.

D. Juan Ventura Belgrano - Un mineral de hierro de la isla de Elba.

D. Pedro J. Rubio - Un reptil...

D. Vicente Letamendi - Una espina ventosa en un hueso de caballo, un hueso fósil...

El Presbítero D. José Antonio Pérez - *La calavera*, **cuadro al óleo** por el Sr. Boneo - Tres cristalizaciones.

Dr. José N. Jorge - Un huevo puesto por un gallo - Dos capullos de seda producida en esta ciudad.

Sólo bajo la dirección de Germán Burmeister, científico alemán contratado en 1862, el museo se encauzó como un verdadero museo de ciencias. En 1864 Burmeister comenzó a publicar los *Anales del Museo Público de Buenos Aires*. En el primer número hizo la siguiente descripción de la sección artística:

Esta sección es la más insignificante del Museo, pues no posee una sola obra perteneciente a algún escultor o pintor de primer orden. Hay solamente algunos cuadros y dibujos bien ejecutados por los estudiantes que el Gobierno sostiene en Italia, unos cuantos retratos de personajes históricos, que sólo pueden llamar la atención como curiosidades, y algunos grabados y cuadros sin valor artístico de ninguna especie.

Esta cita es muy valiosa porque nos informa cómo se estaba organizando el sistema plástico argentino. Había estudiantes becados por el gobierno de Buenos Aires, a cargo de Valentín Alsina y su ministro Bartolomé Mitre. Los tres becarios fueron: Martín Boneo, Mariano Agrelo y Claudio Lastra, quienes estudiaron en el taller de Antonio Ciseri en Florencia entre 1857 y 1863, aproximadamente.

La obra que enviaron de Florencia –copias y estudios– fue exhibida en primer término en los escaparates del local de Corti y Francischelli, y comentada en la prensa local. Luego ingresó en el Museo Público y cuando se inauguró en 1896 el Museo Nacional de Bellas Artes formaron parte de su acervo original.

A partir de la década del 50, los lugares en los que se podían ver obras eran los almacenes de ramos generales, en los que los artistas adquirían sus materiales. El periodismo los llamaba con frecuencia “galerías de arte”, y estaban ubicados en

los alrededores de la iglesia de La Merced. Las pinturerías más antiguas y famosas fueron Fusoni Hnos. y Corti y Francischelli.

De este modo, el público de Buenos Aires vio rodeada de los productos más heterogéneos –como vidrios, espejos, papeles pintados, instrumentos y útiles para ingenieros, arquitectos, agrimensores y fotógrafos y carpas y tiendas de campaña, entre otros– la obra de los artistas nacionales y extranjeros que trabajaban en Buenos Aires.

No está demás recordar que un cuadro tan emblemático de la pintura argentina como *La vuelta del malón* de Ángel Della Valle, fue exhibido por primera vez en Buenos Aires en la ferretería de Nocetti y Repetto, antes de ser expuesto en la Feria Colombina de Chicago de 1893. Buenos Aires no tenía todavía una galería pública de pinturas y esculturas.

En la década del 50, mientras Buenos Aires estaba separada del resto del país, muchos de estos temas se manifestaron como un contrapunto entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación Argentina. En un artículo de *La Tribuna* del 16 de julio de 1858 titulado “Cuestiones artísticas de mayor importancia”, que reclamaba una exposición nacional de pintura en Buenos Aires, se señala:

...la luz producida por la institución de una exposición de pintura entre nosotros contesta de sí misma a las pretensiones del gauchismo que quiere alucinar a Europa y representar la civilización en las orillas del Plata.

Juzgarán sin parcialidad Francia, Inglaterra, España y nuestras demás hermanas mayores las viejas ruinas del viejo mundo, en qué paraje se desparrama la luz del progreso. En Buenos Aires, donde se instituye una exposición de pintura, la que supone la preexistencia de un cierto número de artistas ya hechos y consumados en la teoría y la práctica de los procederes y de las escuelas y pintura antigua y moderna sin hablar de todas las esperanzas hasta ahora desconocidas..., o bien en el Paraná... Podemos asegurar por experiencias que las nociones de las bellas artes en la Confederación, no pasan de los primeros ensayos del daguerrotipo y lo sublime de la pintura a los ojos de las provincias se reduce a las producciones más o menos bien corridas de la fotografía.

Manuel José de Guerrico presidía la comisión encargada de llevar a cabo la exposición, luego de la renuncia presentada por Prilidiano Pueyrredón. Tanto entusiasmo había despertado en la población esta iniciativa que el cronista de *La Tribuna* del 17 de agosto de 1859 comentaba: “hay más de trescientas telas sobre las que se están mezclando con armonía todos los colores del iris”.

Mencionamos especialmente esta exposición porque desde las páginas de la prensa periódica se insistía en que las obras exhibidas debían ser la base de un museo de pintura y escultura. Pero la exposición no se concretó porque comenzaron los preparativos para la batalla de Cepeda.

Como vimos con los proyectos de Guth y Mauroner, los dramáticos acontecimientos políticos no dejaron espacio a los artísticos.

Una vez más la iniciativa de la exhibición recayó en la casa Fusoni, según lo comentó *La Tribuna* en su edición del 9 de julio de 1859:

En medio de todos los aprestos bélicos, cuando la mayor parte de la atención pública está embebida en limpiar fusiles, en ceñirse espadas, en preparar todos los elementos posibles para dar en tierra con el caudillaje, no era natural que el gobierno se dedicase a llevar a cabo la iniciada exposición de pinturas.

Era necesario cerrar las puertas del templo de las artes, para abrir la de los almacenes del Parque porque imposible sería atender a todo a un mismo tiempo.

Pero hoy los Sres. Fusoni y hermanos han querido tomar sobre sus hombros la tarea de una exposición de bellas artes, y al efecto, mientras el gobierno no puede realizar la tan anunciada exposición de pinturas, agrandan sus almacenes, hacen salones *ad-hoc*, reúnen bellos cuadros y esculturas, para en la semana entrante ofrecer al público amante de lo bello una bella colección de lienzos de artistas consumados y de los Sres. Sheridan, Palliere, Noel, Manzoni y cien otros de conocido mérito.

Las exposiciones privadas tenían fines comerciales. Este es el caso de una exposición organizada en 1862 por el platero, grabador, orfebre y medallista italiano Pablo Cataldi en el *foyer* del Teatro Colón. Cataldi había regresado de un viaje a Europa con más de seiscientos obras que vendió en remates públicos.

Pero lo verdaderamente interesante es cómo consiguió armar su colección. Lo informa un artículo de *La Tribuna* del 7 de mayo de 1862:

Cataldi... reunió una variadísima colección de minerales y piedras de estas repúblicas.

Esa colección la aumentó con una variadísima colección de objetos de la China comprados por mayor y a muy bajo precio en los remates del Sr. Latham.

Con todos esos artículos Cataldi embarcó para Europa y llegó a Florencia en los instantes en que se abría en aquella ciudad la exposición de bellas artes italianas.

Florencia rebozaba de gente. Cataldi alquiló un *palazzo* inmediato a la exposición y abrió a su vez una exposición de objetos del Río de la Plata y de la China, estipulando que admitía cuadros en pago de sus piedras, de sus pieles, sus abanicos, espumillas, etc.

El resultado todo el mundo puede preverlo. Florencia es la tierra de las pinturas y Cataldi muy pronto vio desaparecer los artículos de su exposición y cambiarse por cuadros de todas épocas y todas edades, de autores distintos y de mérito mucho.

En esa recolección de cuadros de todos tamaños y todos pinceles, Cataldi reunió la friolera de mil novecientos lienzos. Todos ellos los entregó a una comisión clasificadora de pinturas y ésta desechó hasta mil trescientos aconsejándole reservarse hasta seiscientos y pico.

Esos lienzos son los que han venido aquí. Todos ellos con su correspondiente clasificación visada por el cónsul argentino de Florencia.

Recordemos también que esta exposición recibió apoyo oficial ya que, por un decreto firmado por Bartolomé Mitre, Cataldi fue eximido de pagar derechos aduaneros de importación. Conocemos por la prensa periódica apellidos de algunos de los compradores: Mitre, Villegas, Alsina.

Mencionamos en especial esta exposición porque un periodista de *La Tribuna* que escribió el 1º de mayo de 1862 sugirió que estas obras podían ser “el embrión de la galería que ya debíamos tener”.

A partir de la década de 1870 hubo una importación masiva de pinturas, esculturas, muebles, bronce, alfombras, marfiles y “curiosidades”. Un caso particular fue el de los hermanos Varela que trajeron de Europa grandes cargamentos de muebles, cuadros, esculturas, objetos.

Para dejar lugar a nuevos embarques, organizaban remates que diseminaban los objetos por todo el país.

En un artículo que Manucho Mujica Láinez le dedicó a Juan Cruz Varela (1840-1908), y que editó *La Nación* el 2 de julio de 1978, recordó uno de esos remates que tuvo lugar en marzo de 1870:

Comprendía, entre chuchería sin cuento, unos mil pájaros y mamíferos embalsamados (y entre éstos “un oso enorme” y “un buitre que devora al ciervo expirante que tiene a sus pies”), más de cinco mil medallas, gran cantidad de objetos de plata antiguos, colecciones de bichos, de relojes raros, de cuadros al óleo, tibores de la India, alfombras de Bruselas, dos juegos de comedor de jacarandá, reliquias egipcias y de Pompeya y Herculano; el lavatorio de Francisco Solano López, de plata cincelada; dos imprevisibles grupos de sapos, también embalsamados, representando escenas (un duelo, un juego de billar); un buque de marfil de más de una vara de largo; en fin hasta los *clichets* primitivos grabados en madera por los jesuitas y que les servían para ciertas impresiones...

Durante la presidencia de Sarmiento hubo un proyecto oficial de creación de un museo y academia de bellas artes. Sarmiento le facilitó al artista veneciano José Aguyari (1843-1885), residente en el país desde 1869, los medios económicos para viajar durante más de un año por Europa encargándole especialmente que presupuestara una colección completa de calcos de escultura (“*moulages*”), existentes habitualmente en las colecciones y museos norteamericanos decimonónicos.

Si buceamos en los escritos de Sarmiento vemos que la idea de que las obras a adquirir fueran copias o calcos de yeso tiene su origen en el viaje que realizó a Italia en 1847:

Me apresuro a hacer mención de M. Chatelain... Su Albión se limita a reproducir con fidelidad nunca desmentida, las obras de los grandes maestros, para satisfacer la demanda que de todas partes hay de estos modelos. Su taller está lleno de copias de Ticiano, Rafael Ribera... Los soberanos para palacios y museos, los jefes de la

Iglesia para capillas y altares, dan activa ocupación a su pincel, teniendo actualmente pedidos de Boston y de puntos remotos del mundo... Como la falta de modelos en América es uno de los grandes obstáculos que el cultivo de las bellas artes encuentra, fácilmente se comprenderá de cuánta ventaja puede ser la adquisición de copias sobre las obras maestras de Roma, casi puede decirse pasadas de una tela a otra, por la habilidad profesional del artista.

Aguyari partió a Europa a fines de 1873. Al volver un año después, Sarmiento estaba abandonando el poder.

Aunque había fracasado el proyecto de Sarmiento, quedó latente la idea de crear una academia-galería.

Fue así que a fines de 1874 comenzaron a reunirse periódicamente en casa de Alejandro y Eduardo Sívori, el profesor Aguyari, el periodista Carlos Gutiérrez, el pintor y litógrafo Alfred París y el joven pintor Eduardo Schiaffino. En 1876, como resultado tardío de la iniciativa sarmientina, se creó la primera institución específicamente artística: la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, cuyo objeto único e inalterable era propender al desarrollo y adelanto del dibujo, pintura, escultura, arquitectura y demás artes en el país, según decía su programa aprobado en la reunión inaugural del 23 de octubre de 1876.

En 1878 esta institución inauguró una Academia, que formó a las generaciones siguientes de artistas argentinos, y que se nacionalizó recién en 1905 cuando ya no podía seguir sostenida económicamente sólo por sus miembros.

En 1877, el coleccionista argentino Juan Benito Sosa (1839-1909) donó a la provincia de Buenos Aires un conjunto de obras –cuarenta y ocho cuadros al óleo y un dibujo– para que sirvieran de base a un museo público.

Es la única colección del siglo XIX de la que conocemos exactamente la fecha y el precio de compra, y quién vendió cada obra. Esta descripción de la colección, los motivos del legado (“desearía que esa colección sirviese de base para una futura galería de pintura”) y la aceptación gubernamental están detallados en el tomo IV de la *Revista Pública de Buenos Aires*, editada en 1882.

De las cuarenta y nueve obras, veintinueve le habían sido compradas a los hermanos Juan Cruz, Héctor y Mariano Varela. Sosa tenía sólo una obra de autor argentino en su colección: *El pescador* adquirida a su autor, Prilidiano Pueyrredón.

Esta referencia nos da una idea de la presencia casi nula de obras de artistas nacionales en las colecciones locales: en ellas sólo encontramos alguna obra de Pueyrredón, de Ballerini o más tarde de Giudici. Se coleccionaba lo europeo.

El pintor, poeta, escritor y senador Bernabé Demaría (1824-1910), presentó un proyecto que no llegó a tener sanción definitiva, para concretar la fundación del museo soñado por Sosa.

Nos preguntamos cuál fue el destino final de esta colección. La donación había sido efectuada tres años antes de la federalización de Buenos Aires. Después de producida ésta, y por acuerdos celebrados entre las autoridades nacionales y provinciales, la colección, que había sido depositada en la Biblioteca Nacional,

pasó al Museo General de La Plata inaugurado en 1885 –hoy Museo de Historia Natural– y luego al Museo Provincial de Bellas Artes inaugurado en 1922.

Recordemos también que en este año 1877 había abierto sus puertas, en base a la generosa donación de Francisco P. Moreno, el Museo Antropológico y Arqueológico, convertido luego de la federalización de Buenos Aires en el ya citado Museo General de La Plata.

La década del 70 se cerró con otro ambicioso proyecto.

El 25 de julio de 1879 el diario *La Nación* anunciaba que en breve se le presentaría a la municipalidad de Buenos Aires, presidida por el coleccionista José Prudencio Guerrico, un proyecto para construir un edificio destinado a museo de artes y ciencias, en el triángulo comprendido entre la Casa Rosada, el Congreso y la Plaza 25 de Mayo.

Este proyecto de museo municipal no llegó a concretarse, como tampoco otro presentado quince años después por el intendente municipal, don Federico Pinedo, al Concejo Deliberante. Se trataba de un modesto museo formado por obras originales y también por copias y calcos de obras maestras del arte universal. Tan seguro estaba Pinedo que habría una votación favorable, que había transmitido al Presidente de la República la idea de construir el edificio para el museo en los terrenos de los cuarteles del Retiro. Pero el proyecto fue tratado y rechazado.

Rescatamos algunos conceptos de los extensos comentarios que hizo Eduardo Schiaffino en *La Nación* del 9 de junio de 1894:

Ya era una novedad que una Intendencia Municipal nuestra creyera llegada la hora de proyectar alguna cosa de carácter intelectual, algo que saliera –quiera por una vez– de los afirmados, de la no menos interesante reglamentación de cosas clandestinas, las loterías oficialmente patrocinadas, y la libertad de miasmas a los mercados concedida...

Pero el rancio espíritu criollo, parco en aspiraciones a fuer de ser sobrio en necesidades, que caracterizó en su tiempo la sociedad primitiva, el pueblo exclusivamente pastoril que ya no somos, se sobrevive y nos alcanza...

El año 1880 marca un hito en la periodización histórico-política.

A los hombres de la Gran Aldea le sucedieron los de la Generación del Ochenta, llamados así porque sus representantes más destacados le dieron un tono peculiar a la política y a las letras, sobre todo en la década que fue desde la federalización de Buenos Aires, efectuada el 20 de septiembre de 1880, hasta la revolución de 1890.

Los cronistas y escritores de esta generación nos muestran a una Buenos Aires ávida de lujos, especulación y placeres. Si desde antes de 1810 la civilización y la cultura europeas le dieron a la burguesía urbana los modelos a imitar en la arquitectura, el mobiliario, los planes de educación, la moda, el arte, etc., esa influencia se acentuó sobremedida en las últimas décadas del siglo. Cobró

una enorme importancia el consumo suntuario y se hicieron habituales los viajes a Europa de la alta burguesía trayendo todo tipo de objetos artísticos, pero de calidad diversa.

En septiembre de 1883 Eduardo Schiaffino (1858-1935), un joven pintor argentino que había participado de la fundación de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, comenzó a publicar en el diario *El Diario* sus “Apuntes sobre el arte en Buenos Aires” que llevaban el subtítulo “Falta de protección para su desarrollo”.

Este pintor-escritor advertía desde la frase inicial sobre el “progreso” –típico axioma positivista– de la ciudad de Buenos Aires. Pero destacaba que ese progreso era puramente material y que faltaba el alma que debía animar ese gran cuerpo, y que ese era el rol que debía desempeñar el arte, el faro que debía alumbrar la noche que nos circundaba. Al contrario de Inglaterra que tenía la hegemonía en el comercio y de Alemania que prevalecía en las ciencias, nosotros, que pertenecíamos a la raza latina, sólo debíamos aspirar al cultivo de las artes.

Schiaffino solicitaba tres medidas concretas para que pudiese desarrollarse el Arte Nacional entre nosotros: la libre introducción de las obras de arte (sobre las que pesaba un gravamen del 35% al 40%), que sirvieran de modelos para educar el gusto artístico; la protección oficial a los artistas argentinos y la creación de una galería pública de pinturas, sobre la base de la Donación Sosa que todavía permanecía alojada en la Biblioteca Pública.

Uno de los lectores de estos “Apuntes sobre el arte en Buenos Aires” fue el Ministro de Instrucción Pública Eduardo Wilde quien decidió becar al joven artista a Europa. A partir de su vuelta en 1891, Schiaffino se convirtió en el curador de importantes exposiciones y en el gran gestor cultural que logró abrir, en la Navidad de 1896, el museo nacional de bellas artes.

La década del 80 se cerró con la creación del Museo Histórico de la Capital, por la iniciativa de Adolfo P. Carranza y el apoyo del Intendente Seeber.

A pesar de conocer el incierto destino final de la Donación Sosa, el Sr. Adriano Rossi (1814-1893), militar y coleccionista, legó por testamento, el día anterior a su muerte, ochenta y un cuadros de su propiedad que finalmente hicieron posible la fundación del museo nacional de bellas artes.

Por un obituario que *La Nación* le dedicó el 12 de febrero de 1893, al día siguiente de su muerte, conocemos detalles de su biografía. Había sido educado en Inglaterra y después de Caseros participó en el sitio de Buenos Aires de 1853-54; como comisario de Guerra y con el rango de coronel y teniente coronel honorario tomó parte en las batallas de Cepeda y Pavón y también fue condecorado por su actuación en la Guerra del Paraguay.

Había formado su colección de cuadros antiguos y modernos por compras variadas que efectuó en sus viajes por Inglaterra, Francia, Italia, España y Alemania, y especialmente por las que le hizo en Buenos Aires al pintor Ignacio Manzoni que residió varias décadas en nuestro país.

Citaremos las dos cláusulas que nos interesan de su testamento:

4º Además de los enunciados bienes, poseo una colección de cuadros al óleo, antiguos y modernos; entre estos últimos atribuyo gran mérito a treinta y tantos cuadros del eximio profesor Ignacio Manzoni...

6º Los cuadros a que acabo de hacer referencia, los dono al gobierno de la nación, para que sirvan de base a la formación de un Museo de pintura en la ciudad de Buenos Aires, capital de la República Argentina.

Designó como albaceas testamentarios al señor Lorenzo Moreno y al general Bartolomé Mitre. A fines de abril de 1893 ya había sido efectuado el inventario y presentado en el juzgado correspondiente, y el gobierno nacional había aceptado el legado.

Las obras fueron depositadas en la Biblioteca Nacional, siguiendo el mismo derrotero que la donación Sosa.

El 23 de julio de 1892 se creó el Ateneo, una institución literaria que realizó sus primeras reuniones en la casa del poeta Rafael Obligado. El artículo 1º de su estatuto establecía que tenía por objeto favorecer el desarrollo intelectual del país. Desde sus comienzos desplegó una intensa actividad cultural mediante lecturas, conferencias, conciertos y a partir de 1893 exposiciones artísticas anuales.

Por las frecuentes noticias publicadas por la prensa periódica sabemos que el Ateneo estaba estructurado en siete secciones: literatura, historia, estudios filológicos y sociales, estudios económicos, ciencias matemáticas y naturales, música y una sección de artes plásticas –pintura, escultura y arquitectura– dirigida por Eduardo Schiaffino.

A partir de 1893 el Ateneo organizó Salones anuales que pueden considerarse como las primeras manifestaciones colectivas de los pintores y escultores argentinos y la primera exposición individual de un artista: la del pintor Graciano Mendilaharsu, que se había suicidado ese año.

Eduardo Schiaffino, desde septiembre de 1883 en que el diario *El Diario* le publicó sus ya citados “Apuntes sobre el arte en Buenos Aires” escribió permanentemente en la prensa hostigando a los sucesivos gobiernos por la falta de tan ansiada galería pública. Finalmente la prédica de Schiaffino y la acción del Ateneo lograron la creación del Museo Nacional de Bellas Artes, por medio de un decreto del Poder Ejecutivo del 16 de julio de 1895.

La administración Uriburu-Bermejo concretó el proyecto de reunir la donación de Adriano Rossi (81 obras) y otra de José Prudencio de Guerrico (22 obras), con las obras depositadas en la vieja sala del Museo Nacional de Historia Natural y con todas las obras de arte que ya le pertenecían al Estado y que estaban diseminadas en diversos organismos como embajadas, el Colegio Militar, la Escuela Naval de Palermo, etc. Finalmente, con estas obras y con nuevas donaciones de coleccionistas y artistas locales, el modesto primer Museo Nacional de Bellas Artes abrió sus puertas en la Navidad de 1896, con 163 obras presentadas en cuatro salas del Bon Marché (actualmente Galerías Pacífico), bajo la dirección del infatigable Schiaffino.

Culminaban así siete décadas de esfuerzos destinados a que Buenos Aires –¿la Atenas del Plata o la París de las Pampas?– tuviera una galería pública de pintura y escultura destinada no sólo a procurar artística distracción al pueblo, sino también educar su gusto, y facilitar a los que se dedicaban al arte, elementos de estudio y comparación, como resaltaba la prensa local.

Academia, Salones anuales y museo público son los pilares de la institucionalización de un sólido sistema plástico.

Ya comentamos que en 1905 se nacionalizó la vieja Academia que la Sociedad Estímulo de Bellas Artes había abierto en 1878. En el año 1911 se crearon los Salones anuales de pintura y escultura argentina. Comenzó así el proceso de profesionalización de los artistas argentinos y las obras de los artistas nacionales comenzaron a ingresar lentamente en las colecciones públicas y privadas.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Archivo Schiaffino, Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires.

Beaumont, J. A. B. *Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental (1826-1827)*. Buenos Aires, Librería Hachette, 1957.

Bazin, Georges. *El tiempo de los museos*. Madrid, Daimon, 1969.

Binni, L. y Pinna, G. *Museo. Storia e funzioni de una macchina culturale*. Milano, Aldo Garzanti Editore, 1980.

Carranza, Ángel. *Anales del Museo Público de Buenos Aires*. Revista de Buenos Aires, VIII, 1865.

Colorado Castellary, Arturo. “[1808/2008] Destrucción, pillaje y dispersión del arte español”, en: *Descubrir el arte*, Año IX N° 107, enero 2008, pp. 34-43.

Davallon, Jean. “Le musée, est- il vraiment un média?”, en: *Publics et Musées*, N° 2, pp. 99-123.

Lascano González, Antonio. *El Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires*. Buenos Aires, ECA, 1980.

Obligado, Pastor. *Tradiciones argentinas*. Barcelona, Montaner y Simón Editores, 1903.

Oliveira Cezar, Lucrecia de. *Coleccionistas argentinos. Los Guerrico*. Buenos Aires, Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, 1988.

Palomar, Francisco. *Primeros salones de arte en Buenos Aires, Reseña histórica de algunas exposiciones desde 1829*. Buenos Aires, 1962. (Cuadernos de Buenos Aires, XVIII)

Piccirilli, Ricardo. *Rivadavia y su tiempo*. Buenos Aires, Peuser, 1960, 2da. ed., 3 vol.

Poulot, Dominique. *Musée, nation, patrimoine 1789-1915*. Paris, Gallimard, 1997.

Sarmiento, D. F. *Viajes*. Buenos Aires, Universidad de Belgrano, 1981.

- Schaer, Roland. *L'invention des musées*. Paris, Gallimard/Réunion des Musées nationaux, 1993.
- Schiaffino, Eduardo. *La pintura y la escultura en la Argentina*. Buenos Aires, Ed. del autor, 1933.
- Telesca, Ana María y Pacheco, Marcelo. *Aproximación a la generación del '80. Antología Documental*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1988.
- Trelles, Manuel Ricardo. *Memoria presentada a la Asociación de Amigos de la Historia Natural del Plata*. Buenos Aires, Imprenta de "El Orden", Piedad 76, 1856.

Una singularidad cultural argentina

Marcelino Cerejido

Me encanta ser un científico profesional, a pesar de que el serlo me haya valido cárcel, cesantía, exilio y dispersión de mi familia por tres países distintos. Esta paradoja ha dividido mis esfuerzos en, por un lado, vivir de la investigación en el campo de la fisiología celular y molecular y, por otro, tratar de entender por qué una Argentina que me había formado gratuitamente, otorgado títulos, becas, cargos, subsidios, discípulos y premios es tan implacable en su lucha contra la ciencia.

Por supuesto, para tratar de entender la infalible hostilidad argentina hacia ella, tuve que recurrir a cuanta enciclopedia, ensayo, conferencia sobre la ciencia y la cultura argentinas tuve a la mano, y los encontré propalando una versión tan añeja, errónea y tonta que comencé a llamarla “*versión ortodoxa de la ciencia*”, y entender por qué luego tantos jóvenes y líderes políticos y culturales son analfabetos científicos.

Quisiera entonces que quede claro: 1) Dado que mi propósito inicial no fue tanto entender la ciencia sino mis propias desventuras por haber escogido semejante profesión, no tuve pudor ni sentí culpa alguna en dejar de lado la versión ortodoxa. 2) Fui elaborando el concepto de “analfabetismo científico” a mi manera y para un solo destinatario: yo; como si jamás hubiera temido que llegaría el día que tuviera que defender mis puntos de vista ante nadie. 3) Si luego mis desarrollos trascendieron ese ámbito doméstico, fue por las invitaciones a presentar mis puntos de vista en conferencias, artículos y libros, de las que el presente ensayo constituye un ejemplo típico.¹

LA VERSIÓN ORTODOXA DE LA CIENCIA

La versión ortodoxa es la consabida enumeración cronológica de sabios y descubrimientos que campea en los textos y enciclopedias que les damos a nuestros estudiantes y que luego ingresa con ellos a la sociedad en general. No me ha servido para entender las desventuras argentinas con la ciencia ni las mías propias. Por empezar, da por sentado que la ciencia es una aventura de la razón, comenzada hace unos tres milenios por babilonios, egipcios y griegos, siendo que la razón juega un papel comparativamente menor en la génesis y manejo del conocimiento científico, pues entra en juego tardíamente, es decir, recién en el momento de analizar nuestras ideas, discutir las con colegas, escribir artículos. Por el contrario, el actor central del conocimiento, aún del científico, es el in-

¹ *La ciencia como calamidad*. Gedisa, Buenos Aires, 2009.

consciente, a pesar de que ignoremos cómo hace para generar nuevas ideas, de qué manera se atrapa en la atención de ciertos datos y tiende a ignorar aquellos otros, cómo hace para combinar procesos metafóricos y metonímicos, hasta que de pronto genera el embrión de una hipótesis, una sinfonía, escultura, personajes literarios, cuadros y entonces sí, nuestra razón y nuestra conciencia pueden comenzar a trabajar con dicho material.

La versión ortodoxa es también anacrónicamente creacionista, en tanto desconoce que para cuando aparecieron babilonios, egipcios y griegos los seres humanos ya venían dotados de un cerebro forjado a través de millones de años de evolución, y que tenía entre otras las siguientes propiedades: 1) Sabía forjar en su mente modelos dinámicos de la realidad, con los cuales la representa y hace funcionar en su propia cabeza y escoge las alternativas más promisorias para luego actuar en el mundo. 2) Tenía una fabulosa memoria con estratos de distinto grado de accesibilidad, en los que sólo guardaba información significativa. En lugar de extenderme en explicaciones, aconsejo la lectura del cuento “Funes el memorioso”, de Jorge Luis Borges, donde el personaje Ireneo Funes carece de esta propiedad, no selecciona lo que habrá de recordar, sino que capta y recuerda todo independientemente de que se trate de información valiosa o trivialidades como las volutas del agua agitada por un remo o el número y posición de las hojas de los árboles de un bosque en una tarde de hace muchos años. Le ponía un día en recordar un día. Elocuentemente, Borges no hizo de Funes una persona inteligente. 3) Aquel cerebro también sabía generar un sentido temporal, con el que, además de construir modelos mentales dinámicos de la realidad presente, podía recordar e interpretar un pasado y predecir un futuro. 4) Sabía generar lenguajes. 5) Era creyente. Dado que la especie humana venía haciendo del conocer su herramienta para sobrevivir, otorgaba una clara ventaja incorporar no solamente lo que cada individuo iba observando y aprendiendo *per se*, sino también lo visto y aprendido por toda la sociedad, incluyendo generaciones pretéritas. Yo, por ejemplo, no conocí a Tutankamón, César ni Galileo, ni estuve presente en la Revolución Francesa, pero los tengo incorporados a mi patrimonio cognitivo gracias a que me los transmitieron la crianza y la educación. Para el caso, tampoco inventé el castellano, sino que “se lo creí” a mis padres y pude así comunicarme con otros niños, que también se lo habían estado creyendo a sus progenitores y maestros. A decir verdad, casi todo ese patrimonio cognitivo está hecho de información creída y, en comparación, lo captado y aprendido directamente por uno mismo resulta insignificante.

Cabe disculpar a los padres de la ciencia que comenzaron con esa anti-gualla, porque ellos sí fueron en verdad creacionistas, pues Galileo, Descartes, Newton, pertenecían a culturas que daban por sentado que el Universo había sido creado por Dios en seis días, hace unos seis mil años, tal como lo leían en La Biblia. Así y todo, fueron aquellos padres de la ciencia quienes comenzaron a forjar una manera agnóstica de interpretar el Universo, y nos convencieron de que la realidad no es una *cosa*, sino un *proceso* que lleva no menos de 3.700 millones de años evolucionando.

Justamente, al ir desentrañando el proceso evolutivo del Universo resulta claro que la vida, su increíble diversidad, pájaros, tigres, magnolias y el mismísimo *Homo sapiens* surgieron de procesos absolutamente espontáneos e inconscientes. La consciencia brotó en la Tierra hace apenas unos 50 mil años, es decir, “nada” en una escala evolutiva cósmica de 13.700 millones de años, que incluye una evolución biológica de unos 3.700 millones de años. Ni siquiera podemos pensar que la consciencia apareció un buen día, cuando un homínido entendió que estaba entendiendo, sino en circunstancias difíciles ligadas al procurarse alimentos, el dolor, la vecindad de la muerte; nada que ver con sutilezas intelectuales. Hoy se piensa que un homínido de la Edad de Piedra asemejaba bastante bien a lo que hoy llamaríamos un autista.

Por supuesto, ya dotado de una conciencia, el *Homo sapiens* la incorpora a su instrumental para interpretar la realidad. En un comienzo habrá advertido que si bien podía tomar un guijarro, le era difícil atrapar en cambio una rana o un pájaro, porque éstos tienen *motu proprio* y escapan; supuso que estos tienen ánima y los catalogó como animales. Pero aquella taxonomía animista siguió evolucionando y desembocó en etapas politeístas, cuando el *Homo sapiens* pasó a suponer que todo lo marítimo era regido por Poseidón, el cielo por Urano, el amor por Eros. Luego la evolución hacia los monoteísmos requirió una verdadera hazaña intelectual. En un politeísmo los dioses pueden discrepar; en cambio, en un monoteísmo el único dios no puede tener contradicciones. El acceso a los monoteísmos dependió de inventar ni más ni menos que la coherencia de Dios, que fue más tarde un elemento fundamental en la transición hacia la manera científica de interpretar la realidad, porque la ciencia no es un amontonamiento de saberes discordantes, sino que éstos se hallan sistematizados al punto que Pascal la comparaba: “...al cerebro de una sola persona que aprendiera continua e indefinidamente”.

La ciencia no es otra cosa que una manera de interpretar la realidad, y consiste en hacerlo sin recurrir a milagros, revelaciones, dogmas ni al Principio de Autoridad, por el cual algo es verdad o mentira dependiendo de quién lo diga: La Biblia, el Papa, el rey, el padre. Fue generada por personas que acaso sólo apelaban a esta manera cuando estaban enfrascadas en sus investigaciones e interpretaciones de la realidad que habían escogido estudiar (las montañas, las estrellas, las plantas, las enfermedades), pero que seguían siendo religiosas en su esfera personal. Cuando un animista, un politeísta un monoteísta y un científico veían un árbol no discrepaban sobre el objeto que estaban viendo, sino en la manera en que interpretaban qué es un árbol y por qué la realidad incluye árboles. Más aún, soñaban que un día, esa ciencia que hoy les permitía estudiar péndulos, rocas, mareas y teoremas, un día progresara a tal punto que les permitiera conocer a las deidades. Irónicamente, lo que encontró la ciencia fue los momentos y circunstancias en los que la mente humana, en su esfuerzo por entender una realidad tan portentosa y tan alejada de lo que su cabeza podía entender, se vio impelida a inventar dioses. No respondieron a por qué los dioses crearon seres humanos, pero sí a por qué los seres humanos crean dioses.

EL CONCEPTO DE CIENCIA ESTÁ LLENO DE MALOS ENTENDIDOS

Advirtamos además que todas las maneras de interpretar la realidad inconscientes y conscientes, desde el animismo a la ciencia son productos de la evolución. La ciencia moderna en particular tiene apenas unos siglos de existencia, es decir, es mucho más joven que la palabra “ciencia”, circunstancia que hace que hoy el concepto de “ciencia moderna” esté plagado de malos entendidos. Este no es el lugar de aclararlos,² pero así y todo necesito referirme a alguno de ellos.

Por ejemplo, es común que la gente tome ciencia e investigación como si se tratara de sinónimos exactos. La *ciencia* es como digo una manera de interpretar la realidad (sin recurrir a milagros, revelaciones, dogmas ni al principio de autoridad). En cambio la *investigación* es la aplicación del talento y habilidad para tomar una porción del caos de lo desconocido, analizarlo y, si se lo puede explicar, incorporarlo al patrimonio del saber científico. Idealmente, el científico y el investigador deberían ser la misma persona. Pero abundan los colegas científicos que si bien jamás invocarían milagros ni revelaciones para interpretar el metabolismo de las proteínas, terremotos, eclipses, carecen de un mínimo de originalidad para ganarse la vida profesionalmente y, concomitantemente, también pululan los colegas investigadores que son un destello de creatividad y productividad, pero creen a pie juntillas en deidades con poder suficiente para transgredir las leyes de la naturaleza y favorecer con milagros a quienes les dediquen plegarias iterativas, admiten la resurrección de los muertos y otras fantasmagorías que contaminan luego a la sociedad entera. Para resumir este punto: la investigación entraña novedad, la ciencia no, o no necesariamente. Un científico que no tenga dotes de investigador puede ser así y todo un excelente docente, un editor de revistas especializadas que se erige en epistemólogo práctico, un aduanero de la ciencia que acepta o no para su publicación un manuscrito siempre que su contenido cumpla con una serie de criterios que él conoce, encarna y defiende: novedad, solidez argumental, claridad, estadística, referencia a contribuciones previas, etcétera.

LOS DRAMAS DEL ANALFABETISMO CIENTÍFICO

Así como ser analfabeto común consiste en ser incapaz de interpretar la letra escrita, ser analfabeto científico consiste en ser incapaz de interpretar la realidad “a la manera científica” y eso causa una serie de dramas:

1) Por supuesto, el primero es *carecer de ciencia* en un mundo en el que ya van quedando pocas cosas de envergadura que se puedan manejar sin ciencia y tecnología avanzada. La salud, producción industrial, transporte, comunicaciones, comercio, educación, diplomacia y todas las tareas que el Estado se ve

² Recomiendo la consulta de *Ciencia sin seso locura doble*, y *Por qué no tenemos ciencia*, ambos de Siglo XXI, México, 1994.

precisado a regular, hoy se ven seriamente perjudicadas cuando estas funciones se confían a manos de analfabetos científicos.

2) *La ciencia resulta invisible* para el analfabeto científico. Contrario a otras necesidades como la de alimentos, agua, medicinas, energía, en las que el afectado es el primero en señalar la carencia con toda exactitud, cuando una sociedad no tiene ciencia, no lo puede detectar y ni siquiera entender, así se le explique. Es triste, pero este drama se pone en evidencia cada año en el cándido discurso del presidente mejor intencionado, cuando se dirige a los investigadores de su patria: “En este momento tenemos problemas serios y urgentes, pero prometo que ni bien los solucionemos, apoyaremos a la ciencia”, que a nosotros, los científicos, nos suena: “Ahora tengo que resolver todas esas ecuaciones diferenciales. Pero prometo que ni bien lo consiga estudiaré a ver qué es eso de matemática”. Así es, mientras el Primer Mundo se apoya *en* la ciencia, el Tercero promete apoyar *a* la ciencia, momento que por supuesto jamás podría llegar. Si quienes mejor interpretan la realidad japonesa no fueran los propios japoneses, Japón sería un país subdesarrollado. Les dejo como ejercicio preguntarse quiénes mejor interpretan la realidad actual e histórica de Egipto, Grecia, Mesopotamia.

3) Curiosamente, a pesar de este panorama, el tercer drama del analfabeto científico consiste en *creer ¡que sí! sabe muy bien qué es la ciencia*, de donde deduce que no la necesita. ¿De dónde saca esta creencia? Generalmente de una divulgación científica bien intencionada pero mal concebida. Basta hojear una revista de divulgación o visitar un museo de ciencia-para-jóvenes-tercermundistas, para constatar que en su comprensible esfuerzo por hacer más ameno el conocimiento científico y atraerlos, recurren a lo curioso y aun a lo insólito: “¿Sabía usted que si una persona saltara como una pulga, podría brincar un edificio de veinte pisos? ¿Sabía usted que un agujero negro sideral es capaz de comerse una galaxia entera?” Alegra ver chicuelos que se divierten en esos museos tocando la brillante bola metálica de un acumulador y viendo que se le erizan los cabellos, o deleitándose ante el ordenamiento de limaduras de hierro sobre un papel apoyado en los cuernos de un imán. Pero ¿cómo evitar ahora que el analfabeto científico dé por sentado que los científicos somos una caterva de vagos que pretendemos que se nos pague para entretener nuestros ocios buscando curiosidades y cosas inverosímiles? ¿Cómo hacer para que ese mismo analfabeto entienda que en verdad los científicos “odiamos” por así decir lo estafalarario, y que por el contrario buscamos las regularidades de la realidad, para tratar de destilar de ellas las leyes que explican qué es y cómo funciona? Luego, resulta hasta comprensible que un mandatario tercermundista, anegado en el más triste analfabetismo científico declare con aplastante sinceridad “Yo, en lugar de que nuestros científicos malgasten nuestro magro presupuesto en estudiar agujeros negros que se comen una galaxia... preferiría utilizarlo para que los niños de mi patria coman alguna proteína”.

4) El analfabeto científico nos hunde en todavía un cuarto drama. Para la ciencia la realidad está plagada de variables; *para el analfabeto científico en cambio la realidad es muy sencilla, pues tiene una única variable: el dinero*. Un

recalcitrante pensamiento economicista ha emponzoñado la mente de nuestra sociedad, y la ha convencido de que todo problema es de índole económica, y que todo se arreglaría con dinero. “Política científica” no es más que una forma de erogar un presupuesto. El analfabeto científico da por sentado que las cosas mejorarían poniendo algún burócrata al frente de sus instituciones del saber para que las administre. La ciencia de un país tercermundista pasa así a ser regida por verdaderos irenarcas que están a años luz de interpretar la realidad “a la manera científica”, situación que asemeja a que nuestros hospitales estén liderados por personajes cuya concepción de la salud no vaya más allá que la doctrina de Paracelso y el modelo de los humores.

5) Aclarar el quinto problema entraña casi un bizantinismo, pero lo menciono porque es así y todo de una gravedad extrema. El pobre carece de cosas que el rico ya tiene, ¡vaya perogrullada!, circunstancia que le impide al analfabeto científico cometer un nuevo tipo de error. Veamos. Concordamos con él en que la felicidad de un pueblo tercermundista no radica en que invente un teléfono mejor de los que ya existen, un medicamento más eficaz de los que ya hay en el mercado, una computadora que haga más proezas de las que realizan las que ya tiene el Primer Mundo. Pero eso hace que *vivamos en un mundo cada vez menos natural, y nos cueste más interpretar... y no siempre podamos interpretarlo*. Para que no se nos escape este punto, y afianzar de paso un concepto que introduje hace unas páginas de que todo organismo vivo depende de interpretar la realidad en que necesita sobrevivir, en lugar de referirme al ser humano me referiré al drama de una polilla que sea analfabeta científica, es decir, que no entienda la realidad que le plantea la ciencia.

Las polillas gitanas desbastan los frutales. En un momento dado se les combatió con DDT, que es tóxico para ellas y para nosotros los consumidores. Pero la Selección Natural hizo que murieran las polillas más sensibles al DDT y que las generaciones siguientes tuvieran una mayor proporción de polillas resistentes. Se fumigó entonces con una mayor cantidad de DDT, pero las poblaciones de polillas volvieron a adaptarse a través de la selección de padres/hijas de polillas resistentes a dichas substancias. Cuando la cantidad de DDT empleado llegó a contaminar los alimentos con niveles peligrosos para la salud de los seres humanos, se declaró perdida la guerra contra las polillas gitanas, pues ellas se habían podido ir adaptando a la realidad-con-DDT, los humanos no. Pero aquí viene la sutileza científica. Para que las polillas puedan reproducirse, los machos deben encontrar hembras con las cuales procrear. Esto depende de que esas hembras exhalen feromonas. Los machos son tan increíblemente sensibles a estas sustancias, que pueden detectar una hembra a kilómetros de distancia. Entonces la ciencia averiguó la fórmula química de las feromonas, las sintetizó en el laboratorio, y fumigó los campos con ellas.

Los machos de la polilla gitana no pudieron discernir cuáles de las señales provenían de hembras de verdad, y cuáles otras eran lanzadas desde una avioneta; ahora los llamados del sexo les llegaban de todos lados. Es como si todos los habitantes de la ciudad llamáramos a los bomberos simultáneamente: al pobre

que en serio se le está quemando la casa estaría perdido. Lo llamaron “castración informativa”. Los machos no pudieron interpretar una realidad producida artificialmente por la ciencia. Narré este caso en cierto detalle, para afianzar aquello de que *todo* organismo viviente depende de interpretar su realidad eficientemente. Pero regresemos ahora a los analfabetos científicos humanos.

Por miles y miles de años, el ser humano producía con recetas (saber cómo, know how) transmitidas de boca a boca a través de padres/hijos, maestros/aprendices por generaciones y generaciones, aún en el caso de que no se conociera el mecanismo intrínseco de los procesos que producen quesos, vinos, tejidos, tinturas de telas, aleaciones, medicinas, procedimientos agrarios, curtido de cuero, aleación de metales. Se transmitía el cómo, aunque se desconociera el porqué. Este porqué debió esperar milenios, pues para entender por qué una tintura o el vidrio de un vitraux es rojo, azul o amarillo, se necesitó saber de espectros y vibraciones atómicas que sólo estuvieron disponibles en el siglo XX. Para saber el porqué de quesos y vinos hubo que esperar hasta que la ciencia entendiera de catalizadores y enzimas. Pero en cuanto la ciencia lo supo, cayó en la cuenta de que “entonces... se pueden diseñar técnicas mejores para hacerlo” y el “saber cómo” empezó a cambiar la realidad cotidiana, por otra producida por la ciencia. Un obrero no puede entender con recetas que le pasó la abuela por qué funciona una cámara de fotos de diez megapíxeles, ni puede competir con recetas para hacer pinturas que secan en el acto, son hidrofóbicas y tienen mil propiedades más, incluidas la del costo de producción, con los viejos consejos que le transmitió la tradición de su terruño. Ningún país tercermundista puede producir aviones, teléfonos, citostáticos, satélites de comunicación con fórmulas ancestrales. Tampoco puede ya desarrollar la industria minera, ni agrícola, ni sanitaria. De pronto el ser humano vive anegado de una realidad que no entiende, porque ésta ha dejado de ser natural, dado que esta vez se la han fabricado la ciencia moderna y las tecnologías avanzadas. Y si un mago tocara con su varita mágica al Tercer Mundo y pudiera decir ¡abracadabra! y ponerlo al día con los teoremas, procedimientos computacionales, industriales que hoy sólo domina el Primer Mundo, la ciencia le volverá a alterar la realidad en poco tiempo y lo transformaría en un análogo perfecto de la polilla gitana. Para no quedarse atrás, las sociedades deben formar parte del contingente que marcha al frente investigando y creando realidades artificiales.

EL PRODUCTO DE LA CIENCIA

Vemos entonces la futilidad de aquello que aseveraba el analfabeto científico: “No necesitamos ciencia, porque la felicidad de nuestro país no depende de que inventemos un teléfono, una medicina, un antibiótico mejor que los que ya existen, sino de que tengamos dinero para comprarlos”. En una ocasión infortunada, nada menos que el gran Miguel de Unamuno llegó a opinar “¡Que investiguen ellos!” Por “ellos” se refería a lo que en este ensayo estoy llamando Primer

Mundo. Esa cerrazón tampoco le permite advertir que su país será desplazado de los mercados, de modo que tampoco va a tener dinero para comprar siquiera los productos de la ciencia ya disponibles en el Primer Mundo.

1) Aprovechemos entonces para referirnos al siguiente drama del analfabeto científico (el sexto) que se refiere al producto de la ciencia. Nuestros funcionarios y administradores insisten en que los investigadores y científicos produzcamos cosas vendibles en el mercado (“innovaciones”). No discutiré aquí la barrabasada de afirmar que el conocimiento sólo tiene sentido si alguien gana dinero con él, prefiero comparar la ciencia con la gimnasia, con la que una persona “se produce a sí misma”. El principal producto de la ciencia no es una mercancía, sino *un ser humano que sabe y puede*, por eso el analfabetismo científico hace que el Tercer Mundo no sepa y rara vez pueda.

2) El próximo drama (el séptimo) surge como reacción humana ante la incapacidad de interpretar una realidad que produce y constantemente nos va cambiando el Primer Mundo. Ya dije y repetí que la vida de *todos* los organismos depende de que sepan interpretar su realidad, de lo contrario perecen. Pero el ser humano suele reaccionar al revés, porque su sentido temporal le permite predecir que cuando la realidad cambia a escenarios y configuraciones que él no entiende ni tiene como adaptarse, morirá. Entonces, al revés que las polillas, se multiplica en la adversidad y reacciona ante la falta de seguridades reproduciéndose. Un anciano tercermundista arriesga a caer en la mendicidad, a menos que en su juventud haya engendrado diez hijos vivos: dos policías, tres sirvientas, dos albañiles, un vendedor de billetes de lotería, dos cuidacoches. En su crecimiento desmedido, la población del Tercer Mundo está talando las escasas selvas que quedan en el planeta para crear espacios cultivables donde sembrar alimentos. La superpoblación no sólo dilapida bosques y selvas, sino que la descomunal demanda de agua está desecando ríos y lagos. Falta agua, sobran ratas, enterobacterias, alacranes y funcionarios analfabetos científicos. Las ciudades del Tercer Mundo crecen a tanta velocidad que sobrepasan la provisión de agua, obras sanitarias, electricidad, cuidados médicos. El hecho de que hasta ahora sea el Primer Mundo quien más contamina el planeta con sus industrias, nos ha estado ocultando que en el ínterin el Tercero ha ido haciendo de sí mismo una bomba humana mucho más devastadora.

3) De entre los dramas del analfabetismo científico que elegí para ilustrar mis puntos de vista, el próximo (octavo) es que el Tercer Mundo no puede ser democrático. Varios siglos antes de la Era Cristiana las sociedades estaban organizadas en rígidos estratos jerárquicos en los que uno obedecía a los miembros de estratos superiores y era obedecido por los de abajo, con normas que no podían ser justificadas ni sujetas a debate. De pronto cayó aquel régimen autoritario y estratificado, cobraron importancia las ciudades y los habitantes, llamados de ahí en más “ciudadanos”, enfrentaron el grave problema de tener que gobernarse entre iguales. Respondieron generando las “reglas del tener razón”: argumentar, refutar, convencer, disuadir, demostrar, que con el tiempo fueron sentando las bases de la democracia, la filosofía y los pródromos de la ciencia. Resulta importantísimo

que –para ponerlo en términos jocosamente evolutivos– si uno aprendía a ser democrático, esa propiedad adquirida no la iban a heredar sus descendientes; estos también tendrían que aprenderla de cero. Para decirlo con otras palabras, la democracia no es como los dientes y las uñas que nos crecen naturalmente, hay que aprenderla cada vez. Hoy en cambio la democracia se identifica erróneamente con el voto, siendo que este es un recurso que en realidad señala el fracaso de la democracia. Es que los asuntos humanos son tan vastos y complejos que no se puede argumentar hasta que ya no quede una sola objeción. Se tiene un tiempo finito para discutir y luego, para decidir, se recurre a votar.

El habitante del Tercer Mundo no tiene ni de chiste un nivel educativo que le permita argumentar a su favor, así sea justo lo que solicita. Sólo le queda salir a bloquear carreteras, tomar instalaciones, apedrear edificios donde se decide a sus espaldas, hacer huelgas de hambre, desnudarse y encadenarse a postes de alumbrado.

4) El próximo drama (noveno) es que al no poder ser democrático, el analfabeto científico recae en regímenes autoritarios, donde no hay nada que argumentar, como si cayera de regreso al escenario de dos milenios y medio hacia atrás, antes de que surgieran las ciudadanías y las democracias. Este es el momento de señalar entonces que el autoritarismo es cognitivamente muy pobre, no apto para vivir en las sociedades del conocimiento de hoy día, pues trabaja con un solo cerebro: el del jefe. En cambio, en un régimen democrático pueden participar en paralelo todos los cerebros de la población.

5) El último drama del analfabetismo científico que aludiré en este ensayo (el décimo) emana de que el desempeñarse en una realidad que no se logra interpretar *fomenta la corrupción*: tanto da un procedimiento sensato y honesto como otro fraudulento y venal. La demostración es por demás simple, si sumamos $2 + 2$ la única respuesta correcta es “4”, pero las incorrectas son infinitas. Es muchísimo más probable y fácil brindar respuestas incorrectas. Solemos quejarnos de corrupciones en el funcionamiento del Estado que son –al menos en su comienzo– meras burradas. Pero eso promueve una cultura de la corrupción. El analfabeto científico sabe que todo trámite, escritura, transacción, nombramiento depende de un sinnúmero de pasos que lo beneficiarán si consiguen que no se cumplan correctamente. El analfabeto científico recurrirá incluso a *fomentar* el error del cual él depende, pero en una sociedad corrupta cada error genera una fauna que vive de que el error que cada uno espera y del cual ahora depende no se deje de cometer.

¿QUÉ PROPORCIÓN DE LA HUMANIDAD ES CAPAZ DE INTERPRETAR LA REALIDAD “A LA MANERA CIENTÍFICA”?

La respuesta a esta pregunta no es tan fácil como podría parecer, y comienza a señalar además la verdadera tragedia humana de nuestros días. Así como sólo los ricos pueden adquirir un automóvil último modelo y el grueso de la población

se sigue valiendo de viejas catraminas, sólo unos pocos países han adaptado su aparato educativo para acceder a la manera científica de interpretar la realidad. Pero el grueso de su población se sigue manejando con modelos precientíficos. Aún en los países del Primer Mundo, que tienen ciencia, ésta sólo la interpreta y domina una reducida élite, como cuando decimos que la odontología estadounidense es de muy alta calidad no estamos dando por sentado que allá todo el mundo es dentista. Lo que sí entenderemos es que tienen una “cultura compatible con la odontología” y, en caso de problema dental, van a recurrir a ella. Análogamente, los países del Primer Mundo tienen una cultura compatible con la ciencia y, en caso de padecer un problema sanitario, energético, de transporte, escolar, bélico, confían su solución a la ciencia y la tecnología que practican, fomentan y costean en sus grandes universidades y centros del saber. En los países del Tercer Mundo, además de carecer de ciencia, se carece también de una cultura compatible con ella, e impera en cambio el analfabetismo científico.

LAS FUENTES DEL ANALFABETISMO CIENTÍFICO

Como mero recurso didáctico y ordenador del próximo tópico, dividiré el analfabetismo científico en dos tipos. El *primario* es el analfabetismo de quienes por falta de oportunidad, lentitud evolutiva, educación precaria o perversa, y mil razones más no han logrado acceder a la manera científica de interpretar la realidad. El segundo es el analfabetismo científico *inducido*. El primario es demasiado obvio y no demoraré en elaborarlo. Vayamos al segundo.

Bacon ha opinado que “el conocimiento es poder”, punto de vista al que podríamos agregar, “...pero es obvio que este poder es tanto mayor cuando el otro ignora o conoce menos”. Aun milenios antes del surgimiento del modelo científico de interpretar la realidad, los lacedemonios de Esparta obligaban a sus esclavos ilotas a degradarse, cometer bajezas, vestirse con ropas ridículas, emborracharse y perder así su autoestima hasta convencerse de que eran inferiores, incapaces de usar el atributo humano por excelencia: la capacidad de conocer. En su momento los africanos estaban tan adelantados, que “inventaron” –por ponerlo de ese modo– al ser humano y luego el lenguaje, pues para cuando el *Homo sapiens* emigró fuera de África ya eran mucho más avanzados que cualquier otro homínido del planeta. Pero hace unos dos milenios, los europeos comenzaron a degradar adrede y perversamente a los africanos para poder despojarlos y sojuzgarlos con canallesca facilidad.³ Típicamente, además de esclavizarlos, torturarlos y someterlos, destruyeron su herramienta humana por excelencia: su capacidad de conocer; aniquilaron su sistema educativo.

En realidad le hicieron algo peor que destruirles sus aparatos educativos: se los remplazaron por una educación catequística.⁴ La educación catequística en

³ Rodney, W. *How Europe Underdeveloped Africa*, Howard University Press, Washington, 1982.

⁴ Bernal, M. *Black Athena. The Afroasiatic Roots of Classical Civilization*. Free Association Books, London, 1983.

realidad consiste en incrustarle al Otro un modelo mental con el cual esa mente funcione como al catequista le conviene. Es un abuso de la mente como cualquier otro. Esa maniobra es más eficaz si el Otro es un niño; si en cambio es un adulto hay que alcoholizarlo, torturarlo o matarlo por idólatra. Por otra parte los sabios europeos de los siglos XVII a XX llegaron a falsificar la historia para atribuir a egipcios, babilonios y griegos los logros intelectuales de los negros africanos. Vemos que en materia de mantener al Otro en un estado de subdesarrollo, el ser humano no se va con chiquitas, y ataca sobre todo la capacidad de conocer, porque es como digo la herramienta humana por excelencia. Durante todos los regímenes colonialistas, las metrópolis se aseguraron que a las colonias se les permitiría tener apenas el conocimiento para producir y enviarles materias primas, desarrollando cierta clase media dependiente, apenas capacitada para administrar las operaciones y atender el funcionamiento precario de la sociedad local. Alcanzada la independencia política de sus ex colonias, el Primer Mundo estableció entidades supranacionales (tipo Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional), que dictaron a las ex colonias cómo debían organizar su vida pública, administrar su dinero, regular su aparato educativo desde el nivel de jardín de infantes hasta la universidad.

LA NECESIDAD DE MANTENER AL TERCER MUNDO EN EL MÁS NEGRO ANALFABETISMO CIENTÍFICO BRINDA UNA NUEVA OPORTUNIDAD A LAS INSTITUCIONES RELIGIOSAS

- Las religiones institucionalizadas encontraron en el fomento del analfabetismo científico un nuevo papel social, una nueva razón de ser, pues ayudaron y siguen ayudando a que las ex colonias o países en la esfera de alguna potencia primermundista no desarrollen no ya una ciencia, sino ni siquiera una cultura compatible con ella. Cabe preguntar por qué las instituciones religiosas están tan interesadas en que se les encomiende (aunque sea tácitamente) este papel cognicida. Es aquí donde encuentro que mi manera de tomar la ciencia como una manera de interpretar la realidad ofrece algunas ventajas que pasaré a señalar. Debo antes hacer unas pequeñas digresiones para que sea menos escabroso captar mi argumento.

- El misticismo, la fe y las religiones son fenómenos demasiado complejos como para ser mutilados con definiciones estrictas, pero hay un punto concreto y mínimo del que me siento autorizado partir, porque sólo deseo referirme a la manera de interpretar la realidad que tiene una religión determinada: qué dice de la realidad un católico, un sintoísta. Y sería aún más frugal: para este ensayo no interesa tanto cómo describe el religioso *su* versión de la realidad, sino qué diré *yo* de esos modelos. No creo estar haciendo un planteo insólito: durante un *delirium tremens* el paciente ve que es atacado por escorpiones y víboras, yo –médico– sé que no miente, pero no por eso acepto en mi interpretación que haya escorpión o víbora alguna, pues eso basta para el análisis que quiero hacer

en este momento. Es con este enfoque que me aviento a evaluar el valor cognitivo de una concepción religiosa dada.

- *El delirium tremens* no es apto para sobrevivir. Para evaluar cuán apto para sobrevivir en la realidad es un modelo interpretativo dado, suelo basarme en dos criterios. El primero es el *grado de adecuación* entre lo que afirma un modelo y lo que encontramos en la realidad-de-ahí-afuera, o sea: hasta donde cuaja lo que me dice ese modelo y lo que veo yo (desde el mío). Por ejemplo, durante una tomografía del cerebro, la ciencia explica algo basada en las suposiciones que viene haciendo sobre átomos y partículas subatómicas, espectros de energía, leyes de la electrónica, procesamiento de imágenes televisivas, etcétera, y pasa a afirmar que el paciente al que se le está practicando una tomografía del cerebro tiene un tumor de tal y cual tipo, en plena masa cerebral, a la derecha del esfenoideos. Luego el cirujano abre el cráneo de dicho paciente y, al entrar al cerebro, encuentra efectivamente el mentado tumor en el lugar predicho. Esto me diría que por lo menos en este caso el modelo científico ha sido eficaz: lo que afirma concuerda con lo que encontramos. Comparemos ahora este criterio de adecuación entre “lo que afirma el modelo” y “lo que encontramos en la realidad”, con un ejemplo tomado del modelo cristiano, digamos aquel que afirma que durante la eucaristía el vino se convierte en sangre de Cristo. ¿Nos permitiría la Iglesia tomar una pequeña muestra del cáliz al final de la misa para averiguar el grupo sanguíneo de Jesús, secuenciar su hemoglobina y su genoma? Doy por sentado que no... pues se escudará en una falta de respeto (el derecho de la sociedad a evaluar esta realidad es tildado de ofensivo, aunque esta actitud emponzoña la capacidad cognitiva de la sociedad).

- Un segundo criterio para juzgar la pertinencia de un modelo explicativo, es su *capacidad de predecir*. En un momento dado, los científicos de la NASA predijeron que si arrojaban un chirimbolo (que llamaron sonda Galileo) en cierta dirección y con cierta fuerza, que llevara a bordo equipos para captar, procesar y transmitir las señales necesarias, ocho años después, en un momento asaz preciso, estaría enviando a la Tierra imágenes de los anillos de Saturno. Operaron con base en dicho modelo y pudieron mostrar al mundo las maravillosas imágenes de Saturno. Las profecías narradas en los Evangelios no parecen tener en cambio una precisión comparable. Ahí siguen los cristianos esperando la Parusía, o sea la segunda visita de Cristo a la Tierra que se supone iba a ocurrir hace un par de miles de años... y no se ha dado.

Hasta aquí los criterios para evaluar la eficacia *cognitiva* de un modelo dado. Si bien esta es la única que nos concierne en el presente ensayo, visitemos brevemente los aspectos morales. Si una persona estuviera ofendida con nosotros por la razón que fuera, y nos pusiera como condición para deponer su actitud que nos enviará a su hijo para que lo torturemos, crucifiquemos y matemos (Juan: 4:9-10), renunciaríamos a todo trato por abominable. Pero estas perversidades quedan ocultas a la mirada de la ciudadanía cuando se dejan de lado las leyes que implantaron el laicismo y la mayor parte de la ciudadanía tiene inculcado en el cerebro que esa deidad es infinitamente bondadosa, clemente, etc. etc.

Las leyes vigentes tampoco permiten que responsabilicemos a nadie por los supuestos delitos cometidos por sus antecesores, ni siquiera por sus padres, ni nos permite humillar a las personas declarándolas ovejas de un rebaño. ¿Qué decir entonces de una institución religiosa que obliga a un niño a arrodillarse, declararse culpable de un pecado que supuestamente cometieron unos personajes hipotéticos en el Jardín del Edén hace seis mil años, y que él heredó por el sólo hecho de haber sido procreado por sus padres a través del coito (teoría de Agustín de Hipona), y tras amenazas infernales accede a que se lo declare una oveja (Juan, 10, 11-18) como exigencia que le imponen sus padres y maestros para convertirse en un digno ciudadano cuando llegue a adulto. Más aún, ¿de dónde obtiene esa religión el derecho de presionar a un niño y obligarle a ¡jamar! (Deuteronomio 6, 4-9) a un personaje mítico torturador, filicida, machista, y hasta discriminador, en tanto declara que ha decidido privilegiar a su Pueblo Elegido? Por supuesto, después de comparar muchas religiones de todo el mundo y a través de la historia, la ciencia entiende que fue ese pueblo quien imaginó una deidad que lo había elegido a él. Lo que queda en pie es que si uno tiene a la deidad de su lado, las injusticias que esta cometa no conflictúan con su ética.

- Por otra parte, ese dios supremo está representado e intermediado por una institución, la Iglesia, que ha organizado cruzadas para aniquilar a seres humanos que tuvieron el tupé de optar por la humildad de Cristo y no por el lujo y boato eclesiástico (valdenses, albigenses, cátaros). Luego creó algo tan espantoso como la Inquisición, con la que torturó y mandó a la hoguera a quien se le ocurrió, sobre todo a las mujeres. Y aún hoy sigue discriminando a la mujer, al ciudadano, al niño y reclamando el derecho de aprovechar su estado de creyente para meterle en la cabeza una cantidad de conceptos como los que acabo de mencionar en el párrafo anterior, en un momento en que el niño incorpora información sin tamizarla por un filtro racional. Creo que ni siquiera vale la pena desviarnos para agregar aquí el modelo de sexo que usa esa religión, con el que mutila apetitos y tendencias naturales humanas, y prohíbe que sus sacerdotes se casen, y favorece que se desfoguen en cambio a través del abuso a niños que van a las escuelas regidas por esos mismos sacerdotes.

LA ESTRATEGIA DE FOMENTAR EL ANALFABETISMO CIENTÍFICO EN EL OTRO NO DA PARA MÁS

Es indudable que la vigencia de la manera de interpretar la realidad requiere de una moral y una inteligencia demasiado menguadas. La pregunta es entonces ¿hay en la sociedad un número suficiente de personas con dichas limitaciones y anomalías, como para optar por una educación religiosa para ellos y sus hijos? La respuesta es sorprendente: “No, no la hay, pero si destruimos el Estado Laico y le atribuimos a las cúpulas religiosas el derecho de tener a su cargo la educación de los niños, esas mismas cúpulas se encargarán de mutilar las mentes infantiles, hasta que los futuros ciudadanos tengan la chatura mental y moral necesaria”. No

sorprende entonces que las religiones institucionalizadas, por lo menos las que influyen en la cultura occidental, estén poderosamente interesadas en provocar un analfabetismo científico inducido, porque de esa manera están creando su propio “rebaño”, feligresía, o masa que habrá de votar por que se siga tolerando que se destruya el Estado Laico.⁵ ¿Tiene la ciudadanía derecho a protegerse de dichas contaminaciones cognitivas y morales? Opino que sí. ¿Es honesto que nuestros líderes intelectuales se encojan de hombros ante estos detalles de esta cultura? Opino que no.

SOMOS AHORA LA ESPECIE CIENCIA-DEPENDIENTE

- El *Homo sapiens* se ha transformado en la especie ciencia-dependiente. Requerimientos termodinámicos inherentes a las cadenas alimenticias limitaban la densidad poblacional humana durante la Edad de Piedra a una persona por kilómetro cuadrado. Hoy en cambio la ciudad de New York contiene más habitantes de los que existieron en aquella Edad de Piedra. La vida de cada uno de aquellos habitantes de la Edad de Piedra duraba unos 20-25 años. Hoy gran parte de la población es mayor que esa edad, gracias a vacunas, antibióticos, cirugía abdominal, cardíaca, anteojos, marcapasos, antihipertensivos, anticoagulantes, drogas que suprimen ataques epilépticos y previenen comas diabéticos, a los que es necesario agregar calefacción, ascensores, transporte de alimentos en camiones refrigerados, agua y fuerza eléctrica traídas desde centenares y miles de kilómetros. Si un mago tocara con su varita nuestro planeta e hiciera desaparecer todo lo surgido gracias a la ciencia y tecnología, moriría en menos de una semana más del 80 por ciento de la humanidad y buena parte de nuestros ganados y plantaciones.

La estrategia –formulada explícita o tácitamente– del Primer Mundo de reservarse el conocimiento y uso del modelo científico para sí, y mantener al 85-90 por ciento de la población mundial atada moral y cognitivamente a modelos perimidos, místicos, ha llevado a que el Tercer Mundo se convierta en una bomba humana. Para escapar de sus infiernos los tercermundistas se meten de a millones en el Primer Mundo, al que llegan flotando en balsas, atravesando vallas electrizadas, sofocándose en contenedores... y esos son los afortunados que llegan a cumplir su objetivo, porque muchos sucumben de a millares en el fondo del mar, pereciendo de sed y hambre en abrasadores desiertos, sufriendo dentelladas de perros bravos. Muchas ciudades del Primer Mundo hoy tienen mayorías asiáticas y africanas que votan, y que no están lideradas por educadores, sino por sacerdotes que se manejan con los modelos y la moral que hemos detallado en párrafos anteriores.

- Me he referido a la ciencia como la mejor manera de interpretar la realidad que la humanidad ha desarrollado hasta ahora. Como se recordará, al aludir al Primer Mundo no me basé únicamente en su ciencia, sino también en su

⁵ Cerejido, M. *La ignorancia debida*, Ediciones del Zorzal, Buenos Aires, 2003.

cultura compatible con la ciencia. ¿Por qué no tenemos en el Tercer Mundo una cultura análoga? Hay muchas razones –al aludir al papel de los defensores de los modelos religiosos ya me extendí sobre una de esas razones–, ahora el tiempo apenas me permite bosquejar otras cinco:

- 1) Debemos transformar de cuajo nuestra divulgación para que no siga presentando a la ciencia como un museo de cera de rarezas, y a los científicos como payasos entretenidos en cursilerías. Más que “las cosas de la ciencia” (giróscopos, espectros, computadoras) *debemos popularizar la naturaleza de la ciencia, su manera de conocer*. Debe incorporar por ejemplo los temas de este ensayo.

- 2) Salvo honrosísimas excepciones, nuestros líderes intelectuales son profundamente analfabetos científicos. Basta ir a una librería y comprobar que sus mesas centrales están atestadas de profundos ensayos en que, por ejemplo, para referirse al Siglo XX no olvidan presidente, huelga, golpe de Estado, devaluación de la moneda, crisis económica, reyerta entre la ciudad y el campo, el clero y el Estado, gremialismos, cuartelazos y matasietes de toda laya. Pero en un Siglo XX que ha visto desintegrar el átomo y secuenciar el genoma humano, desarrollar la cirugía abdominal, la cardíaca y la del sistema nervioso central, la aviación, la telefonía satelital, la televisión, la computación, esos líderes intelectuales no advierten que su sociedad no fomentaba la ciencia y seguía fomentando un modelo interpretativo perimido por causas cognitivas y morales. Como recalqué en su momento, la ciencia es invisible para el analfabeto científico.

- 3) Seguimos discriminando a nuestros niños y mujeres. Seguimos permitiendo que se mutilen sus cerebros y pisoteen sus derechos a través de muchos resortes que incluyen la destrucción del aparato educativo y la introducción de métodos catequistas. La justicia alcanza, a veces, a quien empuñó un fusil y una picana, pero habitualmente no alcanza a los mentores intelectuales de tales crímenes. En su momento llegaron a decir cosas como “Cuando las Fuerzas Armadas reprimen, es Dios que está lavando los pecados de nuestra Sociedad”; hoy que sus compinches están siendo atrapados por la justicia, cambiaron (momentáneamente) sus exhortaciones a masacrar compatriotas, y las reemplazan por llamados a una tolerancia que no logra ocultar así y todo sus fauces y garras fraticidas.

- 4) Debemos idear la manera de transformar la masa en ciudadanía democrática. Hoy el analfabeto científico no puede (no tiene como) ser democrático.

- 5) Si hoy un ministro de salud enloqueciera y aconsejara vacunar a nuestros niños con un clavo oxidado, esperaríamos que nuestros médicos pongan en juego su civismo aclarando que eso mataría a nuestros niños de tétanos. Pero, valga la analogía, no podemos contar en cambio con que nuestros filósofos le aclaren a nuestros funcionarios que no hay dos epistemologías, una para entender y otra para aplicar, que algo se conoce o no se conoce, en cuyo caso es imprescindible desarrollar una ciencia, la única, para que no sigan propalando sandeces sobre “ciencia básica” y “ciencia aplicada”, que la misión fundamental de la ciencia no es necesariamente producir mercancías, sino el forjar un ser humano que se sepa y pueda. Nuestros sociólogos y economistas deben encontrar la

manera de hacer entender a esos mismos funcionarios que no deben colocarle a la ciencia de su país un arnés administrativo que la traba, hasta tanto llegue otro veranito oscurantista y represor.

UN VUELCO INSÓLITO EN LA MANERA ARGENTINA DE INTERPRETAR LA REALIDAD

Como hemos visto, el hecho de que un país tenga o no ciencia y pertenezca al Primero o al Tercer Mundo depende de una serie de factores complejos pero a los que se le puede encontrar comunes denominadores más o menos obvios. Irónicamente, la ruta hacia el analfabetismo científico de la Argentina, que como menciono al principio de este ensayo era el único que inicialmente me interesaba, no se parece a ninguna otra y me resulta hasta insólita. En la segunda mitad del siglo XIX el presidente Domingo F. Sarmiento se propuso que fueran los argentinos quienes mejor interpretaran la realidad en que les había tocado vivir. Fundó para ellos escuelas, centros de estudios, observatorios, jardines zoológicos, botánicos y promovió la cultura en la mayoría de sus aspectos. Pero hacia 1920-1930 la Argentina se atrapó en un proceso que Loris Zanatta llama elocuentemente “*Del Estado Liberal a la Nación Católica*”.⁶ Arranca según dicho autor por un operativo de la Iglesia Católica para purgar las filas de las fuerzas armadas al personal liberal, luego al neutro y, tras el golpe militar del 6 de septiembre de 1930, a todo aquel que no de manifestaciones públicas de ser estrictamente católico. Culmina con la visita del cardenal Eugenio Pacelli con motivo del Congreso Eucarístico Internacional de 1934, y una virtual aniquilación de cuanto resto de laicismo encuentra a su paso, incluida la incorporación de la enseñanza religiosa en las escuelas. Luego continúa con la destrucción de la universidad en varias oportunidades, culminando en el llamado Proceso de 1976-1982 que causa un éxodo de científicos hacia el Primer Mundo.

Recalco para finalizar lo señalado anteriormente, de que uno de los dramas del analfabetismo científico es el que para este tipo de analfabeto *la ciencia resulta invisible*, aspecto que ilustré con que nuestros líderes intelectuales, al ocuparse por ejemplo de la cultura argentina durante, digamos, el siglo XX recurren a cuanto vaivén ocurre *en la economía* (devaluaciones, contratos internacionales, reyertas del gremialismo, episodios con el divorcio, uso de anticonceptivos, predominio de tal o cual estilo literario), pero no capta siquiera que la ciencia no es promovida ni mucho menos usada e incorporada a la visión del mundo que tienen los argentinos, a la manera que lo hacen los países del Primer Mundo.

⁶ Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 1996.

Literaturas postautónomas

Escrituras latinoamericanas de los últimos años: otros modos de pensar y de imaginar

Josefina Ludmer

Escrituras latinoamericanas de los últimos años: otros modos de narrar y de escribir, y por lo tanto de leer. Y otras formas posibles de agitación cultural.

LA REALIDADFICCIÓN

En muchas escrituras se borra la separación entre realidad y ficción: no se sabe si lo que se cuenta ocurrió o no, si los personajes existen o no. Y eso está en todas partes. Esta borradura forma parte de un proceso general que parece afectar a las oposiciones binarias, un fenómeno de desdiferenciación general que se ve nítidamente en la literatura. Tienden a desaparecer oposiciones como las de literatura realista o fantástica, social o pura, rural o urbana: tiende a desaparecer el mundo imaginado y pensado como bipolar. Y se producen fusiones de todo tipo.

En el caso de la realidad y la ficción puede verse cómo funciona ese proceso de desdiferenciación de oposiciones: un polo “se come” al otro y se reformula. Y este es el caso de la ficción hoy, que habría cambiado de estatuto porque ya no parece constituir un género específico sino abarcar la realidad hasta confundirse con ella. Es posible que el desarrollo de las tecnologías de la imagen y de los medios de reproducción haya liberado una forma de imaginario donde la ficción se confunde con la realidad (lo desarrolla Beatriz Jaguaribe, *O choque do real. Estética, mídia e cultura*. Río de Janeiro, Editora Rocco, 2007: 119). El resultado es una mezcla indiscernible, una fusión: la realidadficción.

En la realidadficción todo es ficción y todo realidad: el nuevo régimen cambia el estatuto de la ficción y la noción misma de realidad en literatura, que deja de ser meramente una “realidad histórica” y se hace puro presente y pura “realidad cotidiana”: una categoría capitalista y tecnológica. Para hacerse pura realidad estas escrituras absorben toda la historia del realismo y también todos los irrealismos, surrealismos y naturalismos del pasado. El nuevo régimen de ficción (la realidadficción) hace posible una historia de la literatura hacia atrás, como sucesivos (pero yuxtapuestos) regímenes de realidad y grados de ficción hasta llegar a la fusión “realidadficción” de hoy: otra *Mimesis* de Auerbach y otra historia de la realidad.

La literatura de hoy absorbe la mimesis del pasado para fabricar presente y realidad en la era de los medios y de la industria de la lengua. Así leo hoy las escrituras latinoamericanas: como “fábricas de realidad”.

EL ESCRITOR YA NO ES EL AUTOR

Al desdiferenciarse ficción y realidad, al aparecer la fusión que es la realidadficción, cambia el lugar del escritor. Cuando la ficción invade todo, el mundo es penetrado por una ficción sin autor dice Marc Augé en *La Guerre des rêves. Exercices d'ethno-fiction* (Paris, Editions du Seuil, 1997:155).

Imaginemos el futuro próximo: todas las literaturas están en la red y el escritor es solo un proveedor de contenidos (que por lo general le darían otros o que encontraría en otros medios). Sus ganancias proceden de sus actuaciones y performances como personaje mediático. En la realidadficción y en la red habría otro derecho de autor o de propiedad: otra juridicidad para la literatura.

MÁS ALLÁ DE LOS SUJETOS NACIONALES: LOS ADENTROAFUERA

En algunas escrituras de hoy (en la realidadficción latinoamericana) aparece un tipo de sujeto transversal a las divisiones y clasificaciones nacionales y sociales, que se define territorialmente y por su condición exterior-interior respecto de alguna esfera: la ciudad, la nación, la sociedad, el trabajo, la ley o la razón. Están afuera y adentro al mismo tiempo: afuera y atrapados simbólicamente en el interior, y eso es lo que se cuenta. Y por eso se cargan de una politicidad que, como la categoría de ficción, no está totalmente definida porque se encuentra en un estado de desdiferenciación o 'en fusión'. Por ejemplo en *Canon perpetuo* y en general en la obra singular de Mario Bellatin (en *Obra reunida*. México, Alfaguara, 2005). Esos sujetos se diferencian nítidamente de los *sujetos uno* de los clásicos del siglo XX, que representaban clases, naciones y pueblos. Se diferencian de los sujetos nacionales; hoy los que asumen la representación de lo nacional son los inmigrantes, como en *El síndrome de Ulises* de Santiago Gamboa (Bogotá, Seix Barral, 2005). La literatura no puede ser leída solo nacionalmente, aunque las identidades siguen siendo territoriales pero provisorias y diaspóricas. Pueden ser singulares o estar pluralizadas y multiplicadas para formar comunidades urbanas de otros tipos: rubios, okupas, migrantes, gays, freaks...

OTROS MODOS DE NARRAR

Otro régimen de ficción (y también otro régimen histórico) es otro régimen narrativo: una forma que parece más simple y tradicional (más fácil de leer) que la de los textos nacionales de los clásicos latinoamericanos del siglo XX. Ahora, en estas escrituras, el pasado está puesto en el presente y muchas narraciones toman la forma de una serie de bloques de tiempo con interrupciones, fracturas y repeticiones. Los fragmentos narrativos fluyen en una serie que no se unifica ni se totaliza. Esa temporalidad (que parece ser una de las formas narrativas dominantes) es el tiempo del ahora y para algunos la realidad. Es el tiempo de la vida cotidiana: de lo no especializado, lo no histórico, no filosófico ni literario. También es

la temporalidad y la forma narrativa de los medios y del melodrama: un presente puro (denso de imágenes de diferentes velocidades y grados) que expropia todos los pasados en forma de celebración, de nostalgia, memoria o duelo (como en *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, en *El pasado* de Alan Pauls, en *Boca de lobo* de Sergio Chejfec, y en muchos textos cubanos de hoy).

Estas otras escrituras, voces y representaciones marcan nítidamente la diferencia (y la relación) con las narraciones clásicas del siglo XX y sus *formas nacionales* [vanguardistas y experimentales] en la literatura latinoamericana. Las formas dominantes entre los años 1940 y 1970, que unían experimentación temporal y narrativa, un tipo de historia nacional, un tipo de ficción como tensión entre realidad histórica y subjetividad-mito, un tipo de protagonistas o “sujetos uno” encarnaciones de alguna nación, alguna clase, algún pueblo y algún opresor, y un tipo de identidad territorial nacional. La nación y la experimentación van juntas y dan forma a los clásicos del XX: *Pedro Páramo*, *Cien años de soledad*, *Yo el Supremo*. Y no solo las novelas, también los ensayos que querían definir identidades nacionales eran vanguardistas y experimentales en el siglo XX: *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* de Fernando Ortiz de 1940 y *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz de 1950.

Junto con las narraciones de la nación y sus sujetos, hoy parece borrarse la experimentación narrativa. Ahora leer es más fácil, es como ver.

OTRA CARA DEL LENGUAJE

La literatura es un medio puramente verbal sin imagen que se imaginariza en las escrituras territoriales de ahora: el lenguaje se hace visual y espectacular. Pierde toda densidad para ir directamente a las cosas y los actos. Una lengua pura superficie sin adjetivos, como en *Varadero y Habana maravillosa* de Hernán Vanoli (Buenos Aires, Tamarisco, 2009). Sin metáforas, como dice Tamara Kamenszain en *La boca del testimonio. Lo que dice la poesía* (Buenos Aires. Norma, 2007). La escritura trata de producir imagen visual porque la imagen es la ley: la *sight machine* domina la imaginación pública. La imaginarización de la lengua parece ser un fenómeno totalmente diferente de las formaciones clásicas como la comparación, la metáfora, la alegoría y el simbolismo. Aparece como otra dimensión que se le añadiría al significante, al significado y al referente, precisamente su capacidad o facultad de hacerse transparente y “hacer imagen visual” para desplegar la película. César Aira ve claramente esa tendencia en su ciencia ficción del 2000 *El juego de los mundos*: en el futuro desaparece la literatura para ser totalmente traducida a imagen. La construcción de imagen termina con la diferencia entre buena y mala literatura y ahora, dice el Aira futuro, leer es ver pasar imágenes.

La transparencia verbal produce un sentido que hace ver, rápido y accesible a todos, a veces engañosamente simple como en *Melodrama* de Jorge Franco (Bogotá, Mondadori, 2006). El sentido es lo que se da a ver en el tiempo de

bloques de la vida cotidiana. Un sentido directo y transparente pero totalmente ambivalente. Puede ser usado en una u otra dirección: puede ser dado vuelta.

La comunicación transparente y el sentido ambivalente son marcas de la realidadficción del presente. Y son algunos rasgos de estas escrituras que llamo postautónomas y que trato de entender para poder imaginar alguna acción cultural.

La postautonomía es un régimen económico, cultural, un régimen de ficción, un régimen literario, un régimen conceptual, un régimen de sentido y un régimen subjetivo. Es uno de los muchos regímenes de significación en la imaginación pública de hoy y uno de los modos de leer. Exhibe el funcionamiento de la literatura en la era de los medios y de la industria de la lengua, cuando lo cultural y lo económico se fusionan. En estas escrituras la literatura pondría en escena otros modos de leer, de pensar y de imaginar: en realidadficción, en fusión, en posiciones adentroafuera, en transparencia y en ambivalencia.

Presencias reales. Los Otros y los límites de la (auto)representación *

Ana Amado

A partir de la crisis radical con la que este siglo asomó en Argentina, las cámaras de cine atravesaron a menudo las fronteras hacia el país del pueblo, en donde rehabilitaron el documental social como herramienta idónea para el activismo político por su poder de visibilizar el territorio de los desheredados y de amplificar las voces de las víctimas sobre sus padecimientos. Ese doble registro de los excluidos se dirigía, entonces como ahora, a garantizar un facsímil de la realidad cuya crudeza denunciara por sí misma las consecuencias deshumanizantes del estado de excepción neoliberal implantado en los 90 y a la vez fuera contundente en sus efectos reivindicativos.

Con el cruce de esa frontera, el espectáculo de otra humanidad aparecía bajo sus diversos rostros. Percepción que podía adoptar la forma, para describirla con palabras de Rancière, de “llegada a la tierra prometida, retorno al origen o descenso a los infiernos”,¹ según la impresión que las escenas y relatos causarían en los visitantes distinguidos (distinguidos por su saber, o por su condición social).

La repentina visibilidad de la periferia amplió el abanico de miradas que se pretendían solidarias sobre aquellos sujetos que hasta ese momento sólo centralizaban las preocupaciones políticas del discurso progresista y numerosas iniciativas estéticas intentaron –en algunos casos lo lograron– transformar los rasgos más evidentes de la experiencia social objetiva, en dramas atravesados por la subjetividad de sus actores. Por ejemplo, en exploraciones visuales y sonoras donde el espacio, el tiempo, los cuerpos y las voces testimoniales se proyectaron con valores desconocidos, ya sea en su singularidad o en el mapa de las vivencias solidarias recién aprendidas. Y si en este sentido existe en el presente cultural una operación de “retorno de lo real”, para utilizar el giro con el que Hal Foster describe la tarea estética de recuperación del pasado.² La secuencia post traumática de esta operación en Argentina consistió casi siempre en levantar o registrar los

* Una sección de este trabajo formó parte de la comunicación leída en el Seminario Internacional “Retornos do Real: cinema e pensamento contemporâneos”, realizado en la Universidade Federal de Rio de Janeiro, entre el 19 y 21 de agosto de 2009. Presenté una primera versión en el I Encuentro de ASAECA, Asociación Argentina de Estudios de Cine y Audiovisual, Universidad de Tandil, 16 al 19 de junio de 2009

¹ Rancière, Jacques. *Breves viajes al país del pueblo*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1991.

² Foster, Hal. *El retorno de lo real. La vanguardia a finales de siglo*. Madrid, Akal, 2001.

restos, las ruinas, que en términos humanos y materiales correspondieron a una realidad más promisoría en tiempos pretéritos.³

De cara a este objetivo, el cine local no escapó a otras alternativas del discurso cultural contemporáneo que frente a las diversas formas de padecimiento de los pueblos, busca dignificar al sujeto de la representación ensayando al menos dos tipos de movimiento para su gesto solidario. Uno de ellos, sólo en parte coincidente con el cine social que mencioné en primer término, consiste en otorgar legitimidad a los excluidos elevándolos al terreno del arte, perspectiva que confía en la aparente funcionalidad de una estética de la solidaridad que toma a su cargo la responsabilidad de la justicia. Este tipo de experiencias forma parte del cada vez más extendido paternalismo cultural ejercido como justicia estética, atenta a la cuota de exotismo adherida a la pobreza de los pueblos del “tercer mundo”.⁴ El otro movimiento, coincide con el conjunto difuso de prácticas que con el apoyo de instituciones variadas –y una inevitable intervención mediática– tiende a la integración social y a la inclusión cultural de segmentos amplios de habitantes de los márgenes, apoyándose en ambiguos procesos de subjetivación. Ambiguos en tanto se espectaculariza la pobreza y de modo simultáneo muchas veces se la criminaliza. Es decir, se tienden densos mantos de sospecha sobre la conducta de los excluidos, y a la vez se subjetiviza su condición produciendo identidades colectivas, identidades para sí mismos y para otros. “Gestión del miedo del Otro”, llama João Camillo Penna a la aplicación de este mecanismo contradictorio en Brasil, donde –en un proceso en parte semejante al que se conoce en Argentina– a través de producciones de series televisivas, fílmicas, y de relatos de la vida real reforzados por la actual segmentación de imágenes, establece con eficacia la doble escena por la que los marginales del Brasil pobre devinieron hoy sujetos/objetos de cultura, sin dejar de ser asociados con una criminalidad siempre latente.⁵ La “hipertrofia del simulacro cultural como sustituto para la vida”,

³ Si bien existían realizadores que trabajaban en el campo social de manera independiente hacia fines de los 90 (por ejemplo, el prolífico Grupo 1º de mayo recupera en el film documental *Mantanza*, en su acepción más trágica, las imágenes de los piquetes ocurridos desde el '98 hasta fines del 2001), los grupos existentes se articularon con otros nuevos para fundar en diciembre de 2001 la Asociación de Documentalistas de Argentina. La producción de video documentales que registró las puebladas de diciembre, luego las movilizaciones y luchas piqueteras, y las tomas de fábricas cerradas integró, de lejos, el bloque más nutrido de las producciones de un cine hecho en los márgenes de los circuitos de producción de imágenes.

⁴ Véase Julio Ramos, en *Coreografías del terror: la justicia estética de Sebastião Salgado*, trabajo inédito, presentado en el Coloquio “(In)migración, exilio y diáspora en la cultura latinoamericana”, realizado en Buenos Aires por la Universidad de San Andrés y la Universidad de Maryland, 21-22 de marzo de 2002. El gesto descrito por Ramos tiene un correlato en la extendida circulación de estas producciones (sean films, literatura, fotografías, etc.) que por la vía de “circuitos globales” y de los *networks* de solidaridad activan el “consumo creciente de efectos participatorios”.

⁵ Véase el artículo de João Camillo Penna “Criminalización y culturalización de la pobreza”, en *Pen-samiento de los Confines* 23/24, abril de 2009.

promete salvar del crimen a sujetos que entre otras variadas acciones, devienen integrantes de una población de artistas, sean músicos, bailarines, percusionistas o actores. Me interesa poner de manifiesto aquí las derivaciones éticas y también estéticas de la alianza entre integración cultural y políticas de representación que suponen este tipo de operatorias. Y, en esa dirección, rescatar aquellas películas que cruzan hacia el territorio del Otro con proyectos artísticos equidistantes de las alternativas inmediateistas del discurso cultural contemporáneo que describí hasta aquí y por eso mismo abiertas a la exploración de los alcances y límites de la representación en tanto práctica artística y ejercicio social de una memoria crítica.

Estas características pueden atribuirse, en principio como interrogantes, a *Estrellas* (2005), un provocativo ensayo fílmico realizado conjuntamente por el dramaturgo y director de teatro de vanguardia Federico León y el periodista y videasta experimental Marcos Martínez y a *Copacabana* (2007), primera experiencia documental o de formato ensayístico del escritor y cineasta Martín Rejtman. Puede decirse que con estas películas León y Rejtman, quienes coinciden en la modernidad como rasgo estético en sus prácticas respectivas –modernidad en el sentido de la experimentación formal que ponen en juego en cada obra– ejecutan sendos atravesamientos de fronteras, fronteras de clase social, de etnias, de género (de la ficción al documental), finalmente, de disciplinas artísticas. Federico León mezcla cada vez más frecuentemente en sus obras la dramaturgia teatral con el registro fílmico, a la vez ambos autores se reúnen en experiencias que apelan por igual el cine y el teatro.⁶

Más allá de las coincidencias autorales *Estrellas* y *Copacabana* parecen casi opuestas en sus elecciones formales. Una diferencia que, en principio, radica en el valor que se concede en cada caso al discurso como canal de información y de sentidos. *Copacabana* se construye con una fuerte sustracción de lo verbal como fuente de información de los acontecimientos del film, mientras el film de León confía el peso de los argumentos sobre su tema a la palabra entre testimonial y reflexiva de su protagonista.

⁶ En el mes de agosto de 2009, Federico León estrenó *Yo en el futuro*, en un espacio dedicado a la proyección de cine como es la sala Lugones del Teatro San Martín. La obra plantea un complejo dispositivo sobre la memoria tejida entre generaciones, en el que las imágenes fílmicas (imágenes registradas por niños en los años 50 y recuperadas en la actualidad por esos protagonistas) conviven y alternan en el escenario con actores de varias generaciones, contratados para confrontar con las escenas visualizadas. En sentido inverso, Martín Rejtman y León, juntos, presentaron en un espacio teatral una peculiar película de ficción, en la que un grupo de niños es sometido a consignas imposibles respecto a una supuesta formación en teatro. “Hacer de otro no es cualquier cosa”, es la frase que abre *Entrenamiento elemental para actores*, que precisamente explora la relación entre actuación y formas “naturales” o realistas de la representación.

ENTRENAMIENTO ELEMENTAL PARA ACTORES SECUNDARIOS

Fin de la filosofía, y sobre todo de toda filosofía del cuerpo, al igual que de toda filosofía del trabajo. Pero liberación de los cuerpos, reapertura del espacio que el capital concentra y sobrecarga de tiempo cada vez más estrecho, más agudo, más estridente.

Jean-Luc Nancy, *Corpus*

Estrellas establece un recorrido por las ideas de Julio Arrieta, habitante de la Villa 21, una de las más abigarradas villas de emergencia del sur de Buenos Aires, donde se desempeña como manager de actores de la villa y dirige una productora que arma decorados y sets de filmación. A través de su discurso Arrieta revela una clara autoconciencia acerca de la vigencia estética y cultural de los signos de la marginalidad y de los estereotipos construidos sobre la pobreza, para la cual propone distintas maneras de representarla, plantea la discusión entre la elección de actores profesionales y de los que no lo son y defiende el valor de la autogestión en ese trabajo, entre una amplia serie de cuestiones. En *Estrellas* se juega también el cruce entre realidad y ficción, más concretamente ciencia ficción, a través de un film imaginado e interpretado por Arrieta, cuyas imágenes sobrevuelan el documental de principio a fin.

El trabajo de León en *Estrellas* consistió en emplazar como territorio específico “la ciudad de los pobres”, la villa de emergencia transformada en un gran set de filmación por sus mismos habitantes y en encuadrar a los pobres y el discurso de los pobres para hablar no de pobreza como precariedad de existencia, sino de la pobreza como actuación, como representación. Registrar no las manifestaciones visuales más evidentes de la desocupación, de la carencia de trabajo, de la nueva pobreza con la potencia significativa de los pormenores que la constituyen, sino la inscripción de sus huellas en los cuerpos y rostros, las maneras posibles de construir una visión sobre la superficie de una apariencia y las formas de devolución del Otro desde esa apariencia autopercibida. Si los parámetros de percepción o autopercepción de los individuos de clases sociales carenciadas mudaron junto con la identidad de los sujetos registrados, el acierto de León fue vincular al propio cine con esas mudanzas y de asimilar a sus imágenes la renovación de formatos de representación y por lo tanto, la necesidad de alterar o invertir aquel emplazamiento.

Es preciso recordar, como lo hace Michael Tratner al historizar las relaciones del cine con el espectador colectivo, que las películas y las masas irrumpieron juntas al escenario de la modernidad hace poco más de un siglo, alianza que cien años más tarde se vio alterada al cambiar radicalmente la condición de los sujetos representados.⁷ El cine estrenó sus cámaras emplazándolas frente a una fábrica,

⁷ Tratner, Michael. *Crowds Scenes. Movies and Mass Politics*. New York, Fordham University Press, 2008. Véase sobre todo la introducción y el primer capítulo, dedicados a la historia del vínculo entre el cine y la psicología de las multitudes.

para el caso, la fábrica de los inventores y dueños de las cámaras, los hermanos Lumière, desde donde registró a un centenar de trabajadores saliendo por sus portones al cabo de un día de trabajo (el film proyectado muestra la misma escena captada en tres ocasiones diferentes desde la misma posición de la cámara, dando la impresión de un flujo ininterrumpido de trabajadores, más allá que cada jornada esté enmarcada por la apertura y el cierre de los grandes portones de la fábrica) Así, puede decirse que desde el inicio la fuerza omnisciente de la cámara transformó a los obreros en un ejército de extras.

A lo largo del siglo XX, las cámaras enfocaron una y otra vez hacia la fábrica en busca del proletario, del obrero, del trabajador, cuyas alternativas ocuparon las narrativas más politizadas en diversas cinematografías durante los años 60 y 70. Refiriéndose a la película de los Lumière, Harun Farocki observa que antes que la dirección cinematográfica interviniera para condensar al sujeto en un personaje, fue “el orden industrial el que sincronizó la vida de muchos individuos”.⁸ Esto en el sentido de que tal orden les permitía por ejemplo, salir en un instante determinado (por la indicación de quien los filmaba, en ese caso), ya que hasta ese momento estaban contenidos por las salidas de la fábrica, que constituían una suerte de marco. El orden del trabajo, para Farocki, sincroniza a obreras y obreros, el portal de la fábrica los estructura y de esta compresión surge la imagen de una fuerza laboral. Quienes trasponen las puertas de esa fábrica, por lo tanto comparten esa imagen como algo fundamental. “La imagen se acerca al concepto y, por ese motivo, pudo transformarse en una figura retórica”, figura que se encuentra en tantas películas sobre las fábricas, el trabajo, los trabajadores durante los años 60 y 70.⁹

De manera oblicua *Estrellas* toma posición ante esa tradición para invertir su signo. Alude entonces a la pobreza, a la desocupación, al trabajo, a la representación como trabajo y al trabajo de la representación, desde el mismo inicio con una imagen que puede interpretarse como el reverso exacto de las registradas por Lumière. En ese plano, evitando toda definición visual o auditiva, declinando la mostración neta que procuraba la filmación del frente de la fábrica y sus trabajadores, y antes aun de los créditos de presentación del film, la cámara de *Estrellas* comparte la oscuridad, la indeterminación de un espacio interior con un grupo anónimo de personas del que sólo se perciben voces inciertas y exaltadas. Finalmente se abren abruptamente los portones y la cámara acompaña, confundida entre los cuerpos, casi detrás de ellos, la estampida hacia el exterior, sin recurrir (al menos en este punto del film) a un contracampo que agregue una visión más explícita sobre esa

⁸ Farocki, Harun. *La crítica de la mirada*. Ediciones Bafici, Buenos Aires, 2003.

⁹ Partiendo de las imágenes de los hermanos Lumière, Harun Farocki hace un montaje recopilando escenas de 100 años de la historia del cine que tratan el tema del trabajo. En su *Trabajadores saliendo de la fábrica* (1995) Farocki extrae de las imágenes las reflexiones sobre la iconografía y la economía de la sociedad de trabajo, y a la vez sobre el cine mismo, cuya función fue, desde sus comienzos, convocar a los espectadores “a la salida de la fábrica” y transportarlos a la esfera privada de sus ficciones.

muchedumbre de dimensiones módicas. Tras ese inicio opaco en su significación, el discurso de Julio Arrieta informa que se trataba de un grupo de trabajadores desocupados que aspiran a salir de esa situación deviniendo actores y actrices dispuestos a representar en cine o televisión –la escena en cuestión correspondía precisamente a un film de ciencia-ficción rodado en la villa– papeles adecuados a su condición de pobres. Es decir, roles en los que la pobreza y la desocupación terminan por imponerse visualmente por vía de la apariencia como sello físico, corporal. En un pasaje de su intervención Julio Arrieta define a sus representados –y a él mismo– como “portadores de cara”, e ideales para “hacer de lo que son”. Ser “portador de cara” consiste en exhibir una apariencia que presenta rasgos previamente definidos por la jerga policial, es la policía quien condena a sospechosos por “portar cara” de ladrón, de proxeneta, de prostituta, etc.¹⁰ Ser portador de cara implicaría la aceptación tácita de un destino virtual de prontuario y en este sentido asumir, por lo tanto los papeles asignados dentro de un programa de exclusión constitutivo de nuestras sociedades, como definió Agamben. De modo aun más complejo, si cabe, Arrieta y su gente asumen como propias las propuestas de la gestión cultural que trabaja para la incorporación de los excluidos –de los pobres, los desocupados, las víctimas– y se apropian de ese discurso con su propia práctica. Los habitantes de la Villa 21, transmutados en elenco artístico autogestionario, asumen la subjetivación penal/cultural a la que refiere Penna (véase nota 4) aunque en su caso culturalizan el crimen hasta disolverlo simbólicamente en sendas apariencias.

Si se piensa que toda película por diversos procedimientos inventa su propia lógica figurativa puede decirse que las figuraciones fílmicas del cuerpo que ofrece *Estrellas* a través de la galería de personajes Tipo o Estereotipos clasificados por Arrieta, conlleva una suerte de tratamiento de la corporalidad como motivo u objeto hermenéutico. Tema que como expresión y patología figurativa desarrolla Deleuze, quien en su estudio sobre Bacon identifica a la “Figura” con el “personaje” y con los “estados del cuerpo”.¹¹

Las “figuras” forman parte del arsenal de herramientas críticas, ideológicas y metodológicas de la historia del arte y de la estética en general, cuyo aporte al campo de las representaciones visuales pueden aplicarse a la figuratividad en el cine en múltiples sentidos, por sus valores plásticos, simbólicos, por su misma organización sintáctica. El término “figura”, en principio, tiene una gama muy am-

¹⁰ De hecho, Arrieta recuerda antecedentes de la participación de muchos de ellos en series de televisión sobre ambientes carcelarios y marginales como *Tumberos* o *Disputas*, ambas dirigidas por Adrián Caetano posteriores a 2001. El documental de León incorpora las imágenes evocadas, junto a otros ejemplos, como el de films publicitarios en los que participan los actores villeros que paradójicamente asumen roles tanto de ladrones como de policías, es decir su aspecto físico correspondería a personajes tipificados como pertenecientes a un lado y otro de la ley.

¹¹ Deleuze, Gilles. *Francis Bacon. Lógica de la sensación*. Madrid, Arena Libros, 2002.

plia de acepciones que algunos autores estudiaron y desarrollaron en sus alcances semánticos, en su valor histórico y en su aplicación analítica.¹² Nicole Brenez aplica estas nociones a la economía figurativa del cine, arte de la reproducción por excelencia, “condición que favorece su reducción mimética y la relación inmediata de las imágenes con su proveniencia”, como si se pudiera establecer una equivalencia entre los fenómenos y su registro.¹³ Por el contrario, concluye Brenez: toda copia es doblemente falsa, por ser copia y por copiar el original ya antes copiado.

En la misma dirección, la invención de la lógica figurativa del film de León, o mejor dicho de aquella inventada por Arrieta y que León reconduce en *Estrellas* tiene precedentes que la remiten, no sin ambigüedad, a un linaje histórico y artístico. Por ejemplo, al de algunas obras de fines de los años 60 y 70, que situadas al margen de cierto fetichismo historicista en relación a las imágenes del trabajo, y específicamente a la “figura” canonizada del trabajador, introdujeron brechas significativas en el sistema dominante de representaciones ideológicas. Entre aquellos antecedentes que pueden ponerse en relación con *Estrellas* se encuentra centralmente *La familia obrera* de Oscar Bony, artista que en 1968 expuso, en el Instituto Di Tella en vivo y en directo, una familia obrera integrada por un padre –el obrero, vestido con un flamante uniforme de trabajo–, su esposa y un niño que a su lado leía o realizaba tareas escolares. El grupo familiar, señalado por la marca laboral del jefe de familia, se exhibía en una pequeña tarima, a la altura de los ojos de los espectadores durante ocho horas por día. A su lado, un cartel explicaba: “Luis Ricardo Rodríguez, matricero de profesión, percibe el doble de lo que gana en su oficio, por permanecer en exhibición con su mujer y su hijo durante la muestra”. Bony “alquiló” una familia obrera para exponerla, admitiendo que con ello asumía implícitamente el rol de torturador y explotador.¹⁴ *La Familia Obrera* se convirtió en una referencia a nivel mundial del conceptualismo y el arte político en Latinoamérica. En principio, porque la instalación no fue simplemente una escultura viviente o una *performance* relacionada con el *happening*, sino porque se trataba

¹² Erich Auerbach investigó en 1944 el recorrido de las distintas acepciones de “figurativo” y “figural”, versión francesa en *Figura*, Paris, Belin, 1993. La fugacidad y la permanencia de las configuraciones visuales son abordadas por Siegfried Kracauer, en “La fotografía”, en *Estética sin territorio*, Murcia, Colección de arquitectura, 2006.

¹³ Brenez, Nicole. *De la figure en général et du corps en particulier. L'invention figurative au cinema*, Paris, De Boeck Université, 1998.

¹⁴ Para el curador y crítico de arte Marcelo Pacheco, esto impactó en la derecha, y también en la izquierda artística y provocó una verdadera fractura en un campo de batalla político ideológico que se abrió en el arte argentino de aquella etapa. De ahí que la obra de Bony resulta clave para entender determinados debates posteriores en la relación arte y política. Véase la presentación que Pacheco realiza en el Catálogo de la retrospectiva dedicada a la obra de Bony en el MALBA (Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires), Oscar Bony. El mago. Obras 1965 / 2001, en enero y febrero de 2008.

de utilizar personas reales en una composición, tal como años antes lo hicieran en sus propias experiencias Oscar Masotta y Alberto Greco.¹⁵

En *Estrellas*, una secuencia reformula lo que puede leerse como versión actualizada de la familia obrera de Bony, recuperando las acciones previas que hoy conducen a una iconografía similar, pero rotundamente más precaria. En ese pasaje, Julio Arrieta realiza una demostración acerca de las destrezas constructivas de la gente de la villa, al levantar en un descampado y a velocidad récord, una casilla similar a “aquellas que se buscan como locaciones de villas de emergencia en muchas películas”, según su explicación previa. Al pie de la imagen el contador del video marca el lapso empleado en la edificación (3 minutos, 26 segundos), con ocupación final de la casilla por una trinidad familiar, padre, madre e hija, que la imagen detiene al final un instante, como quien subraya los atributos del grupo para la representación. Sucede lo mismo con los materiales: la fragilidad de la casilla enfatiza su semejanza con una de utilería, de manera que resulta indistinguible la real de la escenográfica, convirtiendo así la marca de una escasez en una realidad filmada. Así, las propias señales de la precariedad no se incluyen exactamente como rasgos estructurales de la pobreza –aunque sin duda lo son– sino como ademanes acentuados de la *puesta en escena*, como parte de la iconografía que arma el referente canónico de la clase social a la que pertenecen Arrieta y su familia. Significados similares pueden extraerse de la familia obrera exhibida por Bony en los 60 pero, a diferencia de su exposición silenciosa, en *Estrellas* el discurso verbal de Arrieta resalta la contradicción de los estereotipos que reunidos configuran una identidad y junto con ella una adjudicación territorial, un cuerpo, una apariencia.

La propuesta de León abre así una serie de cuestiones encajadas, que pueden sintetizarse en las afirmaciones iniciales, referidas al vínculo entre trabajo y sociedad, entre exclusión e integración, entre representación y realidad. Cuestiones que a su vez refieren a la explotación y manipulación de los pobres, y la aceptación de parte de ellos, aparentemente acrítica o resignada, de esa condición. También a la distancia entre la experiencia de vida (ellos *son* pobres) y

¹⁵ Véase *Del Di Tella a Tucumán Arde. Vanguardia artística y política en el '68 argentino* (Buenos Aires, Ediciones El cielo por asalto, 2000, de Ana Longoni y Mariano Mestman. La instalación de Bony estaba “compuesta por Luis Ricardo Rodríguez, matricero, residente en Valentín Alsina, su mujer Elena Quiroga y el hijo de ambos, Máximo, sentado con ellos sobre un pedestal. Los acompañaba una banda sonora que el artista había obtenido grabando ruidos de la vida cotidiana en el hogar”. Longoni y Mestman agregan información sobre el debate suscitado por la obra en distintos medios periodísticos y culturales de la época, algunos de los cuales “le endilgaron falta de originalidad, al comparar su planteo con el que Alberto Greco y Oscar Masotta habían realizado años atrás, en relación al uso de personas reales en sus composiciones”. (p. 87 y ss.)

la representación estética (deben *hacer* de pobres, y sobre todo, de pobres que responden al imaginario extendido sobre la apariencia del pobre).¹⁶

Los argumentos críticos aplicados sobre este caso condenan la tautología implícita en un procedimiento que no tiene otra salida que la mera reproducción de las condiciones de privación o penuria social. La misma fórmula, sin embargo, no se juzga de manera tan negativa cuando es empleada por protagonistas de otra condición social –o al menos, cuando la condición social no es lo relevante– en otras áreas y temas de representación. Hay por lo tanto un criterio moral arropado en términos de justicia estética. Actuar de sí mismos es, en principio, el movimiento de toda autobiografía, concretamente, el de los films construidos desde lo visual y lo sonoro con la autofiguración, entendida como coincidencia narrativa de las identidades entre autor, narrador y personaje, un recurso estético muy empleado en el cine documental y también en connotadas experimentaciones teatrales desde comienzos de este siglo.¹⁷

Finalmente, Federico León evita la victimización de sus protagonistas invirtiendo doblemente el ademán de los Lumière, patrones de una escena fenecida. Por una parte, alienta a los subordinados a la autogestión del encuentro deliberado entre la cámara y sus cuerpos, y a la vez, acentúa la necesidad de esa coincidencia con argumentos que nacen de su propio discurso. En *Copacabana*, en cambio, la distancia entre cámara y representados se mantiene deliberadamente y en proporciones extremas.

¹⁶ La crítica que formulan David Oubiña y Rafael Filipelli a *Estrellas* argumenta precisamente sobre “la falta de distancia” que, a su juicio, esta película exhibe “entre experiencia de vida y representación estética”. “Es una película que no hace falta ver (...) Bastaría con contarla. Aunque en ese caso, lo que se describiría no es el film sino su contenido: la empresa tan bizarra como original de una agencia de *casting* villero”. En sentido contrario, mi argumento sostiene que el film realiza una flexión (o una re-flexión) sobre ese contenido. En el mismo artículo, adjudican esa distancia virtuosa a Rejtman en *Copacabana*, donde mantuvo “cierta ajenidad con los materiales con los que eligió trabajar”. Se refieren, en suma, a una distancia literalmente entendida, fundada en el emplazamiento de la cámara y un registro que se revela en “el tamaño de los planos”. En “Los pobres: maneras de ejercer un oficio”, *Punto de vista* 88, agosto de 2007.

¹⁷ Los films de Andrés Di Tella, *La televisión y yo* (2002) y *Fotografías* (2007), son los ejemplos más significativos de esta autoinscripción. Se convierte en un rasgo directamente político en el caso de los hijos e hijas de víctimas de la violencia de la dictadura que asumen su propio rol como cineastas o autores, al tiempo que se inscriben como personajes en sus películas para expresar su duelo por la pérdida. Es el caso de María Inés Roqué en *Papá Iván* (2001), de Albertina Carri en *Los rubios* (2003), Nicolás Prividera en *M* (2006), entre otros numerosos títulos.

En cuanto al teatro, son relevantes en este sentido las obras del Proyecto Archivos, de Vivi Tellas, que parte de la premisa que supone aceptar la vida misma como actuación o continua personificación por vía de las respectivas actividades o profesiones, a raíz de lo cual noche tras noche actúan en un escenario representándose a sí mismos profesores de filosofía, mujeres guías de turismo o profesores de manejo automovilístico, en obras protagonizadas por personas comunes que ponen en escena los mundos reales a los que pertenecen. En su última y más reciente exploración escénica del ciclo Biodrama, creado también por Tellas, se presentó en abril de 2009 la obra *Mi vida después*, con dirección de Lola Arias, en la que seis jóvenes actores se representan a sí mismos en su rol de hijos de padres desaparecidos o como herederos de otros que pertenecen a la generación de los 60 y 70. En ninguna de estas obras la “cercanía” o la identidad entre vida y representación apareció señalada –como sí sucedió con la propuesta similar defendida por Arrieta– como una cuestión censurable.

LA CÁMARA ETNOGRÁFICA

Todo es posible. Los cuerpos resisten. La comunidad de los cuerpos resiste. La gracia de un cuerpo que se ofrece es siempre posible, así como está disponible la anatomía del dolor, que no excluye una singular alegría. Los cuerpos exigen, todavía, de nuevo, su creación. No la encarnación que insufla la vida espiritual del signo, sino la puesta en el mundo y la repartición de los cuerpos.

Jean-Luc Nancy, *Corpus*

El título del film documental de Rejtman no refiere al popular barrio carioica, sino que toma como punto de partida la más importante festividad religiosa de la comunidad boliviana en Buenos Aires, dedicada a Nuestra Señora de Copacabana. Por las imágenes se suceden, en una narración de secuencia invertida, los espacios del barrio que habitan en la ciudad, el desfile de comparsas, los ensayos de grupos de música y de danza para la celebración, álbumes de fotografías y el pasaje de los migrantes por la frontera entre Argentina y Bolivia, entre otros tópicos que componen un retrato cercano y a la vez distanciado de la comunidad boliviana.

Renunciando al rasgo exótico, pintoresco, o explicativo que suele caracterizar los retratos de la extranjería, Rejtman suspende incluso los enunciados lacónicos de sus ficciones, marcados como es conocido por la exploración del lenguaje de personajes de clase media y sus modos de expresión vaciado de sentido y plagado de lugares comunes. Si, como dice Rancière, el pueblo es primero una manera de encuadrar,¹⁸ la versión de pueblo que ofrece Rejtman elude identificar los individuos que lo componen y se atiene a la visibilidad colectiva a través de signos potentes y verdaderamente inesperados de la comunidad boliviana en Argentina. La sucesión narrativa no es lineal y recurre a la operación tanto espacial como temporal de la repetición. Repetición de los ensayos, de los viajes, de los traslados, de las imágenes geográficas y urbanas de Bolivia, de los espacios opacos, indeterminados de la frontera. Ese pasaje se hace bajo el signo de los objetos, las pertenencias y el cuerpo sujetos a reglas igualmente inflexibles, las de las normas aduaneras y las rígidas cláusulas impuestas por los tripulantes del micro sobre la conducta que los atenazará a los asientos durante el largo trayecto entre países y sus ciudades. Para los cuadros de bailes y coreografías como motivos que centralizan visual y narrativamente el film, Rejtman mantiene escalas idénticas, siempre sobre el conjunto de cuerpos alineados, sin cerrar el plano sobre ningún rostro, un gesto, una manera individual de destacar en el conjunto. Encuadra a los cuerpos en la situación festiva de la danza, a los cuerpos en movimientos coreográficos, cuerpos en situación laboral, alternados con una serie de planos “vacíos”, deshabitados de presencias que recuerdan el estatuto ambiguo

¹⁸ *Op. cit.*

que planos similares alcanzan en las películas de Yasujiro Ozu, tendidos entre la localización espacial y el dato narrativo sobre la precariedad material en la vida laboral y cotidiana de quienes integran la comunidad retratada.

Pero Rancière escribe también que “siempre aparece la contradicción, por la puerta entreabierta del pueblo encuadrado”.¹⁹ Esa grieta contradictoria asoma aquí en aquellas secuencias o pasajes donde el registro sonoro encuentra lo visual y aporta un inesperado plus informativo a la sustracción generalizada de la palabra que recorre el film, apenas reemplazada por la música ritmada o percusiva que acompaña las danzas. La palabra no deja de ser sin embargo un canal tanto informativo como de sutil apertura narrativa a una realidad paralela. En principio, la de los largos tentáculos empresarios que parecen delimitar los mundos mostrados: un locutor de la modesta radio comunitaria publicita los productos de la empresa “Emanuel”, que ofrece desde el más ínfimo de los elementos para los talleres de confección de ropa donde trabajan mayoritariamente los hombres y mujeres de la comunidad boliviana en Buenos Aires, hasta las tarjetas telefónicas “Hola madre” para hablar a Bolivia “y el resto del mundo...”, suerte de remedo apenas alterado de los almacenes obrajeros de principios de siglo en los que los patrones ofrecían servicios integrales para la peonada. La escena añade a continuación el balance de una módica tecnología: la cámara externa a la cabina en un locutorio público modifica la perspectiva lógica entre planos visuales y sonoros, y permite escuchar la comunicación entrecortada de una joven con miembros de su familia en Bolivia acerca de los cambios sucesivos en su trabajo como doméstica y el envío de remesas de dinero. Se trata de fugaces apuntes sociológicos, suplementos de una mirada etnográfica que busca subrayar la afirmación de una voluntad expresada en términos de un ritual y de una idiosincrasia, manifestados en los ensayos coreográficos de aquellos que no dejan de mostrarse como otros, como extranjeros. La repetición cotidiana de los pasos de danzas –en espacios interiores que compiten en estrechez e incomodidad con los laborales– ocupan la atención de Rejtman más que los fastos del desfile mismo, mostrado brevemente en el inicio del film. Se ha mencionado la relación de *Copacabana* con el film *Shara* de la japonesa Naomi Kawase, una cineasta que desdibuja las fronteras entre la ficción y el documental en sus filmes. Efectivamente hay alguna semejanza con el modelo de *Shara*, que encara el registro de la fiesta barrial, popular y callejera plagada de signos contemporáneos, calcada sobre el modelo de la tradición, del ritual: es decir en términos de un relato que pone a las leyendas y la tradición en relación con el presente. Rejtman encara la fiesta –sobre todo la preparación de los cuerpos para la fiesta, los cuerpos sustraídos a un trabajo que se insinúa esclavizante por la extensión de los horarios y por colonizar posturas físicas– a través de fragmentos sonoros y visuales, corporales y coloreados, en los que la emoción pasa por los cuerpos entregados a la coreografía ritual y la danza, por la relación que establecen con la tradición. Filmar entonces lo real

¹⁹ *Op. Cit.*

y hacer resurgir la historia y las tradiciones pero por el juego de un desvío con ese real: esa es la triple operación de la fiesta de *Copacabana*, que termina por hacer emerger una política de los cuerpos tan significativa como la de *Estrellas*. Con estéticas opuestas como mencioné en el inicio, el discurso de estos “amigos del pueblo” instala a sus personajes en un teatro cotidiano del que subrayan una cercanía habitual con la representación.

Tanto *Estrellas* como *Copacabana* obligan a considerar también la situación de los géneros fílmicos, específicamente la situación del documental o de la forma ensayo y los modos de representación en el presente histórico político. Si antes, en un contexto que marcó profundamente el llamado Nuevo Cine Latinoamericano en los años 60 y 70 la noción que animaba la dramaturgia de las películas era la de síntesis, la capacidad de un personaje para significar un grupo, una clase, una época, hoy importa más pensar en personajes singulares que plantean una interrogación particular al mundo (*Estrellas*), o permiten interrogar al mundo y sus formas a través de sus experiencias (*Copacabana*) y que parten de la idea común de entender y vivir el mundo como representación. Esta dimensión atraviesa en gran medida la realidad, aquella que se supone construye el documental en general y estos films en particular con su cúmulo de referencias. Referencias y perspectivas a la vez individuales y colectivas que responden a una determinada situación en el espacio, en el tiempo (una manera de habitar, de ocupar un lugar, una geografía, de responder a una locación), en un proceso que pone en evidencia los cuerpos, la apariencia y finalmente las hablas locales, las hablas regionales, la de los inmigrantes extranjeros que conviven con las comunidades locales, que aportan a otra cuestión, la del acontecimiento sonoro en acuerdo o en colisión con lo visual en las formas de representación del Otro. Materia nada menor en torno de la representación de lo real, que postergo para otra oportunidad.

Tiempo de soledades. Revisión de la subjetividad de nuestro tiempo

Luis Miguelez

Incapaces de atrapar el tiempo por la cola, persiguen el suyo propio, girando ciegamente en un solo momento que abarca toda su vida. ¿Cuánto puede contener, pues, un momento?

John Berger

He tomado esta última cita del libro *Un hombre afortunado*, donde John Berger realiza una profunda y sentida narración de la vida de un médico rural y del lazo que lo une a la pequeña comunidad en la que ejerce su profesión. Este texto constituye a mi modo de ver un lúcido ensayo sobre el oficio de curar. La manera en que este médico aborda la consulta pone de relieve lo que generalmente ésta evade. Berger comenta que se percibe en él la voluntad férrea del hombre que intenta reconocer al otro, y aunque a veces fracase, se lo considera un buen médico porque, sobre todo, satisface las tácitas expectativas de fraternidad del enfermo. A lo que se está refiriendo no es, por supuesto, a que se comporte como un hermano real: lo que se le pide implícitamente al médico es que reconozca a su paciente con la certeza de un hermano ideal.

Berger reflexiona sobre un aspecto que excede el dominio de la medicina propiamente y entra en el terreno más amplio de lo clínico. Dice al respecto: Sassall, que es el nombre del protagonista, hace algo más que tratarlos cuando están enfermos: es el testigo objetivo de sus vidas. Sassall no es el árbitro último de sus litigios. Le cabe una denominación más humilde, la de archivero, el archivero de su historia.

Lo que Sassall archive, sigue relatando Berger, nunca se elevará a una instancia superior, sencillamente mantiene los archivos para que ellos mismos puedan consultarlos.

Manera, a mi entender, sutil y perspicaz de hablar sobre el quehacer clínico. Archivero de la historia es una metáfora que ilumina el lugar reservado al analista, desde el cual se generan las interpretaciones más logradas, las que no se sostienen en lo sabido sino en lo verdadero que surge del decir sobre lo dicho.

Si he tomado como punto de partida estas reflexiones es porque considero que en nuestra época escasea, por no decir que se va perdiendo irremediablemente, este vínculo con el otro. Expectativas de fraternidad y reconocimiento son hoy día asuntos más de alguna reflexión filosófica que de la práctica cotidiana. Como analistas nos encontramos con un punto de inflexión en nuestras prácticas que lleva necesariamente a reflexionar sobre los cambios que se han producido y se están produciendo en la subjetividad de nuestra época. Cuestión que nos

obliga a revisar y repensar lo que nos sostiene vocacionalmente en nuestro quehacer, si no queremos ser tragados por una época que pareciera querer olvidar al semejante, sustituir la historia por la imagen, y convertir la responsabilidad colectiva en una cuestión de seguridad policial.

Voy a referirme a un aspecto de esas transformaciones, sus consecuencias en la subjetividad y en nuestra clínica.

Podemos convenir que es a partir de la constitución del Ideal del yo, que se produce una suerte de disyunción entre el ideal y el yo, y que la preposición “de” que se encuentra en el concepto opera más escindiendo que reuniendo los términos, en lo que respecta al ideal ésta denota más ajenidad que posesión. A partir de la conformación de esta instancia psíquica el yo podrá evaluar en otros términos sus relaciones con el ideal.

Conjuntamente con el pasaje del Yo ideal al Ideal del yo se establece en el aparato psíquico un tiempo de demora irreductible en el campo de la satisfacción narcisista. Temporalización que regula las relaciones del yo con su imagen. Es decir, se introduce la figura del porvenir en el espacio imaginario del yo, haciendo del destiempo de la satisfacción narcisista oportunidad de experimentar las vicisitudes del encuentro con el otro, con lo que esto conlleva tanto de deseo como de malestar.

La dimensión temporal que el Ideal del yo introduce habilita el devenir de ideales donde solo había Ideal, dialectizando de esta manera la relación del yo con su imagen. Ideales y porvenir se asocian en una suerte de valoración de lo aún no vivido, de lo no acontecido, y del otro como posibilidad y encuentro. A este sentimiento se le va a oponer la vivencia de la repetición, esa suerte de déjà vu que gobierna nuestra economía libidinal. De la amalgama de ambos surgirá la conciencia de estar siendo, negociación interminable entre la repetición de lo mismo y lo nuevo por venir.

Si al contrario el vínculo con el semejante estuviese determinado más por el Yo ideal que por el Ideal del yo, éste se precipitaría en un molde estático fijado a la imagen proyectada del propio yo, permaneciendo inmodificable a lo largo del tiempo. Es más justo decir que permanecería fuera del tiempo, en una suerte de existencia parmenideana de pura reproducción de lo mismo. Ese modo de vínculo, aun compuesto por diferentes personas, no modificará su cualidad fundamental, la de ser idéntico a sí mismo. La reproducción eterna del mismo fragmento de una película donde los personajes se immortalizan en los mismos gestos, bailando la misma danza una y otra vez.

Bioy Casares ficcionaliza este modo de relación en su excelente novela *La invención de Morel*. El texto ilumina el afán narcisista de que el goce se perpetúe en la eternización del gesto.¹ Al excluir la dimensión del tiempo de la escena, mediante la congelación de la imagen, pareciera que se le ganara la partida a la

¹ Los escritos del marqués de Sade muestran, a mi gusto de manera menos brillante, el mismo afán de un goce narcisista eternizado, a través de la repetición infinita de un mismo acto, donde el sufrimiento de la víctima se perpetúa hasta el absurdo.

muerte, por el contrario es esta la que se instala como protagonista principal del drama. Es en lo imaginario extremado hasta el absurdo donde encontraremos la mayor mortificación del ser.

En el momento en que la imagen eternizada sustituye el existir, con sus dichas y dolores, entramos en el mundo del sueño sin sueño. De los cien años del dormir de la bella en el bosque no tenemos relato como tampoco de la temporada que pasó Ulises junto a Calipso en la isla encantada. Homero nos cuenta las aventuras y desventuras del héroe antes y después de su confinamiento en esa isla donde el tiempo se detiene. Deberá arrancarlo de ese mundo de goce perpetuo la nostalgia por Ítaca, para que vuelva a zambullirse nuevamente en los tiempos rápidos y peligrosos de la existencia.

El yo ideal confecciona un universo de imagen congelada, donde el tiempo queda bloqueado, constituyendo una suerte de lo que en astronomía se conoce con el nombre de agujero negro, el campo gravitacional sería de una intensidad tan monstruosa que el tiempo dejaría de transcurrir. Un imaginario sujeto parado en su superficie sería un ser eterno viendo pasar los acontecimientos ante sus ojos como una película pasada a altísima velocidad, precipitándose hacia su fin y volviendo a comenzar eternamente.

Ahora bien, parecería que nuestra época quisiera aferrarse a ese no-tiempo, hacer de él un ideal de vida, donde, mientras todo simula ocurrir a altas velocidades, el tiempo verdaderamente no transcurre y se experimenta una especie de sucesión eternizada sin acontecer.

Se nos ofrece habitar ese no-tiempo de la imagen perpetuada, exasperada hasta el extremo de su enrarecimiento. El sujeto del siglo XXI estaría bien dispuesto a dejarse acondicionar por una batería de píldoras, implantes, y emparches que se le prometen como amortiguación tecnológica al impacto del vivir, del transcurrir temporal de la existencia.

Considero que en estos tiempos que nos tocan vivir un nuevo objeto viene a ocupar el lugar vacío del Ideal del yo, distinto de aquellos que anunció Freud: ni el hipnotizador, ni el líder, ni el amado, sino el cuerpo bello y eternamente joven, exhibido a la contemplación del gran ojo social.

El ideal de nuestra época se ha vuelto esencialmente visual, con tal énfasis que está dejando de ser escópico para volverse pornográfico. Una imagen simultáneamente venerada y sustituida prontamente, es decir eternamente descartable, suplanta hoy la producción de relatos, de narración y de historia.

No hace mucho, alguien podía anunciar y saludar el fin de los grandes relatos de la historia, aquellos que, habiendo perdido supuestamente su potencial utópico, encadenaban el existir y el goce del cuerpo a ideales que se fueron convirtiendo en pesados lastres para la vida y para la economía del placer. Me estoy refiriendo al optimismo postmoderno que duró unos pocos años; aquella esperanza fallida de dar libertad al cuerpo que se suponía, no del todo equivocadamente, prisionero en la cárcel del alma.

Pero, a contramano de lo esperado, de la ilusión de la entronización del deseo y de una vida menos gravosa, encontramos que, junto al culto a la imagen

del cuerpo, proliferó la ortopedia farmacológica del bienestar y la pornografía mediática, donde el placer por la actividad compartida fue reemplazado por la orfandad del espejo.

La fábula del Narciso de nuestro tiempo queda bien ilustrada por la vuelta de tuerca que Oscar Wilde hace del mito:

Narciso era un hermoso joven que todos los días contemplaba su belleza reflejada en el lago. Estaba tan fascinado por su imagen que un día cayó en el lago y murió ahogado. En ese lugar surgió una flor que lleva su nombre.

Oscar Wilde dice que, cuando Narciso murió, las flores silvestres se sintieron desconsoladas y le pidieron al lago algunas gotas de agua para llorar por él.

—Oh! —exclamó el lago— Si todas mis gotas de agua fuesen lágrimas yo no tendría suficientes lágrimas para llorar a Narciso.

—No nos sorprende que llores por Narciso —respondieron las flores silvestres—. Él era tan hermoso.

—¿Pero Narciso era bello? —preguntó el lago

—¿Quién mejor que tú podría saberlo? —exclamaron las flores sorprendidas—. Al final de cuentas era sobre tu margen que él se contemplaba todos los días.

El lago permaneció en silencio por algún tiempo. Por fin dijo:

—Lloro por Narciso pero jamás noté que Narciso fuese bello. Lloro porque todas las veces que él se inclinaba sobre mis márgenes yo podía, en el fondo de sus ojos, ver mi propia belleza reflejada.²

Como se puede observar, en esta dimensión del amor, que no es ajena a la de cierta clínica, cada uno cuenta como espejo para el otro. La reciprocidad amorosa no sería más que la de dos espejos enfrentados, destinados a reproducir hasta el infinito la imagen idealizada de uno mismo.

Dionisos era distinto, un dios griego diferente. Era el que entre los dioses griegos figuraba al otro, al extranjero. Era el vagabundo, el errante, el viajero que llega a la ciudad de Tebas viniendo de lejos; vuelve a su comarca natal buscando ser aceptado, acogido, queriendo encontrar ahí un lugar de culto para él pero choca con la incompreensión de una ciudad que no supo establecer un vínculo entre el país y los extranjeros ni entre los sedentarios y los viajeros, ni entre la identidad tomada como identidad consigo mismo y el distinto, el otro. Y cuentan que, entonces, los que rechazaban a lo diferente, los que repudiaban a aquello que podía servirles, que podía convidarlos a echar una mirada distinta sobre ellos mismos, los campeones de la identidad como inmutable, los convencidos de su superioridad caen en actos de barbarie y de salvajismo: en la monstruosidad, la alteridad absoluta, Pierre Vernant comenta este hecho con una frase que me parece iluminadora para pensar la hora actual, para entender nuestra cotidianeidad: “El horror se proyecta en el rostro de quien no ha sabido hacerle lugar al otro”.

² Relato atribuido a Oscar Wilde y tomado del libro *Gigante por su propia naturaleza* de E. Rodríguez.

Cuando un grupo humano no acepta al otro, ese mismo grupo humano se vuelve extraño para sí.

La mirada es una de las formas principales en las que el otro se hace presente. Estamos bajo la mirada del otro y ponemos al otro bajo nuestra propia mirada. Hay miradas que acarician, miradas que constituyen espacios y otras que los niegan, que los ocultan. Donde hay miradas de miradas, se produce la atracción de un objeto evanescente, que no alcanzamos a percibir pero que nos anima, nos llama al deseo.

Cuando se descubre la posibilidad de otra mirada, cuando se produce el encuentro no tanto con el objeto sino con lo que con este se da a ver, se descubre la pantalla que esconde al mundo. Alberto Giacometti, ese extraordinario artista plástico del siglo pasado, propone despojarse de esa mirada configurada por los modos de ver instituidos, ir más allá de la pantalla que enseguece. Eso lo lleva en su obra a encontrarse con algo que se le hace difícil de representar y con lo que trabaja artísticamente. Es como si hiciese un agujero en la pantalla que recubre al mundo para que nosotros podamos ver y para poder ver él también, o por lo menos vislumbrar, a través de ese agujero que es su obra, algo de lo real.

Cada época, cada sector social, cada grupo humano participan de una mirada dominante que ordena y determina las maneras de ver las cosas del mundo, que da forma peculiar a los datos; la que hoy es dominante es un poco menos lúcida, más escotomizadora de la realidad y más fijada a la pantalla. El hecho artístico y también el acto psicoanalítico, aunque vayan por diferentes carriles, se hermanan en una función que es la de hacer abrir los ojos, no tanto porque nos provean de cosas nuevas, sino porque permiten ver lo distinto, lo *alter*, en lo conocido, en lo familiar, en uno mismo. Esto abre verdaderamente las puertas a la posibilidad de un lazo con los otros más allá de la proyección narcisista que hace del semejante y de uno mismo sólo una imagen consumible o descartable.

Es nuestro prójimo quien puede acercar, a través del excedente que porta su mirar, el descubrimiento jubiloso de que no somos solamente una imagen reflejada en el espejo, y también aquello que ni la fotografía ni el espejo, ni ningún otro artilugio tecnológico puede mostrar: que mis ojos al mirar los ojos de un otro pueden encontrar más allá del reflejo de uno mismo, mundos distintos que fulguran en sus pupilas.

Freud, al finalizar *El malestar en la cultura*, se preguntaba si estaría justificado diagnosticar que muchas culturas y aun la humanidad toda, han devenido neuróticas bajo el influjo de las aspiraciones culturales, es decir, ideales convertidos en mandatos superyoicos, al estilo de “deberás amar a tu prójimo como a ti mismo”. Entiendo que al diagnóstico de la subjetividad de nuestro tiempo hay que ponerlo hoy en revisión. No creo que todavía podamos hablar de neurosis: acertaríamos más si ubicáramos en el tejido social de nuestra época el predominio de formas narcisistas y perversas, en el sentido de un pacto fundado más en la desmentida de lo real que en la desmesura de la exigencia del ideal, y más en la supresión del otro como semejante que en el reconocimiento del impedimento que éste puede provocar a mis aspiraciones.

La desorientación de este tiempo de soledades se hace sentir irremediabilmente en los cuerpos. El padecimiento psíquico, que en la época de la neurosis social se manifestaba en síntomas ruidosos, hoy se expresa mayormente en enfermedades silenciosas que no interpelan a nada ni a nadie y que se nutren de píldoras narcotizantes.

La experiencia del análisis permite transformar las preguntas inconmensurables, ¿qué sentido tiene la vida?, ¿vale la pena vivir?, en términos de la experiencia del tiempo: ¿qué valor tiene el momento?, ¿cuánto puede contener, pues, un momento?

Sobrevivir e “infravivir” el pasado reciente. Figuras rituales del discurso, de Malvinas a la ESMA

Nicolás Lavagnino

También se le ocurrió que los hombres, a lo largo del tiempo, han repetido siempre dos historias: la de un bajel perdido que busca por los mares mediterráneos una isla querida, y la de un dios que se hace crucificar en el Gólgota.

Jorge Luis Borges, “El evangelio según San Marcos”¹

I.

¿De qué modos nos damos los unos a los otros las palabras? ¿De qué manera circulan? ¿A qué nos comprometemos por medio de ellas? Y cuando las palabras apuntan en dirección al pasado ¿qué sombras nos devuelven, qué luces nos permiten avizorar?

Usamos el lenguaje como usamos el pasado, para devenir con otros. No es por lo tanto el lenguaje –ni el pasado–, un ámbito, un recinto cerrado, apartado de todo lo demás, en el que podemos, súbitamente perdernos o hallarnos. Es una práctica, un modo de circulación, un patrón de interacción, por medio del cual anudamos constelaciones de compromisos, creencias, vivencias. No es la única práctica, el único modo, desde ya. La circulación verbal es parte de un conjunto de modos de interacción más amplio aún, que abarca también lo no verbal. Aunque cada modo tiene sus peculiaridades, no es menester comprometerse aquí con falsas dicotomías o con presuntos criterios de determinación. Los modos se potencian, se afectan, se inter-constituyen. El resultado es una rica variedad de problemas, de prácticas, que exige el reconocimiento de las diferencias y los parecidos entre ellas, con miras a reconocer las peculiaridades de cada uso.

El pasado es un aspecto relevante de la práctica verbal. Es un ámbito donde pueden ponerse a prueba muchos compromisos que afectan, constituyen o definen la manera en la que se da la interacción en el presente y la imaginación del futuro. Lo que alguien interesado en este aspecto de la práctica verbal podría hacer es identificar, explicitar, los compromisos relativos a las palabras empleadas para tratar con el pasado común; de qué manera nos damos las palabras cuando hablamos del pasado, de qué manera se constituye un lenguaje histórico, un discurso que, como toda expresión verbal, es mucho más que un mero referirse a un objeto de estudio bajo protocolos disciplinares. El pasado en común exige un discurso en común, un ámbito público donde circular, la constitución de un cam-

¹ Borges, J. L. “El evangelio según San Marcos”, en *El informe de Brodie*, Emecé, Buenos Aires, 1970.

po de fuerzas donde las distintas versiones de aquel confrontan, se interpenetran, se agreden, se mixturán, se suceden. No todo discurso talla en ese ámbito, no todo lenguaje se propone con una finalidad eminentemente ritual, en el sentido de incidir en la interacción recurrente de un determinado estado u orden social.

Lo que me interesa, entonces, es el discurso público referido al pasado, *nuestro* pasado, en particular aquel que suscita mayores inconvenientes a la hora de su apropiación y desarrollo imaginativo. Nuestro doloroso pasado reciente. Lo que me interesa es el modo en que ese discurso se produce y reproduce, y aquello que es revelado por medio de él. Nuestra relación con las creencias que desplegamos en torno al pasado y aquello que ellas nos habilitan, considerándolas desde el punto de vista de aquello a lo que nos comprometen. Creo que los compromisos, en particular, resultan especialmente visibles –y nos dejan expuestos a los efectos visibles de los mismos– en el caso del tratamiento de dos procesos singularmente sinuosos de nuestra historia reciente: la guerra de Malvinas y la experiencia concentracionaria.

II.

En los últimos años una rica bibliografía se ha encargado de analizar la construcción del discurso público referido a Malvinas. Lo que resaltan esos análisis, entre ellos los de Rosana Guber, Federico Lorenz y Vicente Palermo, es la existencia de una problemática transida por la cristalización de posiciones y puntos de vista, los cuales suelen conducir a la parálisis interpretativa y propositiva. Se puede aquí enfocar tres casos distintos de rigidización verbal.

En primer lugar es habitual enfocar Malvinas desde la perspectiva de la espiral de violencia que abarcó la historia Argentina desde mediados del siglo XX y que alcanzó su epitome en la dictadura genocida de 1976-1983. Un ejemplo es el clásico de Verbitsky, *Malvinas: la última batalla de la tercera guerra mundial*, y con él la mayor parte de la bibliografía que sitúa a Malvinas como el último o anteúltimo acto de una historia que, mayormente, transcurre en otro lugar. Esta lectura podría denominarse “Farsa menor”, donde Malvinas se inserta dentro de un relato más vasto, con otro centro de gravitación, en el cual cumple el papel de extremo grotesco, de muestrario de la miseria de un régimen, como límite pesadillesco a un sueño eléctrico: la creciente carga voltaica de cada vez más amplios sectores de la sociedad argentina, la activación más vasta de un campo social que amenazaba con modificarlo todo, al parecer solo podía ser desactivada con una pesadilla eléctrica de picanas y oscuridades programadas y con una mecánica del fuego que terminara auto-consumiéndose en algún lejano paraje. Una vez hecho esto, el espacio social aparecería lo suficientemente descargado como para volver a empezar, pero desde otro lado.

Otro enfoque ha intentado mostrar el lugar de Malvinas como signo de un nacionalismo incompleto o como manifestación de un destino imperial trunco. La mayor parte de la literatura “militarista”, que reivindica “la gesta”, cuando no

“el régimen”, persigue recurrentemente imágenes que apelan a la potencialidad, la frustración, debida a la traición, y la consiguiente decadencia de un destino identitario escrito en letras firmes pero sobre páginas endebles. Podría llamarse a esto “Vulgata Heroica”, y es representada mayormente en el discurso institucional de las Fuerzas Armadas, cada 2 de abril. La incapacidad del ser de realizarse, producto de alguna fatalidad de origen, el cumplimiento inevitable de una caída que revela al coloso derrumbado por el orden de las cosas, un orden respecto del cual aquel que cae se representa moralmente superior, son todas marcas de un designio romántico-trágico en el cual sus figuras centrales cumplen un papel de ídolos wagnerianos, sumiendo a los demás en la marejada de la incompletud y de la culpa.

Por último ha intentado mostrarse cómo, con independencia de los esperpentos contextuales de la aventura bélica, hombres comunes, chicos, inocentes, atravesaron condiciones extremadamente adversas. Los ejemplos son los relatos de los sobrevivientes y las historias sobre “chicos de la guerra” típicos a partir de las películas de Bebe Kamín y Tristán Bauer. La indagación en torno al tránsito doloroso de la inocencia a la experiencia es el eje de esta visión cuyo fuerte reside, sin embargo, en la legitimidad de origen vivencial que orienta el relato. Llamemos a esto, pues, “Testimonio lacrado”.² El detalle de aquella travesía termina convirtiéndose en el plano central hacia el cual puede enfocarse la atención. Todo lo demás se nos escapa. El contraste entre aquel heroísmo y el olvido que sucedió a aquella gesta es demasiado brutal y demasiado explícito como para siquiera requerir una explicación. La elipsis funciona mostrándonos como sociedad en toda nuestra miseria y elevando al testimonio a un grado de irrefutabilidad que no exige mayores comentarios.

En el primer caso, Malvinas como parte de una *Farsa menor* inserta en el marco de una historia mayor, es una mascarada anti-climática, un fraude que se superpone a crímenes abyectos y preanuncia la descomposición de un estado de cosas. Es, también, una anticipación de una ulterior recomposición, que exige en el cambio de estado, una víctima propiciatoria, una figura sacrificial, un *pharmakos* o chivo expiatorio (“los chicos”), que desde la inocencia compense dramáticamente la experiencia maligna anterior provocada por personajes patéticos como generales alcohólicos, marinos cobardes y economistas entregadores, y habilite simbólicamente la recuperación por venir. Y Malvinas es, aquí, un episodio menor en la trama mayor de la pasión y liquidación argentina del siglo XX. Nuestro pasado es, de este modo, un recorrido que configura una historia como calvario inútil, una obsesión consumida a sí misma, una ofrenda a la nada. Todo ese pasado debe perderse, ahora, en la medida que del absurdo militar se pasa a una recuperación democrática, una primavera para una sociedad en conjunto nuevamente inocente, para cuya gloria se configura este primer poema. Como

² En esta vena, aunque como excepción notable en cuanto a sus intenciones, quizás como reversión críptica de este modelo encontramos el excelente *Partes de Guerra*, de Graciela Speranza y Fernando Cittadini.

pasión fútil no hay promesas en el pasado. Como tierra yerma exige, también, distancia. El pasado invoca una purga, un distanciamiento, una negación de las anteriores identificaciones.

El segundo caso, Malvinas como *Vulgata Heroica*, es una proyección de un panorama social idealizado y, a la vez, una potente condena política que proyecta valoraciones propias de sectores en decadencia. La creciente excentricidad argentina es el resultado directo de la decadencia de la hegemonía de aquellos sectores que, supuestamente, podrían haber conducido a la Nación a la manifestación más plena de sus potencialidades. La incompletud se revela en el fracaso del proyecto de nación, paradigmáticamente el de Alberdi, y ese fracaso encierra, a la vez, un tremendo éxito en la legitimación postrera de valores sociales en retirada. Una minoría otrora poderosa mantiene aún en su puño un vector de palabras con ascendencia sobre el ámbito público en el que circula. Esa corriente de sentidos exige no el distanciamiento, sino la identificación, la fusión sentimental en torno a lo perdido. Así, este segundo poema constituye una llamada recordatoria de la potestad de una voluntad trunca, una visión somera de un héroe situado, a destiempo, que nos invoca para presenciar su próxima ausencia.

Por último, cuando Malvinas llega hasta nosotros como un *Testimonio lacrado*, la palabra en torno al pasado se convierte en una plenitud inconducente, que no permite más que la apreciación de su propia nulidad. Ni sacrificio compensatorio, ni heroísmo situado, lo que vemos aquí es cómo el absurdo militar conlleva la ruina de vidas jóvenes impávidas e inermes. No se trata de una elucubración ético-política, como en los otros dos casos, sino de sustraer al pasado del ámbito público, convirtiendo a los sujetos, en el presente, en meros canales conductores, mediaciones huecas entre un pasado-en-sí-mismo y una expresión presente que es siempre individual. Un pasado puro, en el presente, que pierde su aspecto social, y deja de ser un proceso y se convierte en un objeto, categorialmente inaccesible.

III.

Pretendo tratar con las tres cristalizaciones antes mencionadas, a partir de un juego de panorámicas motorizado por preguntas, con miras a extraer la constelación de compromisos que se anudan en estas condensaciones incómodas.

En primer lugar me interesa la relación de las palabras con lo no verbal, con lo invocado por ellas, es decir, el status conferido a los símbolos en el interjuego entre lenguaje y realidad. Esto es, qué política de la representación persigue el símbolo propuesto, qué relación se establece con la creencia, qué efectividad se le concede. El espectro variable de posibilidades va desde el sueño de la identificación y fusión extática, la absorción y la participación constitutiva (*mimesis como méthexis*), por un lado, hasta el distanciamiento, el extrañamiento catártico que supone un orden categorialmente y ontológicamente apartado de

aquello que representa (*mimesis como imitatio*), *techné* desapegada, por el otro. Es decir me interesa responder a la siguiente pregunta:

1- *¿qué actitud propone un uso lingüístico, a qué relación con la creencia predispone?*

En segundo lugar me preocupa la relación de las palabras con el espacio de interacción y circulación, con la estructura o relieve de lo social y con la manera en la que habilita ideas o nociones de sujeto, o mejor aún de agencia –función verbal destinada a dar cuenta de la capacidad o potencial de intervención de una entidad, su modalidad de afectar una red de interacciones caracterizada por una recurrencia precedente–, y de manera vinculante con esa visión, la idea misma de tránsito social, de trayectoria en el cambio y continuidad del patrón mismo de interacciones, en la cual el desarreglo esencial es el de la relación entre el individuo y la comunidad, entre el criterio de identidad y el de pertenencia, entre el agente y la red recurrente en la que se inserta, la negociación que establecen en pos de la continuidad de la interacción. Es decir, lo que me interesa es lo siguiente:

2- *¿qué idea brinda un uso lingüístico de la posibilidad de intervención en lo social y del tránsito mismo de lo social?*

Por último me interesa la relación de las palabras con otras palabras previas, la formación de tradiciones y convenciones discursivas, linajes narrativos inaugurados por identificaciones imprevistas, sonoridades vibrantes, que se extienden inicialmente hasta canonizarse, estancarse y, a partir de allí, dar lugar a una tipología de reacciones ante la tradición, que encuentran como extremos la noción de cristalización sancionada por mandato (ya sea ético político o en la forma de una suerte de límite postulado a toda cognición) o la ruptura por medio de un doble paso (negación-nueva identificación imprevista). Es decir:

3- *¿qué espacio habilita un uso lingüístico de cara a los próximos usos lingüísticos, y qué relación establece con los anteriores?*

IV.

Comencemos por la Vulgata Heroica. Respecto de 1- propone una fusión sentimental altamente ritualizada con una visión del pasado, en la forma de una idealización que, por contraste, sugiere una mirada revulsiva respecto del orden presente. Se trata de una perspectiva conservadora, obsesionada por un cuerpo de identificaciones primarias en la cadena de las significaciones, que apunta a destruir las posteriores extensiones que han comprometido aquellos hitos inaugurales. Quien propone la fusión se siente amenazado. El amenazado se identifica con el héroe. El héroe, tras un comienzo prometedor, unas primeras pruebas cumplidas, es traicionado. El traidor (antaño) domina (hoy). El héroe se desvanece. La fechoría clama una reparación. La fechoría es gratuita, inmotivada. La fechoría determina la precariedad del dominio del traidor. La precariedad sugiere

inminencia en la reversión de la infamia. La inminencia reclama acción. El alma del héroe despedazado traicioneramente persiste de manera simbólica y fragmentada en el cuerpo compuesto por el público del relato, el sujeto postulado de la acción futura. La clave de la misma reside en la participación vívida (*méthexis*), sentimental antes que conceptual, en esa alma latente entrevista en el cuerpo presente, esa comunidad que es como-una-unidad. Lo que pide el relato en esa fusión es un retorno a la inocencia, una purificación por sublimación, una purga por proximidad, una reinención de un pasado imposible.

Respecto de 2- la Vulgata propone un sistema de irrealización, un marco de caída ritual cuya finalidad no es tanto dar una visión de lo social como enfatizar la identidad del héroe de manera que, en su perdición, proyecte valores que constituyen la sustancia de la emisión lingüística misma. La visión romántico trágica que anida en el mandato heroico expresa, pues, dos cosas: el predominio fáctico del requisito de continuidad impersonal de la interacción social (tragedia), y la superación de esa facticidad a través del aura moralmente esplendoroso de la resistencia identitaria del héroe contra la solidaridad mecánica anónima (romanticismo de la identidad). Que la sociedad se reproduzca en medio de la ignominia es un dato menor, de cara a lo evidente: los crímenes y las traiciones no serán olvidados. La obsesión identitaria, la decadencia, la caída ritual, la completud efímera y la idealización constituyen el marco de una mitología centrada en la sacralización de lo perdido por medio de una afirmación de identidad excluyente en una sociedad que se desvanece.

De cara a 3- esta Vulgata propone una cristalización nostálgica conservadora que clama por una suspensión en la configuración verbal del pasado, que anhela la recurrencia en la idealización de la caída tematizada, simplemente porque los valores que proyecta son siempre los mismos. La recurrencia exige, entonces, un *respeto*, un límite ético que impida la manifestación de lo evidente: la memoria de los idos se pierde y la sociedad reinicia el palabrerío para dar cuenta del ritmo de una interacción que nunca cesa. La sumisión fiel al pasado y la antipatía a la variación futura no son nunca más que promesas de callejones sin sentido.

Por su parte la Farsa Menor es casi un inverso de la Vulgata en cuanto a estos tres tópicos: en vez de una fusión con la simbología de un pasado idealizado, se propone una purga catártica, una negación “realista” que pueda alejarse críticamente de tanta idealización y proyección decadentista. La Farsa toma entonces el camino de la negación de las identificaciones inaugurales, la des-sentimentalización de un pasado atravesado por pasiones inútiles, el extrañamiento, la contemplación a distancia, el pasado en bloque. El símbolo es, más que nunca, un registro en paralelo, una imitación de una ontología perdida.

Si para 1- tiene distancia, la Farsa Menor imagina, de cara a 2-, un universo de agentes fatuos, despedazados por el gran mecanismo impersonal de la historia, que elimina sus protuberancias y salientes inútiles. La sociedad procede por ajustes mecánicos, homeostáticos, y de las ruinas del palacio de la voluntad haremos lindos ranchitos. La reproducción social procede por medio de pautas

impersonales, sugiriendo y enseñando un desdén cauteloso ante la agitación imprudente, postulando mejor la apositividad de lo social.

El futuro de las palabras (3-) en esta tradición, es la invención del realismo, del análisis de caso, de la recurrencia a la experiencia, al testimonio como fundamento que ponga fin a tanta idealización, inocencia fingida, encontrando en su fundamentación también un límite epistémico. A la vaga abstracción se le opone el contexto. La Farsa Menor se reconstituye en el último acto en una visión irónica de la democracia encontrada involuntariamente, una reivindicación del triunfo de la interacción y la continuidad societaria por sobre las manías del sujeto y las fantasías de intervenciones, agencias y propositividades “absurdas”. Los *mythos*, las tramas del tiempo social apuntan ya no en la dirección de la excepcionalidad del héroe en una sociedad desintegrada, como en la Vulgata romántica, sino en la de un orden social que prospera sin necesidad de subjetividad alguna.

El Testimonio Lacrado es casi una mixtura involuntaria de las formas anteriores, un vástago afortunado que impugna al padre y trastorna a la madre, saliendo de caza. Sin embargo en el camino encuentra extraños signos que le sugieren respuestas más excéntricas aun de las que hemos escuchado. Frente a 1- el Testimonio insiste, “esto no es un símbolo”. Ni identidad ni distanciamiento; no hay realmente aquí dos cosas, porque *estas* no son palabras que puedan *decirse*, son un mero canal, que utiliza a un instrumento parlante –*instrumentum vocale*, vicario–, el testigo, y diseña un acceso directo a una realidad pasada de todos modos inefable. Frente a 2- la versión insiste, aseverando en que no hay aquí agentes, subjetividad, y no hay realmente aquí un tránsito, una continuidad social. Cruza de motivos, de repudio romántico de la continuidad social, propio de la Vulgata, y de repudio irónico de la subjetividad, propio de la Farsa, esta versión se comprime negando no ya la posibilidad de una subjetividad, sino la idea misma de un orden social en el que alguien pueda ser algo. La figura del eterno “chico” de guerra, convertido en un paciente padeciente de procesos que no controla es la negación de todo estado social. Estas criaturas no han cumplido los ritos de pasaje elementales, permaneciendo en un indefinido pastoreo repleto de gemidos bobalicones. Sus palabras auguran un fin de las palabras (para 3-), no ya por límites éticos, como en la Vulgata, o por fundamentaciones epistémicas, sino porque al no haber símbolos, y no haber sociedad reconocible aquí, no es menester ir nunca más allá del recuento privatizado, tedioso, de abandonos que se sugieren por elipsis, mas no cumplen ninguna función a la hora de replantearse el espacio de la práctica social. Como forma mixta el Testimonio Lacrado resulta demasiado limitada en su inocencia como para servir de materia prima para una idealización re-agenciadora, y demasiado centrada en una noción de experiencia individual como para remitir a una consideración “realista” de los mecanismos de reproducción social.

En conjunto las tres estrategias nos proveen marcos interpretativos que, sucesivamente, nos proponen agenciamientos extáticos des-socializadores (Vulgata), homeostasis sociales distanciadas sin subjetividad (Farsa) y, finalmente, desagenciamientos asociales que derivan en el silencio de la anulación (Testimonio).

Así las cosas no es extraño que, de tanto en tanto, nos quedemos pasmados ante tanto pasado.

V.

Malvinas nos provee una Vulgata Heroica, una visión farsesca de un pasado terrible, una huida intimista. ¿Están realmente allí? ¿O son, simplemente, los modelos narrativos a mano para lidiar con el relieve del pasado en nuestras manos? Mi hipótesis es que estos cantos de heroísmo, inocencia y traición, de futilidad, hastío y distancia, son figuras rituales del discurso público referido al pasado. Figuras que conforman una matriz recurrente que nos permite no sólo comprender nuestras figuraciones predilectas del pasado, sino el modo que tenemos de relacionarnos con nuestras creencias (1-), concebir lo social y nuestra intervención en ese ámbito (2-) y considerar nuestros aportes cognitivos e imaginativos a la luz de lo que se dijo y lo que se dirá (3-).

Malvinas ha sido una excusa, un campo de prueba para explorar nuestros modelos de pensar las palabras que nos damos de cara al pasado en común. Ana Longoni y Pilar Calveiro han rastreado las figuras habituales en los relatos que hablan de la experiencia concentracionaria y las actitudes disímiles que se puede tener de cara a una experiencia concebida, una vez más, como límite. Y a poco recorrer sus páginas, tanto como las de Hugo Vezzetti, Oscar Terán, Horacio Tarcus o Beatriz Sarlo, nos encontramos allí invocando las mismas entidades discursivas, los mismos apegos simbólicos a la tragedia, la identificación, la traición, la renuncia, o bien al distanciamiento, el aquietamiento ante la pasión inútil, la crítica al fanatismo, el reposo, el fin de la propositividad. Lo que encuentran estos pensadores originales, estos intelectuales que analizan los discursos públicos referidos al pasado de una época álgida y sobrecogedora, es lo mismo que habían encontrado Guber, Lorenz y Palermo en cierta otra época álgida y sobrecogedora a su manera. ¿Será acaso la misma época? Ciertamente. Pero el rastreo del linaje de esas figuras discursivas se extiende y abarca un tránsito social demasiado extenso como para resolver de ese modo nuestra pregunta. Moreno fue nuestro primer desaparecido. Rosas nuestro primer Perón. Mitre el primer tribuno de una plebe que llegó 60 años después.

¿O será que aplicamos una y otra vez el mismo modelo, la misma terca matriz, que nos convierte a Castelli en un Chacho Peñaloza cualquiera, de esos que Echeverría soñó cuando creía que era John William Cooke? Todos ellos *mal-ditos*, marginales en el centro de nuestra historia. Mitre fusilando a Dorrego en un basural de José León Suárez, Astiz huyendo miserablemente ante las Invasiones Inglesas, Dardo Cabo resistiendo en Vuelta de Obligado, mientras Sarmiento, ese adelantado a su tiempo, renegocia contratos petroleros y recibe en secreto al Che Guevara, todos ellos han hecho de nuestra historia un gigantesco espacio para probarnos en nuestras creencias, nuestra imaginación de lo social, nuestra conversación con nosotros mismos a lo largo del tiempo.

La literatura sobre Desaparecidos, los relatos de la experiencia concentracionaria en la ESMA y otros centros de detención tiene también sus cristalizaciones, sus lugares comunes, centrados en polos interpretativos que se asocian con figuras recurrentes:

- 1- La derrota del romanticismo de la voluntad (neo-Vulgata), su *pasión* y su *calvario*, llevan a una identificación con las experiencias y los fracasos del pasado, una unción sentimental que no admite distanciamientos y que insiste con su terca pelea identitaria en el marco de un fluir social que diluye aquel relato con palabras y paladas de olvido e indiferencia; que exige la condena de la actualidad de lo social, de la facticidad bruta que ha arrastrado tanta subjetividad; que exige también detener la conversación, evitar la continuidad de la figuración, para mejor reiterar el *mantra* de un homenaje ritual. Un héroe se crucifica en el Gólgota. Este país es el país de la Dictadura, pero *Ellos* no murieron en vano.
- 2- Una sátira con dos demonios inaugura la visión distanciada, una apuesta por una gran Historia que haga ver al siglo XX en la Argentina como una Odisea de búsquedas desfallecientes que culmina al final con el paso de Itaka a Itaca, allí donde una Penélope paciente culmina al final su *Informe para ciegos* y nos devuelve la República Perdida. La muerte inmotivada se llevó a Dagmar Hagelin y la Noche de los Lápices nos retrotrae a un día de pasiones menores, en el cual podemos al fin hacer catarsis, negar aquellas identificaciones alocadas, aspirando mejor a un realismo sensato acerca de lo social.
- 3- No tenemos sobrevivencia valorada de aquella experiencia, siempre amenazada por el halo de la traición, el estigma de la impudicia, el regateo existencial, el staff y el mini-staff, el síndrome de Estocolmo y el fantasma del Negro Quieto. Con suerte admitimos una suerte de “infra-vivencia” para los quebrados, una suerte de recinto testimonial donde el pasado se privatiza nuevamente, en la forma de un rescate emocional de naderías que nos impide ver el talante de la apuesta social, la subjetividad insurgente, pero que a cambio nos reconstruye un pasado que se parece sorprendentemente al presente. Mi pasado es mío, y ya murió cuando yo lo hice.

La *Pasión* y el *Calvario* militante, el *Informe para ciegos* catártico, la *Infra-vivencia* privada, esos son los caminos de la reconstrucción verbal del pasado reciente. ¿En qué se parecen a la Farsa, la Vulgata, el Testimonio?

VI.

Entre la identificación extática con la creencia y el distanciamiento derogatorio, catártico, hay un ámbito extenso, lo *plasmático*, que reúne las experiencias posibles, verosímiles, pero que alientan *a la vez*, según gradaciones contingentes

tes, el interjuego entre la creencia y lo creído, lo dicho y lo invocado al decir, la participación y la distancia crítica. Diríamos mejor que es un principio hipotético de construcción imaginativa, de *intervención* (que puede visualizarse muy bien en la literatura) que utiliza al lenguaje como actividad ligada con el resto de las prácticas y que lo emplea como herramienta, como proceso, en la consideración de lo simbólico y lo material. Identidad y Distanciamiento son maniobras que quitan especificidad y poder de intervención a la operatoria propiamente lingüística; la desafectan de toda eficacia y productividad. El vínculo plasmático recrea esa especificidad sin crear reinos intermedios de solipsismo lingüístico ni instalar crudos determinismos reduccionistas. Sencillamente es la visión del símbolo como *praxis*, del lenguaje como interacción.

Entre la excepcionalidad heroica asocial y el orden social continuo sin subjetividad (o la negación de todo ámbito de lo social), encontramos el terreno de la negociación, la mediación entre sujeto y sociedad, entre identidad y pertenencia, negociación asimétrica que cede paso a la comedia cuando la asimetría privilegia al individuo (conciliación *in praesentia*, reproducción de lo social, visión simultánea del tránsito social exitoso y de la capacidad de intervención de los agentes), y cede paso a la tragedia pura cuando lo que prima es el tránsito comunitario (conciliación *in absentia*, pero conciliación al fin, donde el tránsito social impersonal reenvía a *nuestra* capacidad, como receptores de tal visión, la necesidad de imponer una visión desinteresada, *justa*, de las condiciones actuales de interacción como efecto de anteriores conciliaciones asimétricas) por sobre la realización individual.

Entre la ruptura constante de la conversación en el tiempo, de las tradiciones del decir y la palabra, y la cristalización amparada bajo demandas de suspensión figurativa por mandatos de diversa índole, encontramos el terreno medio de la *revisión, extensión y modificación paradigmática* de los modos de la práctica simbólica. Entre la identificación primaria y la negación última hay un vasto abanico de modos de relacionar y articular los usos lingüísticos en el tiempo.

Pero como sociedad nuestro modo de considerar estos puntos a la luz de los discursos pre-eminentes acerca del pasado en común ha privilegiado la consolidación de estructuras antitéticas que no pueden encontrar nunca un terreno común para interactuar en el ámbito del lenguaje tal como, efectivamente, lo hacen en el resto de los dominios de lo social. Nuestra sociedad nunca es plasmática, nunca recorre el terreno medio de la reproducción asimétrica (pero reproducción al fin) cómico-trágica de lo social y su consecuente visión de la agencia, nunca permite la extensión paradigmática de sus identificaciones primarias, sus balbuceos pueriles. Pasa de la identificación a la purga, del héroe-excepcional-a-ser-traicionado a la sociedad anónima, automática, de la inauguración recurrente, ritual, al mandato cristalizador, paralizante. Políticas de la pura metáfora y de la pura ironía, sin tránsito medio.

En suma, la inexistencia de tramos de mediación puede analizarse a partir de sus efectos:

1- No tenemos una relación mediada con nuestras creencias. Pasamos del 30 de marzo al 2 de abril y de allí al 14 de junio, siempre llenando la misma plaza con propósitos distintos, Iscariotes abrazando dioses a orillas del Gólgota, en ocasión de la Última Cena, tan solo para descubrir que el *whisky on the rocks* es el opio de los pueblos.

2- No tenemos una idea de cómo resulta posible la reproducción social, ni los modos que tenemos de intervenir en el plano de la interacción. Pasamos de la agencia heroica a la derogación impersonal, del victimismo al mecanismo, creyendo que somos una sociedad, un espacio de interacción verbal y no verbal, que se sucede en el tiempo por simple azar, una concatenación de casualidades para las cuales no hay explicación. La imagen del sujeto y del tránsito social se desdibuja, se vuelve imposible, entre extremos inasibles.

3- La conversación se interrumpe a cada rato, y se configura un espacio de trayectorias paralelas, que delinea un panorama de tribus que comercian de todo entre sí, menos palabras. Cristalización *pour soi*, ruptura *pour autrui*.

En la tierra de los sobrevivientes e *infravivientes* los seres de las creencias firmes escritas en el viento no entienden aún en qué medida *hacen* lo que les *pasa*, ni de qué modo el *nosotros* repleto de *ellos* que constituyen se continúa en el tiempo. Pobres, ¿cómo lo sabrían? Si de la conversación que han venido sosteniendo consigo mismos no han obtenido más que un puñado de cristales rotos y un rastro desigual de palabras. Palabras a las cuales no saben si crucificar a orillas de un mar muerto o mejor abandonar a la suerte de un bajel a la deriva que no encuentre jamás tierra a la cual amar mientras dure la ceguera y el enojo de unos dioses que sabemos que no existen.

200 años, un buen momento para forjar nuestra adultez estratégica. Una apocrifonía de los hombres de plata

Juan Recce

“el viajero que buye tarde o temprano detiene su andar”

Carlos Gardel, *Volver*

En una ocasión una amiga me contó una historia escalofriante. Sorprendentemente verídica y contemporánea.

Un introvertido joven adolescente, un buen día, decidió gastar sus ahorros en adquirir una peculiar mascota. Desde hacía meses había quedado fascinado por la mansa pero al mismo tiempo desafiante presencia de una boa constrictora que se exhibía en uno de aquellos tantos sórdidos sitios web que frecuentaba. Con esfuerzo y no con escaso aval de su madre ocupó parte del lavadero de su casa estableciendo allí una despensa de alimentos frescos para la boa. El joven sabía claramente que su compromiso mascotil implicaba aceptar las reglas instintivas de la cadena alimentaria. Pequeños roedores e insectos medianos coexistían en el diminuto balcón cerrado donde se secaba la ropa.

El adolescente, cuyo nombre no nos interesa, manifestaba una inusual felicidad. Su adquisición le había cambiado el espíritu. Sentía que una empatía especial existía entre él y su amiga de sangre fría. Tal era el afecto que tenía por su boa que la había hecho merecedora de morar en su cuarto y dormir junto a él en su cama. El joven pensaba que había encontrado su compañía ideal.

Tras algunos meses de idilio, la mascota comenzó a dar signos de decaimiento. Tendida inmóvil y recta sobre la cama, la mascota perdía peso y se resistía a probar bocado. Al término de unas semanas la situación se había vuelto insostenible. El adolescente, preocupado, tomó a su boa, cual listón de metro noventa, y se dirigió a la veterinaria para hacerla revisar. Tras ponerla tendida sobre una camilla el veterinario empalidecido interpeló al muchacho diciéndole: “Deshácese ya de este animal”. A la dramática pregunta por el porqué exigida por su dueño, el veterinario replicó: “!Te está midiendolo!”. El joven entró en una profunda depresión acongojado por la incomprensible traición de su compañera ideal que pretendía deglutirlo. Una cínica versión de la boa de Saint Exupery que se comió un elefante.

El adolescente no podía comprender que su boa no tuviera conciencia social y que por tanto fuera absolutamente incapaz de responder a sus expectativas, es decir, de mirarse en el humano y subjetivo espejo de su amo para satisfacer sus necesidades. Para el adolescente, esta alienante huida del mundo, de sus desafiantes oportunidades y riesgos asociados, resultaba mucho más cómoda y

promisoria que enfrentarse con un mundo de subjetividades pares que co-condicionen su entorno y lo interpelen a crecer. Apartarse y proyectar fantasmas sobre el mundo (su mundo), penar sus fracasos mentados para luego volver a (re)inventarse (pero solo dentro de sí) formaban parte de su modo estructural de funcionar frente a la vida. El narcisismo roto por sus idilios quebrantados, y su posterior reinención –habilitante de nuevos idilios semejantes–, tenía para él algo más fruiblible que el auténtico forjamiento de su autónoma adultez.

La oscura historia de este joven y su boa se parece, pero a escalas geoméricamente superiores (y metafísicamente mucho más indeconstruibles a causa de la validación de los agentes involucrados), a las huidas colectivas que algunas comunidades humanas hacen para con sus compromisos históricos con el éxito estratégico, la bonanza material, la concordia política y la prosperidad social. Asumir las desafiantes oportunidades y riesgos de un futuro planificado, con el adulto compromiso del esfuerzo sostenido, implica renunciar a las megalómanas farsas del destino y a los vicios sociológicos de un fruiblible narcisismo bipolar.

Tal parece haber sido, cuenta la leyenda, la narcisista desdicha colectiva de la gente del país de plata. Aunque rodeados de grandes potencialidades para la bonanza material –privilegiadas capas de humus, caudalosos torrentes hidrográficos, tupidos mantos forestales, inmensos litorales marítimos y bloques orográficos repletos de minerales– que les hubiese permitido asegurarle a las próximas generaciones un holgado tránsito hacia el desarrollo sostenible, apostaron, por esos absurdos imponderables de la historia (aunque no carentes de lógica para los más versados hermeneutas), apartarse de las cosas, proyectar fantasmas sobre su mundo y penar sus fracasos mentados para luego volver a (re)inventarse, ininterrumpidamente, pero solo dentro de sí, mientras la vida les transcurría. Las peligrosas boas con las que coquetearon a lo largo de la historia dejaron sus profundas huellas condicionantes en el devenir. La neurótica adolescencia crónica se burlaba del colectivo envejecimiento transgeneracional de los hombres de plata.

La gente del país de plata en sus míticos orígenes, cuenta la tal vez homérica leyenda, quiso construir una gran ciudad, una ciudad-torre, una que cualquier dios, por encima de la tierra o debajo de ella, hubiese de envidiar, una París sudamericana. Una iluminada megatrópoli antinomia de la barroca barbarie de su mundo periférico, las tierras interiores. Pero el dios de los sistemas que se ajustan antropógenamente confundió sus lenguajes y les impuso asimetrías en los índices de desarrollo humano, pobreza transgeneracional con altos índices de fertilidad demográfica, migraciones internas, desocupación, desnutrición infantil y un sistema de coparticipación federal parasitado por el déficit estructural de su sistema previsional, entre otras muchas dolencias.

Enceguecidos por el amor a su boa, los hombres de la ciudad-torre del país de plata, en lugar de invertir sus rentas en la adquisición de bienes de capital socialmente transformadores –articuladores materiales de aquellos lenguajes equívocos y traductores del sueño sugestivo de vida en común– cambiaron una y otra vez la noble primogenitura propia de las elites modernizadoras por un plato

de lentejas (a veces trigo, otras *corned beef* y también soja) al igual que el lerdo Esau.¹

La bella y maldita ciudad moldeó, tal vez sin saberlo, un perverso sistema de movilidad ascendente sólo apto para metafísicos jurisperitos y tenedores de libros contables, ávidos de asegurarse una butaca abulonada en la *bureau* fisco dependiente. Los hombres de plata que renunciaban así a inventar, emprender y arriesgar, habían eliminado del universo de lo socialmente posible la conformación de una clase privada lo suficientemente dinámica y emprendedora que permitiese aprovechar los dones de la tierra, para pasar de ella a la industria y de esta última al dominio social del conocimiento. Las periferias de las tierras interiores no pudieron más que reproducir (aunque no sin que medien alianzas) aquellos esquemas de pseudo movilidad ascendente aceptando rendir adoración socialmente acomplejada a la ciudad-torre y amar a sus boas.

Los hombres de plata sabían, al igual que el ingenuo René Magritte, que “*ceci n’est pas une fédération*” (esto no es una federación). También lo sabían los señores de los anillos, que desde la *constitutio de feudis provincialis*, habían comprendido los negocios “boales”. Desde entonces acordaron regentar los sueños y las esperanzas existenciales de los parias que moraban en sus dominios.

En las tierras de plata, Cain y Abel se despellejaron por la “correcta” operacionalización del interés nacional una y otra vez durante dos siglos, alternándose en sus roles de víctima y victimario, según el espíritu de los tiempos sea en Enzo Bordabehere, Stravinsky, Don Bosco, La Mignon, Don Chicho, Napoleón, Carnera o San Martín, hasta que emergió de entre los subsuelos de la contradicción la bestia de siete cuernos. Esta terrible creatura que mutaba entre la izquierda, la derecha, el progresismo de avanzada y el fascionalismo irracionalista, se había adueñado de la ciudad-torre, de sus fuertes, sus apaches, sus ciudades, sus ocultas, sus periferias feudales y también comunales. Hija de las profundas huellas condicionantes de la historia, no hizo más que repetir, con otra estética, la contingente esencia de la traspolación perversa que desde los aquellos primeros años de “concordancia” había sustituido para las plebes la movilidad social por la movilización social y la efectividad política por el efectivismo electoral. La neurótica adolescencia crónica continuaba burlándose del colectivo envejecimiento transgeneracional de los hombres de plata.

Esto volvió epistemológicamente perversos a aquellos los hombres y por tanto incapaces de discernir las auténticas oportunidades de los fantasmas que proyectaban sobre el mundo. Otorgarle la condición de “causa” a “efectos con poder causal” formaba parte de su modo estructural de funcionar frente a la vida.

Cuando cada tanto surgía de entre sus plebes algún profeta díscolo, retoño de la verdadera elite, que descubría que para auditar el orden material de los hombres de plata “sólo se requería saber sumar y restar” e interpelaba a sus pares boeizados, “cuando usted no entiende una cosa, pregunte hasta que la en-

¹ Del libro del *Génesis*, Cap. 25, incisos 27-34.

tienda. Si no la entiende es que están tratando de robarlo”,² lo hacían merecedor del silencio público y del destierro sistémico. Algunos de ellos, muy versados e ilustres, mucho más que algunos ávidos lectores de Sócrates, terminaron sus días en la austera pobreza llegando a mendigar trabajo en los clasificados o a vender ballenitas en la plaza de los dos congresos.

Los hombres del país de plata degustaban a diario finos mármoles italianos, manufacturas inglesas y perfumes franceses gracias a las rentas proporcionados por el concéntrico y asimétrico embudo de convergencia productiva, también conocido como la telaraña agroexportadora.

Aunque muchos presumían saberlo pocos eran realmente contestes que los caballeros de la Orden de la Jarretiere, *the most noble order of the british empire*, los 24 nobles que sucedieron (y sucederán) por generaciones a la guardia pretoriana de Eduardo III, habían hecho del país de plata uno de los tantos nodos de sustentabilidad del imperio de su ultramar. Las tierras de plata eran las menos importantes en su mapa global de *pax* comercial, sobre todo si eran comparadas con las tierras de Confucio, del Sha o las del emperador amarillo. Sin embargo, como todo respondía a una milimétrica estrategia de expándete o sucumbirás, al son del té de las 5 pm, sus negocios con los hombres de plata proliferaban a causa de la neurótica adolescencia crónica de los moradores de la ciudad-torre. Los caballeros de la Orden de la Jarretiere raramente urdían ardidés desestabilizadores, antes bien aprovechaban los ríos revueltos para pescar con facilidad.

Algunos arqueólogos dicen, en lugares poco expuestos por temor a ser tildados de conspirativos y ser expulsados de sus positivistas nichos académicos con rentas de subsistencia, que entre las ruinas de la ciudad-torre aun pueden verse emblemas imperiales con la inscripción “*bonni soit qui mal y pense*” o grabados con la flor de cardo.

Incluso cuando la primera fase del apogeo imperial estaba en franca declinación (nadie sabe cuándo puedo comenzar un nuevo apogeo) porque los caballeros de la Orden de Jarretiere habían decidido quedarse estancados en la máquina a vapor y la producción textil a escala –a diferencia las tierras de Thomas Jefferson, Otto von Bismark y Mutsuhito que apostaron a los motores de explosión y a la ingeniería química– los hombres de plata redoblaron la apuesta de amor por su boa y continuaron fieles a su pacto de división internacional del trabajo. Esto les mereció que como homenaje al primer centenario de su resemantizado desembarco, los alfiles de la Orden de Jarretiere, entre los que los había ya plateados, obsequiaran al pueblo de la ciudad-torre, y transitivamente a los habitantes de las tierras interiores, una nueva torre que vino a confundir aun más sus lenguajes.

Como los hombres de plata eran patológicamente narcisistas y bipolares los alfiles de la Orden de Jarretiere aprovecharon tal condición como causa habilitante para moldear sus estructuras materiales y simbólicas y condicionar, aunque no determinar, para siempre, los destinos de aquellos lares.

² Scalabrini Ortiz, Raúl. *Bases para la Reconstrucción Nacional*, Tomo I, Ed. Plus Ultra, 3ª ed., p. 23.

Una falta de visión estratégica, sorprendentemente mucho más grave que la de los hombres de plata, hizo que el victoriano sistema de relaciones de poder sucumbiera en 1929 posibilitando el ascenso de las tierras de Jefferson. Los hombres de plata habían comprendido parcialmente la lección, pero las lesiones estructurales que el monopsonio británico había dejado en su sistema fiscal, crediticio, logístico y productivo los obligaron a recibir el oscuro beso de la muerte de Walter Runciman.

Una nueva *pax* sería establecida a nivel global tras la caída del führer Bismark III. Previo a esta, los hombres de plata se habían dividido entre el amor y el odio a aquel führer, vaya uno a saber si no por tardía venganza a los alfiles de la Orden de Jarretierre o tal vez simplemente a causa de su errático y vaporoso pensamiento estratégico. Es tarea de los hermeneutas determinarlo.

Lejos ya del abrazo constrictor de una de sus tantas boas, tal vez la más amada, y habiendo ninguneado durante decenios a Jefferson y sus demócratas hemisferistas, los destinos de las tierras de plata se sumergieron en un oscuro duelo intestino entre sus propios demonios, subsidiados por los dos grandes demonios de ultramar. Tras la muerte del demonio centralmente planificador, las paradojas del fin de la historia llevaron a los hombres de plata a un insano amorío, frenético y obsecuente con los hombres de las tierras de Jefferson que acabaron por secar sus ríos caudalosos, arrasar sus bosques y monocultivar sus humus.

El país de los hombres de plata era en el vecindario global uno de los tantos desdichados loquitos del barrio, aunque de los más decorosos, atenuante a pesar del cual nunca perdió el mote de fantástico pato de la boda. BHP Billinton, Anglo American, Pan American Energy, Petrobras, Benetton, Camargo Correa y otros tantos bodiles comensales le rendían tributo a su incesante río revuelto.

No hay registros documentales sobre el final de los hombres de plata pero cuenta la leyenda de transmisión oral que un profeta pagano, deconstructor de los cimientos metafísicos de la ciudad-torre y sus presupuestos escatológicos sobre el neurótico formato helicoidal de la historia (impuestos, tal vez, por algún falsificador de Sófocles), un teólogo de la plasticidad de los fenómenos humanos, vino a implantar el principio de rectilineidad del tiempo entre los hombres de plata, fundado en la idea de línea como infinita y contingente sucesión de puntos.

De entre los transmisores de esta sub-leyenda hay quienes dicen haber accedido al texto de aquella profecía, muy a pesar de lo cual, sus megalómanas afirmaciones sobre otros aspectos de la meta-leyenda hacen desmerecedoras sus crónicas de todo crédito.

La sobreabundancia de iurisconsultos que normatizaron las emociones de los hombres de plata, e institucionalizaron sus goles socialmente aglutinantes, establecieron rígidos criterios bibliotecológicos de archivado nomenclador de cuanto verso con ribetes escolásticos, materialistas históricos o post-estructuralistas estuviese en manos de un conciudadano. Muchos de los nomencladores eran portadores de un congénito defecto cognitivo que les impedía penetrar el contenido holístico de los textos siendo incapaces de hilvanar formas emergentes entre conceptos. Hay hermeneutas que estiman que el origen de tal afección se-

ría social. Puede que alguno de estos nomencladores haya enviado, sin saberlo, aquel único ejemplar de la profecía a la biblioteca nacional del país de plata.

En aquel irreverente edificio, inconfundible a causa de su exótico estilo arquitectónico conocido como “brutalista”, cuya construcción demoró 33 años, casi la vida de un Mesías, en la sección de libros apócrifos y falsificaciones, se estima, podría estar aquella profecía que nada diría sobre el futuro de la tierra de plata y sus hombres, sino solo transitivamente al revelar los secretos del mundo del futuro. Aquella profecía era una profecía para adultos. Algo bastante diferente de las bucólicas y tibias profecías conductistas de Benjamín Solari Parravicini y otros inmorales pseudo-profetas providencialistas que sedujeron a los hombres de plata con destinos manifiestos y reveladas vocaciones de poder mundial. El profeta pagano, por el contrario, era un portavoz de la contingencia histórica, un metafísico de la antimateria de la necesidad, un didáctico meritocratizador.

Se cuentan en cantidades no superiores a los hombres de plata que llenarían autoconvocadamente el estadio de ferrum del este, los privilegiados conocedores de los trazos gruesos de aquella profecía, adentrados de su conocimiento vía alguna misteriosa tradición oral. Aquellos hombres, en su gran mayoría, aborrecían sus trabajosas implicancias, puesto que temían perder sus resortes sociales de poder articulados en torno a deplorables liturgias marginales de asignación de transferencias, al igual que el inefable don de lenguas que les era dado, por la bestia de siete cuernos, para sus sermónicas prácticas re-semantizadoras.

Frente a la posibilidad de escudriñar los fenomenológicamente encriptados aforismos de la profecía para adultos, y a doscientos años del ascenso de la ciudad-torre, poco deberían importarnos los ya pretéritos presente y pasado de los hombres de plata. De entre las dificultosas reducciones eidéticas practicadas a los relatos transmitidos por los conocedores de la profecía, se estima, que el futuro, al que los hombres de plata deberían haber atendido, (deberían porque nadie sabe aún cómo ha terminado aquel relato epopéyico) estaba caracterizado por el eventual surgimiento de una nueva *pax* global.

Aquella *pax* pareciera haberse construido tras una alianza celebrada entre los distintos colectivos humanos que moran en las inmediaciones loxodrómicas que se extienden desde el Ecuador hasta el Trópico de Capricornio. Aunque nadie sabe si la Orden de Jarretiere estaba detrás de aquella nueva *pax* –sería conspirativo sólo pensarlo–, los co-partícipes de aquel nuevo sistema iniciaron una fase avanzada de multipolarización del vecindario global. Las sociológicas reencarnaciones de Rasputín, Confucio, Gandhi, El barón de Rio Branco y Mandela, habían renovado el compromiso histórico de sus tierras con el éxito estratégico, la bonanza material, la concordia política y la prosperidad social. En torno a una pragmática alianza de solidaridad emergente, aquellos colectivos habían propiciado el inicio de un sustentable ciclo de incremento de capacidades endógenas que les permitió, cuenta el relato oral de la profecía, relocalizar el poder mundial al sur del globo. Contrariamente de lo que muchos conocedores de los gruesos trazos de la profecía opinaban, el profeta pagano no creía en la transmigración de las almas ni en el retorno de aquellos que duermen el sueño de los injustos,

por el contrario, su profecía tenía solo que ver con estadísticas probabilidades de que la carga genética de los sistemas sociales con memoria impulsase a aquellos colectivos a asumir las desafiantes oportunidades y riesgos de un futuro planificado, con el adulto compromiso del esfuerzo sostenido, renunciando a las megálomanas farsas del destino.

Tal vez, algunos hombres de plata, con suficientes cantidades de la neuromoduladora serotonina, aquel chamánico agente bioeléctrico transmisor de la energía vital, hayan tenido la lucidez analítica para huir de sus gestálticas pregnancias narcisistas y autojustificadoras para escudriñar las pistas holística, simbólico-materiales, de la profecía para adultos. La ruleta contingente, pero antropógenamente condicionada de la historia, enfrentaría, tal vez, a los hombres de plata con una nueva oportunidad histórica de ascenso a la auténtica prosperidad. El mapa energético y minero global se había reconfigurado plásticamente, nuevas áreas de interés vital habían hecho irrupción teniendo por epicentro a los mares –verdaderos crioconservadores de megadiversidad, un posmoderno *aleph* de la biotecnología–; a las privilegiadas capas de humus multicultivizables y (re)pecurizables; a los caudalosos torrentes potables con potencial hidroeléctrico; a los tupidos mantos forestales; y a los inmensos bloques orográficos repletos de minerales. Los hombres de plata tenían una histórica oportunidad para apartarse definitivamente de su iurisconsultal acción nomencladora estructurante, para encontrarse, cual huérfano sin identidad, con las reafirmantes cosas, para comenzar a entenderse.

Los escasamente “serotonínicos” hombres de plata, dicen algunos, habrían, frente a la inminente relocalización de los talleres del mundo, apostado sin vacilaciones al conocimiento y a la adquisición lucrativamente individual de bienes de capital industrial y postindustrial socialmente transformadores, aprovechando los generosos dones de su tierra.

Muchos de ellos, auténticos poetas y mártires de las cosas, cuenta una subvariante no comprobada de la epopeya, impulsaron la conformación de una generación de jóvenes comprometidos con su futuro que renunciaron a sus boas y se convirtieron en orfebres de su propio destino de fina platería. Aquel destino, elegido por ellos, y consensuado sobre la base de una nueva lógica de bonanza transgeneracional, los habría llevado a asumir, no sin dolor, que aquel fantástico proyecto, les demandaría el sinsabor de 40 áridos años de cruce a pie del austero desierto del desarrollo materialmente autosostenible y ecológicamente sustentable, de la construcción de una paz social justa y meritocrática, y de la federalización demográfica del poder económico y político. Se presupone que lo sabían, y por ello, aceptaron con gozo no narcisista la nostálgica posibilidad de su mortal envejecimiento generacional en los albores de la tierra prometida, tal y como le sucediera al cansado Moisés. Aquel retoño había comprendido que el camino se hace al andar y que la tierra prometida anida en el frágil corazón humano de los hombres que se animan a creer adultamente.

Cartografía, ciencias naturales y geopolítica

Luis A. Quesada Allué

Desde el origen de las sociedades humanas se han venido perfeccionando las herramientas teóricas y prácticas necesarias para ejercer el dominio o influencia sobre territorios y/u otras sociedades. Con el progresivo desarrollo de comunidades complejas se fueron afianzando dos conceptos, primero el de control territorial permanente y luego el de Estado. Se fue delineando así la necesidad de contar con información sobre territorios propios y ajenos, y sobre los recursos naturales y aspectos sociales y socioeconómicos asociados a estos últimos. A lo largo de los siglos se fue descartando lentamente el pseudo-conocimiento y separando, poco a poco, las supersticiones de la toma de decisiones, dando paso creciente al pensamiento racional, a las tecnologías modernas y al conocimiento científico. Los estudios astronómicos, matemáticos y geográficos, así como los descriptivos de la naturaleza resultaron necesarios para expandir las actividades comerciales y militares, hasta hacerse imprescindibles en el marco de lo que modernamente se interpreta como visión geopolítica. En la actualidad el dominio del conocimiento sigue siendo clave. En los últimos 200 años las naciones más avanzadas pasaron de las exploraciones que posibilitaron a sus naturalistas liderar los avances científicos descriptivos a tener poderosos sistemas de investigación experimental, mediante los cuales sostienen su supremacía sobre los países menos desarrollados.

1. EL CONCEPTO DE "GEOPOLÍTICA"

Se asume que la geopolítica encara el problema de ejercer el poder territorial y político sobre un espacio determinado. Tradicionalmente se la ha pensado como la política de una nación a través del espacio geográfico. Hay docenas de definiciones que intentan explicar cuánto abarca la geopolítica, en su condición de multidisciplinaria apoyada en lo geográfico y enmarcada en lo político. Fue el geógrafo alemán Karl Ritter (1779-1859) quien planteó formalmente la idea de que la geografía debía co-optar todo tipo de estudios científicos, para beneficio de la política exterior del Estado. Años después otro alemán, Friedrich Ratzel (1844-1904), desarrolló a la geografía política como disciplina, en 1897, a partir de su creencia en un "determinismo" geográfico que debía regir la conducta de los países. Por otra parte esta idea lo llevó a formular el concepto de "espacio vital" ("lebensraum").

Johan Rudolf Kjellén, sueco, (1864-1922) fue quien acuñó el término de "Geopolítica" para expresar un concepto abarcador y superador de la geografía, de la geografía política y de la política exterior de un país entendida como he-

ramienta de dominio de tipo imperial-imperialista. Curiosamente, en contra de la tradición británica, fue el inglés Halford John Mackinder (1861-1947) quien en 1904, asumiendo la teoría del determinismo geográfico, formalizó la idea de un centro europeo irradiador de poder desde un territorio ancestral relativamente independiente de la navegación (teoría del “Heartland”). Situó este territorio central en Eurasia central, o sea Rusia, Alemania y demás países europeos “centrales”. Este concepto se complementaba con el de “Periferia” en la cual se situaban entre otros las Islas Británicas, las Américas, Oceanía, etc. Mackinder fue pionero en advertir la necesidad de combinar la geografía con todas las otras ciencias, con la política y con la geoestrategia.

El concepto extremo de geopolítica fue desarrollado por el general y geógrafo alemán Karl Haushofer (1869-1949), quien dio sustento a la ideología nacional-socialista, incluyendo la idea del “Heartland” y justificando la política expansionista basada en la necesidad de espacio vital-“lebensraum”. Por ello, después de la derrota del nazi-fascismo, la geopolítica como disciplina académica quedó bastante desacreditada, a pesar de que sus principios básicos formaban parte esencial de las políticas norteamericana y de la Unión Soviética.

Tanto desde el punto de vista académico como desde el práctico, la geopolítica ha ido cambiando y evolucionando a lo largo del tiempo. Modernamente, se piensa a la geopolítica en sentido amplio, integrando los aspectos físico-ambientales con los humanos. Se apoya fundamentalmente en el acceso al conocimiento y a la información. La geopolítica sigue siendo una disciplina decisiva para la toma de decisiones en políticas de Estado sobre asuntos internacionales, especialmente cuando los países sostienen en el tiempo una voluntad histórica y un proyecto de Estado consecuente, como ha sucedido históricamente con el Reino Unido, Francia, Estados Unidos, la URSS-Rusia, Alemania, Japón, Brasil, Chile y otros países políticamente avanzados. Lamentablemente, no es el caso de la Argentina.

Retrospectivamente, desde el punto de vista de su implementación práctica, la visión “Geopolítica” se ha venido utilizando desde mucho antes de que el concepto se acuñase. Además de lo estrictamente territorial y político-militar, el enfoque “político-geográfico” ha debido integrar el análisis geográfico con el conocimiento de los recursos naturales de un país, así como con lo social, lo antropológico y lo histórico. Modernamente, la información científica ha sido considerada estratégica e imprescindible y las fronteras entre lo civil-comercial y lo militar se han hecho difusas. Al final primero de la Segunda Guerra Mundial y sobre todo, luego de la “guerra fría”, se ha producido una cierta devaluación aparente de lo territorial, quizás debido al poder directo que ejercen corporaciones multinacionales, que en principio hacen relativas las consideraciones geográficas y el tamaño físico de sus países de origen. Además, viene existiendo a nivel mundial un “tutelaje de facto” de las economías por el grupo de países del G7, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, los bancos y dichas corporaciones multinacionales. Por otra parte, contemporáneamente el foco geopolítico ha estado preferentemente situado en el acceso a recursos naturales no renova-

bles, lo que su vez ha revalorizado lo territorial. Esto se ha puesto en evidencia, por ejemplo, en el caso reciente de la reafirmación del estatus colonial británico en Malvinas, donde se presume, sobre la base de estudios científicos y tecnológicos, la existencia de petróleo explotable. Sin embargo, la visión geopolítica más abarcadora descansa sobre la apropiación del conocimiento y la capacidad de utilizarlo. Así, desde el siglo XIX, los conocimientos científicos han venido sustentando, con importancia creciente, el desarrollo tecnológico de los países más avanzados, apuntalándolos geopolíticamente.

2. LOS CONOCIMIENTOS GEOGRÁFICOS Y LA CIENCIA CARTOGRÁFICA HASTA 1400

Desde la antigüedad, en los países con costas existió la necesidad de contar con instrumentos de navegación y con información territorial, económica y militar. Se asume que uno de los primeros mapas geográficos fue el de Anaximandro (611-546). Demócrito (450-360) introdujo el concepto de latitud y longitud, perfeccionado por Hiparco, alrededor de 150 AC. Se conoce la existencia de datos geográficos y mapas romanos tempranos como la geografía de Agrippa, de 18 DC y la cosmografía *De chorografía* de Pomponius Mela (43 DC). El máximo exponente de la ciencia geográfica antigua fue Ptolomeo (aprox. 100 a 170 DC), astrónomo, geómetra y matemático griego que trabajó en Alejandría y produjo dos obras de enorme influencia, el *Almagesto*, tratado de astronomía que contiene la formulación de la teoría geocéntrica (que se aceptaría hasta el triunfo de la heliocéntrica, resucitada por Copérnico), y la *Geografía* en la que describe el mundo conocido en esa época. Los mapas se perdieron, pero en gran parte pudieron ser inferidos y reconstruidos. El trabajo de Ptolomeo representó de alguna manera el embrión de una geografía y cartografía “científicas”. El conocimiento ptolomeico, que se limitaba a Eurasia y norte de África, se perdió en la alta edad media occidental, debido al retroceso del Imperio Romano; pero fue conservado en las culturas árabe y andaluza. Recién en 1410 los trabajos de Ptolomeo se traducirían al latín (desde el árabe). Sus cartas reconstruidas sentaron la base de la cartografía del renacimiento, facilitando la expansión económica y política de los europeos.

El mundo que interesaba, desde la época de los egipcios hasta el fin de la edad media, era el lejano Oriente, fuente de la seda y especias. Se contaba con una cartografía primitiva, pero, en la práctica, los caminos comerciales eran bastante conocidos y muy transitados por caravanas. Se llegaba a Asia central y la India a través de tres rutas: la de la seda (Persia-Asia central), la del Mar Negro (Crimea, mar Caspio) y la de Egipto-Mar Rojo-Océano Índico. En el siglo XI los turcos Selyúcidas dominaron desde medio oriente hasta casi el norte de la India y a partir de 1299 fueron sucedidos por los turcos otomaníes, creadores del Imperio Otomano. Por tanto, históricamente, el comercio con Oriente dependió de la relación con Egipto y con los sultanatos turcos, ya que quedaba enteramente bloqueado en épocas de conflicto.

Aunque en el siglo VI monjes nestorianos habían logrado traer desde Asia capullos del gusano de seda, iniciando su producción en Italia y cubriendo en parte la demanda europea, el comercio de tejidos lujosos y especias seguía siendo vital para satisfacer los requerimientos de la nobleza y la cada vez más rica burguesía de las ciudades. Además, al fin de la edad media, como consecuencia de los viajes de la familia Polo (1255-1295), conocidos por el relato de Marco (1299), y también por el mayor bienestar económico, aumentó mucho el interés por otros productos suntuarios y “maravillas” de Oriente.

En el bajo medioevo, la confección de mapas se encontraba fuertemente dominada por puntos de vista religiosos. Estos mapas, generalmente iluminados, eran concebidos con sentido artístico e incluían, además de castillos e iglesias, animales y árboles (Mapamundi de Ebstorf, 1234), así como imágenes fantásticas o mitológicas de animales y pseudo humanos (Mapamundi de Hereford, 1290). Muchos elementos geográficos eran inventados, sin base documental o testimonial. Por esa época ya se creía en la existencia de mapas antiguos que contenían alguna información con indicios de verosimilitud, aunque vagos, sobre tierras desconocidas más allá del estrecho de Gibraltar. Por ejemplo en los mapas árabes de Al-Idrisi (de 1154) y de Ibn-Said (¿1250?) figuraban “islas” atlánticas o trasatlánticas. Recién en el siglo XII se conocieron datos geográficos del norte de Europa, muchos provenientes de las expediciones vikingas. Es notorio que el secreto y la ausencia –deliberada o no– de cartas de navegación y mapas atlánticos tempranos impidió a pueblos marineros, como los vikingos, bretones, normandos y vascos, valorizar sus importantes conocimientos sobre corrientes marinas, navegación y geografía; frenándose así una eventual colonización temprana de tierras desconocidas para el resto de los europeos (más tarde denominadas América).

En el siglo XIII se produce un importante avance en la cartografía, con la confección –fundamentalmente por y para pilotos– de cartas de navegación marina que potenciaban el uso de la brújula. Estas Cartas Portuláneas (llamadas portulanos) en su inicio fueron sólo de tipo general y cobertura litoral, marcando los principales accidentes de las costas, los fondeaderos y los puertos. Se trataba de cartas simples y “prácticas”, que en general no contenían elementos artísticos ni fantasiosos, en las cuales tampoco figuraban elementos botánicos ni zoológicos. En lo técnico, carecían de un sistema que combinara los datos con latitudes y longitudes. El portulano más antiguo conocido es la Carta Pisana, dibujada aproximadamente entre 1275 y 1290, quizás el primer mapa medieval con contenido científico. Con el paso del tiempo se crearon portulanos náutico-geográficos que mostraban elementos de tierra adentro, además del gran detalle de las costas. Descolló la Escuela Balear (o “Mallorquina”), la más importante del bajo medioevo, destacándose el mapa-atlas de Abraham y Jafudá Cresques, el famoso “Atlas Catalán”, de tres metros en forma de biombo desplegable, confeccionado por encargo del rey de Cataluña y Aragón y terminado en 1375. El Atlas abarca gran parte de lo conocido, desde África (trópico de Cáncer) hasta Islandia y desde islas atlánticas hasta China, India y parte de Indonesia. En lo técnico, es el primer mapa que se conoce con la Rosa de los Vientos incorporada, orientándolo. Contiene

información sobre orografía, poblaciones humanas, viviendas y fortalezas, reyes famosos y animales (camellos, elefantes, aves, peces, etc.). Comparando con mapas y atlas anteriores, lo fantástico está reducido al mínimo. Otra particularidad es la gran cantidad de leyendas. Este tipo de mapas significó un gran avance y facilitó la organización y concreción exitosa de numerosas expediciones. Desde un punto de vista “geopolítico” moderno, los avances en los conocimientos geográficos plasmados en la cartografía contribuyeron significativamente a la rápida transición entre el medioevo y el renacimiento.

3. EL SIGLO XV: INICIO DE LAS GRANDES EXPLORACIONES

Los siglos XV y XVI fueron los de las exploraciones, que hicieron conocer gran parte del mundo a los europeos. Dos grandes eventos históricos marcarían la segunda mitad del siglo XV: la caída de Constantinopla en manos de los turcos, en 1453 y el descubrimiento formal de tierras al oeste del Atlántico, América, en 1492.

A inicios del siglo XV las casas gobernantes europeas y las ciudades-estado tenían como máxima prioridad el conocimiento de rutas de navegación que permitieran sortear el bloqueo o la intermediación del comercio con Oriente, ejercidos por el Islam. A este interés primario económico y comercial se sumaba el político-militar, ya que la mayoría de los gobernantes tenían proyectos territoriales expansionistas y mantenían conflictos permanentes con sus vecinos. Era muy clara la importancia estratégica del conocimiento geográfico y de las cartas de navegación, que contenían cada vez más información sobre islas, ríos y puertos.

Desde el siglo XV, la navegación atlántica de los portugueses y castellano-aragoneses marcó el comienzo de una nueva era. Debieron diseñarse nuevos tipos de barco (nao, galeón atlántico, carabela), capaces de enfrentarse al Atlántico por sus mejores características de navegación (velas, borda, etc.). También se mejoró el instrumental (brújula, astrolabio de ballestilla, etc.). Los cosmógrafos pasaron a ser imprescindibles. Poco a poco, en forma cada vez más sistemática, se comenzó a suplementar los mapas con información escrita sobre la topografía, habitantes, fauna y flora, asentada en notas y cuadernos de observaciones. Durante dicho siglo se confeccionaron numerosos mapamundis. Del período entre 1400 y 1492 se conocen más de 300, de los cuales solamente 10 ó 12 exhibían conocimientos geográficos confiables. Los mapas se dibujaban a mano, por lo cual las copias eran únicas o escasas, hasta que la llegada de la imprenta permitió la difusión de información geográfica antes accesible solamente a la nobleza gobernante y a muy pocos de sus funcionarios. Por ejemplo, en 1470 se imprimieron múltiples copias de la *Geografía* de Ptolomeo, y se difundió así un enfoque cartográfico más científico.

Enrique “el navegante” (1394-1460), tercer hijo del rey Juan I de Portugal, creó en 1418 la más importante escuela de navegación y cartografía de la época, junto con un observatorio astronómico. Impulsó prioritariamente la exploración

de las costas africanas hacia el sur, para tratar de llegar a Asia virando al este. Secundariamente también se deseaba comprobar la existencia de islas navegando hacia el oeste. Así, en 1425, Gonzalo Velho Cabral descubrió las Azores, lo cual se mantuvo inicialmente en secreto; luego intentó re-descubrir, al igual que Diego de Sevilla, una legendaria e hipotética isla llamada “Antillia”. En el portulano “Pizzigano”, de 1424, figuraban ésta y otras islas, como aparente herencia de la cartografía árabe. El mapa secreto (1436) de Andrea Bianco mostraba, además del contorno completo de África y Asia, islas bien al oeste del Atlántico. Este mapa fue robado por un espía de la familia italiana de Este y aparentemente a partir de él se elaboró el “Mapa de Cantino” (1502). En otros mapas se representaba lo que parece la península de Florida y en uno de ellos se dibujaba la “isla de Bacalaos” (presuntamente Terranova).

4. SIGLOS XVI AL XVIII: EXPLORACIONES, CARTOGRAFÍA Y EXPANSIÓN COLONIAL

A partir de la posibilidad de navegar grandes distancias, explorando el Atlántico, la cartografía fue definitivamente la disciplina técnico-descriptiva más importante para el desarrollo de reinos y la formación de imperios. Con los mapas náuticos levantados por sus pilotos y cartógrafos, que eran una herramienta imprescindible para reclamar nuevos territorios, los estados europeos pudieron establecer sus derechos de soberanía y luego colonizarlos. En la mayoría de los casos, las cartas y portulanos y la mayoría de los mapas de tierra adentro y globos terráqueos, eran total o parcialmente secretos, al punto que se prohibía a los pilotos registrar tierras nuevas en portulanos, hasta que no fueran confeccionadas cartas únicas, cuyo uso restrictivo decidía en exclusiva el gobernante. Por ejemplo, la corona castellana exigía a los pilotos un juramento de silencio inicial sobre los nuevos descubrimientos, mientras que la corona portuguesa acostumbraba ocultar los nuevos datos geográficos de islas y costas africanas.

A partir del 1500 la cartografía incorporó en forma creciente información topográfica y se elaboraron mapas especiales de interés militar. Tal como sucede todavía hasta nuestros días, con frecuencia se alteraban deliberadamente los mapas “públicos”, mientras se perfeccionaban los datos reales plasmados en mapas “privados” o “secretos”.

Aunque existían instrucciones específicas, especialmente por parte de España y Portugal, para la recolección y documentación ordenada de conocimientos de todo tipo, parte de la información sobre los recursos físicos y humanos de las tierras exploradas se realizaba en forma anárquica. Las informaciones sobre vegetación y aspectos geológicos resultaban más confiables que aquellas sobre fauna y habitantes, ya que a veces se introducían datos fantasiosos.

Los viajes de Cristóbal Colón (de 1492 a 1504) y de Vasco da Gama (1497 a 1504) dispararon múltiples expediciones de exploración y conquista, iniciándose la etapa de las colonizaciones imperiales. Más que nunca, la necesidad de buenas cartas de navegación resultó decisiva. Se supone que Colón (?1451?-1506), que

como su hermano era un buen cartógrafo y había trabajado en la corte lusitana, contaba con un portulano secreto, desconocido hasta ahora, donde estaban representadas tierras que se suponían eran parte de Asia; creencia que Colón mantuvo hasta su muerte. También contaba con un mapa de 1474 que enviara Paolo Toscanelli al rey de Portugal, donde la distancia hasta “Cipango” (Japón) por el oeste estaba muy subestimada, por mala interpretación de las medidas árabes, cosa que puede haber incidido sobre el persistente error de Colón. Otras cartas contenían datos sobre supuestas islas y lo que se ha interpretado como la península de Florida. Más confusamente, en el mapamundi de Ptolomeo habría figurado el *Sinus Magnus* (el Pacífico), al cual podía hipotéticamente llegarse por el oeste. Con los viajes de Amerigo Vespucci en 1497 y 1502, quien recorre las costas americanas en busca del paso al *Sinus Magnus* y llega hasta la Patagonia, quedó claro para muchos que existía un continente interpuesto entre Asia Oriental y Europa.

Después de Vespucci (1454-1512) se generaron numerosos mapas que tenían a compatibilizar las diferentes fuentes de información. Pero es menester recordar que toda la información sobre las nuevas tierras se mantenía en secreto tanto en España como en Portugal. Juan de la Cosa (¿1455?-1509), piloto y espía de los Reyes Católicos en Portugal, que habría viajado tanto con Colón (1ro y 2do viaje) como con Alonso de Ojeda y Vespucci (durante 1499), realizó su famoso portulano, de 1500. Este fue el primer mapa de tierras americanas, que recopilaba la más reciente información de las últimas expediciones, incluyendo las propias. En el mismo se representó la costa americana conocida, particularmente la sudamericana, además de dibujar a Cuba como isla. En particular, en la carta de Juan de la Cosa se incluían datos del veneciano Giovanni Caboto (¿1450?-¿1499?), que realizó un viaje con pabellón inglés en 1496-1497 y tocó por primera vez tierra continental americana. Caboto dibujó una carta para Lorenzo de Medici, en 1502, (que está diseñada con criterio científico), incorporando correctas estimaciones de longitud y de la circunferencia de la tierra, de la convergencia de planetas, etc. Aparentemente, un espía no identificado de Kemal Reis (¿1451?-1511), militar y corsario turco expedicionario en Andalucía entre 1487 y 1492 (nombrado Almirante Otomano en 1495), habría viajado con Colón, copiando o robando su carta secreta. Con ésta, mapas de Vespucci y otras fuentes, el cartógrafo Piri Reis (1465-1544), sobrino del almirante turco, elaboró lo que algunos consideran el mapa más exacto y “científico” de su tiempo, su famoso portulano de 1513. En él están dibujados con bastante precisión el sub-continente y costas sudamericanas. En particular se reconoce la costa argentina y algunos interpretan que las Islas “de Sare” dibujadas frente al subcontinente serían las Malvinas. También estaría representada la Antártida. La costa patagónica empezó a aparecer en los mapas en forma generalizada recién a partir de 1530, después del viaje de Caboto.

Se dibujaron por esa época mapas más o menos fieles, algunos relativamente públicos y varios muy “privados” o secretos. El famoso Planisferio de Cantino (1502) mostró por primera vez todos los descubrimientos portugueses en Oriente y Occidente. Estaban representadas las islas del Caribe, la península

de Florida y costas del futuro Brasil. Alberto Cantino era un agente del duque de Ferrara que logró sustraer el mapa, anónimo, de la corte lusitana.

En lo técnico, en el siglo XVI se comenzó a usar en los mapas la proyección Ptolomeica como, por ejemplo, en el mapamundi de Martin Waldseemüller, de 1507, donde por primera vez se usó la palabra “América”. En los mapas y Atlas (1541, 1569, 1595) del flamenco Gerard de Cremer (1512-1594, conocido como Mercator) se incorporó la proyección cilíndrica que todavía se usa.

En el siglo XVII se generó cartografía que contenía información hidrográfica y topográfica muy exacta, debido a la mejora de los instrumentos y métodos de triangulación. También apareció información meteorológica y datos sobre el clima y la vegetación. Significativamente, la Casa de Contratación de Sevilla tenía como primer objetivo lo comercial pero era asimismo una organización “científica” que además de lo geográfico e hidrográfico acumulaba todo tipo de datos geológicos y biológicos. La cartografía que elaboraban sus técnicos, pilotos y cartógrafos, especialmente en lo referente a las costas, mostraba sólo lo conocido por información directa, en contraste con cartas todavía usadas en el resto de Europa, que contenían datos imaginados o no corroborados.

5. LA EXPANSIÓN CASTELLANA HACIA LA COSTA ATLÁNTICA SUDAMERICANA

Cuando se unieron los reinos de Castilla y Aragón, no sólo retrocedió el sistema feudal y regularon territorial y políticamente los musulmanes hispánicos, sino que se dieron las condiciones “geopolíticas” para la formación de un poderoso imperio, que se concretaron con el primer viaje de Colón. Sólo después de un tiempo hubo expediciones hacia las costas del Atlántico Sur americano.

Presuntamente en 1497 Vespucci, banquero, comerciante y cosmógrafo florentino residente en España realizó un viaje en naves españolas del cual se conoce muy poco, que explicaría los datos cartográficos sobre la costa norte y centroamericana presentes en el mapa de Cantino (ver arriba). En su segundo viaje, también en naves castellano-aragonesas (de 1499 a 1500, con Ojeda y de la Cosa) Vespucci llegó probablemente hasta las costas de la actual Colombia. En su tercer viaje (1501-1502), Vespucci viajó en una escuadra portuguesa que desde la costa africana a la altura de Cabo Verde se dirigió a las costas de Brasil, siguiéndolas hasta arribar a la Bahía de Guanabara. Al llegar al límite de la zona atribuida a Portugal por el tratado de Tordesillas de 1494, aparentemente pesaron órdenes secretas del rey Manuel I ordenando al florentino buscar el presunto paso a Asia por el oeste. El mando de la expedición pasó entonces a Vespucci, quien siguió por primera vez la costa hasta el Río de la Plata, exploró probablemente hasta el Delta del Paraná y luego prosiguió hasta la Patagonia, llegando muy probablemente hasta Malvinas, Georgias y el Estrecho de Magallanes. La mayoría de las cartas marítimas posteriores toman datos de la cartografía parcialmente secreta de este viaje. Obviamente esta parte de la expedición fue “ilegal”, por tratarse de territorios asignados a Castilla-Aragón. Como este viaje demostró que las nuevas

tierras formaban parte de un nuevo continente y no de Asia, Vespucci tuvo problemas con la Iglesia, que defendía la idea de que se trataba de las “Indias”. En esta expedición se realizaron numerosos descubrimientos astronómicos y geográficos, además de numerosas observaciones sobre la fauna, flora y habitantes. Vespucci habría realizado en 1503-1504 un cuarto viaje que habría llegado de nuevo al Río de la Plata. Muchas de las controversias que existen con los viajes de Vespucci se deberían al secreto y datos falsos y contradictorios sobre las mismas. No obstante todo lo anterior, Vespucci fue contratado en 1508 como Piloto Mayor por la Casa de Contratación de las Indias, de Sevilla, siendo su principal tarea la de unificar el conocimiento acumulado por todos los pilotos desde 1492. Tras su muerte, en 1512 fue sucedido en el cargo por Juan Díaz de Solís, quien en 1515, buscando un paso hacia oriente por el Pacífico (avistado por Núñez de Balboa en 1513), descubrió el “Mar dulce”, río que luego llevó su nombre (también llamado Jordán). El nombre de Río de la Plata fue dado por su sucesor en el cargo, el veneciano Sebastiano Caboto (¿1484?-1557), (hijo de Giovanni), quien llegó a las costas argentinas en 1526. Se cree que también existió un viaje secreto financiado por Cristóbal de Haro y Nuño Manuel quienes habrían avistado en 1512 o 1514 el Río de la Plata –o entrado en él–. El viaje, como uno posterior de De Sousa en 1532, se realizó en nave(s) portuguesa(s) y por tanto, al estar prohibida por el tratado de Tordesillas la exploración en esa zona, todos los datos se ocultaron.

La expedición de Fernando de Magallanes (1480-1521), portugués al servicio de Carlos I de España, implementada con su socio Rui Faleiro, apuntaba a encontrar un paso en el “Mar del sur” hacia las Indias, en particular hacia las Molucas o “islas de la especiería” donde ya estaba instalado su amigo el navegante Francisco Serrano. Para España era vital encontrar el paso hacia las “Indias” por el oeste, para eludir el Cabo de Buena Esperanza bajo dominio portugués. Tras dos años de preparación zarpó de Sanlúcar de Barrameda, el 20 de septiembre de 1519, al mando de una flotilla de 5 naves, errónea pero supuestamente muy bien preparada desde el punto de vista técnico. Magallanes, como veterano piloto y militar portugués, tenía gran experiencia en el viaje a las Indias rodeando África, habiendo participado de la conquista de Goa y Malaca, en 1511. Después de pasar por Brasil, llegó al “Mar dulce” recientemente descubierto por Solís, pasó por la bahía de Samborombón y se instaló en la bahía de San Julián, (quizás nombrada así por Vespucci) para pasar el invierno. Tras sofocar un motín, el 20 de octubre de 1520 llegó al Cabo Vírgenes y exploró por primera vez el paso que después llevaría su nombre. Tardó más de un mes en atravesarlo, llegando finalmente a las aguas más tranquilas de lo que se denominaría el Pacífico. Viajaba con Magallanes un navegante (probable espía de Venecia y/o del Papa), Antonio Pigafetta (¿1491-1531?), que fue el primer y más importante cronista del nuevo mundo y de las Filipinas. Pigafetta, caballero de Rodas, aceptó viajar como criado de Magallanes y soldado, pagándose el viaje, aunque luego sus muchas habilidades fueron reconocidas y jugó un rol importante en las negociaciones con los diferentes nativos y en otras tareas. En su diario relataría e inventariaría, de manera excepcional y minuciosa aunque a veces un tanto imaginativa, todo lo re-

ferente al viaje. Describió la fauna y la flora de todo el recorrido, con numerosos animales y plantas desconocidos. Relató las características, costumbres y modo de vida de los nativos, destacándose sus observaciones lingüísticas. El primer viaje de circunvalación del mundo, terminado por Juan Sebastián Elcano (1476-1526) después de la muerte de Magallanes, marcó un hito en la exploración de las costas del Atlántico sur y del Pacífico sur, además de descubrir el tan anhelado paso occidental hacia las Indias. Se comprobó, además, que navegando hacia el oeste, habían ganado un día. Como indicativo del prospectivo éxito comercial, los dos barcos con que intentaron regresar los pocos sobrevivientes (incluyendo a Pigafetta) desde Borneo cargaban más de 26 toneladas de especias (clavo de olor, canela, nuez moscada y su cáscara, el macis, etc.) por lo que uno de ellos, sobrecargado, debió ser abandonado. Elcano regresó con la otra nave, maltrecha, en septiembre de 1522. Carlos I (1500-1558) otorgó a Elcano un escudo de armas con el dibujo de clavos, canela y nueces moscadas. Más tarde, el documento de Pigafetta potenciaría la ambición de numerosos aventureros, especialmente los ingleses. En el siglo XVII, cuando cae el poder de España y Portugal y asciende el de ingleses y holandeses se multiplicó el interés de estos por los productos naturales de las colonias asiáticas y americanas.

6. LA INCORPORACIÓN A EUROPA DE RIQUEZA Y NUEVOS PRODUCTOS NATURALES

Alentados por la experiencia en Centroamérica, los primeros exploradores buscaron ante todo conseguir piedras y metales preciosos. En Sudamérica la mayoría de las exploraciones iniciales fracasaron, pero desde que Diego de Zenteno y los suyos reclamaran soberanía sobre el cerro de Potosí, en 1545, los esfuerzos por encontrar minerales explotables han constituido una política de estado constante primero para los Virreinos y Capitanías y luego para los nuevos países. Los metales extraídos por España cambiaron para siempre a Europa, generando más riqueza, más y mejor consumo y un crecimiento desmesurado de la economía, que llevó a una revolución de los precios en el siglo XVI. La inflación comenzó en Sevilla, puerto de entrada del oro y la plata¹ y luego, durante la primer mitad del siglo, se expandió a toda Europa, para luego aminorarse y alcanzar los más altos precios durante la segunda mitad. La administración de la economía del imperio austro-español, que debió soportar guerras, saqueos y pésimas políticas no pudo impedir el continuo flujo de oro y plata hacia los demás países europeos, especialmente Inglaterra. Se acepta que el “oro español” sentó las bases del desarrollo industrial moderno y favoreció que sólo en el siglo XVI la población europea creciera un 70%. Como efecto adicional, España oficialmente y Europa ilegalmente encontraron nuevos mercados en territorios de América. Por ejemplo la ciudad de Potosí en 1610 estaba tan poblada como París (más de 160.000 habitantes) y

¹ Se calcula que sólo en el siglo XVI entraron por Sevilla 16,5 toneladas de plata, proveniente en su mayoría de Potosí, y 180 toneladas de oro mexicano.

requería un flujo continuo de bienes de consumo europeos, incluyendo muchos productos suntuarios.

Además de los metales y piedras preciosas, el nuevo mundo aportó un sinnúmero de “novedades” biológicas, en sus aspectos científicos y prácticos. Los exploradores proporcionaron gran cantidad de información botánica y zoológica y, con alta frecuencia, ejemplares vivos. En Portugal y España se acumulaba todo tipo de datos y se acopiaban muestras de África, Asia y, sobre todo, de la nueva América. A su vez, agentes secretos de otros países compraban y/o robaban semillas y plantas, además de mapas y datos. Los demás estados europeos entraron así en la puja en pos de información, de especímenes de todo tipo y, en lo posible, de nuevos territorios.

Los vegetales sudamericanos representaron la primera fuente de nuevos productos naturales, inicialmente desde las maderas duras de árboles exóticos hasta las nuevas plantas comestibles como papa, tomate, ají, frutas, etc. Más tarde fueron importantes el tabaco, las esencias, los extractos vegetales, las gomas, etc. Las desconocidas plantas americanas fueron inicialmente resistidas por razones culturales, pero rápidamente revolucionaron la agricultura y las costumbres europeas. Por ejemplo, el pimiento (o ají) introducido por Colón en 1493 fue inmediatamente adoptado por los españoles y propagado a toda Europa, sustituyendo en parte la costosa pimienta. Lo mismo sucedió con el tabaco, rápidamente incorporado como medicina, estimulante y droga social. La papa peruana, introducida en Europa por los españoles en 1536, se cultivó en Italia poco después, expandiéndose a otras regiones durante el siglo XVII y terminando por imponerse como alimento principal en el resto de Europa y Asia en el siglo XVIII. A pesar de las desconfianzas, desde fines del siglo XVI el tomate fue introducido por los españoles en Europa y en Asia.

A veces, la introducción de vegetales se mantuvo secreta, como en el caso del cacao que fue tratado como una especie de droga vigorizante y fue considerado secreto de Estado. Ciertas congregaciones de monjes se apropiaron del procedimiento azteca para la preparación del chocolate, adaptando las recetas al paladar español. Con ayuda de la Corona Española, lograron que el secreto se mantuviera por casi un siglo.

7. SIGLO XVIII: EL CONCEPTO DE “INVENTARIO”

A partir del siglo XVIII, la avalancha de novedades y la determinación estratégica de los gobernantes europeos de descubrir nuevos recursos económicamente explotables coincidió y fomentó el enorme interés social por las ciencias físicas y naturales y por atesorar, en forma científica, especímenes minerales y biológicos. Se crearon y expandieron los museos así como los jardines botánicos y zoológicos. El número de especímenes traídos a Europa, algunos vivos, creció exponencialmente.

Más allá del interés puramente científico, donde la recopilación ordenada de conocimientos era de gran utilidad, se difundió el concepto de “inventario”, que en parte representaba una visión “comercial” aplicada a los recursos naturales. Se trataba de registrar todo lo existente, acopiando muestras y ejemplares, documentándolos con dibujos y comentarios. La idea de “inventario” tuvo diferente significado por un lado para los científicos naturalistas y por el otro para los funcionarios estatales y comerciantes. Para estos últimos estaba implícita la idea de que las colonias eran “almacenes” naturales de donde podían abastecerse los europeos, de ahí la importancia de tener listas de productos “inventariables”. La importancia de este concepto se hace patente cuando sabemos que todavía en el siglo XXI los países subdesarrollados no poseen inventarios razonablemente completos de sus recursos naturales, mientras que frecuentemente en los países centrales, a los efectos prácticos, se conoce mucho más sobre esos mismos recursos, a veces en forma oculta o semioculta.

A partir del siglo XVIII ya no se ocultaba que las exploraciones obedecían principalmente a una motivación económica y a la voluntad de afianzamiento del sistema colonial de cada país. Para las casas gobernantes, resultó evidente la necesidad de seguir expandiendo los estudios geográficos mediante la compilación sistemática de todo tipo de conocimientos topológicos, geológicos, biológicos, climáticos y antropológicos. Se formalizó así el aporte de otras ciencias a la geografía. En particular, a partir de las expediciones de von Humboldt y Bonpland (ver más adelante) creció la importancia de los naturalistas, especialmente en las expediciones con pleno respaldo oficial. Las sociedades geográficas y los museos propiciaron, y frecuentemente ayudaron a financiar, muchas expediciones. El genuino afán de nuevos descubrimientos por parte de los especialistas y de la sociedad en general ayudó a que frecuentemente pasaran inadvertidos intereses crudamente económicos. En los países centrales, muchos de los hallazgos fueron utilizados comercialmente en forma rápida y frecuentemente exitosa. Durante los siglos XVIII y XIX, la exitosa utilización “geopolítica” de los nuevos conocimientos adquiridos en América, Asia y Oceanía contribuyó sobre todo a afianzar el liderazgo internacional de Gran Bretaña y a compensar la pérdida de sus colonias norteamericanas.

8. LA INFORMACIÓN E “INVENTARIOS” OBTENIDOS EN TERRITORIO ARGENTINO Y RESTO DEL CONO SUR

Ya en su *Geographia* de 1540 el inglés Roger Barlow exhortaba a explorar y traer de vuelta información y productos naturales con usos mediatos o inmediatos comerciales. La visión geopolítica de los siglos XIX y XX llevó a unos pocos países centrales a usar los recursos del estado para acumular la mayor parte de los conocimientos científicos y tecnológicos generados internacionalmente. Muchos conocimientos nuevos provinieron no solamente de las expediciones sino

de científicos e ingenieros contratados o eventualmente expatriados en países y territorios subdesarrollados y/o poco explorados.

Inicialmente, para muchas exploraciones la cuestión diplomática y/o geográfico-política fue lo principal. Por ejemplo en el caso de las Islas Malvinas algunos primeros exploradores sólo exploraron y/o amagaron reclamar soberanía sin realizar estudios significativos de los recursos naturales: Magallanes en 1500, Vespucci en 1502, Esteban Gómez en 1520, Francisco de Camargo en 1540, John Davis en 1592, Sebald de Weert en 1600, John Strong en 1690 y Louis Antoine de Bougainville en 1764 (el primero en poblar y tomar posesión).

No es objeto del presente artículo analizar en detalle las expediciones costeras ni las numerosas exploraciones de naturalistas que recorrieron los territorios actuales de Argentina y países limítrofes. Además de la información puramente geográfica y geomorfológica, los visitantes “inventariaron” grandes cantidades de minerales, rocas, plantas y animales, enviando a Europa decenas de miles de muestras.

Aunque no llegó a territorio argentino, da una idea de la época la personalidad y tareas de Jorge Juan de Santacilia (1712-1773), quien fue un guardiamarina y científico español que en 1735 participó junto con su compatriota Antonio de Ulloa de la expedición francesa de Louis Godin al Ecuador, junto con Charles-Marie de La Condamine. La expedición deseaba probar que la tierra tenía forma de un elipsoide. Además de las investigaciones conjuntas astronómicas y geográficas, en Santo Domingo y en Ecuador, los españoles realizaron otras observaciones y tareas confidenciales de índole política, militar y naval, permaneciendo en Perú y la región hasta 1744. En sus investigaciones prestaron mucha atención a cuestiones de política colonial, estudiando la situación de los Virreinos y publicando, entre otros aportes, un libro significativo: *Noticias secretas de América*, que luego fue prohibido en España. Interessantemente, en 1745 Juan de Santacilia realizó en Inglaterra espionaje industrial para España, aprendiendo sistemas de construcción naval y reclutando secretamente ingenieros, oficiales carpinteros y operarios. Fue un pionero en la “captación” de cerebros y operarios extranjeros y en la apropiación de diseños. Por su parte, en 1758 Ulloa volvió al Perú como gobernador de la ciudad minera (mercurio) de Huancavelica. En América realizó numerosos estudios mineralógicos, metalúrgicos y antropológicos.

Mucho antes del viaje del Capitán Fitz-Roy y Darwin (ver abajo), una de las exploraciones más importantes que pasó por las costas del Cono Sur de Sudamérica (sin dedicarle tiempo) fue la del Capitán James Cook (1728-1779), excelente piloto, cosmógrafo y militar, navegando por cuenta de la Corona Británica. Su primer viaje fue un notorio ejemplo de la doble misión distintiva de las expediciones británicas. Por un lado la Royal Society y la Marina Real le encomendaron la tarea científica prioritaria de observar el tránsito de Venus por la superficie del sol, como herramienta para medir la distancia exacta hasta el mismo. La medición debía realizarse en Tahití, el 13 de abril de 1769. Costeando la Patagonia la expedición pasó por el Cabo de Hornos, y así Cook tuvo atisbos de la zona austral del continente, pero sin llegar a avistar la Antártida. Después de la medición, tenía

órdenes de explorar y tomar posesión de territorios, cosa que hizo cartografiando Nueva Zelandia y partes de Australia. En su famoso barco “Endeavour” viajaba como naturalista el botánico Joseph Banks quien junto con el botánico Daniel Solander coleccionó no menos de 3000 plantas. El dibujante Sydney Parkinson realizó las valiosas planchas correspondientes a 264 nuevas especies vegetales. La publicación de los Diarios de Cook tuvo un éxito inmediato entre los científicos y gran aceptación social.

En su segundo viaje (1772-1775), Cook tenía encomendado resolver el problema de la existencia o no de la “*Terra Australis incognita*”, logrando llegar hasta el círculo antártico sin poder avistar la Antártida. Si bien no tenía programado explorar las costas patagónicas, realizó relevamientos de islas sud-atlánticas y tomó posesión, entre otras, de las Sandwich del Sur y Georgias del Sur, reclamadas por Argentina. En éste y en el tercer viaje Cook realizó numerosos descubrimientos de “nuevas” tierras, además de realizar varias mediciones astronómicas importantes y perfeccionar el arte de la navegación. Su viaje fue de extraordinaria importancia para las futuras expediciones británicas e inspiró a muchos otros exploradores. Por ejemplo los viajes a la Patagonia (1780-1799) del marino español De la Peña y la de su compatriota Antonio de Córdoba (entre 1785 y 1786), que aparentemente no aportaron inventarios dignos de mención.

Jean-Francois de Gallaup, conde de La Pérouse (1741-1788), veterano marino y militar, salió de Brest en 1785 para “descubrir tierras que escaparon al escrutinio del Capitán Cook”. Su expedición era oficial y contaba con tres naturalistas, dibujantes, cartógrafos, médicos y un matemático entre los 220 hombres en 2 barcos. Los objetivos fueron específicamente (geo) políticos (informar sobre las colonias españolas e inglesas) y estaban fuertemente orientados a establecer relaciones comerciales y buscar recursos explotables (caza de cetáceos, pieles, etc.). Bordeó la costa patagónica, rodeando el extremo sur y pasó por el Cabo de Hornos, recalando en Chile y en la Isla de Pascua antes de seguir hacia el hemisferio norte. Después de un derrotero accidentado, su diezmada expedición desapareció en la Polinesia, aparentemente en las Islas Salomón, en 1789, perdiéndose varias de sus observaciones, en particular algunas patagónicas. Por suerte La Pérouse había enviado a Francia, en 1787, parte de sus mapas y datos que fueron de gran utilidad para exploraciones posteriores francesas. El encargado de transportar la documentación, en un viaje de 13 meses a través de Siberia y Rusia, fue Barthélemy de Lesseps, tío del luego famoso Fernando de Lesseps.

El Capitán italiano Alessandro Malaspina (1754-1810), admirador de James Cook, organizó por cuenta de la Corona Española, junto con José de Bustamante y Guerra, una mega-expedición científico-política alrededor del mundo (1789-1794). Geopolíticamente la expedición, solicitada originalmente por el gobernador militar de Concepción (Chile) después de la visita de La Pérouse, apuntaba a competir con la actividad de Francia e Inglaterra y eventualmente Rusia, en aguas del Pacífico y Atlántico Sur. El objetivo declarado fue el de investigar en las colonias españolas su situación política, militar y comercial, sus recursos naturales y la temperatura social. Viajaban en la expedición astrónomos, geógrafos, hidrógra-

fos, geólogos, naturalistas, dibujantes y pintores. La expedición llegó en septiembre de 1789 a Montevideo y continuó luego a Buenos Aires, con instrucciones de verificar la lealtad de las autoridades del Virreinato. Siguió por la costa patagónica y pasó por las Malvinas, continuando por el Cabo de Hornos y mapeando la costa chilena, incluyendo las islas de Chiloé y Juan Fernández. Malaspina siguió por la costa hasta El Callao y en Lima, donde los jefes expedicionarios estudiaron la situación política del Virreinato. Continuaron hacia el norte haciendo el relevamiento de la costa y realizando investigaciones científicas, hasta recalar en Acapulco, donde se les cambiaron las órdenes de navegación. Entretanto los expedicionarios habían realizado un control del Virreinato de Nueva España, en ciudad de México. El viaje continuó por las costas del Pacífico noroeste y Alaska, en busca del supuesto “Paso Noroeste”, costeando después hasta Monterrey y México. Finalmente navegaron hacia Oceanía, recorriendo Guam, Filipinas, Macao, Nueva Zelanda y Australia. El regreso fue otra vez por el Cabo de Hornos, volviendo a mapear la costa chilena, la patagónica y las Malvinas y regresando a Cádiz en 1794. La expedición acumuló una enorme cantidad de información y muestras geológicas y biológicas (14000 especies botánicas, 500 zoológicas, 900 láminas, etc.), procesadas con el clásico espíritu de la Ilustración. Se dibujaron además 34 cartas y se contaba con mucha más información para procesar. Mucha de la cartografía de Cook y otros había sido mejorada. Ningún navegante hispánico había aportado nunca tal cúmulo de materiales y documentos, muchos de ellos sobre el Cono Sur de Sudamérica. El informe de Malaspina denominado “Viaje político-científico alrededor del mundo” contenía observaciones políticas confidenciales sobre las colonias, que provocaron se lo declarara traidor y encarcelara por presuntas acusaciones de la Inquisición. Lamentablemente, la mayoría de la información y los especímenes fueron ocultados y algunos eliminados, perdiéndose para siempre. Al contrario de lo que sucedía en otras potencias, España, en decadencia, nunca sacó provecho de la enorme cantidad de información de su expedición.

El explorador-naturalista más influyente y famoso de fines del siglo XVIII, principios del XIX, fue el barón prusiano Friedrich Alexander von Humboldt (1769-1859), considerado el fundador de la geografía y la biogeografía modernas. Dedicó casi toda su vida y toda su fortuna a una febril actividad científica, en todos los campos. En sus viajes por América, de 1799 a 1804, donde recorrió más de 12.000 kilómetros, Humboldt estuvo secundado por el médico y naturalista francés Aimé Bonpland (1773-1858). Humboldt realizó una enorme cantidad de observaciones y aportes multidisciplinarios (climáticos, orográficos, oceanográficos, biológicos, geológicos, geográficos, etc.). No llegó más al sur de Lima, pero sus libros sobre Sudamérica fueron inspiradores de muchos otros viajeros y exploradores, en particular de Darwin. La importancia de los aportes de von Humboldt fue inconmensurable, publicando en francés gran parte de sus datos, en 30 volúmenes. En particular su monumental *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente* publicado en 13 volúmenes entre 1816 y 1831.

Pocas veces las observaciones de un explorador naturalista tuvieron una proyección geopolítica más rápida que en el caso de las de Humboldt. Sus conocimientos sobre el territorio, riquezas y situación social de la colonia que poco después sería México, inicialmente transmitidos a su admirador, el presidente de EE.UU. Thomas Jefferson, produjeron el efecto de catalizar y expandir las ambiciones geopolíticas de ese país, dirigiéndolas hacia Centroamérica. Hasta entonces, con la expedición de Lewis y Clark (1804-1806) el principal esfuerzo norteamericano de expansión geográfica, pensado geopolíticamente, se había dirigido hacia su propio territorio, buscando llegar al Pacífico. Los datos y mapas del libro de Humboldt *Ensayo político de la Nueva España* (1811) fueron utilizados más tarde por el ejército norteamericano para su invasión a México. Las observaciones de Humboldt sobre Cuba también concitaron la atención de Estados Unidos.

Bonpland, quien había recolectado para el herbario del Jardín Botánico de París más de 60.000 plantas (con miles de especies nuevas para la ciencia) y había coleccionado también miles de insectos, tras unos años en Francia regresó a Sudamérica en 1816, contratado por Bernardino Rivadavia. Para 1820, estaba instalado en Corrientes, explorando y coleccionando en la cuenca del Paraná. Por considerarlo un espía, el dictador paraguayo Francia lo detuvo en 1821 manteniéndolo confinado durante 10 años y confiscando sus manuscritos y bienes personales.

El teniente (luego vicealmirante) de la marina británica, Robert Fitz Roy (1805-1865) realizó un primer viaje a Sudamérica, entre 1826 y 1830, participando de una expedición que el Almirantazgo consideraba de gran importancia estratégica, especialmente después de las fallidas invasiones al Río de la Plata. Tras el suicidio del capitán del HMS Beagle, y con tan sólo 22 años, Fitz Roy fue nombrado capitán del barco, en 1828. Realizó extensos trabajos de relevamiento hidrográfico y topográfico en la costa sur patagónica, recorriendo la zona de Tierra del Fuego, explorando el Estrecho de Magallanes, el Cabo de Hornos e islas del sur, llegando hasta el archipiélago de Diego Ramírez. El Almirantazgo inglés consideró estos trabajos de gran importancia geográfica, económica y militar y decidió que se debían continuar los trabajos de exploración y cartografía de los actuales territorios uruguayo, argentino y chileno, determinando fondeaderos y puertos y posibles rutas alternativas a las Malvinas y otras islas. El segundo viaje del capitán Fitz Roy, entre 1831 y 1836, fue de gran importancia para la proyección geopolítica del Reino Unido, pero resultó aún más decisivo para la ciencia, por la presencia a bordo del HMS Beagle de Carlos Darwin, un naturalista fascinado por los relatos de von Humboldt. Fitz Roy tenía el encargo primario de cartografiar las costas sudamericanas y recopilar la mayor cantidad posible de información estratégica para la Corona Británica para luego continuar los estudios por la costa del Pacífico, navegar a las Galápagos, Tahití y Australia, e islas del Pacífico, y regresar a Inglaterra por la ruta del oeste. Darwin (1809-1882) fue el eximio observador y naturalista que acompañó a Fitz Roy y que pasaría de la observación y descripción de fenómenos y especies al análisis y formulación de la teoría más importante sobre la evolución biológica, vigente hasta el día de hoy

(con perfeccionamientos). Además de la recolección de gran cantidad de especies (5436 plantas y animales) las observaciones geológicas de Darwin (complementadas con la recolección de numerosas muestras geológicas y paleontológicas) fueron de gran importancia básica. Darwin llevó varios cuadernos, con 368 páginas de anotaciones biológicas y 1383 páginas de observaciones geológicas. Llevó además un Diario de 770 páginas que se complementaría con lo anotado por Fitz Roy y otros miembros de la expedición. Darwin hubiera pasado a la historia solamente por su trabajo sistemático, sus observaciones, sus inventarios y sus análisis, como geólogo y biólogo, todo ello plasmado en numerosos libros. Pero las ideas y teorías biológicas de Darwin, derivadas de su viaje y finalmente plasmadas en su obra fundamental *El origen de las especies* (1859), revolucionarían el panorama biológico durante la segunda mitad del siglo XIX y se complementarían a principios del siglo XX con el conocimiento del Mendelismo, proyectándose hasta nuestros días.

El naturalista Alcide d'Orbigny (1802-1857) fue comisionado por el Museo de París para realizar una expedición a Sudamérica, entre 1826 y 1833. Recorrió Argentina, países limítrofes y Perú, acopiando cerca de 11.000 especímenes y describiendo muchos de ellos en 90 publicaciones seriadas. Su viaje se superpuso con el de Fitz Roy y Darwin. Con este último mantuvo una extensa comunicación y Darwin lo consideraba el más importante zoólogo y micro-paleontólogo de la época. Los estudios geológicos de d'Orbigny en la cuenca del Paraná y del Paraguay, hasta las Misiones, todavía tienen vigencia. En sus recorridos por Corrientes (1827-28), la Patagonia (1829), Bolivia y Brasil (1830-31) realizó numerosas observaciones sociológicas, etnográficas y etológicas, etc.; además de los estudios sistemáticos botánicos, zoológicos y geológicos. Lamentablemente, como en el caso del contemporáneo viaje de Darwin, muy pocos de los conocimientos y casi ninguna de las muestras pudieron inicialmente ser aprovechados científica ni económicamente en la Argentina, dado el escaso desarrollo científico-académico.

El explorador y botánico francés Jules Dumont D'Urville realizó un viaje alrededor del mundo entre 1822 y 1825 y más tarde en 1838 avistó por primera vez la Antártida, explorando la zona de las Orcadas, Tierra del Fuego y sur chileno.

Durante 1862-1865, la Comisión Científica del Pacífico constituyó una de los últimos grandes proyectos españoles de exploración del Cono Sur. Estaba constituida por 5 naturalistas, principalmente Marcos Jiménez de la Espada, quizás el científico más importante del grupo, 3 zoólogos, 1 botánico, 1 geólogo, 1 antropólogo, un técnico taxidermista y un dibujante y fotógrafo. Recolectaron más de 80.000 muestras y realizaron numerosas observaciones. La iniciativa fue un claro ejemplo de la unión de política neo-imperial y neo-colonial con la investigación científica. El propósito original de la expedición fue procurar un freno al eventual expansionismo norteamericano hacia sud y centroamérica, y luego –asumiendo la importancia geopolítica de los estudios científicos– se convocó a expertos con experiencia (y espíritu) colonial. Las fragatas españolas pasaron por Montevideo, la zona de los canales y las Malvinas. La comisión se reunió primero en Valparaíso y una parte llegó por tierra, a través de Argentina. Después en 1864

la escuadrilla española se apoderó de las islas Chíncha, ricas en guano y se declaró la guerra entre España y Perú, con lo cual los científicos se disgregaron.

9. PROSPECCIÓN DE RECURSOS GEOLÓGICOS Y BIOLÓGICOS EN TERRITORIO ARGENTINO

Desde su emancipación, las ex colonias españolas se encontraron con la necesidad de conocer su propio territorio, mantenerlo en medio de guerras con la metrópoli y guerras civiles y, además, comenzar a conocer sus recursos naturales. En la incipiente Argentina, inicialmente se contó con información geográfica, científica y tecnológica generada en su mayoría por extranjeros. Luego se procuró radicar algunos de ellos y se inició la formación de científicos y técnicos locales.

No es objetivo del presente trabajo repasar todas las contribuciones de numerosos científicos extranjeros y nacionales, relativas a la Argentina y periferia, durante los últimos 200 años; ni intentar valorizar la importancia económica ni geopolítica de las mismas. Pero daremos algunos ejemplos ilustrativos de la paradoja producida por la asimetría entre la capacidad científica de nuestro país y la de los países centrales, en el momento de asimilar/utilizar conocimientos geológicos y biológicos generados en nuestro territorio.

El militar y diplomático belga Alfredo Marbais du Gratty luchó junto al general Urquiza y terminó como director del Museo Nacional de Paraná en 1854. Realizó numerosas exploraciones geológicas y destacó las posibilidades mineras de la Argentina. En 1857 renunció al museo, (donde fue nombrado el ingeniero francés Augusto Bravard) y tres años después regresó a Bélgica ocupando varios cargos ministeriales y académicos. Por su parte Bravard fue contratado en 1853 por el gobierno de Buenos Aires para realizar prospecciones geológicas y luego se hizo cargo del museo entrerriano siendo nombrado además Inspector General de Minas de la Confederación Argentina. Realizó las primeras observaciones y mapas geológicos y paleontológicos de la pampa, después de las notas de Darwin. Estudió también zonas cordilleranas y de la cuenca del Paraná. Fue muy importante que publicara sus estudios en Argentina y en castellano. Su compatriota Víctor de Moussy, también contratado por Urquiza, en cambio, publicó su *Descripción física y estadística de la Confederación Argentina* (Atlas y tres tomos) en París y en francés, entre 1860 y 1868. La mayoría de los ejemplares fue a parar a bibliotecas y oficinas europeas. Por su parte Amadeo Jacques, otro francés al servicio de Urquiza, como Director de Catastro, realizó relevos cartográficos en el centro y norte del país, con especial atención por las vías fluviales que también fueron relevadas (1853-1856) por Thomas Page, un militar norteamericano con órdenes de analizar para su gobierno las cuencas del Paraná y del Uruguay, realizar una minuciosa cartografía e inventariar los recursos naturales de la zona. Por esa época existía un gran interés en la cartografía y geología sudamericanas. El geógrafo austríaco Augusto Petermann, ayudado por su compatriota Franz Foetterle logró publicar el primer mapa geológico sudamericano, en 1956.

Una vez que fue liberado por el dictador Francia (ver arriba) e instalado en la Argentina, Amadeo (Aimé) Bonpland alternó ocupaciones diversas con los estudios botánicos, realizando numerosos viajes y terminando en su vejez como director del Museo de la Provincia de Corrientes, en 1854. Sus aportes al conocimiento de la flora y fauna fueron muchos e importantes pero inicialmente tuvieron más resonancia y proyección entre sus colegas franceses que en la sociedad argentina.

Carlos Burmeister (1807-1892) fue un médico cirujano militar y famoso entomólogo prusiano discípulo de von Humboldt, que visitó Brasil en 1850 y recorrió Uruguay, Argentina y Chile desde 1856 hasta 1860, Burmeister fue un naturalista muy reconocido e influyente, debido a sus investigaciones y libros (más de 300). En 1856 había sido contratado por el presidente Urquiza por recomendación de Juan B. Alberdi y realizó numerosos estudios geológicos y biológicos en las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos, Mendoza, Córdoba y Tucumán. En 1859 despachó a Alemania todas sus colecciones, algo totalmente razonable y aceptado naturalmente en la época. Regresó a Europa donde tuvo algunos desencuentros políticos, por lo que cuando en 1860 Mitre y Sarmiento le ofrecieron un cargo, inicialmente de director del Museo de Buenos Aires, lo aceptó de inmediato. Burmeister desplegó una actividad local incansable, pero manteniendo siempre un constante intercambio con la élite científica europea, y reclutando algunos de los mejores especialistas como profesores para formar la Academia de Ciencias de Córdoba, fundada y dirigida por él en 1873. Su obra fue enciclopédica en varias disciplinas y en sus últimos años emprendió la escritura de la monumental *Descripción Física de la República Argentina* (geología, paleontología, zoología y botánica), que a su muerte estaba inconclusa pero que cubrió 5 tomos publicados primero en francés y luego en inglés. Su influencia en la organización científica del país fue decisiva. El ejemplo de Burmeister es muy ilustrativo de la paradoja científica en los países subdesarrollados, por cuanto puso toda su energía y conocimientos para implantar la investigación científica y modernizar las instituciones argentinas, al punto de radicarse definitivamente y morir en nuestro país. Pero sin embargo, el conocimiento generado por su esfuerzo fue indudablemente mejor aprovechado por el sistema científico europeo, más avanzado. Aparte del enorme e indiscutible beneficio que Burmeister aportó a la sociedad argentina, en ese momento sus descubrimientos esencialmente contribuyeron al desarrollo de la ciencia europea y norteamericana. Es esta una paradoja que, de alguna manera y salvando las distancias, todavía persiste.

El ingeniero de minas inglés Ignacio Rickard fue contratado por el gobierno chileno y luego en 1862 por Sarmiento, en la provincia de San Juan. Publicó sus estudios mineros sobre los Andes y Cuyo en inglés, con los auspicios de la Royal Society. Más tarde regresó a la Argentina donde fue nombrado Inspector de Minas, relevando entre 1868 y 1869 casi todos los distritos mineros. Sus datos fueron muy apreciados localmente pero aun más en Inglaterra.

10. LA UTILIZACIÓN PRÁCTICA Y GEOPOLÍTICA DEL CONOCIMIENTO

Las potencias coloniales se beneficiaron por la primicia del conocimiento, por la utilización académica de éste y por su inmediata transferencia a lo técnico y/o comercial, cimentando así gran parte de la revolución industrial del siglo XIX y especialmente las revoluciones científico-técnicas posteriores. A partir del siglo XVIII los intereses científicos quedaron absolutamente imbricados con los imperiales. Se sistematizaron la clasificación e interpretación científica de los especímenes coleccionados por los exploradores y naturalistas y se acumularon los datos científicos derivados de los mismos por los investigadores metropolitanos. Es importante destacar que tanto las iniciativas de predominio económico basadas en la obtención de recursos naturales como las basadas en desarrollos tecnológicos han tenido siempre como base investigaciones, descubrimientos y publicaciones de apariencia puramente académica.

Los naturalistas “descubrieron” para los europeos e inventariaron los recursos naturales, renovables y no renovables de los lugares que exploraban o visitaban. Las descripciones detalladas del ambiente y de todo lo relacionado con los ejemplares coleccionados representaron un enorme caudal de conocimiento. La mayoría realizaron tareas encomendadas por gobiernos o sociedades científicas, aunque muchos encararon expediciones totales o parcialmente patrocinadas por particulares y, en algunos casos, las solventaron con recursos personales. El interés dirigido hacia conocimientos específicos podía o no estar parcialmente motivado por el afán de ascenso en prestigio y/o el eventual propósito de enriquecimiento del naturalista, pero en muchos de los casos era genuinamente altruista, producto del puro interés científico. El dibujo y los esquemas formaron parte de todos los cuadernos, informes y libros generados por los viajeros con muchas observaciones y descripciones, incluyendo las imágenes, que mantienen su valor científico hasta el día de hoy. Tal como sucede en la actualidad, estos conocimientos aportaron beneficios inmediatos o mediatos, principalmente a aquellos países que por su grado de desarrollo pudieron aprovecharlos.

Históricamente los países generalmente “dueños” de los recursos, pero atrasados científica y tecnológicamente con respecto a las potencias del hemisferio norte, se beneficiaron relativamente poco con los conocimientos de los naturalistas, salvo en lo intelectual. En el mejor de los casos, como consecuencia del conocimiento generado en su territorio, los países se vieron limitados a la explotación primaria del recurso, generalmente a cargo de compañías extranjeras y a la exportación sin procesamiento de materias primas inorgánicas o productos naturales. Esto sólo produjo beneficios secundarios en materia, por ejemplo, de ferrocarriles, carreteras y puertos, requeridos por las necesidades de la comercialización. Culturalmente, quizás Argentina sea, entre los países latinoamericanos, el que haya aprovechado más la labor de los científicos extranjeros, especialmente los residentes por largo tiempo, algunos de los cuales se afincaron definitivamente.

El conocimiento de los recursos mineros ha sido siempre el objetivo de las potencias colonizadoras, desde el oro, plata, mercurio y piedras preciosas

iniciales hasta modernamente el petróleo, junto con muchos otros minerales importantes. El petróleo ha incidido directa o indirectamente en un sinnúmero de conflictos políticos y bélicos, con la particularidad de que muchas iniciativas han sido tomadas, en forma solapada, por compañías multinacionales.

El concepto de la explotación minera se aplicó, entre otros, a la explotación de bosques. Por ejemplo, a principios del siglo XX los durmientes de todas las vías de ferrocarril argentinas y gran parte de los de Gran Bretaña y otros países europeos, provinieron de la explotación irracional, mayormente por una sola compañía, de los bosques de quebracho colorado del Chaco santafecino. Esto y la explotación adicional para extraer taninos implicaron el exterminio del bosque, con la total desaparición de un recurso que era renovable. Además del desastre ecológico debido a la desertificación y al tremendo impacto social, la tala masiva produjo un cambio climático significativo a nivel local. También se aplicó el criterio “minero” para la explotación de muchos productos animales, desde la caza de cetáceos que llegó a la casi extinción de algunos de ellos, hasta la extracción de guano, pasando por la pesca.

Los recursos naturales y el accionar geopolítico invisible de las grandes compañías, principalmente extranjeras, estuvieron subyacentes y asociados a la historia territorial de nuestros países. Por ejemplo Chile incorporó la importante región salitrera y guanera de Antofagasta, que era boliviana, como consecuencia de la guerra del Pacífico (1879-1883), desatada por el enfrentamiento entre una empresa minera chilena y el gobierno boliviano. Más tarde esta región perdería su importancia geopolítica como consecuencia, en 1941, de la producción de nitratos sintéticos. En la guerra del Chaco boreal entre Bolivia y Paraguay (1932-1935) además de la salida fluvial al mar se dirimió en forma oculta la rivalidad entre la Standard Oil de Nueva Jersey y la Royal Dutch Shell, de capitales británicos y holandeses, por el supuesto petróleo de la zona.

11. SIGLOS XX Y XXI: EL DILEMA DE LA ADQUISICIÓN Y APROVECHAMIENTO DEL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO EN LOS PAÍSES SEMI O SUBDESARROLLADOS

Modernamente, la universalización del intercambio entre investigadores ha incrementado la velocidad del progreso científico, tanto en países centrales como dependientes. Los primeros han mantenido una política nacional e internacional constante que les ha permitido acceder con ventaja, por todos los medios disponibles, a los conocimientos científicos de avanzada generados en cualquier parte del mundo. Por un lado, debido a la desigualdades culturales, económicas y tecnológicas, los países semi o subdesarrollados se han beneficiado del flujo de información científica y tecnológica pero por el otro, sólo aquellos con políticas específicas han logrado disminuir el nivel de atraso con respecto a los países desarrollados. En general, la dependencia se sigue manteniendo, hasta el día de hoy, en base a recursos y/o mecanismos, que si bien suelen ser extremadamente útiles desde el punto de vista individual del investigador de países con poco

“tamaño”² científico, al mismo tiempo pueden eventualmente ser perversos para su país. Se analizarán tres aspectos relativamente “sutiles” de la “dependencia” científico-tecnológica a los cuales pocas veces se les da suficiente importancia.

El equipamiento científico y tecnológico

En un marco de un superior desarrollo tecnológico general, existe un dominio casi monopolístico de muy pocos países (EE.UU., UK, Alemania, Japón, Francia y algunos otros) en la producción de grandes equipamientos, instrumental e insumos para la investigación científica en general y en las ciencias naturales en particular. Como sucede con las computadoras, aunque la producción y armado de partes se realice en cualquier otro país, unas pocas grandes compañías de esos países controlan el mercado. Algunos países económicamente menores del “primer mundo”, como Suiza, Suecia y algún otro, también logran producir algunos equipos e insumos especializados, pero por razones políticas, económicas y comerciales les resulta muy difícil por una parte acceder a la producción del instrumental “pesado” de la llamada “gran ciencia” y por otra cubrir demasiados rubros. Por su parte, salvo excepciones muy positivas (como el INVAP, en Argentina) los países en vías de desarrollo sólo logran producir en forma muy puntual instrumental y equipamientos “menores” y la calidad suele ser inferior a la de los países líderes. Inclusive en el caso de potencias emergentes como China y Brasil, todavía el “know how” y la calidad son frecuentemente inferiores a la encontrada en las metrópolis. Como consecuencia de todo lo anterior desde EE.UU. y Europa existe una fuerte presión para que los descubrimientos sean necesariamente realizados con el equipamiento y técnicas más modernas, retaceándose su reconocimiento en forma de publicación si son realizados con metodologías algo más antiguas, por más confiables y/o suficientes que éstas sean. Esto, a su vez, con frecuencia obliga o bien a la compra anticipada del equipamiento más moderno proveniente de los países centrales o bien al establecimiento de colaboración con grupos avanzados del hemisferio norte.

La “fuga de cerebros”

En el mundo post-colonial, a partir de 1950-1960, se produjo un fenómeno de importancia geopolítica, asociado al concepto de “sociedad del conocimiento”: comenzó una “fuga de cerebros” masiva, de la “periferia” hacia el “centro”, principalmente de ingenieros y científicos, pero también de médicos, técnicos, etc. Este fenómeno mayormente ocurrió de “Sur a Norte”, especialmente hacia Estados

² El “tamaño” científico de un país tradicionalmente se ha medido en base a su producción medida como cantidad de autores de publicaciones en revistas con referato indexadas internacionalmente. Usualmente se lo puede ponderar en base a indicadores de desarrollo como el consumo de KW por habitante o bien al PBI por habitante.

Unidos. Con el fin de la guerra fría, en los 80 y 90, el mismo fenómeno se extendió desde el este hacia el oeste, siendo más beneficiada Europa Occidental.

En el caso de Argentina, desde 1943 las sucesivas crisis políticas y económicas han desaprovechado o expulsado a miles de graduados universitarios y técnicos especializados, especialmente científicos e ingenieros. Si bien los datos sobre emigración calificada han sido muy discutidos y/o cuestionados, especialmente los correspondientes a gobiernos de origen peronista y filo-peronista, no cabe duda de que las pérdidas sufridas en términos humanos y económicos han sido enormes. Además de las obvias implicancias para el país, estos hechos tuvieron un significado geopolítico importante. En particular, las expulsiones del sistema de profesores y científicos en los años 43-56, en 1966 y en 1974 y la emigración forzada desde 1975 hasta 1981, la mayoría de ellas provocadas por razones políticas, contribuyeron decisivamente a potenciar la capacidad científica de Chile, Brasil y Venezuela, además de aportar valiosos “cerebros” a países centrales. Además, más importante que la pérdida de individualidades, se destruyeron “escuelas” de pensamiento y metodología, las cuales son muy difíciles de reinstalar. A niveles en general más bajos de la pirámide científico-técnica, predominaron como causas para la emigración la inestabilidad económica y la falta de cargos que provocaron, desde 1960 hasta recientemente, una continua sangría de profesionales, que se agudizó en la crisis de 1999-2002. Es muy difícil conocer el número actual de cerebros argentinos en otros países, especialmente porque algunos tienen doble nacionalidad y otros se naturalizaron. En 1999 Enrique Oteiza opinaba que más de 25.000 “cerebros” entre científicos, ingenieros y técnicos calificados se encontraban en el exterior. Ese mismo año, la National Science Foundation calculaba que solamente en el sistema científico y tecnológico norteamericano se encontraban más de 10.000 argentinos, lo cual haría pensar que la cifra de Oteiza podría ser superior. Aunque estudiosos adscriptos al populismo suelen diferir con estos números, muchos otros observadores opinan que muchos emigrados –especialmente los universitarios recién egresados– no figuran en ninguna estadística y con los años se les pierde totalmente el rastro. Albornoz *et al*³ estimaron para 1999 un total de alrededor de 10.000 científicos argentinos fuera del país.

Actualmente, las comunicaciones y la extensión de la globalización hace que existan todo tipo de migraciones entre países, donde incluso científicos y técnicos locales emigrados pueden llegar a ser sustituidos por “cerebros” y técnicos inmigrantes de países económicamente menos avanzados, frecuentemente limítrofes. La posibilidad de trabajo a distancia y la velocidad de las comunicaciones permiten también que la localización física de los técnicos y científicos, cuyo trabajo beneficia, preferencialmente, al país contratante, comience a ser de alguna manera menos relevante. Contribuye a este último fenómeno la sustitución pro-

³ Albornoz, M., Fernández-Polcuch, E. y Alfaraz, C. (2002) Hacia una nueva estimación de la fuga de “cerebros”. Documento de trabajo N° 1. REDES.

gresiva de parte del poder de los gobiernos por el de las grandes corporaciones multinacionales

El monopolio del registro y del flujo de información científica

Modernamente, la mayoría del conocimiento importante se genera experimental o teóricamente y el peso relativo de los descubrimientos descriptivos de lo existente en la naturaleza, que siguen siendo muy relevantes, ha disminuido. Además, los mecanismos de difusión del conocimiento se han universalizado en forma exponencial.

Desde principios del siglo XX, pero sobre todo desde el afianzamiento de EE.UU. como primera potencia internacional, maximizado después de la Segunda guerra mundial y la posterior independencia de las colonias, se ha intensificado el fenómeno de “acaparamiento y concentración del conocimiento”, anteriormente más repartido entre los principales países europeos. Por ejemplo estos, con los países del Commonwealth, en los años 80, produjeron alrededor del 42 % del conocimiento publicado mientras EE.UU. por sí sólo llegó a casi el 50%. El mundo semi y subdesarrollado sólo contribuyó con el 8%. El panorama de los patentamientos fue similar.

Partiendo de un sincero principio altruista, base del progreso de la ciencia, que consiste en la publicación y difusión de los descubrimientos, los países centrales del hemisferio norte optimizaron en su favor el sistema de documentación e intercambio de conocimiento científico e ingenieril, basado fundamentalmente en revistas especializadas y secundariamente en visitas científicas, congresos, simposios y libros. Desde hace tiempo dos premisas universalmente aceptadas en los campos de las ciencias “duras” y “semiduras” (si bien mucho menos en el campo de las humanidades) establecen que:

(a) PUBLICACIÓN DE RESULTADOS: los descubrimientos, teorías y avances científicos, con independencia de su importancia relativa, no son reconocidos si no están publicados en revistas de circulación masiva internacional. Lo que en teoría los hace públicos aunque en la práctica sólo lo sean para quienes puedan tener acceso a dichas revistas, generalmente muy caras para los sistemas científicos subdesarrollados. Cabe destacar que el progreso de una investigación científica de avanzada depende en parte de la demora en conocer los resultados de otros. Sólo recientemente el problema del acceso al conocimiento se ha facilitado mucho debido a las posibilidades que ofrece Internet.

(b) PATENTES: el conocimiento “universal” es apropiable para su explotación mediante el proceso de patentamiento, que la mayoría de los países se han comprometido y/o visto obligados a respetar. Por tanto, la prioridad en el conocimiento y la capacidad para formular patentes son decisivas. Obviamente sólo los países más avanzados están en condiciones de patentar masivamente y defenderse legalmente del uso sin licencia de esos patentamientos. En consecuencia,

la mayoría de los avances tecnológicos son “privados” y accesibles solamente a quienes puedan pagar las regalías.

Las posiciones hegemónicas en la generación, documentación y flujo de conocimientos se sostienen modernamente mediante situaciones adicionales:

(c) CONOCIMIENTO ANTICIPADO DE LA NOVEDAD: por lo expuesto en (a), el mayor número de científicos –y por tanto de revistas científicas– está actualmente concentrado en Estados Unidos y otros pocos países centrales. Por tanto cualquier avance científico significativo debe someterse al filtro editorial de los árbitros de dichas revistas, que son preponderantemente científicos del hemisferio norte. Estos obtienen así las “primicias”, incluyendo las provenientes del hemisferio sur, y deben decidir sobre su publicación inmediata o demorada, o su rechazo. Aun en la frecuente situación en que se logran alcanzar altos estándares éticos en el proceso de evaluación por árbitros, el acceso privilegiado a información original otorga ventajas temporales enormemente significativas.

(d) TIEMPOS DE UTILIZACIÓN CIENTÍFICA DE LA NOVEDAD: ante la eventual posibilidad de utilización de los descubrimientos se genera una situación paradójica por cuanto quienes disponen de la información aun antes de ser publicada pueden prepararse para su eventual usufructo mientras que los descubridores, especialmente los de los países dependientes, para mantener la prioridad deberán esperar meses antes de difundir sus resultados directamente, en espera de la aceptación de la publicación. A su vez los demás científicos subdesarrollados deberán esperar aún varios meses más (a veces 1 año) para conocerlos, hasta la aparición de la revista y acceso a ésta. Si bien los tiempos se han acortado últimamente por la difusión electrónica, las velocidades y posibilidades de aprovechamiento y reproducción del conocimiento en los países centrales también se ha multiplicado más. Por otra parte los adelantos de resultados en congresos y simposios internacionales suelen beneficiar más a los investigadores de países desarrollados ya que la enorme capacidad y eficiencia/velocidad de sus equipos de investigación les otorga ventajas decisivas para expandir descubrimientos de otros y eventualmente “apropiarse” “naturalmente” del tema y/o de las patentes.

(e) LA VALORACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN: la aceptación de los paradigmas del “primer mundo” para la evaluación de la producción científica y tecnológica y la efectiva supremacía de éste suelen generar entre una parte importante de los científicos del “segundo y tercer mundo” una dependencia múltiple, ideológica, temática y de procedimientos, que realimenta la preeminencia de los países centrales. Algunos mecanismos que derivan de esta dependencia ideológica son los siguientes:

- Si un científico publica sus descubrimientos en una revista “local” o “regional” su trabajo no es reconocido internacionalmente y, en general, tampoco en su propio país. Con el consecuente riesgo de pérdida de apoyo económico, desmerecimiento académico, etc. Además los científicos extranjeros “desarrollados”

igualmente adquirirán la información pero eventualmente pueden no reconocerla en forma apropiada por estar publicada en un medio local o regional subdesarrollado. Por tanto la publicación en revistas internacionales de alto “impacto”⁴ se convierte en “inexorable” y “obligatoria”, con todo lo positivo y negativo que ello implica..

- Si un científico de país dependiente no investiga temas de “moda” (o sea de interés prioritario para el primer mundo), sus dificultades para publicar en revistas líderes de primer nivel se incrementan y en consecuencia se generan atrasos y/o la necesidad de publicar en revistas de menor nivel. Cuando dicho científico hipotético rinde cuentas de su trabajo, los evaluadores locales pueden terminar tildándolo de no publicar en tiempo y/o adecuadamente. Por tanto, existe una presión para concentrarse en temas venidos de afuera, aportando a los mismos y eventualmente colaborando con grupos del hemisferio norte. Esto es positivo, como toda colaboración en ciencia, pero de nuevo crea la paradoja de que algunos grupos pasen a ser “apéndices” del principal beneficiario de los descubrimientos.

Por lo expuesto, modernamente, la sumatoria de ventajas para la adquisición y explotación de conocimientos contribuye, como antaño, a que los países centrales mantengan una supremacía geopolítica en gran parte basada en su desarrollo y en su potencial tecnológico.

CONCLUSIÓN

Así como la expansión inicial de las potencias coloniales del pasado necesitó el aporte de la geografía y de la cartografía, la explotación directa e indirecta de los recursos naturales se apoyó principalmente en la dominación por la vía militar y política pero también en el dominio de los conocimientos, generados primero por exploradores y naturalistas y luego por ingenieros y científicos. El enfoque geopolítico, desde el siglo XIX hasta la actualidad llevó a los países más poderosos a recurrir a todo tipo de medidas, incluyendo la guerra, para tener acceso a los recursos naturales. Por ello siempre resultó crucial la información sobre los mismos. Actualmente, el desarrollo hegemónico se sustenta, además, en el conocimiento científico-tecnológico dependiente de sistemas estatales de in-

⁴ Las revistas científicas se ordenan en un “ranking” absoluto y/o por especialidades, basado en su “impacto” en las respectivas disciplinas. Se define el impacto como la cantidad de citas que recibe una revista en un período dado, a sus artículos publicados en un período anterior. En el *Journal Citation Reports*, de ISI-Thompson-Reuters el impacto de una revista se calcula como el número de citas (A) que reciben durante un año los artículos publicados durante los dos años precedentes, dividido por el número de artículos publicados en esos dos años (B); o sea A/B. El “impacto” es función directa de cuantos lectores-investigadores existen en la disciplina, ya que a mayor número de estos, mayor es la posibilidad de citación. En las disciplinas acotadas, con pocos investigadores, los impactos de revistas son generalmente bajos y en las mega-disciplinas (médicas, moleculares, físicas) y en las multi-disciplinas, los impactos son altos.

investigación y transferencia altamente eficientes. Por tanto, los países en desarrollo con vocación de independencia y/o supervivencia tienen también la obligación ineludible de acaparar la mayor cantidad posible de conocimientos científicos y tecnológicos. Esa política exige un sistema con suficiente masa crítica de expertos, capaz no sólo de generar descubrimientos originales sino de aprovechar y eventualmente apropiarse rápidamente de los descubrimientos de otros, tal como siempre han hecho los países centrales. Este tipo de enfoque es un requisito previo necesario para alcanzar un desarrollo moderno autónomo, que sólo podrá concretarse si además se agencian los fondos suficientes para lograr capacidad de transferencia de lo básico a lo aplicado y para una ulterior explotación tecnológica-comercial de dichos conocimientos.

Autores

Ana Amado

Doctora en Letras y profesora de Teoría y análisis del film en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

Fue profesora visitante en Duke y Princeton, en la Universidad ARCIS de Santiago de Chile y en la Universidad Nacional Autónoma de México. Autora de *La imagen justa. Cine argentino y política, 1980-2007* (2009), co-autora de *Lazos de familia. Herencias, cuerpos, ficciones* (2005), *Espacios para la igualdad* (1998), y de ensayos y artículos sobre su especialidad en libros y publicaciones nacionales y extranjeras. Dirige la colección “A oscuras-Colihue imagen” de editorial Colihue e integra el Comité de dirección de la revista *Pensamiento de los confines*.

Marcelino Cerejido

Doctor en Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Estudios posdoctorales en el Laboratorio de Biofísica de Harvard. Actualmente, profesor titular emérito de Fisiología Celular y Molecular del Cinvestav (Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados de México).

Autor de más de un centenar y medio de artículos científicos, de divulgación y de política científica; 10 libros, publicados en Londres, New York, Buenos Aires y México.

Por sus contribuciones sobre fisiología celular y molecular de células epiteliales en las revistas especializadas más prestigiosas del mundo, ha recibido numerosas distinciones en Argentina, México, Estados Unidos, etc.

Luis E. García Fanlo

Doctor en Ciencias Sociales (UBA); Sociólogo (UBA); Investigador del Área de Estudios Culturales del Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG-UBA). Director del Proyecto de Investigación “La lógica de la argentinidad” (UBACYT-IIGG-UBA). Profesor Titular de Sociología de la argentinidad, Facultad de Ciencias Sociales (UBA); Profesor Adjunto de Historia Social Argentina, Facultad de Ciencias Sociales (UBA); Profesor del Seminario de Doctorado “Michel Foucault y la investigación en Ciencias Sociales”, Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Noemí Goldman

Profesora de Historia Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), e Investigadora del CONICET en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” de la misma Universidad. Especialista en Historia argentina del siglo XIX y de los conceptos y lenguajes políticos. Entre sus obras más recientes figuran *Lenguaje y Revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires, Prometeo, 2008; *¡El pueblo quiere saber de qué se trata! Historia oculta de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009. Participó en la edición del *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos políticos en la era de las revoluciones, 1750-1850*, vol. I, Javier Fernández Sebastián, (dir.), Fundación Carolina-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.

Nicolás Lavagnino

Historiador y doctorando en Filosofía (UBA), docente en Filosofía de la Historia (UBA) e investigador en el Instituto de Filosofía “Alejandro Korn” (FFyL-UBA). Trabaja en temas vinculados a la filosofía de la historia. Integra “Metahistorias”, programa de investigación en nuevas filosofías de la historia, Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Ha publicado artículos en numerosas revistas especializadas y ha participado en los volúmenes colectivos *Pensar la democracia, imaginar la transición*, *La historia desde la teoría y Conocimiento, normatividad y acción* y en numerosas publicaciones académicas.

Josefina Ludmer

Nació en San Francisco, provincia de Córdoba. Durante la dictadura formó parte de la “Universidad de las catacumbas” y dio clases en su casa. Entre 1983 y 1991 enseñó Teoría literaria en la Universidad de Buenos Aires, y desde 1992 hasta 2004 en la Universidad de Yale, de la cual es emérita. Escribió numerosos artículos (que pueden verse en su sitio josefinaludmer.com), y los libros *Cien años de soledad, una interpretación*; *Onetti. Los procesos de construcción del relato*; *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*; *El cuerpo del delito. Un manual*; y *Aquí América latina. Una especulación*.

Luis Vicente Miguez

Psicoanalista, Facultad de Psicología (UBA).
Cofundador del Equipo de Adolescencia del Hospital Piñero. Fue docente universitario en las Facultades de Psicología de la Universidad del Salvador y de la Universidad de Buenos Aires. Dictó, durante más de diez años, un Seminario anual

en la Biblioteca del Congreso de la Nación, abriendo el pensamiento psicoanalítico a otras expresiones de la cultura. Con un grupo de colegas fundó *Reuniones de la Biblioteca*, red de investigación en psicoanálisis, cuya producción teórica se encuentra en distintas publicaciones y artículos.

Actualmente impulsa la creación del espacio de discusión “Psicoanálisis en debate” y participa del grupo clínico “Fragmentos” creado por Fernando Ulloa.

Autor de numerosos artículos en publicaciones nacionales y extranjeras, y de tres libros: *¿Qué cura en el psicoanálisis? La clínica de nuestro tiempo*, en colaboración con C. Guzzetti; *Jugar la palabra. Presencias de la transferencia*, y el reciente *Astillas en el tiempo. La experiencia de los psicoanálisis*, publicados todos por Editorial Letra Viva.

Juan Recce

Profesorado en Filosofía (UCA - Seminario). Licenciado en Relaciones Internacionales (UAK). Maestría en Defensa Nacional (EDENA). Autor del libro *Poder Plástico: el hombre simbólico materialista y la política internacional*, IPN, 2010. Director Ejecutivo y miembro fundador del Centro Argentino de Estudios Internacionales (CAEI). Docente de grado y postgrado en universidades nacionales públicas y privadas. Se desempeña como analista de política internacional en el sector público.

Martín Reydó

Profesor en Historia, Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

Adscrito a la materia “Historia Argentina II”, 1862-1916 de la Dra. Hilda Sábato. A la fecha está cursando Maestría en Ciencia Política, Universidad Torcuato Di Tella.

Becado por la Fundación Universitaria Río de la Plata (FURP) en su “Young Political Leadership Program” en asociación con el Departamento de Estado de los EE.UU. y University of Texas-Austin.

Ana María Telesca

Licenciada en Historia de las Artes (UBA).

Profesora Titular de las Cátedras “Historia del Arte Argentino I” y de “Teoría e Historia de la Historiografía de las Artes Plásticas” de la Carrera de Artes de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

Ha dirigido y co-dirigido Proyectos de Investigación UBACyT.

Es autora de 2 libros y de diversos artículos y capítulos en publicaciones argentinas, españolas y mexicanas.

Luis A. Quesada Allué

Biólogo y Doctor en Ciencias Químicas de la Universidad de Buenos Aires. Profesor Titular Consulto, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, UBA; Investigador Principal-IIBBA-CONICET y Fundación Instituto Leloir.

Ha sido pionero en los estudios de medición de la Ciencia (Cientimetría) en Argentina, y en la discusión social de la Bioética biotecnológica.

Susana Villavicencio

Doctora en Filosofía (Universidad Paris VIII). Profesora de Filosofía y Ciencia Política en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Investigadora del Instituto Gino Germani (UBA) y directora del Proyecto “República, nación y democracia: Las dimensiones de la diversidad en Argentina”. Dirige proyectos internacionales en CLACSO y ECOS/MINCYT. Ha publicado: *Sarmiento y la nación cívica. Ciudadanía y filosofías de la nación en Argentina* (2008); *Perfilar la Nación Cívica en la Argentina. Figuraciones y marcas en los relatos inaugurales* (2008); *Los contornos de la ciudadanía. Extranjeros y nacionales en la Argentina del Centenario* (2003). Autora de numerosos artículos publicados en revistas nacionales e internacionales

Índice

Nota editorial	7
La Revolución de Mayo: dilemas y perspectivas <i>Noemí Goldman</i>	11
El Bicentenario de la argentinidad <i>Luis García Famlo</i>	17
El héroe de la emancipación sudamericana: San Martín y Bolívar en la mirada de Sarmiento <i>Susana Villavicencio</i>	25
El partido socialista argentino y el problema de la inmigración en la Argentina de entreguerras. El proyecto de Ley de E. Dickmann (1922) <i>Martín Reydó</i>	37
Buscando arte para abrir un museo. Crónica de un siglo de esfuerzos <i>Ana María Telesca</i>	57
Una singularidad cultural argentina <i>Marcelino Cerejido</i>	75
Literaturas postautónomas Escrituras latinoamericanas de los últimos años: otros modos de pensar y de imaginar <i>Josefina Ludmer</i>	91
Presencias reales. Los Otros y los límites de la (auto)representación <i>Ana Amado</i>	95
Tiempo de soledades. Revisión de la subjetividad de nuestro tiempo <i>Luis Miguelez</i>	107

Sobrevivir e “infravivir” el pasado reciente. Figuras rituales del discurso, de Malvinas a la ESMA <i>Nicolás Lavagnino</i>	113
200 años, un buen momento para forjar nuestra adultez estratégica. Una apocrifonía de los hombres de plata. <i>Juan Reccé</i>	125
Cartografía, ciencias naturales y geopolítica. <i>Luis A. Quesada Allué</i>	133